Selección RNR



Luchando contra SUS FANTASMAS

MARIAN ARPA

Romance Actual

LUCHANDO CONTRA SUS FANTASMAS

Marian Arpa



1.ª edición: julio, 2017

© 2017 by Marian Arpa
© Ediciones B, S. A., 2017
Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-779-5

Gracias por comprar este ebook.
Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales







Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Para Ricard y Nuria, que son mis tesoros
Os quiero, hijos.

Contenido

Portadilla
Créditos
Dedicatoria

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Epílogo
Agradecimientos
Nota de autora
Promoción

PRÓLOGO

«La justicia es algo difícil de alcanzar», pensaba Sandra Molina, la ayudante del fiscal, al ver que cada día se encontraba en su mesa demasiados casos de mujeres maltratadas. Ella se había especializado en esos casos y eran pocos los que perdía, pero las sentencias que los jueces les imponían a los violadores le parecían ridículas. Esos hombres se merecían penas mucho más duras, que se les quitaran las ganas de pegar y forzar a ninguna mujer.

Con frecuencia había hablado con su jefe al respecto, y este siempre le decía que para eso tendrían que cambiar las leyes, que a muchos jueces les gustaría encerrar a esos tipos y tirar la llave, pero no podían hacerlo.

A menudo, pensaba que las leyes protegían a los delincuentes, y eso la ponía de pésimo humor. Sus compañeros, los investigadores que colaboraban con ella, eran muy buenos en su trabajo, sabían lo exigente que era y no le presentaban ningún caso que no tuvieran bien documentado. Sabían que si dejaban algún cabo suelto, ella se los reprocharía, y no era plato de buen gusto que alguien más joven que ellos les echara la bronca.

A pesar de lo desagradable que era la mayoría de las veces su trabajo, eran un grupo bien avenido que de vez en cuando salían a tomarse unas copas.

Esa noche se habían reunido en un local de moda. Sandra se iba de vacaciones, eran las primeras desde que había empezado a trabajar. Ella no quería hacerlas, sabía que cuando volviera, tendría muchos casos esperándola. Pero su jefe se lo había impuesto, la amenazó que o se iba y desconectaba unos días, o la destinaría a otros casos.

Andrés Cruz, el fiscal, se había dado cuenta desde el principio que ella se tomaba todos los casos como si fuera algo personal, y

sabía que acabaría quemada si no se lo tomaba de otra forma. Había llegado a apreciar a aquella mujer que, siendo tan joven, se había labrado un futuro dentro de ese entorno lleno de delincuencia; que trabajaba cada día por hacer del mundo un lugar mejor. Sandra era muy buena en lo que hacía, su interés y constancia era algo que admiraba; ningún otro de sus ayudantes ganaba los casos que ella, y por eso le había ordenado que se tomara unos días de vacaciones.

Capítulo 1

Era un día gris, afuera llovía a mares, los densos nubarrones no presagiaban que la tormenta fuera a amainar. Sandra Molina estaba detrás de los cristales de su despacho, mirando la calle. Desde el segundo piso del edificio donde se encontraba podía ver a la gente caminar deprisa por las aceras, cobijándose debajo de sus paraguas. Se los veía molestos, «nunca llueve a gusto de todos», pensó.

Ella sabía por qué la deprimía la lluvia. Fue en un día como ese que su vida había cambiado por segunda vez, sus padres habían muerto en un accidente de tráfico cuando iban a verla a la ciudad para su graduación, después de que ella hubiera acabado el bachillerato. Los agentes de carreteras le habían dicho que su padre había perdido el control del coche debido a la lluvia intensa, y se habían precipitado al vacío; los dos murieron en el acto. Ese día había quedado grabado en su memoria, se había quedado sola en el mundo. ¡Cuánto los echaba de menos! A pesar de que ella estudiaba en la ciudad, hablaba a diario con sus padres por teléfono. A partir de ese momento se había acabado las conversaciones, el amor y las risas que compartían.

Suerte tuvo de poder contar con su casera, una mujer mayor que la había ayudado a superar su pena, la acompañó a los mejores psicólogos de la ciudad para que curaran su alma y corazón heridos. Gracias a ella, aceptó lo ocurrido años atrás y la pérdida de sus progenitores. Desde ese momento se había convertido en lo más parecido a una madre; su confianza era absoluta; su amor, incondicional y correspondido.

Su humor era tan gris como el día. Hacía escasas horas que se había puesto a trabajar después de pasar una semana de vacaciones. Y esa mañana, al sentarse en su mesa, se había encontrado con un buen número de carpetas apiladas delante de ella. Casos que requerían de su atención. «Demasiados», pensó

angustiada. Ella era ayudante del fiscal y se había especializado en los casos de violaciones y malos tratos. Era meticulosa, no dejaba nada al azar, deseaba terminar con todos esos monstruos. Sabía que nunca lo lograría, cada vez que encerraban a uno en la cárcel, pensaba «uno menos», pero su trabajo no acababa nunca, siempre tenía más de un caso por resolver. Todos la afectaban. Su superior le había propuesto en más de una ocasión que los dejara para alguno de sus compañeros, pero para ella era una cosa personal, no podía.

Esa mañana estuvo ojeando las carpetas. Los agentes que trabajaban con ella sabían lo exigente que era, que debían tener todas las pruebas antes de presentarle los casos. Al principio, habían tenido problemas, no entendían por qué les exigía tanto, pero pronto se dieron cuenta de que perdía muy pocos casos. Cuando llevaba a un violador ante el juez, este terminaba en prisión.

Las carpetas que ahora tenía ante ella estaban todas suficientemente documentadas, todas menos una. En una de ellas faltaban pruebas, o bien sobraban; era un caso extraño. La dejó a un lado y se dedicó a estudiar las otras.

Al mediodía, se tomó una ensalada de pollo, que le sirvieron en la cafetería del mismo edificio donde trabajaba, la que se encontraba en el ático y que tenía una vista fenomenal de la ciudad. Había días que esa panorámica la relajaba, pero ese en particular no se sacaba de la cabeza todos aquellos casos que la estaban esperando. Cuando terminó, pidió un café para llevar y volvió a su oficina.

Por la tarde, había dejado de llover y estaba empezando a asomar, entre las nubes, un tímido sol. Sandra cogió su maletín y se fue a comisaría. Al llegar allí, se encontró con los detectives David Nieto y Ernesto Valle, que estaban tomando café. La invitaron, bromeando sobre el trabajo que tenía ella acumulado debido a las vacaciones.

—Cuando quieras hacer vacaciones, deberías poner un anuncio en el periódico para que los violadores también se tomaran unos días de descanso —bromeó Valle.

—No estaría nada mal —terció Nieto.

—Si así consiguiera que a esos monstruos se les pasaran las ganas, te aseguro que estaría todo el tiempo de vacaciones —les contestó ella sorbiendo de su taza.

—Menuda vida. —Observó uno de ellos—. Podemos probar, así nosotros tampoco tendremos trabajo.

—Nos destinarían a otro departamento, zoquete.

Los tres rieron.

Su oficio no era agradable, muchas veces se sentían frustrados por no poder terminar con todos esos desalmados que detenían y entonces fingían locura pasajera. Cuántas horas de sueño perdían pensando en sus mujeres, hermanas y amigas, que iban tan tranquilas por las calles sin saber si en la próxima esquina se encontrarían con un lunático que las agrediera sexualmente. Ellas, y todas las mujeres, eran la razón por la cual no pedían el traslado a otra unidad. A menudo pensaban que mientras ellos estuvieran al pie del cañón, ese tipo de delincuencia disminuiría. Eran un buen equipo, trabajaban todos por un fin común y no les importaba la falta de horarios; lo que tenían que hacer lo hacían fuera la hora que fuera.

Su manera de sobrellevar la presión era bromeando entre ellos, que era lo que estaban haciendo en esos momentos; tratar de relajarse y poner un poco de distancia entre su amistad y su desagradable tarea.

Sandra entendía sus motivos, y por eso no se ofendía cuando se guaseaban, sabía que ninguno de ellos conocía por qué ella se había volcado en aquellos casos. Si lo supieran… no, no quería pensar en ello. Era algo del pasado, y por mucho que hubiera condicionado su vida, tenía que mirar hacia delante y seguir, aunque sabía que nunca sería una mujer como todas las demás. Las heridas de su alma nunca desaparecerían del todo, las llevaría siempre consigo.

Ahora, gracias a las sesiones con varios psicólogos, se tomaba la vida como cualquier otra joven de su edad, intentaba no pensar en

el pasado y poner toda su atención en el presente y el futuro. A pesar del trabajo que hacía, empezaba a conseguir poner distancia con los recuerdos; reconocía que sus compañeros, con bromas y risas, y su casera, con su cariño, eran los que más la habían ayudado, aún sin saberlo.

Les estuvo contando el viaje que había hecho, y ellos se mostraron encantados. Les describió los bellos paisajes de los que había disfrutado, descansando en una casita de madera al lado de un lago espectacular de los Pirineos. Cuando acabó su relato, la acribillaron a preguntas, querían saber si había ido sola, dónde estaba ese rincón tan maravilloso…

Ellos conocían la vida que ella llevaba, la sabían solitaria y siempre se preguntaban por qué. Era una mujer muy bella, y no entendían cómo era posible que en el tiempo que llevaban trabajando juntos, nunca hubiesen sabido de algún hombre en su vida. Al principio de conocerla, llegaron a pensar que era lesbiana, pero con el tiempo se dieron cuenta de que no era así. Entonces pensaron que los casos que llevaba la afectaban tanto que era incapaz de confiar plenamente en ningún hombre.

Aún le estaban haciendo preguntas cuando llegaron los agentes Olga Tejedor y Adam Guerrero. A este último, Sandra no lo conocía, pues se había incorporado al equipo mientras estaba de vacaciones.

—Te presento al agente Adam Guerrero. —Olga hizo la presentación después de darle un beso en cada mejilla, en señal de bienvenida—. Ha venido desde Madrid para trabajar con nosotros.

Ella le tendió la mano y se la estrechó. Adam pudo darse cuenta de la enérgica mujer que tenía delante.

—Llámame Adam. —Su voz era profunda—. Me han hablado muy bien de ti.

Era mentira, sus nuevos compañeros le habían pintado a una arpía quisquillosa. ¡Serían mamones! A pesar de eso, quizás por la manera que ella lo miraba, supo que sería puesto a prueba.

Sandra pudo apreciar que él era un hombre muy seguro de sí mismo.

—Detective… ¿No estaba a gusto trabajando en Madrid?

Adam había oído comentarios de lo reservada que era; su compañera, Olga, le había dicho que tal vez le costara un poco ganarse su confianza, que era muy exigente. Él se dio cuenta de que aquella pregunta no era de rechazo, ella lo miraba con unos increíbles ojos color miel, como si quisiera conocer todos sus secretos.

A ninguno de ellos les pasó por alto el formalismo que ella había empleado al dirigirse a Guerrero. A él tampoco.

La observó durante unos instantes antes de responder y pudo apreciar a la hermosa mujer que tenía ante sí.

—Necesitaba nuevos retos y me dijeron que aquí, en Barcelona, la justicia es más meticulosa.

—¿Me está diciendo que en Madrid los jueces no hacen cumplir la ley como en todas partes? —Sandra lo estaba evaluando.

—Depende del caso y del juez.

—¿No será que los jueces no tienen suficientes pruebas condenatorias?

¿Le estaba indicando que era negligente en su trabajo? Adam no se molestó, sus compañeros se lo habían advertido, y supo al instante lo que ella pretendía.

—No, señorita, de lo que se trata es de las diferentes maneras que tienen algunos jueces de interpretar las leyes.

Él recurrió al mismo formalismo que ella.

—¿Quiere decir que aquí los jueces las interpretan mejor? —Una ceja castaña se levantó mientras le hacía la pregunta.

—Eso se lo podré contestar dentro de algún tiempo.

A Sandra le gustó el comentario.

—Cuando tenga la respuesta, hágamela saber. —Hizo una mueca con los labios, cosa que le encantó a Adam. En su cara apareció una

sombra de sonrisa; «he superado la primera prueba», pensó.

Olga sirvió más café para todos y estuvieron hablando de las recientes vacaciones de Sandra. Mientras tanto, Adam la observaba. Por los comentarios de sus compañeros, esperaba encontrarse a una vieja gruñona, no a esa mujer tan joven. La fiscal tenía el pelo castaño claro, que le rozaba los hombros, y llevaba una especie de despeinado muy a la moda, que le hacía resaltar sus facciones. Los ojos color miel lo habían traspasado; la boca de labios generosos y la nariz respingona le resultaban sumamente sensuales, era muy guapa. Su cuerpo estaba muy bien proporcionado, había curvas donde debía. No se parecía en nada a aquellas jóvenes anoréxicas que se veían por todas partes.

Su meticuloso examen se vio interrumpido por Sandra, que dándose cuenta de la observación a la que estaba siendo sometida por ese nuevo miembro del equipo, se sentía incómoda. Cuando le había estrechado la mano, sintió la fuerza de ese hombre, estaba segura de que se hallaba ante un carácter y una personalidad fuera de lo común. En los años que llevaba interrogando a personas, había desarrollado un sexto sentido, algo en su interior le decía que ese agente estaría a la altura de sus exigencias.

—Bueno, ya está bien de hablar de mis vacaciones, he venido por trabajo.

—Pero si te mandamos todos los casos bien documentados —exclamó Nieto.

—No, todos no, este… —Señaló, sacó la carpeta de su maletín y se la mostró.

—El del señor Jorge Romero —afirmó Olga mirando a Adam—. Sí, es un caso extraño.

Sandra miró a la agente de forma interrogativa.

—Una trabajadora de su empresa lo acusó de haberla violado. Él dice que fue sexo consentido. Que ella no paraba de insinuarse.

—¿A esa mujer le habrán hecho algún examen médico? —Sandra lo miró exasperada.

—Sí, y mostraba signos de haber sido violada.

—¿Entonces?

—El señor Romero nos confirmó que habían hecho el amor salvajemente, que cuando él trataba de ser atento, ella lo arañaba y lo incitaba a la violencia, que por eso tenía esas señales y los hematomas.

—¿Señales y hematomas? ¿Qué tipo de magulladuras? —exclamó Sandra.

—Tengo las fotos en mi mesa. —Guerrero esperaba que fueran a la sala de conferencias para hablar del caso, no que lo hicieran allí, tomándose cafés.

Sandra lo miró como queriéndole decir: «¿a qué esperas para traerlas?». Él fue a buscarlas y cuando se las tendió a ella, sus ojos se abrieron como platos.

—¿Esto es sexo consentido? —casi gritó Sandra al ver las fotos del cuerpo de la víctima.

—Eso dice él —afirmó el agente—. Pero yo no lo creo. —Ella lo miró con ceño—. Ese tipo no me gusta. Su cara me resulta familiar, pero no consigo recordar dónde lo he visto antes.

—No me puedo presentar ante el juez porque a usted no le guste. Supongo que tendrá algo más que eso.

—No, no tenemos nada más. Cuando lo interrogamos, nos aseguró que a ella le gustaba el sexo duro.

—Y solo tenemos la palabra del uno contra la del otro —sentenció Sandra—. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca.

—¿Esa mujer está casada?

—Sí —contestó Olga.

—¿Le habéis preguntado al marido? Él sabrá los gustos de su mujer.

—¿Cómo puede ser tan ingenua? —exclamó Adam. Lo que le valió una mirada furibunda—. Hay señoras que en su casa son una

cosa y fuera de ella, otra.

—Por ese motivo —razonó ella—. Puede ser que esa mujer busque fuera de su casa lo que no encuentra dentro. ¿Saben si tenían problemas? Es posible que el matrimonio no funcione… o que cada uno se busque la vida por ahí. Hay parejas muy liberales.

Adam la miró durante unos segundos.

—Mis dudas no son infundadas, lo sé, estuvimos hablando con ella, con los médicos y las enfermeras del hospital que la atendieron, es una víctima.

Sandra miró a Olga esperando qué tenía que decir, imaginaba que ella también había estado en el interrogatorio.

—Estoy de acuerdo con él; además, me imagino que, si tienes gustos raros, luego no lo vas denunciando —concluyó la aludida—. Estuvimos hablando con el marido, me pareció que estaba realmente trastornado por lo que le había pasado a su mujer. También interrogamos a algunos vecinos, a veces estos saben más de lo que deberían, y todos nos dijeron que era una pareja ejemplar, que tienen dos hijos y que nunca han tenido problemas. Son un referente en la comunidad, tanto ellos como los niños. Créeme, he tratado con suficientes personas que a la mínima ponen los vecinos a parir, sé cuándo exageran, estos nos decían la verdad.

—Tal vez ella… —Sandra estaba pensativa mientras hablaba, tal vez la mujer había querido experimentar algo nuevo—. ¿Sabéis si fueron descubiertos por alguien? Quizás alguien los vio y ella trató de salvar la cara ante el marido.

—No, no hay testigos.

—¿Lo habéis hablado con el psicólogo?

—Sí, y él está de acuerdo con nosotros —intervino Adam—. Ese hombre no es lo que parece. Cuando fuimos a verlo para preguntarle lo ocurrido, ya tenía un abogado a su lado, como si nos hubiera estado esperando. Luego va y nos dice que nos ayudará en todo lo posible, nos proporciona su ADN y en ningún momento niega el haber tenido relaciones sexuales con ella. Parecía como si se hubiese

aprendido de memoria lo que nos tenía que decir. Es todo control. —Sandra frunció el ceño, nunca se había encontrado con un caso parecido—. Luego está su prepotencia —siguió diciendo Adam—. Cuando habla… lo hace con un aire de superioridad… Ese tipo se cree el dueño del mundo. Se muestra condescendiente cuando le preguntas algo, te habla con una calma, como si estuviese instruyendo a un niño.

Sandra lo escuchaba con atención, desde luego ese no era el comportamiento de alguien sospechoso de violación.

—Quiero ver a ese hombre. Decidle que necesitáis hablar con él para corroborar alguna declaración, quiero ver cómo se maneja. Y también quiero hablar con la señora… —Miró el expediente—. Collado, cuidad de no citarlos a la misma hora, no quiero que ella se sienta incómoda.

Durante los años que Sandra llevaba trabajando en aquellos casos, había ido desarrollando como un sexto sentido. Estudiaba los movimientos corporales, la forma de hablar, si la miraban a los ojos mientras hablaban; era su manera de saber si le estaban diciendo la verdad o si le mentían.

Adam había podido observar el cambio en aquella mujer. Mientras estuvo hablando de sus recientes vacaciones, se había mostrado divertida, locuaz y pícara; pero al preguntarles por el caso, era como si hubiese cambiado de chip. Delante de él tenía a la ayudante del fiscal, la que no les dejaba pasar ni una, la que ganaba la mayor parte de los casos que presentaba ante el juez.

Capítulo 2

A la mañana siguiente, Sandra estaba estudiando el expediente de Jorge Romero; era propietario de una empresa inmobiliaria. Tecleó su nombre en el ordenador esperando encontrar algo, pero no halló nada. Era como si hubiera nacido cinco años atrás. No salía nada anterior, se había materializado de la nada. Evidentemente, ese sujeto tenía algo que esconder. Pero… ¿qué?

La empleada que lo había denunciado era una agente de ventas, una mujer casada, con dos hijos, y no tenía causas con la justicia, salvo por unas multas de tráfico.

Sonó el teléfono. Al otro lado de la línea estaba el agente Guerrero.

—El señor Romero ha salido de la ciudad. Hemos hablado con su abogado y nos ha dicho que pidieron permiso al juez, pues su jefe tenía que ir a ver unos terrenos para construir.

—¿Os ha dicho cuantos días estará fuera? —preguntó contrariada.

—No, no sabe cuándo va a volver. Pero me ha dicho que si es muy urgente, que lo llamara.

Sandra sabía que no lo podían hacer volver para hacerle unas cuantas preguntas, sobre todo después de que el juez le diera permiso para salir de la ciudad.

—Está bien, agente, cuando este señor vuelva, háganmelo saber.

Dicho esto, colgó el teléfono y se quedó pensativa. Era muy raro que ese hombre hubiese ido a ver a un juez si oficialmente no se le había acusado de nada. Él podía ir y venir donde quisiera. Realmente era muy extraño. Tendría que investigar.

Esa tarde al salir de su despacho, Sandra se sentía frustrada, había pasado todo el día buscando en el ordenador, quería averiguarlo todo sobre ese hombre. Y, después de horas, no había

encontrado nada anterior a cinco años, pagaba sus impuestos, su empresa parecía limpia. Pero… ¿y antes?

Al día siguiente, llamó a Olga y preguntó por Ramona Collado, la mujer que había denunciado la violación; esa señora le había dicho a la agente que esa misma tarde se pasaría por comisaría.

—Bien, estaré ahí.

Después de hablar con la señora Collado, Sandra estaba convencida de que esa mujer decía la verdad. Se quedó revisando el expediente, y el psicólogo que había estado observando a través del cristal se reunió con ella.

—¿Qué piensas? —preguntó Marcos Blanco, el psicólogo de la policía, sentándose frente a ella. Era un hombre delgado, con una inteligente mirada de ojos negros, llevaba el pelo castaño oscuro siempre revuelto y vestía con vaqueros y camisetas. Parecía más joven de lo que era, y ciertamente no aparentaba ser un licenciado; su carácter abierto y su voz suave hacían que la gente le hablara de cualquier cosa.

—Le creo —afirmó ella examinando las notas que había tomado.

—Tal vez con el informe del médico que la atendió…

—Necesito más, si me presento ante el tribunal con su palabra y un informe médico, me van a machacar. Ese hombre no niega que haya tenido relaciones con ella, es lo bastante astuto para saber que, con las pruebas de ADN, con su semen, lo tendríamos cogido por las pelotas, por eso no lo niega. Lo que hace es decir que ella buscaba ese interludio, que fue ella la que lo provocó, que ella quería que pasase.

—Pero él la amenazó con despedirla sabiendo que ella necesita el trabajo, su marido está en el paro.

—Eso es algo que él negará.

Olga se reunió con ellos después de haber acompañado a la señora Collado, y los encontró pensativos; miró a Sandra.

—¿Qué crees?

—Estaba pensando en las amenazas de ese tipo. Quiero que investiguéis si en el pasado le han servido de algo. —La agente y el psicólogo la miraron sin comprender—. Quiero saber si alguna otra empleada ha sucumbido a las amenazas de ese hombre.

—Ya entiendo, tal vez si alguna se negó y la echó a la calle, estaría dispuesta a testificar.

—Me has entendido perfectamente.

—Ahora mismo me pongo en ello. —Olga salió de la sala esperando encontrar algo con lo que poder acusar a aquel sujeto.

Cuando Sandra se iba, en la puerta del ascensor se encontró con los agentes Guerrero, Nieto y Valle.

—¿Cómo ha ido todo? ¿Ha visto a la señora Collado? —le preguntó Guerrero con formalidad; había notado que con él el trato no era tan fluido como con sus compañeros. No terminaba de gustarle tratarla con aquella deferencia, sobre todo teniendo en cuenta que ella era unos diez años más joven que él; pero estaba empeñado en demostrarle a aquella mujer que Adam Guerrero se tomaba sus responsabilidades muy en serio. Que nunca dejaba las cosas a medias y que era digno de confianza.

—Sí.

—¿Y?

Valle era el más locuaz del grupo y casi se le escapa una sonrisa cuando oyó a Adam dirigirse a ella de aquella forma. Nieto se dio cuenta y disimuló una risita que se le iba de los labios con una tos.

—Pues tendréis que investigar más —les dijo Sandra pensativa—. No puedo presentarme delante del juez con lo que tenemos. Además, necesito saber qué era de él antes de estos últimos cinco años.

Todos asintieron.

—Recordad que quiero ver a ese tipo en cuanto vuelva.

Sandra se dio la vuelta para que no la vieran sonreír ante la actitud de Adam. Por su mirada, supo que no le gustaba que una mujer más joven pusiera en tela de juicio su manera de trabajar.

Guerrero era un hombre con carácter, y suponía que no estaba acostumbrado a la manera que tenían de colaborar todos con todos, seguro que en Madrid nunca había visto al fiscal o a sus ayudantes trabajando codo con codo, como hacían allí. Ya salía del edificio cuando reparó en que llevaba una sonrisa dibujada en la cara, quizás fuera que le gustaba la impresión que le estaba mostrando a ese hombre. Imaginó que la creía una bruja engreída por ostentar el cargo que tanto le había costado conseguir.

En el interior del edificio, los compañeros de Adam le tomaban el pelo. Habían visto la sonrisa de Sandra y supieron que a ella le hacía gracia la formalidad de ese hombre.

—Parece que te hayas tragado un sapo —se burló Nieto al ver el ceño de su nuevo socio.

Valle rio ante el comentario.

—Me mira de una forma como si me estuviese evaluando.

—Sé lo que se siente, amigo, todos hemos pasado por lo mismo. —Nieto aún recordaba cuando ella se había incorporado a su equipo.

—No irás a rendirte, ¿verdad?

Los agentes soltaron una carcajada, por lo visto era gracioso, aunque Guerrero no le veía la gracia en ninguna parte.

—Tuvimos un compañero que, cuando ella le preguntaba algo, tartamudeaba como si no supiera hablar —soltó Valle entre risas.

—No compares, por Dios. —Nieto había terminado apoyado en la mesa de Olga, que estaba al costado de la de Adam—. Ese muchacho, recién salido de la academia, empezaba a sudar en cuanto la veía entrar por la puerta —dijo con una ancha sonrisa en los labios.

—¿Me estás comparando con un mindundi?

Adam miró a su compañero alzando una ceja, divertido.

—De ninguna manera.

A Valle, los ojos le chispeaban de diversión.

—Lo que me tiene descolocado es su manera de mirarme. Es como si estuviera esperando que la cagara para mandarme de

regreso a Madrid. Cuando me hablabais de ella, creía que me encontraría con una vieja urraca, en cambio…

Nieto y Valle se miraron con complicidad, sabían las conclusiones a las que había llegado su compañero.

—Ya sé lo que pasa —exclamó Nieto—. Eres un experto en el trato con las mujeres y a esta en particular no sabes cómo hacerlo.

—No digas tonterías.

—Solo hay que ver la formalidad con que le hablas.

Valle se destornillaba de la risa.

—Admítelo, amigo, estás ante una mujer guapísima que, si no fuera tu jefa, le echarías los tejos. Pero no puedes.

—Claro que puedo, pero tengo la impresión de que me daría una patada en el culo para mandarme a la Conchinchina —lo dijo con una sonrisa de don Juan que hizo reír a sus compañeros—. Además, aprecio demasiado mi trasero, no dejaré que me lo patee.

Lo que decían sus amigos era cierto, si la hubiese conocido en otras circunstancias, seguro que habría intentado seducirla; era una mujer muy guapa, con carácter, como a él le gustaban. No iba con él liarse con bobaliconas del tres al cuarto.

Una noche, Sandra salió con unos amigos a tomar unas copas y en el local se encontró con todo el equipo de agentes. Estos le anunciaron que estaban celebrando el aniversario de bodas del agente Nieto, llevaba diez años casado.

David Nieto era un hombre de unos cuarenta y cinco años, muy apuesto, de pelo castaño corto, y tenía un cuerpo atlético que denotaba que pasaba horas en el gimnasio. Pero lo que más se destacaba en él eran sus facciones normalmente duras y que se suavizaban cuando miraba a su pequeña esposa. En esos momentos se lo veía relajado y risueño.

Su mujer, Rosa, era menuda, apenas le llegaba al hombro, pero en su mirada azul pálido se veía que tenía mucho carácter. Llevaba

el pelo rubio largo hasta la cintura, y su marido lo acariciaba distraídamente.

—Enhorabuena —los felicitó Sandra estrechándole la mano a Nieto; a su mujer le dio dos besos—. ¿Cómo has hecho para aguantarlo durante todo este tiempo, Rosa? —bromeó.

La aludida se abrazó a la cintura de su marido.

—Es fácil, solo hay que mirarlo a los ojos para saber si las cosas le han ido bien durante el día. Si es así, se muestra encantador; si no, hay que cargarse de paciencia y tratar de que se olvide del trabajo —confesó guiñándole un ojo a Sandra. Esta entendió enseguida cómo Rosa le hacía olvidar sus problemas, era una mujer inteligente y sabía muy bien cómo manejar a su esposo.

Adam había observado a Sandra, había algo en ella que le era extrañamente familiar. Se había sorprendido cuando ella le tendió la mano a su compañero, estaban de celebración, aquello se merecía un abrazo o un par de besos. En los pocos días que llevaba trabajando allí, se había percatado de que ella se mostraba más cómoda cuando estaba con Olga. Con Nieto y Valle también, pero era diferente; no se mostraba antipática ni mucho menos, bromeaba con todos por igual, sin embargo, su lenguaje corporal delataba que no le gustaba que la tocaran. Y ellos debían saberlo porque nadie se extrañó del apretón de manos a Nieto.

«¿Será lesbiana?», se preguntó.

La estuvo observando mientras ella estaba con sus amigos; nada fuera de lo común. Reían, bebían y hablaban como el resto de las personas que atiborraban el local.

Los amigos de Sandra se fueron, y ella se quedó con sus compañeros. Sabía que si volvía a su casa empezaría a darle vueltas al extraño caso que tenía entre manos; hacía días que no se lo sacaba de la cabeza.

—Vamos a bailar —le propuso Olga a Sandra. La esposa de Nieto y la compañera eventual de Valle, una morenaza despampanante con muchas curvas, se unieron a ellas. Los hombres se quedaron en

sus sillones observando a las mujeres. Se lo estaban pasando en grande.

Adam observó a un hombre que se acercaba a las mujeres y bromeaba con ellas mientras bailaban, todas le sonrieron, era un sujeto bien parecido. Cuando Sandra acaparó su atención, trató de desentenderse de él, pero Adam, que la estaba mirando, vio como a ella se le borraba la sonrisa del rostro. Siguió bailando, tratando de ignorar a aquel tipo, haciéndole saber que sus atenciones no eran bien recibidas, pero aquel individuo pareció no darse cuenta.

A Sandra se le estaba acabando la paciencia, ese hombre la estaba molestando con sus miradas y comentarios. La música cambió y empezó a sonar una melodía para bailar en parejas. Las cuatro mujeres se giraron para volver a la mesa con los hombres, entonces el tipo cogió a Sandra por la cintura.

—No me negarás un baile, ¿verdad?

Ella se puso tensa al sentir las manos de aquel sujeto sobre su cuerpo.

—Suéltame, no quiero bailar contigo —contestó con los dientes apretados.

—Oh, pero si solo será una canción.

—No.

El tipo no aceptaba su negativa, la cogió por la cintura con las dos manos, atrayéndola hacia él. El genio de ella no se hizo esperar, le hizo una llave de karate y lo dejó tendido en el suelo. El tipo quedó aturdido, tratando de enfocar la mirada.

—No, quiere decir no —siseó ella mirándolo asqueada.

Los que los rodeaban se quedaron sorprendidos. Ella se dio la vuelta y volvió a la mesa donde estaban sus compañeros. Los agentes se habían puesto en pie para intervenir, pero estaba claro que no hacía falta.

Sandra se sintió mal porque sus compañeros hubieran presenciado aquello. Pensó que debería de haberse desenvuelto de

otra forma. Formuló una excusa, cogió su bolso y salió a la calle. No había andado más de veinte metros, cuando Adam la alcanzó.

—¿Te sientes bien?

—Estoy cansada, eso es todo —le contestó ella sin dejar de andar.

—Espera, te llevaré a casa.

—No es necesario, ve con los demás, la fiesta no ha terminado. Tomaré un taxi.

Adam la cogió del brazo para que se detuviera. Notó como ella se ponía tensa y la soltó al segundo. Los dos se quedaron mirándose. «¿Qué ha pasado?», se preguntaba Adam. Ella estaba muy pálida. En sus ojos pudo ver un destello de… ¿miedo?

Ella se sintió muy incómoda bajo la atenta mirada de Guerrero. Parecía como si él pudiera ver todos sus secretos.

—Yo…

Adam la interrumpió.

—Deja que te lleve a tu casa —dijo mirándola intensamente—. A propósito… ¡Buena llave! ¿Dónde practicas?

—Ya no lo hago. Estuve más de un año yendo a un gimnasio para aprender defensa personal; ahora solo voy de vez en cuando, más que nada para liberar adrenalina. A veces me siento tan frustrada que necesito… —¿Por qué le estaba contando aquello? No tenía que dar explicaciones a nadie.

Él la condujo hasta su coche y le abrió la puerta para que se acomodara. En cuanto se pusieron en marcha le comentó:

—Dirás que es una tontería, pero tengo la impresión de que te he visto antes, en otra parte. Soy muy buen fisonomista, nunca se me olvida una cara.

—A mí tampoco, y tu cara no me es nada familiar. —Su tono había sido un poco brusco, él se dio cuenta de su incomodidad.

Su actitud era algo que lo tenía desconcertado. Era una mujer misteriosa, esa noche la había tratado sin formalismos y ella ni se había inmutado. ¿Qué quería decir eso? ¿Tendría algo que ver que

estuvieran en el trabajo o fuera de este? Lo que también le llamó la atención fue que ella fuera a un gimnasio a practicar defensa personal, ¿tendría algo que ver con el trabajo que desarrollaba? Ciertamente, nunca había conocido a una mujer como ella. Y cada nueva faceta que conocía lo atraía más.

Sandra le indicó donde vivía, y en diez minutos ya estaba en su casa. Se preparó una infusión, se sentía inquieta. Guerrero la hacía sentirse rara. La miraba de una forma… En el momento en que sus ojos negros se habían posado en ella, sintió como si pudiera ver en su interior. Cuando la había tocado, había sentido como una especie de calambre recorriéndola entera. Se acostó sabiendo que esa noche no se lo podría sacar de la cabeza.

Capítulo 3

Adam se sentía a gusto con sus compañeros. Eran como una especie de «mosqueteros», todos iban a una. El cambio de Madrid a Barcelona no había sido lo complicado que él creía. Con sus antiguos colegas tenía muy buena relación; si había solicitado el cambio, había sido porque en ocasiones se sentía frustrado con su trabajo. Ellos jugándose el pellejo cada día en las calles, para que llegara un niño de papá, que era un caso perdido para la sociedad, y en cuestión de horas, un carísimo abogado lo sacara con una mínima fianza hasta los juicios que, en la mayoría de las ocasiones, no se llegaban a juzgar. Pues los *papis* pagaban indemnizaciones y multas, y sus vástagos seguían como si nada hubiese sucedido.

Además, en la unidad donde había trabajado, había algunos trepas que lo único que buscaban era subir escalones, sin importar a quién tuvieran que pisar en el camino. No había el mismo ambiente en un lugar que en el otro. Por el momento, allí no se había encontrado con un caso parecido y esperaba que no ocurriera.

Sus nuevos compañeros lo habían acogido como a uno más de ellos desde el primer día. Salvo la ayudante del fiscal, Sandra. Ella era más reservada, sin embargo, el día que habían celebrado el aniversario de Nieto, primero se había mostrado locuela y divertida, como sus amigas; y luego vio en ella una vulnerabilidad que se le hizo extraña en una mujer que se dedicaba a lo que ella. Esa mujer lo confundía.

Al cabo de unos días, al salir del juzgado, Sandra pasó por comisaría, quería saber cómo iban las investigaciones sobre el caso Romero. Los agentes se reunieron con ella en una sala donde había una mesa ovalada rodeada de sillas.

—¿A quién le apetece un café? —preguntó Valle dirigiéndose a la cafetera. Todos respondieron afirmativamente. Mientras, los demás

le contaban a Sandra que no habían avanzado nada en la investigación. Romero había aparecido de la nada hacía cinco años. Desde entonces era un ciudadano modelo, pero no sabían nada de él con anterioridad.

—Es tan frustrante… —exclamó Olga.

—¿Aún no ha vuelto a la ciudad? —preguntó Sandra frunciendo el ceño.

—No.

—Espero que este viaje no haya sido la excusa para desaparecer. —Los agentes la miraron alarmados—. Por lo que sabemos, ese hombre apareció de la nada hace cinco años… ¿Quién nos dice que…?

En ese momento sonó el móvil de Sandra y contestó.

—Si… yo soy… ¿Qué ha pasado?… —Se levantó de un salto con la mirada asustada—. Ahora mismo voy para allá. —Iba a recoger su bolso y su cartera.

—¿Ocurre algo malo? —le preguntó Olga, que se dio cuenta de su estado de agitación.

—Sí, Lisa está en el hospital. —En su rostro podía verse la angustia que sentía, entonces se acordó que había dejado el coche en el aparcamiento de los juzgados—. ¡Mierda! No he traído el coche.

—Yo te llevaré —se ofreció Guerrero—. Vamos.

Cuando salieron del *parking* de comisaría y se incorporaron al tráfico, él se dio cuenta de la angustia de ella.

—¿Qué ha ocurrido? —Trató de que su voz sonara tranquilizadora.

—No lo sé, no me lo han dicho —dijo con voz quebrada.

—¿Quién es Lisa?

—Es mi casera.

Él la miró alzando una ceja, había supuesto que se trataría de algún pariente… su madre… o alguna hermana.

—Tranquila, no será nada, ya verás. —Ella lo miró con los ojos muy abiertos—. Siempre es un buen sobresalto que te llamen de un hospital, pero la mayoría de las veces…

—Es una señora mayor… —exclamó con vehemencia.

Él le cogió las manos que ella se estrujaba en el regazo y le dio un apretón. No acababa de entender que ella se preocupara tanto si solo se trataba de su casera.

El contacto con aquellas manos grandes la hizo retener el aliento. Al instante, el ambiente dentro del coche se espesó, vibrando como una presencia más. Sandra sentía el latido de su errático corazón hasta en los oídos.

Adam se dio cuenta de la tensión que la tenía cautiva, volvió su mano al volante y la oyó vaciar sus pulmones del aire retenido.

—Espera a saber lo que ocurre, tal vez…

—¿Qué? ¿Tal vez, qué? —exclamó Sandra con la respiración agitada. «No puedo perder a Lisa», pensó mientras sentía que le faltaba el aire.

Él se dio cuenta de sus problemas para respirar.

—Trata de tranquilizarte, no le serás de mucha ayuda a esa señora si te derrumbas.

Ella lo miró angustiada, y aquellos ojos, aquella expresión, sacudieron algo dentro de su cerebro, la había visto antes en alguna parte, estaba seguro.

Adam se dio cuenta de que en esos momentos ella era incapaz de razonar. Apretó el pedal del acelerador. Hasta que no supiera lo que había pasado, ella no se tranquilizaría. El resto del recorrido lo hicieron en el más absoluto silencio. Cuando llegaron al hospital, ella estaba ya en un estado de absoluta ansiedad. Entró en urgencias corriendo. Una enfermera los acompañó hasta donde estaba Lisa; el médico estaba con ella. La mujer estaba tendida en una cama y lucía un buen golpe en el lado derecho de la cabeza.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sandra con voz quebrada. El doctor se giró al oír su voz.

—Nada, cielo, me mareé. —La anciana la miró con cariño—. Le dije al doctor que me dejara hablar contigo, pero no me dejó. Lamento que te asustaras.

Sandra se acercó a ella y le cogió las manos cariñosamente mientras esperaba que el médico le diera alguna explicación.

—¿Es usted familiar?

—No.

—Sí. —La voz de Lisa apagó la negativa de Sandra, sin embargo, el médico la había oído.

—Señorita, si no es usted familiar, tendrá que irse. —El doctor no parecía demasiado amistoso.

—Si ella se va… yo también —exclamó Lisa.

Adam lo observaba todo desde la puerta. Estuvo a punto de soltar una risita cuando la anciana miró al médico con cara de pocos amigos. Era una mujer muy menuda, pero en su mirada de ojos grises se podía apreciar la vitalidad que recorría sus venas. Su pelo corto completamente blanco lucía lustroso y por el rictus de su boca, él supo que aquella mujer tenía mucho carácter.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó Sandra a Lisa, ignorando al doctor.

—Sentí que se me iba la cabeza y no tuve tiempo de llegar al sofá, supongo que me desmayé. Cuando abrí los ojos, Amelia ya había llegado.

—¿Ya había llegado? ¿Dónde estaba? —Quiso saber, frunciendo el ceño.

—Bueno… yo… —La anciana parecía incómoda, las mejillas se le tiñeron de rojo.

Adam tuvo que reprimir una sonrisa que le estiraba los labios, la mujer parecía una niña pequeña que hubiera hecho una travesura y a la que hubieran pillado.

—¿Qué?

A Sandra se la veía como a una niñera reprendiendo a un niño. La imagen era graciosa ahora que había recobrado la compostura

que había perdido cuando no sabía lo que había pasado. A Adam se le escapó una risita que trató de disimular con una tos. Las mujeres se giraron hacia él, una con cara de pocos amigos y la otra con una pícara mirada de curiosidad. Él le guiñó un ojo a Lisa, y ella le sonrió.

Cuando su mirada gris brillante se volvió hacia Sandra, hizo una mueca con la boca, sabía que tendría que darle algún tipo de explicación.

—La mandé a comprar… —Sandra alzó una ceja, la mujer mayor se removió inquieta—. Está bien, me apetecía desayunar chocolate caliente con bizcocho.

—Pero, Lisa… ¡Por el amor de Dios! Sabes que el médico te tiene prohibidos esos desayunos. No le van bien a tu… —No terminó lo que iba a decir, soltó un suspiro meneando la cabeza.

—Doctor, ¿cómo está? —Él estaba molesto con la paciente, era un verdadero incordio, pero al ver que esa mujer se preocupaba y que parecía hacerse cargo de la situación, sus modales cambiaron.

—Ha tenido una bajada de tensión, y al caer se ha golpeado la cabeza. No parece haber ningún otro problema, pero la tendremos en observación hasta mañana. —Su trato parecía haberse suavizado —. Aunque si no se cuida…

Sandra miró a Lisa como lo haría una madre con un hijo.

—¿Estás escuchando?

La anciana los miró a los dos con una desafiante mirada.

—No soy sorda, pero he vivido los años suficientes para saber cuidar de mí misma, quiero poder tomarme un buen desayuno de vez en cuando, y si no puedo… —Cerró la boca con enfado.

El doctor le indicó a Sandra que saliera un momento de allí. Una vez en el pasillo, le dijo que tal vez la mujer tuviera razón, que le estaban prohibiendo cosas que posiblemente no tenían tanta importancia como que se sintiera feliz.

—¿Me está diciendo que le deje hacer lo que quiera?

—Mire, señorita, no le dejan comer dulces… —Ella asintió—. Y hoy hubiese podido morir de una bajada de tensión. O morir con la caída. Cuando los ancianos llegan a cierta edad, los controlamos como si fueran niños, «no comas eso… no hagas aquello», sin preguntarles qué es lo que ellos quieren. Tal vez desean vivir el poco tiempo de vida que les queda haciéndolo al máximo. Recuperando el tiempo que todos perdemos. Cuando hablas con una persona que sabe que tiene el final cerca, siempre se lamenta de cosas que querría haber hecho y que por una cosa u otra no pudo. —Esas palabras dieron que pensar a Sandra—. Creo que a veces con nuestro celo, por hacer que las personas vivan más tiempo, perdemos la perspectiva y no pensamos en lo que ellas desean de verdad.

Sandra lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Está tratando de decirme algo, doctor?

—Verá…, señorita, esto es lo que menos me gusta de mi profesión. —La miró intensamente—. Lisa ya es muy mayor, la caída de hoy no es grave, pero… me temo que en cualquier momento las cosas puedan complicarse. Hoy ha sido la tensión, mañana puede ser cualquier otra cosa. Su corazón ya no es joven, y tampoco su cerebro. Hoy puede acostarse bien, y mañana despertar sin reconocerla, o no despertar. Cuando las personas llegan a ciertas edades, cada día que pasa es un regalo. Es como el motor de un coche viejo, sabemos que no va a durar eternamente, pero cada día que ponemos la llave en el contacto y arranca… —Dejó la frase sin terminar para que ella entendiera lo que trataba de decirle.

Los ojos de Sandra mostraban desolación.

—Lo entiendo… ¿Qué me aconseja que haga, doctor? —susurró con un hilo de voz.

Él le sonrió, la primera muestra amistosa.

—No son parientes. —No era una pregunta, pero de todas maneras ella negó con la cabeza—. Pero he visto que se preocupa por ella. Háblele, he visto que la escucha… Tal vez no es tan malo

que de vez en cuando se permita un capricho. Intente que se sienta tranquila, contenta y feliz, es lo mejor que puede hacer en este momento, y que se tome la medicación…

—Contraté a una asistenta precisamente para eso, lo lleva bien.

—Entonces un chocolate de vez en cuando no le hará ningún mal. Todos sabemos que no viviremos eternamente. Lo que puede hacer es que los meses o los años que le quedan a Lisa se sienta querida y feliz, es lo que me imagino que toda persona quiere.

En cuanto salieron el doctor y Sandra, Lisa se fijó en Adam.

—Joven, acérquese… ¿Es amigo de Sandra?

La mujer lucía una pícara mirada; él le sonrió.

—Adam Guerrero para servirla, un compañero de trabajo.

—Ah.

—Le ha dado usted un buen susto.

—Si ese estirado del médico me hubiese dejado hablar con ella, esto no hubiera sucedido. —Le estaba dando excusas como una niña; él sonrió. Ella le señaló una silla y le dijo que se sentara a su lado y que le contara cosas de su trabajo. Adam obedeció, le contó anécdotas divertidas mientras la mujer se reía. Así los encontró Sandra, que paseó la mirada del uno al otro sorprendida. Los ojos de las dos mujeres chocaron.

—¿Qué te ha dicho ese estirado?

Sandra no pudo ocultar una sonrisa.

—Que eres muy cabezota.

La anciana rio.

Adam observó que Sandra estaba más relajada, pero supo que el médico le había dicho algo más. Su mirada era pensativa.

—¿Sabes que tienes un compañero muy guapo? —Ella la miró mientras sus mejillas se coloreaban—. Cariño…, una mujer a mi edad puede decir lo que se le pase por la cabeza, es una de las ventajas de llegar a vieja. A veces los jóvenes pensáis que nos falta un tornillo, pero no es así; lo que en otros momentos no me habría

atrevido a decir, ahora lo digo… —La mujer soltó una carcajada—. No me importa que pienses que estoy senil.

—Lisa, eres imposible —murmuró moviendo la cabeza.

—Me lo has dicho más de una vez. —Adam miraba a ambas y veía que las unía un extraño vínculo. Lisa pudo ver lo que pensaba en su mirada—. Joven, aunque el envoltorio esté arrugado… —dijo señalando su cuerpo—. Tengo la mente joven, por eso nos llevamos tan bien.

Él la miró con una maliciosa sonrisa.

—No puedo creerlo… ¿Quién ha sido el necio que le ha dicho eso? Es usted una absoluta belleza, podría competir contra todas esas jóvenes tan delgadas y esmirriadas que se presentan a mises y seguro que la elegirían en primer lugar.

—Uy… uy… uy… ¡Qué zalamero es! —Lisa soltó una carcajada.

—Ahora tengo que irme, preciosa, pero volveremos a vernos. —Se inclinó y le dio un beso en cada mejilla.

Adam miró a Sandra, y ella le hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza. Lo acompañó hasta el corredor…

—¿Va todo bien? —Adam parecía sinceramente interesado.

—Sí, es solo que…

—¿Qué?

—Ese médico me ha dicho que la deje hacer y comer lo que ella quiera.

Él frunció el ceño.

—Eso no es muy ético por su parte.

—Me ha dicho que es muy mayor, que es posible que le quede poco tiempo de vida… Estoy hecha un lío. —Sandra se frotaba las sienes.

—¿Te encuentras bien?

—Sí… sí… es que debería llamar a los sobrinos de Lisa, y a ella no le va a gustar. —Adam la miraba sorprendido—. Nunca se han llevado demasiado bien.

A él no le entraba en la cabeza que aquella adorable anciana no le cayera bien a alguien, era encantadora.

—Los llamaré… —Sandra estaba pensativa—. Si ellos quieren venir o no…

Adam asintió con la cabeza.

—Harás bien… Ahora me voy… —Puso su gran mano encima de los brazos cruzados de Sandra. Ella, ante aquel contacto, se sorprendió de no haber sentido el sobresalto que siempre sentía cuando alguien la tocaba con tanta familiaridad—. Llámame si necesitas algo.

Ella se quedó allí, mirando la ancha espalda de Adam, mientras este caminaba por el pasillo. ¿Qué tenía ese hombre que, cuando sus ojos se cruzaban, sentía un vuelco en el estómago? ¿Cómo era posible que, en el poco tiempo que se conocían, se sintiera tranquila a su lado? No lo entendía, y no era el momento de ponerse a pensar en ello. Tenía una desagradable tarea que hacer… Llamar a los sobrinos de Lisa.

Esa misma noche, Adam se presentó en el hospital. Llevaba un ramo de flores para Lisa y comida china para Sandra. La anciana estuvo entusiasmada, le dijo que se sentara a su lado y le explicara cosas. Él, hábilmente, llevó la conversación hacia la juventud de Lisa, y ella estuvo contándole historias hasta bien tarde, se le cerraban los ojos. Él le aconsejó que descansara, que ya hablarían otro día, y ella se durmió al instante.

Sandra le agradeció la atención que le estaba prestando a Lisa.

—Es una mujer muy agradable.

—No todo el mundo piensa lo mismo.

Él vio como se le ensombrecía la mirada.

—¿Has hablado con sus sobrinos?

—Sí… Oh, Dios… ¿Cómo puede haber gente así por el mundo?

—¿Qué te han dicho?

—Que no tienen tiempo de ocuparse de Lisa, que si no fuera por mí, ellos la internarían en una residencia… que con la edad que tiene…

Adam no podía creer lo que estaba escuchando, notó que se había quedado con la boca abierta. Era cierto que no conocía a la anciana más que de unas horas, sin embargo, se lo había ganado con una pícara sonrisa y con una amena conversación. Él sabía bien que las primeras impresiones que le causaban las personas eran las acertadas.

—¡Serán malnacidos!

Quizás porque se sentía muy cansada, o porque también estaba furiosa, Sandra le contó como diez años atrás, cuando había decidido estudiar en la universidad, se había instalado en el piso de Lisa, esta le había alquilado una habitación, y con el tiempo se había convertido en una amiga muy especial. Siempre podía contarle lo que pensaba; la anciana no la censuraba, la escuchaba y le daba su punto de vista. Siempre la había tratado como si fuera un miembro de su familia. El día a día había hecho crecer un cariño entre ellas que pronto se volvió en amor. Quería a esa mujer, y no soportaba ver cómo la trataban sus propios familiares.

—Por desgracia hay mucha gente así. Cuando estaba en Madrid, me encontré con varios casos de hijos que habían abandonado a sus padres en los lugares más insospechados; los pobres se encontraban de pronto en residencias que ni siquiera eran legales. Les quitaban todo, sus hogares y, en la mayoría de los casos, hasta los ahorros de toda la vida.

—¡Es tan injusto! —susurró Sandra.

—Hay un vacío legal muy grande, les hacían firmar los papeles diciéndoles que eran cualquier otra cosa, y se quedaban con todo.

Ella se lo quedó mirando con tristeza.

—Eso es lo que tratan de hacer con Lisa. Quieren internarla para quedarse con todos sus bienes. Aunque pienso ayudarla a luchar

contra esas sanguijuelas; no me rendiré mientras ella no lo haga, cuando ella muera…

Adam no podía soportar la sombría mirada de aquellos ojos color miel; la cogió de las manos…

Sandra se asombró de nuevo al no sentir el sobresalto que la asaltaba cuando alguien se tomaba aquella familiaridad.

Él pudo ver la confusión en su mirada.

—No te preocupes, aún falta mucho para que ella se decida a abandonar este mundo, es muy testaruda. —Lo dijo para animarla, y pareció dar resultado.

—Tienes razón… —Su boca se curvó en una débil sonrisa—. Es capaz de vivir cien años solo para fastidiar a sus odiosos parientes.

Aquella faceta de Sandra sorprendió a Adam. La había visto con distintos estados de ánimo, pero esa angustia y preocupación por esa mujer se le hizo muy peculiar. ¿Dónde estaba su familia? No le pareció apropiado preguntar en ese momento, sospechaba que tras todo aquel desasosiego había mucho por descubrir.

Cuando Adam se marchó, Sandra recapacitó en lo fácil que era hablar con ese hombre, ella nunca contaba su vida a nadie, sin embargo, a él le había explicado mucho más que a sus amigos.

Capítulo 4

En comisaría seguían sin encontrar nada del pasado del señor Romero. De la noche a la mañana había levantado una empresa inmobiliaria que tenía sucursales por todo el país. Todo lo referente a aquel tipo parecía de lo más limpio, a la par de lo más sospechoso.

Nieto había ido a ver a su superior para que pidiera una orden para investigar los libros de la empresa de Romero, pero el capitán le dijo que no tenían suficientes pruebas para pedirla, y eso lo puso de un humor de perros.

Guerrero tenía un compañero, de cuando trabajaba en Madrid, que era un genio con los ordenadores, lo llamó y le pidió —como un favor personal— si podía conseguir la lista de empleados de Romero desde que había puesto el negocio. Este le chuleó que lo intentaría, los dos sabían que eso era pan comido para el informático; y ya puestos le solicitó a ver si podía averiguar algo referente a aquel hombre.

—*Sí señor* —bromeó su amigo, Ignacio Lozano—. *En un plis plas te diré hasta la talla de preservativos que usa.* —Rio.

—A ver si es verdad —se guaseó con una sonrisa que su amigo no podía ver, pero que podía sentir en su voz.

—*¿Lo dudas?* —Una sonora carcajada le llegó a través de la línea.

—Ni se me ocurriría, si alguien puede conseguirlo, ese eres tú.

—*Así me gusta que sepas apreciar mi talento… sobre todo cuando me estás pidiendo de forma velada que me meta en algunos lugares donde no debiera.*

—Me gusta cómo me entiendes.

—*Me deberás un favor… en realidad varios.*

—Ya te encargas tú de cobrártelos. —Recordó como su amigo lo había liado para que saliera con una mujer, que en realidad era una joven de diecisiete años, para él poder liarse con su hermana mayor.

Se había encontrado en un concierto de un grupo que no paraba de dar voces, con una jovencita enloquecida que gritaba y saltaba como una posesa. Se había sentido como un viejo al lado de todos aquellos adolescentes frenéticos.

Su amigo debió de recordar lo mismo, pues soltó una carcajada y se despidió.

Sandra se había tomado unos días para poder estar con Lisa. La anciana no parecía recuperarse del todo, se sentía cansada y, cuando dormía, se despertaba siempre sobresaltada. Cuando le preguntaba qué era lo que la inquietaba, ella le decía que tenía extraños sueños, que soñaba con sus familiares y amigos que habían muerto hacía muchos años.

Adam las visitaba siempre que podía y se pasaba largo rato hablando con Lisa, le contaba historias del trabajo, la hacía reír y, cuando veía que la anciana estaba cansada, la dejaba para que descansara.

Sandra se sorprendió cuando Adam le pidió permiso para visitar a Lisa. Él le dijo que le había parecido que necesitaba distraerse, que quizás le fuera bien sentirse mimada, pero que lo entendería si a ella no le parecía bien. No quería que ella pensara que lo hacía por motivos laborales, como querer ganar puntos frente a sus compañeros, y también se lo dijo. Ella no sabía qué pensar, lo había estado observando, se daba cuenta de que era un hombre que decía lo que pensaba; igual que a ella, no le gustaban los malentendidos. En más de una ocasión se encontró pensando en él a cualquier hora del día o de la noche, y esto la ponía nerviosa, era algo que nunca le había pasado con ningún hombre. Pero le gustaba y agradecía que se tomara un rato cada día para pasar a ver a Lisa, las hacía reír a ambas y luego se marchaba.

Adam también se preocupaba por Sandra, la veía muy decaída.

—Tal vez, si volvieras al trabajo, te distraerías un poco.

—Tengo miedo de que si me voy… —Él la miró interrogante—. Era una mujer tan enérgica… en pocos días parece como si hubiese perdido las ganas de vivir.

—No es eso… lo que pasa es que está muy débil. Dale tiempo. A su edad es normal que tarde más en recuperarse… ya verás cómo se pondrá bien. —No lo creía, lo decía para animarla, él también se había dado cuenta de que Lisa se iba consumiendo como la llama de una vela.

Una noche mientras se tomaba una cerveza en su apartamento, después de haber visitado a Lisa, se dio cuenta de cómo había cambiado la manera de tratarlo de Sandra. Parecía como si le hubiese cogido confianza, hablaba con él de sus preocupaciones, le contaba como había hecho para entretener a la anciana durante el día… El cambio de actitud le gustaba, pensó, sorprendiéndose a sí mismo. Ella era su compañera de trabajo, no, era más bien una superiora, y trabajarían mejor si había confianza entre ellos.

Esperaba que ese cambio no fuera debido a nada más que eso, que ella no albergara ningún tipo de sentimiento hacia él. Si fuera así, tendría que desengañarla, y eso podía ser contraproducente con el trabajo.

Él no era un hombre que estuviera preparado para echar raíces, le gustaba su vida de soltero, los rolletes de una noche, quizás más, dependiendo de la mujer. Pero cuando se topaba con alguna que le hablaba de sentar cabeza, huía de ella como de la peste. Estaba a gusto con su independencia; ya llegaría el día de buscar mujer y tener hijos, quería tenerlos, pero por el momento no.

Unos días más tarde, en una de las visitas de Adam, Lisa parecía estar más animada; ya no estaba en la cama, sino sentada en una butaca de su habitación con unas almohadas en la espalda. Llevaba una bata de lana de color azul cielo y su pelo blanco bien peinado; sus ojos grises brillaban igual que la sonrisa que le dedicó en cuanto lo vio. Después de que él le contara como le había ido el día, ella le dijo que cogiera a Sandra y que se la llevara a cenar.

—Le conviene salir, hace muchos días que no se divierte. —La anciana tenía una mirada de lo más pícara; él se alegró cuando ella le dedicó aquella sonrisa cómplice.

—¿Has oído? Lisa quiere quedarse sola. —Sandra, que en ese momento había entrado en la habitación con un jarrón para las flores que había traído Adam, los miró a los dos arqueando las cejas —. ¿Debemos suponer que tienes algún plan, Lisa? ¿Esperas a alguien? —Lo preguntó con una sonrisa guasona.

—Oh… sí… estoy esperando a un *stripper* morenazo que me va a… —Se le escapó una carcajada—. ¡A vosotros os lo voy a contar!

—No tendremos más remedio que…

Sandra iba a discutir, pero la anciana replicó antes de que ella pudiera decir nada.

—Cariño, hace demasiados días que no sales, tienes una cara peor que la mía… compláceme, por favor.

—Pero…

—Yo estaré bien, Amelia está aquí.

—Pero…

—Basta ya de peros. Ve, ponte guapa, iros a cenar por ahí. Después incluso la puedes llevar a bailar un rato. —Lisa hablaba mirando a Adam, y este la veía más enérgica que cuando la había conocido—. Procura que se divierta, si no… —No terminó el comentario, pero el guiño que le lanzó decía mucho más que palabras.

A Lisa le gustaba Adam, era un hombre de la cabeza a los pies; bien sabía que la primera impresión era la buena, y él se la había causado desde que sus ojos se cruzaron con los de ella. Había visto cómo miraba a Sandra, lo hacía con respeto y admiración, y cuando les hablaba, nunca lo hacía con prepotencia y sabiéndose dueño de la verdad; escuchaba, y era muy capaz de cambiar de opinión si le mostraban buenos motivos.

Ella sabía que su tiempo entre los mortales estaba llegando a su fin, no sabía cómo, pero lo intuía. Y nada le gustaría más que dejar

a Sandra en manos de quien pudiese entenderla, que fuera capaz de curar sus heridas. Que estaban ahí por mucho que ella tratara de negarlas.

Sandra hacía años que le decía que ya estaba recuperada, que el pasado estaba detrás y que tenían que mirar hacia delante, pero Lisa sabía muy bien que eso solo era una pose para que no se preocupara. Sandra nunca se recuperaría de lo que le había tocado vivir, se había resignado a llevar la vida que había escogido, sin más aspiraciones. Se conformaba con la cómoda rutina y una coraza a su alrededor que no dejaba traspasar a nadie. Bien cierto era que había mejorado mucho desde que vivían juntas, pero Lisa temía que, cuando ella faltara, Sandra volvería a hundirse y se cerraría aún más que antes.

Nunca había hecho de casamentera y no iba a empezar ahora, solo tenía que conseguir que Sandra confiara en Adam, y que él fuera la torre donde ella pudiera apoyarse, que le transmitiera fuerza cuando la necesitara y que le prestara su hombro cuando precisara.

Esa noche, Adam se dedicó a Sandra, la llevó a un restaurante de lujo y la entretuvo contándole historias de cuando iba a la universidad. La hacía reír; a ella se le transformaba el rostro, su belleza se acentuaba con la diversión. No hablaron de trabajo. Cuando ella se preocupaba por Lisa, él le decía que estaba bien. Antes de salir, le había dicho a Amelia que los llamara si ocurría cualquier cosa, la más insignificante.

Cuando cerca de la medianoche salieron del restaurante, la llevó a un local de copas e hizo que la conversación girara en torno a ella. Sandra le contó muchas cosas sobre su niñez, pero cuando llegaba a la adolescencia… se dio cuenta de que sus ojos se ensombrecían. Él supo automáticamente que algo la había marcado en su juventud, de momento no tocaría el tema, esa noche no. La animó a que bailaran, no quería que aquella noche ella pensara en cosas desagradables. La cogió por la cintura y la llevó a la pista de baile. No habían pasado ni diez minutos cuando la música cambio y se vieron rodeados de parejas. Adam la miró, sonrió y la tomó entre

sus brazos; ella se envaró con las manos apoyadas en el ancho pecho.

—No sé bailar. —Su voz fue un áspero murmullo.

Él la sintió tensa entre sus brazos, eso no se debía a que no supiera bailar. «¿Qué le pasa?», se preguntó.

—Relájate y deja que yo te guíe —le susurró junto al oído.

Sandra sentía como su corazón le latía en las sienes, su cuerpo no respondía, parecía como si la hubiesen atado con una infinidad de cuerdas; incluso se le hacía difícil respirar.

—No puedo —exclamó con una voz tan débil que Adam se preocupó de verdad. Una de las manos que tenía en la estrecha cintura la llevó hacia la nuca y empezó a masajearla suavemente, apoyando la cabeza de Sandra contra su pecho.

Ella se sentía estúpida, siempre había evitado el contacto con los hombres, era su manera de mantenerlos alejados, pero Adam, en el poco tiempo que se conocían, había ido resquebrajando las barreras que ella había construido a su alrededor. Poco a poco había entrado en su vida, y ahora no lo sentía como una amenaza, sus manos no la lastimaban, sus brazos no la amarraban. Sintió como su respiración se acompasaba. Al estar apoyada en su pecho, podía oír los fuertes latidos de su corazón, podía oler su fragancia varonil. Se sorprendió de encontrar agradable ese aroma.

Él notó como se relajaba, sintió su respiración, que unos segundos antes era entrecortada y ahora se había vuelto regular.

—No es tan difícil, ¿verdad?

Entonces Sandra se dio cuenta de que estaban moviéndose cuerpo a cuerpo al compás de la música; se sonrojó violentamente.

—Debes pensar que soy estúpida.

Él la miró intensamente, como si pretendiera leerle el alma.

—No. —Pensó que tenía algún problema, pero no se lo diría, no era momento de ponerla en guardia—. Pienso que eres cariñosa, encantadora, amable, inteligente… nunca pensaría que eres estúpida.

La calidez de su voz penetró en el cerebro de Sandra, haciendo que un extraño calor la recorriera de arriba abajo.

Una hora más tarde, la llevó a casa, bajó del coche para abrirle la puerta y la acompañó hasta el portal.

—Me lo he pasado muy bien, tendremos que repetirlo más a menudo. —La voz profunda de Adam pareció acariciarla como rayos de sol.

—Yo también me lo he pasado bien. —Sus miradas se encontraron, y él vio sorpresa en esa declaración, parecía como si no acabara de creérselo. Sus ojos color miel lo miraban asombrados, y entonces, la cogió suavemente con sus grandes manos sobre las mejillas y la besó. Fue un beso breve y dulce, una suave rozadura de labios, pero no por eso menos embriagador. Ella pareció un segundo alarmada, pero como él no hizo ningún intento más, solo la miraba a los ojos, ella se relajó.

Adam se percató del momento de pánico, volvió a preguntarse qué le habría pasado a aquella mujer. Era evidente que, fuera lo que fuese, no lo había superado. Se apartó de ella y, susurrando una despedida, se fue.

Parada en la acera, Sandra vio como el coche de Adam se alejaba. Con dedos temblorosos se tocó los labios, aún podía sentir la suave rozadura de la boca masculina. Rememoró el baile. El miedo inicial se había esfumado rápidamente, se había sentido muy extraña entre sus brazos. Él tenía un cuerpo fuerte, de miembros muy desarrollados; era tan alto que ella apenas le llegaba a los hombros; su mirada de ojos negros parecía querer saber todos sus secretos y cuando le sonreía… esa boca de labios gruesos y suaves, que hacía unos minutos los había tenido sobre los suyos, debía ser la perdición de las mujeres. La sorpresa de esos pensamientos la hicieron contener el aliento, nunca se había fijado en ningún hombre, siempre se había mantenido alejada de ellos. Intentaba no ser desagradable, pero guardaba las distancias.

No sabía si reír o gritar. Adam se había abierto paso sobre todas las barreras que había construido a su alrededor. No quería que la considerara un bicho raro, pero tendría que comprender que ella nunca sería como todas las demás mujeres que se dejaban embaucar por una sonrisa y unas palabras amables.

Hacía mucho tiempo que había decidido no depender nunca de ningún hombre. Era joven, sana, tenía un trabajo que le permitía vivir bien; no necesitaba nada más. Desde el momento en que sus padres habían muerto, se había trazado unas metas, y con esfuerzo y tesón las había conseguido todas. Estaba satisfecha de sus logros.

Lo único que le preocupaba en esos instantes era la salud de Lisa, la mujer que había sido como una madre para ella.

Capítulo 5

En la comisaría, los agentes estaban perplejos, por más que investigaran de donde había salido el señor Romero, no encontraban nada.

Una llamada sacó de sus cavilaciones a Guerrero, era su amigo Ignacio Lozano, el técnico al que había llamado días atrás para que investigara con su red de contactos a Romero.

—Dime que tienes buenas noticias. —Adam dejó libre su frustración.

—No sé si son buenas o no.

La carcajada de su amigo le dibujó una sonrisa en la cara. Lozano era un tipo muy inteligente, siempre estaba con la cabeza en el ordenador, rodeado de papeles donde escribía sus notas sin orden ni concierto, iba vestido como un chaval de instituto, con una gorra del equipo local de baloncesto que no se la sacaba de la cabeza a pesar de sus treinta años. Dado su talento con los aparatos, tenía un despacho propio, y gracias a él se resolvían muchos casos. Era rápido investigando, tecleando datos en el ordenador; sabía dónde debía buscar. Los que trabajaban con él lo tenían por una especie de empollón, de bicho raro. A él no le importaba, sabía que a pesar de lo que decían de él, lo respetaban. Tenía un carácter muy jovial y siempre se estaba riendo, decía que era su manera de que los casos que investigaba no lo volvieran loco.

—Por el momento tengo la lista de aquellos trabajadores que me encargaste, aunque es enorme, ¿tienes que investigar a toda esa gente?

—Veamos si podemos reducirla.

—Dispara. —Era una manera de hablar, a Lozano le gustaba la jerga policial. Estuvo atento a lo que su amigo le pedía.

—Saca a todos los hombres de la lista.

—Esto la reduce considerablemente.

—Ahora dime a cuántas mujeres ha echado a la calle desde que abrió su negocio.

—A veinticinco.

—Quiero el número de mujeres que están trabajando para él en este momento.

—Un momento. —Lo paró Lozano, Guerrero podía oír a través de la línea como tecleaba en el ordenador—. *Cuarenta.*

—¿Haciendo qué?

—La mayoría son agentes de ventas y unas pocas son secretarias.

—¿Podríamos saber el motivo de los despidos? —Guerrero sabía que no había ninguna denuncia sobre Romero, pero un pensamiento le cruzó por la cabeza, podían haberlo denunciado, y si él se había avenido a pagar para que tuvieran la boca cerrada…

—Eso me llevará un tiempo, ¿quieres que te llame cuando sepa algo?

—Sí, y otra cosa… busca a ver si en esos despidos hubo movimiento de dinero de Romero hacia ellas.

—De acuerdo.

—De todas maneras, mándame la lista de esas mujeres que despidió.

—En unos minutos la tendrás ahí.

—Gracias.

Adam no sabía si estaba perdiendo el tiempo, pero por alguna parte tenían que empezar.

Eran cerca de las siete de la tarde cuando Olga y Valle llamaron la atención de Guerrero. Los dos reían mientras se ponían sus chaquetas. Al darse cuenta de que los estaba mirando, lo invitaron a unirse a ellos.

—Nos vamos a tomar una copa, ¿vienes? —Guerrero y Valle habían salido en varias ocasiones, pensaban de manera muy similar.

Los dos eran un par de mujeriegos a los que les daba pavor encadenarse a una mujer, preferían la variedad.

Olga solía tomarse una copa con ellos al final de la jornada, y luego se iba con sus amigos; con ellos se reunía, siempre que podía, Juanra. También era agente, pero trabajaba en otra unidad, entre él y Olga había surgido una grata atracción, y esa noche habían quedado para cenar. Olga llevaba un traje pantalón negro con una camisa fucsia desbocada en el escote, lo que insinuaba, más si cabía, sus generosos pechos.

—Luego me reuniré con vosotros, antes tengo que ir a un recado. —Guerrero no quería que sus compañeros supieran que iba a ver a Lisa, sabían que Sandra estaba con ella y no quería que sacaran conclusiones; además no había ninguna que sacar.

En casa de Lisa, esa misma tarde, habían tenido visitas. El sobrino mayor de la anciana había ido a verla acompañado de su mujer. Cuando Sandra abrió la puerta y se encontró frente a aquellos impresentables, se mordió la lengua para no soltarles cuatro sandeces.

—¿Podemos pasar? Venimos a ver a mi tía —advirtió con prepotencia, Ramón Delgado, mirando a Sandra con sus anodinos ojos medio cerrados, como si ella no fuera nada más que una molestia.

Su mujer, Gloria, la miraba de arriba abajo, con la nariz arrugada, como si oliera mal.

Ella no hizo caso a esas miradas, eran dos personas que no tenían principios ni moral, no se dejaría llevar por la animosidad que le inspiraban.

—Pasad. —Dio un paso atrás para dejarles paso—. Está en el salón.

Mientras caminaban por el pasillo, vio como observaban los cuadros en las paredes y los exquisitos muebles antiguos. En un momento, vio que cruzaban sus miradas avariciosas. Sintió

repugnancia hacia ellos, seguro que habían ido allí para enterarse si su tía abandonaría el mundo de los vivos en un futuro próximo.

—Lisa, tienes visita —anunció al llegar al salón. La mujer estaba sentada en un sillón al lado de una ventana, de espaldas a la puerta.

—Has llegado muy pronto hoy, Adam. —La voz de la anciana denotaba sorpresa y placer.

—No es Adam. —Sandra ocultó una sonrisa al ver el ceño fruncido de Ramón.

—¿Quién es Adam? —pregunto Gloria con su voz de trompetilla.

Al oír aquella voz, Lisa hizo una mueca que solo Sandra, que había llegado a su lado, pudo ver.

—¿Cómo estás, tía? —preguntó Ramón.

Lisa lo miraba con los ojos entrecerrados; sus sobrinos nunca la habían visitado si no era para pedirle dinero. Pues, se iban a llevar una desagradable sorpresa, no pensaba seguir siendo el cajero automático de sus parientes, no volverían a sacarle ni un céntimo.

—Fresca como una rosa —soltó con una sonrisa.

—Siento mucho no haber venido antes, pero me ha sido imposible.

Ramón se sentó en la silla que poco antes había estado ocupando Sandra, al lado de la anciana, leyéndole un libro.

—Por el trabajo… claro.

Lisa sabía que su sobrino no tenía un trabajo fijo, hacía algunas chapuzas, y lo que ganaba se lo gastaba en los bares, en bebidas; la mayoría de las noches llegaba a su casa con una buena borrachera.

Ramón hizo una mueca al escuchar el comentario. Su esposa lo había amenazado varias veces con divorciarse de él, pero Ramón siempre terminaba esas discusiones prometiéndole que, cuando su tía muriera, serían ricos. Gloria seguía trabajando en una zapatería, esperando la deseada herencia y soportando a un marido alcohólico. Había pensado muchas veces en el divorcio, pero esperaría a que él cobrara la herencia y así le sacaría un buen pellizco.

Gloria cogió una silla y se sentó al otro lado de Lisa, no quería que la ignoraran.

—Tienes muy buena cara.

Aquella voz hacía que Sandra rechinara los dientes. Se había quedado de pie, al lado de la ventana. Si no los conociera, habría pensado que eran una familia muy unida al verlos de aquella guisa.

—Mejor que la tuya, querida… ¿No te van bien las cosas?

La mordacidad de Lisa hizo que Sandra se diera la vuelta hacia la ventana para que no vieran la sonrisa que se le escapaba.

Gloria se envaró cuando escuchó aquella replica.

—Claro que me va bien, es solo que hoy no he tenido tiempo de ir a la peluquería.

—Si tú lo dices —murmuró Lisa.

—¿Qué has dicho?

—¿Yo? Nada… ¿Tú has oído algo, Sandra?

—No —contestó girándose. Había oído perfectamente y se mordía el interior de las mejillas para no soltar una carcajada. Se daba cuenta de que Lisa se había propuesto pasarlo bien a cuesta de sus parientes, no sería ella quien le quitara la diversión; además se lo merecían.

—Ramón, tu tampoco tienes buena cara. ¿Cómo te va la vida?

—No muy bien, la verdad.

—Se nota. —Lisa frunció el ceño, muy seria, como si estuviese preocupada—. Espero que no sean problemas de faldas, con esta esposa tan maravillosa que tienes… —Gloria se atragantó con su propia saliva—. Querida, ¿he dicho algo inconveniente? Deberás perdonarme, pero creo que ya estoy un poco senil, a veces digo cosas y no sé por qué las digo.

Lisa se lo estaba pasando genial burlándose de su sobrino y su mujer, hacía tiempo que sabía las intenciones de Ramón y sus hermanos: encerrarla en una residencia y repartirse sus bienes. ¡Lo llevaban claro! Siempre habían sido unos gandules que solo trabajaban cuando alguien les apretaba las tuercas.

Ramón había enrojecido hasta la raíz de sus cabellos.

—Tía, por Dios.

—Tienes razón, querido, cómo se me ocurre. —Los ojos de Lisa brillaban con malicia.

—Gloria, ¿no estarás esperando un hijo? Se te ve como hinchada.

—No —contestó secamente, hacía ya tiempo que se le había pasado la edad de tener hijos.

—Qué pena… —Lisa era una excelente actriz, pensó Sandra—. Me hubiera gustado poder disfrutar de un bebé antes de irme a la tumba.

Si no salía de allí pronto, estallaría en carcajadas, Sandra tenía verdaderos problemas para mantener la cara de circunstancias.

—¿Os apetece un café? —Los convidó, echándole a Lisa una mirada llena de regocijo, había añorado el humor ácido de la anciana.

—No, gracias, no podemos quedarnos mucho rato.

Ramón le había dicho a su mujer que no estarían más que unos minutos, y al ver las pullas que lanzaba su tía, pensó que lo mejor sería marcharse, si no Gloria lo mortificaría con sus quejas una semana entera.

—¡Qué pena! —exclamó la anciana—. Es la primera visita que tengo… aparte de Adam claro. —Había notado el recelo y la curiosidad de sus parientes cuando ella lo había nombrado.

—¿Quién es Adam? —preguntó, por segunda vez, Gloria.

—Es un hombre muy apuesto, querida, ¿ves todas esas flores? —El salón estaba repleto de jarrones con las flores que le traía—. Me las trae él, viene cada día y me cuenta historias, nos lo pasamos muy bien juntos.

Sandra salió del salón apresuradamente, antes de que se le escapara la carcajada que le subía de las entrañas, pero no se alejó demasiado, se quedó en el pasillo, no quería perderse ni una sola de las palabras de Lisa.

—¿Qué edad tiene ese hombre?

Su sobrino, en su avaricia, solo pensaba en que su tía pudiera hacer alguna estupidez, como dejar su herencia a un pretendiente. Lisa se dio cuenta del rumbo de sus pensamientos.

—Hijo, a mi edad, no soy muy exigente con la de los demás. —Sandra, al otro lado de la puerta, tenía una mano sobre la boca y la otra en el estómago, le dolía de aguantarse la risa.

—¿No te das cuenta, tía…?

—Es tan guapo… —lo interrumpió Lisa—. Tan atento… —La mujer soltó un suspiro—. Me trata tan bien… desde que tu difunto tío vivía que no estaba tan a gusto con un hombre.

Gloria y Ramón la miraban con los ojos como platos. Aquello había sido la gota que colmaba el vaso. Sandra se fue corriendo hacia la cocina, donde estaba Amelia, y esta le preguntó qué era lo que estaba pasando cuando la vio destornillarse de risa.

—Luego te lo cuento. —Se sirvió una taza de café y volvió al salón, con las mejillas sonrosadas de reírse.

—Maldita sea —murmuró Ramón.

—¿Decías algo, querido? Es que cuando pienso en él, parece que pierda el mundo de vista… ¿Sabes? —Volvió a suspirar como una jovencita enamorada.

Ramón necesitaba tomarse algo desesperadamente, con muchos grados a poder ser, veía a su mujer con el ceño fruncido.

—Tenemos que irnos, tía, estoy llegando tarde a una cita de negocios —anunció levantándose de su silla muy tieso, veía peligrar su herencia, y eso no le gustaba nada. Tendría que hablar con sus hermanos y tratar de alejar a ese hombre de su tía.

Cuando la puerta se hubo cerrado a sus espaldas, y Sandra se unió con Lisa en el salón, la anciana estaba riéndose a mandíbula batiente.

—Hacía tiempo que no me divertía tanto.

—Tienes una veta realmente malvada —la amonestó Sandra muerta de risa.

—Se lo merecen.

Las dos mujeres estaban de acuerdo en eso.

Lisa era una mujer que se reía de su propia sombra, su buen humor era contagioso, y cuando se lo proponía, su lengua podía resultar mortal. La vida le había enseñado a no callarse cuando sabía que estaba en posesión de la razón.

—¿No crees que te has pasado haciéndoles creer que tienes un pretendiente?

La cara sonriente de Sandra valía por esa pequeña mentirijilla. Lisa rio divertida.

—¿Si te lo hubiese dicho a ti, me habrías creído?

—No.

—Ni tú ni nadie, son tan cretinos que se lo han tragado hasta el fondo.

Sandra afirmó con la cabeza, pensando que la mujer tenía razón. Esos estúpidos se merecían eso y más.

Lisa le había contado como los cuatro hijos de Matilde, la única hermana que había tenido, la habían ignorado durante toda su vida cuando se reunían las dos hermanas, que era en contadas ocasiones pues ella, al casarse, se había ido del pueblo donde había vivido desde su niñez. Su hermana se había quedado en la casa de sus padres, que ya habían fallecido, viviendo con su marido y sus hijos.

Lisa se había quedado viuda al cabo de diez años de casada y no había tenido hijos. Su hermana le decía que volviera al pueblo, pero en las ocasiones en las que se había decidido a visitarla, sus sobrinos y su cuñado la trataban como a una extraña. Una vez había escuchado como el marido de su hermana les decía a sus hijos que tenían que tener cuidado con su tía, que no se encariñaran con ella, porque solo quería que vendieran la casa para quedarse con su parte. En ese momento, Lisa supo lo mala persona que era su cuñado, poniendo a los pequeños en su contra, pero como trataba bien a Matilde, mantuvo la boca cerrada. Ella nunca había necesitado la casa que habían heredado las hermanas; su difunto marido la había dejado en muy buena posición, con un piso

esplendido, lleno de obras de arte, y una cuenta corriente que le permitía vivir muy cómodamente hasta el fin de sus días. Si hacía aquellos viajes al pueblo era porque ellos eran su única familia. A partir de ese día, las visitas a su hermana se habían ido distanciando cada vez más.

Matilde, siempre que la llamaba, le decía que volviera a casa, pero ella se negaba a ir donde no era bien recibida por la mayoría de sus habitantes. Solo su hermana la quería allí.

Cuando su cuñado murió de un infarto en la cama de una prostituta, se dio cuenta de lo equivocada que había estado, y su hermana, después del funeral, le contó lo desgraciada que se había sentido con un marido que iba detrás de todas las faldas del pueblo y que le había quitado toda la autoridad sobre sus hijos, que los había educado del modo más machista que se pudiera imaginar. Sus propios hijos la tenían en muy baja estima, ella trabajaba en la carnicería del pueblo desde antes de que saliera el sol hasta muy pasado el anochecer. Había tenido que vender las tierras que su padre había trabajado durante toda su vida, para sacar a sus hijos adelante, y cuando les decía que se tenían que buscar un empleo, ellos le contestaban que ella los había traído al mundo y que era su deber mantenerlos.

Lisa se arrepintió de no haber estado más tiempo con su hermana, quizás se habría dado cuenta de la mala vida que llevaba.

Dos años más tarde, Matilde había contraído una enfermedad degenerativa, y sus hijos la habían internado en una residencia. Cuando Lisa se enteró, se llevó a su hermana a vivir con ella. Habían vendido la casa para pagar a una asistenta que cuidara en todo momento de Matilde. Lisa le dijo que no era necesario que vendiera la casa, que ella podía hacerse cargo de los gastos, pero su hermana se negó, ya iba siendo hora de que sus hijos se buscaran la vida. Cuando sus sobrinos se enteraron de que vendían la propiedad, se habían puesto hechos unas fieras, se habían presentado en su casa reclamándole que la vivienda era suya. Por aquel entonces, su hermana aún estaba lo suficientemente fuerte como para plantarles

cara a sus hijos y les contó la decepción que habían supuesto para ella.

Lisa aún recordaba la discusión.

—Sois unos desagradecidos, todos estos años me he estado deslomando por vosotros… ¿y qué he recibido a cambio? —Matilde tenía el ceño fruncido mientras miraba a sus cuatro hijos.

Ellos se fijaban los unos a los otros, extrañados de que su madre les hablara de esa manera. Si hubieran estado en su casa, le habrían gritado que era obligación de ella mantenerlos, pero allí presente estaban su tía y la asistenta que la cuidaba.

—Yo os diré lo que «NO» he recibido… nunca una muestra de cariño, nunca un hombro donde ahogar mis penas, nunca una satisfacción porque alguno de vosotros hiciera algo más que pedirme dinero para beber, jugar… o irse de putas. Me habéis decepcionado, cuatro hijos como cuatro catedrales, y todos habéis salido a vuestro padre, que solo vivía para su propio placer. He dedicado mi vida a enseñaros otros valores, pero para vosotros era más fácil escuchar los consejos de vuestro padre. ¡Qué cómodo eso de vivir de las mujeres!

Los cuatro se removieron inquietos al ver las caras de las tres mujeres que los enfrentaban.

—Pero, mamá…, nosotros te queremos —se aventuró a decir el más pequeño, Javier.

—Por eso cuando supisteis de mi enfermedad, os faltó tiempo para ingresarme en esa residencia. —El violento ambiente se había vuelto casi palpable.

Los cuatro hermanos, que ya eran unos hombres, el más joven había cumplido ya los veintisiete años, se envararon al ver que sus actos eran sacados al sol.

—Pero, mamá…, allí te cuidaban —aseguró Francisco, el tercero de sus hijos.

—¿Cómo sabes eso? ¿Acaso has venido a verme alguna vez?

El aludido bajó la cabeza.

—Mamá, sabes que lo que has hecho no está bien. —Octavio, el segundo hijo de Matilde, el que se creía el más listo, estaba lleno de maldad—. La casa es nuestra herencia. —La voz profunda como la de su padre y el tono eran idénticos.

A Matilde un escalofrío le recorrió la espalda, al recordar todo lo que había vivido al lado de ese hombre.

—No hijo, la casa era mía y de mi hermana, y ella ha sido muy generosa al no pedirnos nada de la parte que le tocaba de la herencia de nuestros padres. Ahora hemos decidido venderla, y no podéi*s hacer nada para cambiar eso… Cuando yo muera, vais a heredar el dinero que quede de la venta.*

—Pero… ¿Qué va a ser de nosotros ahora? —Javier miraba a sus hermanos como si les estuviera pidiendo ayuda.

—Sois mis hijos y os quiero… a pesar de todo.

Lisa se dio cuenta de que aquello era lo más difícil que había hecho su hermana.

—Os aconsejo que os busquéis un trabajo y os comportéis como hombres que sois, no esperéis encontrar a ninguna mujer que haga lo que yo he hecho por vosotros, ahora todas son mucho más listas de lo que yo he sido en toda mi vida.

—No tenías derecho a hacer eso —insistió Ramón con rabia en su mirada.

Lisa vio que su hermana hacía verdaderos esfuerzos para no echarse a llorar.

—Matilde, tienes que descansar —dijo con autoridad en su voz—. Ana… —Le hizo un gesto con la cabeza a la asistenta para que se llevara a su hermana del salón.

Los cuatro hombres vieron como aquella desconocida se llevaba a su madre, y ninguno de ellos hizo un gesto o dio un paso para despedirse de ella.

—Muy bonito. —La voz sarcástica de Lisa rompió el silencio—. Parecéis cuatro chiquillos de teta, desvalidos e indefensos.

—Tía, no te pongas en esto, ya hace mucho tiempo que nuestro padre nos advirtió de ti. —Octavio la miraba como si fuera la culpable de todos sus problemas.

—Lo sé. —Todos ellos se quedaron con la boca abierta al oírla—. Y por eso dejé de ir a mi casa y de mi hermana, cosa de la cual me arrepiento. Si hubiera sabido la vida que tu padre y vosotros le estabais dando, os aseguro que no habría parado hasta veros en la calle… Dar gracias que vuestra madre siempre mantuvo la boca cerrada, nunca me habló de la mala vida que le habéis regalado. —El más joven de sus sobrinos iba a interrumpirla, pero ella levantó la mano para hacerlo callar—. No digas nada, Javier, con palabras no puedes borrar los malos momentos que mi pobre hermana ha pasado. Gracias a Dios que ahora está aquí, yo me encargaré de que el tiempo que esté entre nosotros lo pase en paz y feliz. Tengo un gran trabajo por delante, son muchos los años de solitud que ha pasado, yo me ocuparé de pintarle una sonrisa en la cara, le daré todo el cariño que le habéis negado.

En el salón no se oía ni el vuelo de una mosca. Lisa los miraba con desprecio, y ellos estaban enfurecidos por tener que soportar los sermones de aquella mujer.

—¿Qué hacéis aquí parados? ¿Queréis *que os siga despellejando? Porque os advierto que tengo muchas ganas.*

Octavio hizo un gesto con la cabeza a sus hermanos para que lo siguieran.

—Vámonos.

—¿Nos permitirás verla? —preguntó el más joven antes de seguir a sus hermanos.

—Siempre y cuando la tratéis como se merece.

Después de aquella discusión, los sobrinos de Lisa estuvieron casi un año sin visitar a su madre. A partir de la primera visita de Javier, los otros se dejaban caer muy de vez en cuando. Matilde les preguntaba por sus vidas, y se le encogía el corazón cuando alguno

de ellos le contaba que tenía alguna mala racha y que no encontraba trabajo. Lisa se daba cuenta y, antes de que se marcharan, les daba algo de dinero para que pudieran seguir adelante. Cuando su hermana se daba cuenta del gesto, le sonreía feliz, eso era lo único que Lisa necesitaba, ver a Matilde contenta.

Cuando al cabo de los años murió y sus hijos se enteraron de que el dinero de la venta de la casa hacía tiempo que se había esfumado, montaron el cólera.

Cuando Lisa le había contado la historia a Sandra, esta se había indignado y le preguntó que por qué los había aguantado incluso después de morir su hermana. La anciana le había contestado que por inútiles que fueran, eran los hijos de su hermana, y Matilde los había amado.

Capítulo 6

Cuando esa noche Adam fue a visitar a Lisa, se encontró a las dos mujeres de muy buen humor, se reían por todo. Al preguntarles el motivo, Sandra le contó la visita que habían tenido esa tarde y lo bien que se lo había pasado la anciana riéndose de su sobrino y su mujer.

—Estuviste magnifica, se lo creyeron todo.

La sonrisa de Sandra le iluminaba la cara. Adam se la quedó mirando, nunca la había visto tan relajada, «es extremadamente bella», pensó sorprendido.

—No me extrañaría que de ahora en adelante vinieran a visitarme a todas horas. —Los ojos de la anciana mostraban regocijo.

Adam malinterpretó esa mirada, imaginó que a la mujer la hacía feliz que sus sobrinos se preocuparan.

—Claro… —Sandra se rio—. Querrán saber quién es ese adonis que te está haciendo la corte.

—Tú lo has dicho, si no supiera que Adam es muy capaz de defenderse…

—¿Crees que serían capaces de…?

—No lo dudes, querida. ¿No has visto la prisa que les ha entrado por irse en cuanto me he puesto a cantar alabanzas de Adam? —Sandra estaba con la boca abierta—. Me jugaría una buena merienda a que, a estas horas, Ramón y Gloria ya se han reunido con sus hermanos para decirles que tengo un novio.

—No.

Adam no sabía de lo que estaban hablando, las miraba a una y a otra alternativamente.

—Puedes estar segura, ya verás como no tardará mucho en aparecer por aquí otro de *mis queridos sobrinos*. —Hizo una mueca

al nombrarlos.

—¿De qué estáis hablando? —Adam estaba perplejo.

—Querido, llevas arma, ¿verdad?

—Sí. ¿Por qué?

—Como me gustaría ser mosca para ver la cara de todos ellos cuando traten de amenazarte. —A pesar de su sonrisa, en la mirada de la anciana había pesar.

—Lisa, por favor, deja de bromear. —Sandra intuía que lo decía en serio.

—¿De qué va todo esto? —Adam pudo vislumbrar que detrás de las risas había algo más.

—De mis *adorables sobrinos* —dijo con sorna—. Están esperando que estire la pata para cobrar la herencia. ¡Qué sorpresa se van a llevar! Son unas sanguijuelas que solo les interesa lo material, hicieron la vida imposible a mi hermana y ahora están deseosos de que me vaya de este mundo.

—Y… ¿qué pinto yo en todo esto?

A la anciana se le pusieron las mejillas coloradas y soltó una risita.

—Les he hecho creer que tú eras una especie de pretendiente.

Adam sonrió al ver a la adorable anciana sonrojada.

—Y crees que van a tratar de convencerme de que no te corteje. ¿Me equivoco?

—No. Lo que me preocupa es que no jueguen limpio y te hagan daño.

—Tienes una baja opinión de mí, ¿no? ¿No me crees capaz de poner a esos memos en su lugar? No me lo puedo creer —exclamó Adam teatralmente.

—Claro que confío en ti. ¿Tú crees que te habría puesto en peligro así como así?

La respuesta de Lisa le gustó; asintió con la cabeza.

—Muy bien, ¿cuándo empieza la función? —La pícara mirada de Adam la hizo reír.

Sandra los miraba a los dos como si hubieran enloquecido, al mismo tiempo que pensaba que los sobrinos de Lisa se merecían que los hicieran rabiar un poco… o un mucho, ya puestos.

—Espero que este jueguecito vuestro no nos traiga problemas. —Trató de poner un poco de sentido común en la cabeza de ellos dos.

—De ninguna manera, solo pretendo jugar un poco con ellos. —Rio la ver la expresión de la anciana—. Le seguiré la corriente a Lisa, nos lo pasaremos estupendamente, preciosa.

Adam pretendía dar una lección a todos aquellos desaprensivos y despreciables parientes.

Cuando se despidió de Lisa, Sandra lo acompañó a la puerta y le dijo que tuviera cuidado.

—¿No creerás que me estarán esperando?

—De esos te lo puedes esperar todo.

—Tienen suerte, estoy de buen humor, no les haré mucho daño.

—Eres imposible, te tomas todo esto a broma —exclamó Sandra frunciendo el ceño.

—Si me lo tomara en serio, los mataría. —Ella se dio cuenta de que no estaba tan contento como aparentaba—. Son unos desgraciados que solo piensan en la herencia, en lugar de pensar en el bienestar de su tía.

Se miraron durante unos segundos, en los que ella pudo ver los sentimientos descarnados en aquellas pupilas negras como la noche.

Olga y su compañero estaban tomándose una copa con Juanra, el amigo de Ernesto. Era un tipo descomunal, con unos brazos y piernas muy musculados; su cuerpo parecía el tronco de un árbol centenario, estaba hecho un bruto y era de raza negra. Cuando Olga lo había visto por primera vez, se quedó sin aliento, pues él estaba sonriendo, y aquella sonrisa transformaba su expresión, hacía que sonrieras a su vez, y estaba tan guapo; sus dientes parejos y las

arruguitas que se le dibujaban alrededor de los ojos y de la carnosa boca lo hacían sumamente atractivo. Llevaba el pelo muy corto y un arete en su oreja izquierda. Tenía un carácter jovial y se pasaba todo el rato bromeando.

Ernesto le seguía la corriente y no paraban de reírse.

—Basta… basta… —exclamó Olga apretándose el estómago—. No puedo más.

Los hombres no le hicieron caso y siguieron como si nada.

Cuando se despidieron de Ernesto, Juanra pasó un brazo por la espalda de Olga y la guio hacia una furgoneta negra. Ella lo miró alzando una ceja.

—¿No te gusta? —Una media sonrisa en aquella atractiva cara la hizo sonreír.

—Me encanta, es solo que con este traje que llevas hoy… —Se había calzado un traje de ejecutivo negro con una camisa verde botella; le quedaba como un guante, seguro que se lo habían hecho a medida, ella dudaba de que hicieran trajes de aquellas proporciones, estaba guapísimo.

—No siempre visto así.

—¿Ah, no? Y… ¿cómo vistes?

—Si me vieras en ropa de trabajo, no me conocerías.

—No estés tan seguro de eso. —Pensó en ese culo prieto que se podía adivinar bajo sus pantalones; sí que lo reconocería, no había visto nunca a un hombre como él—. No hay brutos como tú paseándose por ahí.

—¿Eso ha sido un insulto o un elogio? —preguntó mientras se ponía el cinturón de seguridad y la miraba de reojo con esa sonrisa hechicera.

—¿Tu qué crees? —En los ojos de Olga estaba pintada la diversión.

—Lo tomaré como un elogio.

Ella lo miró sonriente mientras se incorporaban al tráfico.

Las sorpresas para Olga no habían terminado, Juanra paró frente a un hotel de cinco estrellas y un aparcacoches se le acercó para abrirle la puerta. Cuando salió de su asombro, oyó a Juanra que le decía al muchacho:

—Trátala con cariño.

—Vaya, eres de esos hombres que tratan a sus coches como si fueran mujeres. —No pudo aguantarse la risa.

—Es que un coche es muy parecido a una mujer —bromeó él con su eterna sonrisa.

Ella esperaba que le contara algún chiste, en cambio, lo escuchó decirle mientras ponía esa gran manaza en su espalda y la guiaba hacia ese magnífico hotel:

—Mira, si a un coche lo tratas con cariño y eres cuidadoso con él, siempre te responderá, aunque de vez en cuando tampoco es malo darle una buena cabalgada. —Ella miró aquellos brillantes ojos negros—. Así, siempre sabes cómo se comportará.

Soltó una carcajada al ver la expresión de Olga, que se había quedado con la boca abierta.

—¿Y si al coche en cuestión no le gustan las cabalgadas?

—A todos los coches les va bien que de vez en cuando los pongas en una autopista y aprietes a fondo. —La conversación había tomado un extraño cariz metafórico.

Olga iba a decir algo cuando se les acercó un camarero y les dijo que lo siguieran. Se quedaron solos en una mesa al fondo de aquella sala exquisitamente decorada en tonos pistacho, con gruesos cortinajes en las ventanas y tenuemente iluminada para dar más intimidad a los comensales.

—¿Me decías? —dijo Juanra con voz melosa.

Olga miraba alrededor y ya no recordaba de qué estaban hablando. Sus miradas se encontraron y, por unos segundos, ninguno de los dos habló. Él estaba perdido en aquellos ojos marrón claro con chispitas verdes, rodeados de largas y espesas pestañas negras. Era una mujer muy atractiva, casi tan alta como él, delgada,

pero no escuálida, tenía curvas donde debía, su largo pelo negro como el ala de un cuervo, que normalmente llevaba atado en una cola, esa noche se lo había dejado suelto y parecía suave como la seda. De pronto le entraron unas increíbles ganas de deslizar los dedos entre ese lustroso pelo; apretó los puños para no hacerlo.

—¿Qué?

La sonrisa de Juanra se hizo más ancha al oírla.

—Estábamos hablando de coches.

—A mí me pareció que hablábamos de mujeres.

«Qué sonrisa tan bonita tiene esa mujer», pensó él mirando aquellos apetitosos labios color ciruela.

El camarero volvió a interrumpirlos para servirles el vino, y luego les preguntó si ya sabían lo que iban a cenar.

—Sorpréndeme.

Olga estaba coqueteando con él, y eso le encantó.

Él pidió un surtido de frutos del mar completo.

—¿Sabes que son afrodisíacos? —le susurró ella cuando el camarero se fue.

—Eso tengo entendido. —La pícara sonrisa le hizo sentir un agradable cosquilleo por todo el cuerpo.

—¿Hace mucho que conoces a Ernesto? —Él se dio cuenta del deliberado cambio de conversación.

—Desde que éramos unos mocosos, vivíamos en el mismo barrio, nos peleábamos con los mismos muchachos, nos enamorábamos de las mismas chicas y casi siempre teníamos alguna brecha en la cabeza.

Olga rio.

—No me lo creo, ¿quién era el tonto que se metía contigo?

—¿Te crees que nací así? Yo también he sido pequeño.

Olga se fijó que al sonreír se le marcaba un hoyuelo en la mejilla.

—Al verte ahora nadie lo diría.

No se lo podía imaginar de niño.

—Ja, ja… —Le gustaba que ella tratara de tomarle el pelo.

—¿En qué estás trabajando ahora?

—¿Es un interrogatorio? ¿Tengo que llamar a un abogado?

Esa eterna sonrisa hacía que ella deseara bromear con él.

—Oh, sí, te esposaría, pero me he dejado las esposas en la comisaría.

—Yo te dejaré las mías.

—¿No me digas que vas armado?

La risa se le escapaba por lo absurdo de la conversación.

—Claro que sí, nunca salgo de casa sin ella.

—Otra vez estás haciendo lo mismo —dijo Olga, tapando su sonrisa con el borde de la copa de vino.

—¿El qué?

—Hablando de tu arma como si fuera una mujer.

A Juanra se le escapó una carcajada.

—Claro que sí, es como los coches, un arma bien afinada…

Otra vez la conversación se estaba volviendo sexual, pues le seguiría la corriente.

—¿Estamos hablando de la misma arma? —La pregunta junto al brillo de sus ojos hizo que él se atragantara.

Juanra no pudo contestar, en ese momento empezaron a traerles platos de marisco. Ella ocultó su sonrisa, y él le lanzó una mirada llena de promesas.

Durante toda la cena tuvieron un camarero pendiente de ellos, les servía el vino, se llevaba los platos tan pronto estaban vacíos, les preguntaba a menudo si todo estaba bien. La conversación se centró en el trabajo. Él le contó que era una especie de especialista de la brigada criminal que normalmente iba infiltrado en las distintas operaciones, que dado su inusual aspecto se podía hacer pasar por un delincuente. Además, era un maestro del disfraz, lo que ella encontró muy gracioso dado su tamaño, y se lo hizo saber.

—Cualquier día me acercaré a ti en medio de la calle y no sabrás que soy yo.

—Lo dudo.

—¿Quieres apostar? —Él jugaba con ventaja, ella nunca lo había visto en acción y pensaba que no podía disimular su gran corpachón; si ella supiera.

—De acuerdo. —Olga estaba segura de poder reconocerlo en cualquier parte.

Él estiró una mano por encima de la mesa para estrechar la de ella y así cerrar el pacto.

—¿Qué nos apostamos?

—Un fin de semana.

—¿Un fin de semana? —Olga se quedó con el tenedor a medio camino del plato a su boca.

—Sí, si yo gano, te recogeré el viernes y te llevaré donde yo quiera y…

Ella se dio cuenta de que el camarero estaba pendiente de sus palabras. Alargó la mano y la puso sobre sus labios mirándolo elocuentemente. Juanra no perdió la oportunidad y le lamió la piel con su lengua, haciéndole cosquillas. Olga sintió una especie de calambre que iba desde la palma de su mano hasta el centro mismo de su cuerpo. La apartó y la cerró como si quisiera conservar aquella placentera sensación.

Juanra vio el efecto que aquella caricia había causado en ella, y se le pasó el hambre. Ella miró hacia el camarero y le pidió fresas con nata para el postre y una botella de champan, ella también podía sorprenderlo.

—¿Y eso?

—Una cena como esta se merece un postre especial. —Olga tenía los ojos brillantes.

—Yo había pensado en otro tipo de postre —susurró él para que nadie más lo oyera.

—Eres un demonio. ¿Siempre te sales con la tuya?

—La mayoría de las veces. —La mirada que le dirigió, junto con el movimiento de sus labios, que se mordió sensualmente, hizo que ella sintiera como si se derritiera por dentro.

Las fresas con nata estaban divinas, ella no quería quedarse atrás, pinchó una y la lamió con esmero; Juanra tuvo una erección inmediata. Toda la cena había sido un toma y daca de provocaciones, pero aquello… La visión de aquella lengua rosada lamiendo la fresa… Sin pensarlo, cogió una con los dedos y se la ofreció. Olga no dudó, abrió la boca y capturó la fresa y la punta de los dedos, pasando la lengua provocativamente por las yemas, haciéndole cosquillas.

—Mmm… Delicioso —susurró ella con intención.

A Juanra, nunca una cena le había parecido tan erótica. Aquella mujer lo estaba volviendo loco, se estaba excitando rápidamente. Se miraban a los ojos, olvidados del resto de los comensales que había allí.

Una sirena los sacó del arrobamiento que los envolvía. De pronto, en el comedor todo fueron carreras, la gente salía de allí tropezando los unos con los otros. Los camareros les indicaban las salidas más cercanas a sus mesas. Él le preguntó a uno qué había pasado, y este le contestó que había fuego en la cocina. Cogió de la mano a Olga y la sacó al exterior.

—No te muevas de aquí, voy a ver si necesitan ayuda para sacar a la gente.

—Te acompaño. —La contundencia de su voz le hizo darse cuenta de que ella era tan capaz como él.

Volvieron a entrar enseñando sus placas. Juanra se fue a la cocina y trabajó codo con codo con el chef para apagar las llamas con los extintores mientras esperaban la llegada de los bomberos. Olga ayudaba a los camareros a desalojar el bar, el restaurante, y luego se fue a la recepción del hotel para comprobar cómo iba el desalojo. Por fortuna, el fuego no se había extendido y cuando llegaron los especialistas, terminaron el trabajo en poco tiempo.

Juanra se reunió con Olga; ella arrugó la nariz cuando se le acercó y fue invadida por el olor a humo que él despedía.

—¿Estás bien?

—Sí. Todo bajo control.

La noche se había estropeado, y los dos lo sabían.

Capítulo 7

A la mañana siguiente, Olga estaba trabajando en el caso Romero cuando se le acercó un hombre mayor que le traía un ramo de rosas rojas con un pequeño sobre. El tipo que las traía llevaba el pelo canoso largo sobre los hombros, con barba de tres días y su voz era ronca. Iba vestido con un peto de jardinero, y el jersey de lana beige había conocido tiempos mejores. Era cojo y se frotaba el muslo mientras le preguntaba si ella era Olga Tejedor. Al verla asentir, le dio las preciosas flores y le deseó que tuviera un buen día.

Sus compañeros se acercaron para curiosear.

—¿Quién te las manda? —le preguntó Nieto al tiempo que ella abría el sobrecito.

—Vaya, ¿les das la dirección de comisaría a tus ligues? —Valle sonreía divertido al ver el bochorno en la cara de su compañera.

Adam levantó la mirada de la pantalla de su ordenador y sonrió, desde luego allí había mucho mejor ambiente que el que tenía en Madrid, su antiguo destino. Había pedido el traslado por que algunos de sus compañeros eran unos trepas, solo pensaban en escalar puestos, y no les importaba si en su afán de llegar arriba iban pisoteando a los demás. Si en Madrid alguna de sus compañeras hubiera recibido flores en la comisaría, seguro que alguien habría ido al capitán a decirle que tal vez se estaba dejando sobornar; todo les valía para ganar puntos frente a su superior. No se podía confiar en tipos que lo único que querían era colgarse medallas, en lugar de proteger las espaldas de sus compañeros.

En el poco tiempo que llevaba allí, se había dado cuenta de que sus compañeros trabajaban en equipo, nadie quería impresionar a nadie, el trabajo lo hacían entre todos.

—A mis ligues no les doy ninguna… —Se interrumpió al leer la nota.

Espero que a una mujer dura como tú le gusten las flores.

Me lo pasé estupendamente.

Espero que repitamos muy pronto… nos quedamos a medias con el postre.

J.

A Olga se le dibujó una sonrisa en la cara, cogió una botella de plástico y la cortó para poner las flores en agua.

—No nos dejes con la duda. ¿Quién las manda? —Nieto estaba intrigado por el proceder de su compañera y amiga.

—A vosotros os lo diré, que sois los mayores chismosos de toda la comisaría —les dijo poniendo las flores en un rincón de su mesa.

—Aguafiestas —la provocó Valle.

Ella levantaba la vista a menudo de la pantalla de su ordenador a las flores. Juanra le caía muy bien. La noche anterior hubiera acabado de otra manera si no se hubiese incendiado la maldita cocina del hotel. Se habían estado excitando mutuamente durante toda la cena. La verdad era que él destilaba sensualidad por todos los poros de su piel, y ella se sentía muy femenina a su lado, la había hecho sentir especial, no como con otros hombres con quienes había salido y que después de una noche ya no eran más que un recuerdo.

Había pasado horas sin poder dormir, ensimismada en lo que hubiera podido ser, y aquella mañana no había hecho más que pensar en él. En ese momento y con aquellas flores como recordatorio, le era más difícil concentrarse en su trabajo. Se fue a tomarse un café con la esperanza de espabilarse y dejar de pensar en Juanra. Su móvil sonó, tenía un mensaje.

Ese jersey color salmón que llevas te queda muy bien, pero te prefiero con la ropa de anoche. Estabas mucho más sexy.

Se le escapó una exclamación. Unas compañeras que estaban tomando café se giraron hacia ella, y les dijo que se había quemado.

«¿Cómo sabe que llevo un jersey de color salmón?», se preguntó. No tuvo que adivinar durante mucho tiempo, pues le llegó otro mensaje.

Creo que he ganado la apuesta.

Diablos, el tipo del peto con melena canosa era él. Una gran sonrisa se dibujó en su cara. Él había tenido razón, ella nunca hubiera sospechado que un hombre pudiera cambiar como un camaleón, nadie podía sospechar que debajo de aquellas vestimentas estaba Juanra.

Volvió a su mesa pensando en la apuesta, la había perdido, pero se alegraba de ello. Un fin de semana le había dicho. Solo de pensar en lo que podían llegar a hacer durante todo ese tiempo la piel le cosquilleaba. Esperaba que no pasara nada como lo de la noche anterior.

Sandra había vuelto al trabajo. Lisa se encontraba mejor y la había dejado a cargo de Amelia. Cuando volvió a casa esa noche, se encontró con Adam hablando animadamente con la anciana. La oía reír, y eso era lo que más le importaba, que Lisa fuera feliz, que se lo pasara bien, que disfrutara de esos pequeños momentos robados al destino. Le preguntó a la asistenta cómo había ido el día, y la mujer le contestó que todo bien. La dejó en la cocina preparando la cena, llevó su chaqueta y su maletín a su habitación y se reunió en el salón con Lisa y Adam. Los dos estaban sentados en el sofá y una manta cubría las rodillas de la anciana.

—Hola, cariño. ¿Cómo te ha ido el día? —se interesó Lisa cuando ella le dio un beso en la mejilla.

—Yo también lo acepto —la provocó Adam enseñándole la mejilla con una pícara mirada.

En los últimos tiempos, la relación entre ambos había cambiado. Sandra se daba cuenta de que nunca había estado tan a gusto con un hombre. No se mantenía en guardia constante. Con el pasar de los días se había ido relajando cuando Adam estaba cerca, era más, le gustaba verlo tan a menudo. Disfrutaba de sus intercambios verbales, de las bromas, de su conversación, de las risas que compartían con Lisa.

De repente, un día, se le pasó por la cabeza que él sería un buen compañero de viaje en lo que era la vida; se quedó sin respiración ante aquel pensamiento. En sus planes de futuro no entraba ningún hombre, ella envejecería sola, como Lisa, tal vez con alguna mascota, o bien haría como la anciana; cuando tuviera casa propia, alquilaría una habitación a alguna estudiante.

Sandra le estaba agradecida de que le dedicase un ratito cada día a Lisa, la mujer reía y estaba a gusto con él, se la veía más animada. Además, con ella, cuando estaban en casa, se comportaba como si fueran viejos amigos, bromeaba igual que lo hacía con la anciana; cuando estaban trabajando, la trataba de diferente manera, cosa que ella tenía muy en cuenta, no quería que nadie empezara a chismorrear.

Adam era muy observador, veía el estrecho vínculo que unía a las dos mujeres. A veces, cuando veía a Sandra relajada y riendo con ellos, había pensado en preguntarle por su familia, pero se había dado cuenta de que nunca hablaban de ningún pariente, y no deseaba que aquellos pequeños momentos se vieran enturbiados por malos recuerdos.

Mientras le ofrecía la mejilla, le guiñó un ojo, y Lisa estalló en carcajadas.

—¿Estás mostrándome lo bien que te has afeitado? —le preguntó, sonriendo al mismo tiempo que se sentaba en un sillón y cruzaba las piernas.

—Esta es mi niña —exclamó la anciana.

Los tres estaban riendo cuando se oyó el timbre de la puerta. Sandra se levantó para atender la llamada, pero Amelia se le había adelantado. Cuando iba a salir del salón, casi choca con Octavio, otro de los sobrinos de Lisa.

—Oh…

—¿Quién es esa mujer que no quería dejarme entrar? —Habló con su habitual aire de superioridad—. Estamos frescos si tengo que pedir permiso para visitar a mi tía.

Sandra se giró hacia Lisa, que ya le había advertido que sus sobrinos aparecerían por allí para averiguar quién era su pretendiente, y vio que la mujer se cogía de la mano de Adam. Él entendió enseguida lo que estaba pasando, empezaba la función, y acunó las manos de la anciana entre las suyas con una sonrisa cómplice en los labios.

—Esa mujer es la acompañante de tu tía, que, por cierto, la quiere mucho. —Sandra se apartó de la puerta del salón para que Octavio pudiera entrar y viera lo que querían que viera.

—¿Quién eres tú? —Su voz sonó como un trueno cuando se dio cuenta de que aquel extraño tenía entre las suyas las manos de su tía.

Octavio era un tipo rechoncho, con unos anodinos ojos marrones que los miraban echando chispas; llevaba unos vaqueros y una camisa a la última moda. Lisa se preguntó si lo que ganaba le llegaba para ir vestido de esa forma.

—Muy bonito —exclamó Lisa—. Ni siquiera me das un beso y ya estás comportándote como un maleducado.

Adam miraba a ese hombre tratando de disimular el desprecio que sentía. La anciana que tenía a su lado era una mujer entrañable que no se merecía que unos desaprensivos la trataran como si fuera la solución a todos sus problemas… para lo cual esperaban que muriera pronto.

«Llegó el momento de empezar a actuar», pensó. Alargó una mano y se la tendió al sobrino.

—Soy Adam Guerrero. ¿Y tú? —preguntó con una sonrisa forzada que esperaba que fuera encantadora.

—Soy Octavio Delgado. —Los dos hombres se estrecharon las manos como si estuvieran midiéndose.

Sandra, que se había quedado junto a la puerta del salón, volvió al sillón donde estaba sentada antes de que llegara ese impresentable.

—¿Sabes que Lisa me ha hablado muy bien de ti? Dice que eres muy inteligente y que tienes una esposa muy bonita. ¿Cómo me dijiste que se llamaba, cielo?

—María, se llama María. —Masticó las palabras Octavio, fulminándolo con la mirada al oír aquel apodo cariñoso.

—Bonito nombre. Y qué tal... ¿Cómo os va?

Sandra pensó que estaba sobre actuando, pero al ver la cara de furia de Octavio y darse cuenta de que se lo estaba creyendo, sospechó que era tonto de remate.

—¿Quieres sentarte? ¿Te apetece tomar algo? —preguntó como si fuera lo más normal del mundo que aquel hombre estuviera allí.

La mirada que recibió la podría haber chamuscado.

Octavio cogió una silla y se sentó frente a su tía, mirándolos a ambos alternativamente.

—¿Qué está pasando aquí? —bufó.

—¿A qué te refieres? —Adam pasó un brazo por encima de los estrechos hombros de la anciana.

—¿Qué se te ha perdido a ti aquí? —masculló con los dientes apretados.

—Estoy visitando a Lisa por supuesto, como tú. ¿No? —dijo aquello con intención, como si quisiera señalar que los dos estaban allí por dinero.

La anciana se mordía el interior de sus mejillas para no soltar una risita.

—Tía… ¿Me puedes explicar lo que está pasando? —exclamó con la mirada fija en Adam, aunque no le hablaba a él.

—¿Qué tiene que pasar? No sé a qué te refieres.

Sandra vio que Lisa se lo estaba pasando en grande.

—¿Quién es él? Me dijo mi hermano que tenías un pretendiente y yo no lo creí, pero…

La anciana lo interrumpió.

—Tienes los modales de un macaco. —A Octavio se le salían los ojos de las órbitas—. Ni siquiera me has preguntado cómo me encuentro, estuve en el hospital ¿sabes?... Sí, ya sé que estabas enterado, entonces no tenías tiempo de venir a verme, pero en cuanto te enteras de que tengo un *amigo* vienes corriendo a ver qué pasa.

Sandra y Adam miraban a tía y sobrino.

Octavio se estaba poniendo colorado por ser el blanco del enfado de su tía delante de testigos; si hubieran estado solos, le habría dicho cuatro frescas a esa mujer, la culpaba de haber dilapidado la herencia de su madre.

—Pero, tía…

—¿Qué?

—¿No te das cuenta de que podría ser tu hijo… o quizás hasta tu nieto? Estoy pensando que estás más senil de lo que nos creíamos. —Estaba tan furioso que no medía sus palabras—. ¿No crees que está aquí por tu dinero?

Adam se puso tenso, de buena gana le habría cambiado la cara a ese tipo, se creía que era como él.

—Oye, oye, oye… Habla por ti, amigo, yo estoy con ella porque me lo paso muy bien a su lado. —No era ninguna mentira—. Y ella también al mío.

—Ja. Tú eres uno de esos cazafortunas que engatusa a mujeres mayores para que les dejen sus bienes al morir.

—Si así fuera, que no lo es, ¿a ti qué te importa? Yo, por lo menos, hago que esas pobres ancianas, a las que nadie quiere, se

sientan importantes y felices, aunque sea por poco tiempo. ¿Qué haces tú por tu tía? Contar los días que le quedan de vida para cobrar la herencia.

Octavio se levantó de un salto, con tanto ímpetu que la silla donde estaba sentado salió disparada hacia atrás. Lisa lo miraba y asentía con la cabeza.

—No tengo por qué soportar esto —exclamó—. Ahora mismo me voy a comisaría y pondré una denuncia contra ti por estafar a las ancianas seniles.

—Hazlo. —Sandra pudo ver en los ojos de Adam que este no estaba tan tranquilo como aparentaba—. Nos veremos en el juzgado, a ver quién es el que se quiere aprovechar de Lisa, pero te advierto que tengo un buen abogado, me he encontrado antes con desaprensivos como tú y tus hermanos.

El rostro de Octavio estaba rojo de ira, se dio la vuelta y salió de la casa dando un portazo.

El silencio en el salón era absoluto. De repente, Adam notó que los hombros de Lisa se estremecían como si estuviera llorando, se giró hacia ella y vio que la mujer se estaba riendo.

—Querido, eres muy buen actor, ¿no has pensado nunca en dedicarte a los escenarios?

Él la miró con una sonrisa.

—¿Crees que pondrá la denuncia? —murmuró Sandra con el ceño fruncido ante la hilaridad de los dos.

A Adam no le podía importar menos. Si aquellos inútiles lo denunciaban, tendrían que demostrar de qué lo acusaban, y se llevarían un buen chasco cuando descubrieran que él no era lo que había dejado entrever.

—No lo creo —aseguró la anciana—. No tienen suficientes pelotas. Si lo hacen, saldrían a la luz demasiados trapos sucios, sus mujercitas no lo permitirán, son unas presumidas que van por ahí con delirios de grandeza.

—¿Te lo has pasado bien, eh, preciosa? —Adam le dio un suave apretón en el hombro a Lisa, sonriendo.

—Me duelen los dientes de tanto apretarlos para no soltar una carcajada.

—Sois peor que niños —los amonestó Sandra moviendo la cabeza al ver que se lo tomaban a la ligera.

Adam se giró hacia ella y vio su ceño fruncido, su mirada se volvió penetrante.

—¿Qué te preocupa? No pueden demostrar nada. Si van a comisaría con el cuento, seguro que los policías se ríen de ellos en su cara. Y tampoco pueden impedir que su tía reciba en su casa a quién quiera. Si tratan de que declaren senil a Lisa, se van a llevar una buena sorpresa; cualquier médico los declarará antes enfermos a ellos que a…

Hizo un gesto de cabeza hacia Lisa, con una sonrisa en los labios.

Sandra tuvo que reconocer que tenía razón.

—Estoy de acuerdo, está más cuerda que todos ellos juntos.

Los dos miraron a la anciana y la vieron lucir una radiante y pícara sonrisa. Los tres estallaron en carcajadas.

Un rato más tarde, cuando Adam se disponía a irse, besó a la anciana en la frente mientras le decía: «la función no ha hecho más que empezar». Sandra lo acompañó hasta la puerta.

—No te preocupes por esos imbéciles, nos divertiremos un poco con ellos.

—Pero… y si…

Él la interrumpió.

—No quiero que te inquietes, démosle el gusto a Lisa.

Ella pareció dubitativa, lo miraba mordiéndose el labio. Pensaba en las consecuencias que podría haber si aquellos cretinos iban a la policía. Adam pareció leerle el pensamiento.

—No pueden hacer nada, y por eso están tan furiosos. Y si se les ocurre denunciarme… que lo hagan. Ellos son los que saldrán

perdiendo. Eso sí… si eso ocurre, no le digas nada a ella, no quiero que se preocupe.

Sandra sabía que él tenía razón, pero le caían tan mal… Asintió con la cabeza.

—También quería pedirte un favor a ti.

—Dime. —Por un momento pareció alarmada.

—No me infravalores, soy capaz de vérmelas con tipos como esos.

Ella abrió mucho los ojos ante las palabras de Adam; sin embargo, su forma de mirarla la hizo sonreír.

Cuando esa noche se acostó, las palabras de Adam resonaban en su mente. Por primera vez en bastante tiempo, sintió que no estaba sola; que en el mundo había personas que hacían las cosas desinteresadamente, él era un claro ejemplo. Cada día dedicaba una pequeña parte de su tiempo a hacer feliz a Lisa, y eso para ella era tan importante como la vida misma. La recorrió un estremecimiento al darse cuenta de que él le gustaba.

Capítulo 8

Al salir de casa de su tía, Octavio estaba tan furioso que dio un puñetazo a la pared junto a la cristalera de la entrada. La fuerza fue tal que le sangraban los nudillos, y su furia fue en aumento. Lo único que deseaba era poder dar con aquella fuerza en la cara de aquel presuntuoso pretendiente de su tía.

Sus hermanos lo estaban esperando en el bar que había dos calles más al norte. Cuando lo vieron entrar con el puño cubierto por su pañuelo, pensaron que se habría liado a golpes con el hombre que visitaba a su tía.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó su hermano Ramón, el mayor de todos.

La mirada de Octavio hubiese podido fundir un tren de mercancías entero.

—Que la vieja está muy feliz con ese tipo —rugió.

—¿Lo has visto? —preguntó Javier, el más joven de los cuatro.

—¿Que si lo he visto? Estaban los dos haciendo manitas, sentados en el sofá como si fueran dos adolescentes.

—No.

—Ya lo creo.

Francisco, el tercero de los hermanos, era el más tranquilo de todos, no tenía el genio vivo de los otros. Pero lo que no tenía de bruto lo tenía de vengativo, sus hermanos siempre lo solucionaban todo con los puños, él, en cambio, era el cerebro de los cuatro. Planeaba sus movimientos y no tenía ningún reparo en mandar a los demás a hacer el trabajo sucio.

—¿Te has peleado con él? —habló mirando el puño ensangrentado.

—No… Aunque ganas no me faltaban.

—Entonces, ¿cómo te has hecho eso? —Francisco lo miraba como si no lo creyera, y eso terminó de encender los ánimos de Octavio.

—Le di a la pared —exclamó furioso de que su hermano lo interrogara—. Cuando salí de aquella casa, necesitaba pegar a alguien.

—Menos mal que no nos tenías delante. —Francisco parecía defraudado.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Ramón a nadie en particular.

—Necesito un *whisky*… nena, ponme uno doble —ordenó Octavio a una camarera que atendía detrás de la barra.

—Lo primero es saber quién es y a qué se dedica.

—Lo segundo te lo digo yo, es un tipo que se dedica a embaucar a viejas para quedarse con su dinero —dijo al ver la mirada de sus hermanos clavada en él—. Prácticamente lo ha reconocido, se llama Adam… —Pensó un momento—. Guerrero.

—Muy bien —dijo Francisco—. Mañana iré a ver a la vieja y trataré de sonsacarle los planes que tiene con ese hombre, a ver si él le está sacando dinero, o ella le ha prometido algo para cuando muera.

Su cabeza ya estaba maquinando un plan, debía ir cuando su tía estuviera sola. Si esa mujer que vivía con ella estaba presente, la anciana no le diría nada. Esa mujer que trabajaba en la fiscalía se creía muy importante y seguro que era una de esas secretarias que se pasaban el día llevando papeles de un lugar a otro; era como un incordio, los trataba como si fueran unos inútiles, y su tía se apoyaba en ella. Si no fuera por esa insufrible, ya haría tiempo que su tía estaría en una residencia y ellos serían los dueños de todos sus bienes.

En la comisaría, todos estaban investigando los antecedentes de Romero, pero cuando intentaban saber algo anterior a cinco años, se

topaban con una especie de muro; el tipo había aparecido de la nada.

Adam volvió a llamar a su amigo Ignacio Lozano, él tenía mejor equipo y contactos para averiguar de dónde había salido.

—¿Sabes algo de aquello que te pedí?

—Romero, ¿verdad?

—Sí.

—Lo cierto es que no he descubierto gran cosa. Según su pasaporte, hace cinco años que llegó desde Estados Unidos, pero no se le conoce residencia allí, parece como si hubiera estado de vacaciones porque, un mes antes, el pasaporte está sellado de Uruguay. Estoy investigando por ese lado, pero la verdad es que no obtengo resultados.

—Maldita sea —exclamó Adam.

—En cuanto sepa algo te llamo, pero ten paciencia, en ese país me dan largas diciéndome que es posible que viviera en alguna pequeña aldea y que entonces sería imposible ubicarlo. —Oía como su amigo maldecía—. *¿Te ha servido de algo la lista que te mandé?*

—Aún no me he puesto en ello. —Adam le quería pedir a Olga que se entrevistara con aquellas mujeres; tal vez si había ocurrido algo, si habían sido acosadas por ese tipo, les sería más fácil hablar con una mujer—. Yo investigaré por ese lado, tú trata de descubrir de dónde salió ese tipo.

—Cuando sepa algo, serás el primero en saberlo, agur*.*

Adam le contó a Olga las investigaciones que estaba llevando a cabo su amigo, la lista que habían podido sacar de las trabajadoras de la empresa de ese hombre y que sería interesante que hablaran con esas mujeres. Ella asentía con la cabeza al ver que era una buena idea investigar por ese lado.

Los dos fueron a visitar a la primera mujer de la lista. Ella les comunicó que se había ido de aquella empresa por que le había salido otro empleo donde ganaría más dinero, que el señor Romero era un tacaño que las explotaba, que les prometía unas comisiones

por las ventas de los pisos y que luego les pagaba lo que le venía en gana.

La segunda que visitaron estaba en su casa con su marido y con un pequeño que no tendría más de un año. Cuando le preguntaron por qué se había ido de aquella empresa, notaron que se ponía tensa, pero les contestó que se había despedido para poder cuidar de su hijo. Al salir de aquella casa se miraron, ambos sabiendo que no les había contado la verdad.

—¿Te has dado cuenta de lo incómoda que estaba cuando le hemos hablado de su despido? —dijo Olga al subir al coche.

—Sí, creo que ahí hay más de lo que nos ha dicho.

—La visitaré cuando esté sola, sin su marido en casa.

—Bien.

Fueron a visitar a dos más y les explicaron que en esa empresa se sentían maltratadas, que su jefe siempre les decía que para vender tenían que embaucar a los clientes, que los tenían que engatusar con sus encantos, que tenían que ir vestidas para alucinar a los posibles compradores. Las dos se habían ido por el mismo motivo, no querían ser un trozo de carne delante de un sabueso.

—Se lo podría acusar de ser una especie de chulo —exclamó Olga cuando salieron de la segunda de las casas.

—El tipo es un gilipollas, pero no creo que ningún juez lo condene por eso.

Adam se estaba haciendo una idea de la personalidad de Romero.

Se detuvieron a comer en una taberna, cerca de donde vivía la próxima mujer que querían entrevistar, y al terminar fueron a verla.

—¿La señorita Minerva? —preguntaron cuando una mujer pelirroja con ojos verdes les abrió la puerta.

—Sí.

Los dos sacaron sus placas y se las mostraron.

—¿Podríamos hablar un momento con usted? Se trata del señor Romero.

A la mujer se la vio tensarse, pero retrocedió para que entraran en su casa.

—¿Qué ha hecho ahora ese desgraciado?

Al oírla, los dos supieron que esa era una de sus víctimas.

—Estamos aquí para que nos cuente qué es lo que le hizo a usted.

La mujer los hizo pasar al salón y los invitó a sentarse.

—No puedo hablarles de ello.

Olga y Adam se miraron un segundo, allí había algo que les podía servir, pero tenían que conseguir que la mujer hablara.

—Sabemos que ese hombre se aprovecha de sus trabajadoras, que incluso ha llegado a la violación… Pero si no nos cuenta lo que le pasó, no podemos hacer nada.

A Minerva se la vio inquieta, se removió en el sillón donde estaba sentada.

—¿Les apetece un café? —Se la notaba francamente incómoda.

—Sí, por favor —afirmó Adam; se daba cuenta de que a aquella mujer le hacía falta tiempo para reunir el valor para hablar de lo que fuera que hubiera pasado.

Se quedaron solos en el salón mientras ella preparaba los cafés. Adam miró alrededor y vio unas estanterías llenas de libros. Miró los títulos. «La mujer es aficionada a las leyes», pensó al ver los libros que leía. También encontró estatutos de trabajadores, como si perteneciera a algún sindicato.

Cuando Minerva volvió al salón con una bandeja con las tazas del café y lo vio frente a la estantería, supo que había llegado el momento de hablar del tema.

—He estado informándome, pero… —Negaba con la cabeza, como si se hubiese dado por vencida.

—Cuéntenos todo desde el principio, tal vez nosotros podemos ayudarla.

—No creo. —La lúgubre cara de la mujer les dijo más que mil palabras.

—No lo sabremos hasta que nos cuente lo que pasó.

—El maldito me enseñó unos papeles donde constan unas cuentas en paraísos fiscales a mi nombre y me amenazó con que, si decía algo a alguien de lo ocurrido, me denunciaría por robo a su empresa.

—¿Ha recibido dinero?

—No. Las cuentas están a mi nombre, pero yo no tengo firma en ellas, de manera que no puedo sacarlo.

—No entiendo.

Olga veía en su cabeza a aquel hombre y su maquinadora mente. Empezó a sospechar que el caso que tenían entre manos era mucho más complicado de lo que creían. Ese tipo, que no sabían de dónde había salido, tenía mucho que esconder y sabía cómo hacerlo.

—¿Y qué pasa si usted va al banco a registrar su firma en esas cuentas? —Adam estaba tratando de encontrarle sentido a todo aquello.

—Él me denunciará por estafa en su negocio. Me tiene atada de pies y manos, si yo lo denuncio, él sacará esos libros falsificados y dirá que yo le robé, tiene los números de las cuentas a mi nombre. —La mujer tenía la taza de café, pero no bebía, la sostenía como si se estuviera calentando las manos—. Y si lo denuncio por lo que realmente pasó…

—¿Qué pasó? —preguntó Olga suavemente—. Será mejor que empiece por el principio.

—Una noche, estaba recogiendo el bolso para irme cuando se presentó en mi despacho y… —Miró a Adam, parecía incómoda.

—Si quiere que me vaya —propuso él al darse cuenta.

La mujer pareció pensárselo un momento.

—No, supongo que si todo esto sale a luz…

—Estamos aquí para ayudarla.

—Lo sé… ¿Cómo lo han sabido? —Minerva parecía necesitar un poco más de tiempo.

—Sospechamos que Romero ha estado aprovechándose de sus empleadas. —No era toda la verdad, pero estaban allí para aclarar qué había pasado—. Estamos investigando a las mujeres que ha despedido para saber lo que pasa en esa empresa.

—Hay algunas a las que no las ha despedido.

Adam y Olga se miraron sorprendidos.

—No lo entiendo, ¿qué quiere decir?

—Tiene varias amantes en la empresa.

—A ver si lo entiendo. —Olga estaba desconcertada, pero empezaba a ensamblar las piezas de ese rompecabezas—. ¿A usted la violó?

—Sí. —Aquella afirmación vino acompañada de un movimiento de cabeza.

—Pero esas otras mujeres que siguen trabajando con él…

—Ese monstruo se cree el dueño de todas las mujeres que trabajan para él. A algunas les gusta ser el centro de su atención, yo lo veía coqueteando con ellas y de vez en cuando las llamaba a su despacho y… bueno, cuando salían se notaba que no habían estado precisamente trabajando. A mí me asqueaba, pero pensaba que era su vida, que ellas eran libres de hacer lo que quisieran. —Cogió aire con fuerza—. Aquel día, ya todas se habían ido cuando salió de su despacho, y yo estaba recogiendo para irme. Se mostró muy zalamero, me dijo que estaba muy atractiva con aquel vestido que llevaba. No le seguí el juego, entonces se puso a bromear de forma soez sobre las mujeres. No le hice caso. Al ver que yo no le seguía la corriente, me dijo que era una estrecha, que debería estar agradecida de que se hubiese fijado en mí. Yo le contesté que estaba allí para trabajar y nada más, y entonces me dijo que mi trabajo también consistía en tenerlo contento, que si no, me iba a echar a la calle. —Por su mirada ausente supieron que en ese momento sus pensamientos estaban muy lejos de allí—. Me encaré

con él y le dije que me echara, que yo no me quedaría callada como a otras a las que les había hecho lo mismo.

—¿Había violado a otras mujeres? —Adam no pudo contenerse de hacer la pregunta. Olga lo miró diciéndole sin palabras que se callara y la dejara hablar. De todas maneras, Minerva pareció no escucharlo.

—No puedo estar segura, pero creo que sí. De vez en cuando, alguna de mis compañeras desaparecía; de la noche a la mañana, ya no volvíamos a verla.

Olga trató de que su voz no delatara la confusión, aquella mujer necesitaba apoyo y seguridad.

—¿Y nadie llamaba a esas mujeres para saber qué les había pasado?

—A la mayoría las trasladaba a otra sucursal, y en poco tiempo las echaba a la calle. Supongo que les hacía las mismas amenazas que a mí.

Olga y Adam se miraron sin entender lo que ocurría, ¿por qué nadie había denunciado a ese tipo por violación?

—Cuéntenos.

—«¿Sabes que estás muy bella cuando te enfadas?», me había dicho acercándose a mí. Yo retrocedí, pero no contaba con la mesa que había detrás; me arrinconó y me desgarró el vestido, dejando mis pechos al aire. Empecé a aporrearle la cabeza con mis puños. «Cómo me gusta cuando os resistís», dijo cogiéndome las manos en una de las suyas y tendiéndome sobre la mesa. Logré desasirme del amarre y lo golpeé. Lo hacía a ciegas, con manos y piernas, pero su fuerza era mayor que la mía. En algún momento debí de hacerle daño porque me sacudió con brutalidad hasta dejarme aturdida; no tuve tiempo de reponerme cuando ya lo tenía entre mis piernas. Yo gritaba, y él me puso una de sus grandes manos sobre la boca mientras no paraba de embestirme y morderme los pechos con crueldad. Creí que me asfixiaría, notaba que me faltaba el aíre, me quemaban los pulmones. Debí de perder el sentido porque cuando

abrí los ojos, él se estaba recomponiendo la ropa. Me levanté como pude; tenía todo el cuerpo magullado y el estómago revuelto. Vomité allí mismo.

Los dos agentes se quedaron callados, cada uno pensaba que ya podrían arrestar a aquel tipo.

—¿No fue usted a un hospital? —La voz de Olga rompió el silencio.

—Ahí mismo empezaron las amenazas. Me dijo que si acudía a la policía, él demostraría que yo lo había provocado, después de todo, tenía a todas las mujeres que mantenían relaciones sexuales con él, que ellas testificarían a favor de él. Le grité que me daba lo mismo lo que ellas dijeran, entonces me advirtió que me acusaría de defraudar en su empresa y que mi palabra no tendría valor. «Serás tú la que vayas a la cárcel. Además, si abres la boca, haré que tengas un accidente; no llegarás viva al día del juicio». —La mujer parecía haber empequeñecido en el sofá donde estaba sentada.

—¿Y lo dejó estar? —Adam estaba furioso, ese tipo manejaba a las personas como si todo el mundo fuera de su propiedad.

—Estaba aterrorizada, conmocionada…

—Y no se lo dijo a nadie —murmuró Olga.

No era una pregunta, pero de todas maneras la mujer negó con la cabeza.

—A primera hora del día siguiente, se presentaron en mi casa él y otro hombre que dijo ser su abogado, aunque dudo de que lo fuera, parecía más bien un matón. Traté de cerrar la puerta, pero con un empujón se plantaron en medio del salón. Me enseñaron unos libros falsificados de cuentas, donde supuestamente yo le había estafado mucho dinero, luego unos extractos de unas cuentas en paraísos fiscales a mi nombre. «Por lo que veo, has defraudado a la hacienda pública, querida», había dicho. Mientras ese hombre estaba con los brazos cruzados delante de la puerta, como para impedirme huir, el señor Romero iba nombrando a mi familia: mis padres, mis hermanas, mis sobrinos… «Como ves, lo sé todo de ti. Si

quieres volver a verlos, más te vale tener la boca cerrada». Las amenazas no tenían fin. Cuando se marcharon, me murmuró con una detestable sonrisa: «No olvides que cada día ocurren accidentes, las casas se queman. Tienes una muy bonita, sería una pena que una explosión de gas…».

—Será malnacido —exclamó Olga.

—¿Había visto antes al otro hombre? —preguntó Adam.

—No, nunca.

Adam se temía que el tipo había ido allí preparado por si ella no colaboraba.

Olga le aseguró que seguirían investigando, que estuviera tranquila, que lo meterían en la cárcel, pero que no comentara a nadie que había hablado con ellos. No quería que llegara a oídos de Romero y que aquella mujer se viera perjudicada. Era una testigo de peso.

Adam se puso al volante con los puños cerrados con fuerza. Cuando Olga tuvo el cinturón atado, lo miró, sorprendida de que no arrancara.

—¿Qué piensas?

—Que estamos ante un hijo de puta muy astuto.

Olga veía la tensión de su compañero en la fuerza con que apretaba la mandíbula.

—Caerá, vamos por buen camino.

Adam pensaba que en ese momento no sabían dónde estaba, y si ese engendro del demonio se enteraba de que iban avanzando en la investigación, podía desaparecer. Un súbito pensamiento se instaló en su cabeza.

—¿Te das cuenta de que no sabemos nada de él antes de cinco años atrás? Es posible que alguien le apretara las clavijas. Si las tornas se le volvieron en contra…

—¿Estás tratando de decirme que es posible que alguna víctima lo amenazara y que tuvo que buscarse otra identidad?

—Algo así. Es posible que alguna mujer o marido furioso lo imitara, recurriera a algún matón para tomarse la justicia por su mano.

Olga se quedó pensativa. En ese caso, sería lógico que él se hubiese inventado otra identidad, se mudara de ciudad y no supieran nada de su vida anterior.

Capítulo 9

Eran más de las ocho de la tarde. Juanra estaba en comisaría esperando a Olga. Mientras, hablaba con su amigo Valle del caso que se traían entre manos. Este le estaba explicando lo complicado que les estaba resultando

—Tal vez os pueda echar una mano.

Valle sabía qué clase de trabajos hacía su amigo; una sonrisa se le dibujó en los labios.

—¿No me digas que pretendes disfrazarte de mujer y probar suerte en esa empresa? No creo que seas su tipo. —Soltó una carcajada.

Juanra sonrió.

—Oye… ¿Me estás diciendo que no soy atractiva? —se burló con voz aflautada y batiendo las pestañas mientras contorneaba el trasero con las manos en las caderas.

Nieto, que había levantado la cabeza para ver lo que le hacía gracia a su compañero, vio aquellos movimientos y rio con ganas. Se levantó de su mesa y se acercó a ellos.

—Nena, ¿sabes que estás muy buena?

—Todo el mundo me lo dice. —Volvió a la carga Juanra con aquella voz—. Hay muchos tipos a los que les encanta que los achuche sobre mis pechos. —Valle y Nieto no podían dejar de reír ante los gestos voluptuosos de su compañero.

Ernesto no se podía imaginar a su amigo vestido de mujer, era un tipo descomunal.

—¿Alguna vez te has disfrazado de mujer?

—En una ocasión me hice pasar por la portera de una comunidad, fue el trabajo más divertido que me ha tocado.

—Nos estás tomando el pelo, ¿no?

—No, me puse unas faldas largas que cubrían mis piernas y una camisa llena de encajes, lo que peor llevé fue el tener que ponerme sujetador para simular los pechos, fue una verdadera tortura. Lo demás fue fácil, un gran delantal disimulaba las imperfecciones que el disfraz pudiera tener.

—Pero… la cabeza… —Nieto estaba desconcertado.

—Tengo un montón de máscaras y pelucas, eso es lo de menos. —Hacía que pareciera tan fácil.

En ese momento llegaron Olga y Adam, sus rostros mostraban su mal humor.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Juanra.

—Tenemos a otra víctima de ese hombre.

—Bien, ahora lo podremos acusar.

El buen humor reinante había desaparecido.

—No tan rápido —exclamó Adam—. Me da la impresión de que este ovillo es mucho más grande, que solo hemos descubierto la punta del iceberg.

—Una de las mujeres que hemos visitado se ha comportado de forma un tanto extraña, mañana volveré a verla, espero que me cuente lo que sucedió —explicó Olga.

—Sí, tenemos que entrevistar a todas las mujeres que han sido despedidas por ese hombre; creo que nos llevaremos una sorpresa.

—Pero seguimos sin saber de dónde salió ese sujeto —les recordó Valle.

—Todo a su debido tiempo.

—Por lo que hemos descubierto esta tarde, me da la impresión de que los delitos de ese sujeto no tienen fin. Tiene algo en común con Al Capone

Sus compañeros, que la rodeaban, la miraron con extrañeza. Entonces fue cuando Adam reparó en lo que decía ella.

—¿Crees que esas cuentas de las que nos ha hablado la señorita Minerva existen de verdad?

—Si es así, lo podemos detener por evasión de impuestos.

—No hasta que podamos demostrar que son suyas, recuerda que están a nombre de la señorita Minerva.

—Maldita sea, ese tipo es un monstruo. Se ha cubierto las espaldas a la vez que la tiene a ella en el punto de mira.

A Adam estaba empezando a dolerle la cabeza por todo aquel embrollo.

—Tendremos que seguir también ese hilo de la investigación. Llamaré a mi amigo Ignacio a ver si puede averiguar algo.

—Por lo que veo, tal vez deberíais tener a este tipo vigilado. Si se huele algo, va a desaparecer. —Juanra pensaba en voz alta.

Olga hizo una mueca.

—Está fuera de la ciudad.

Todos hablaron a la vez sobre la conveniencia de hablar con Sandra y que lo hicieran volver de donde fuera que estaba.

—Será lo primero que haga mañana —dijo Olga.

—No. —Adam estaba convencido de que eso era lo que esperaba Romero para desaparecer sin dejar rastro—. Si se huele algo, no volveremos a verlo. Dejemos que piense que nos creemos sus patrañas, eso nos dará tiempo de investigar todo el ovillo. Sigamos tirando del hilo.

Sus compañeros asintieron.

Juanra y Olga salieron de comisaría. Él estaba de muy buen humor y quería que ella se olvidara de los problemas de la investigación que estaba llevando a cabo.

—Ya puedes preparar la maleta, me debes un fin de semana —la provocó al ponerse al volante de su furgoneta.

Ella recordó cómo había caído en el engaño, y en su rostro se dibujó una sonrisa.

—¿De verdad eras tú?

Él sonrió de aquella manera encantadora que a ella le hacía desear que lo hiciera siempre.

—¿Lo dudas? Tu jersey dejaba a la vista un poco de encaje negro de tu sujetador. —Ella recordó que se había puesto un fular que siempre llevaba en el bolso para ocultar lo que el jersey dejaba a la vista—. Y tus vaqueros…

—¿Qué les pasa a mis vaqueros?

—Cuando te agachas se te ve el tanga. —Olga lo miró con los ojos entrecerrados—. Cuando llegué, estabas inclinada buscando algo en uno de los cajones y vi…

—Eres incorregible.

—Síiiii… y me encanta. —Soltó una risotada que se le contagió a ella.

Cuando Adam aparcó el coche enfrente de la casa de Lisa, se quedó unos minutos dentro, con las dos manos en el volante y respirando pausadamente, necesitaba alejar de su mente lo que habían descubierto ese día. La anciana era una mujer con la mente muy despejada y notaba enseguida si algo iba mal o si el día no había sido fructífero. No quería que ella se preocupara por él. En los últimos días había notado que la mujer estaba triste por algo, pero cuando le preguntaba, ella se hacía la tonta diciéndole que eran imaginaciones suyas, que estaba fresca como una rosa, y entonces fingía que no ocurría nada. Pero a él no lo engañaba, a Lisa le pasaba algo, y suponía que estaba relacionado con sus sobrinos. Al principio, le había parecido divertido hacer creer a aquella banda de maleducados y cretinos que él era su pretendiente; ahora, cuando la veía a ella, pensaba que no había sido buena idea. No quería que se agobiara por las constantes visitas de esos idiotas. ¿Por qué no podían dejarla tranquila hasta el momento de cobrar la herencia?

También pensaba en Sandra, ella se percataría enseguida de que algo iba mal, no en vano ocupaba el sitio en que estaba, era muy buena en su trabajo y sabría enseguida que le mentía si le decía que todo estaba en orden.

Cuando Amelia le abrió la puerta, tenía el ceño fruncido, algo muy raro en ella, era una mujer muy alegre que siempre iba canturreando por la casa.

—¿Pasa algo? —le preguntó al cruzar el umbral después de saludarla, con el ramo de flores que había comprado por el camino.

Ella se le acercó para susurrar:

—Uno de esos impresentables está aquí —cuchicheó, haciendo un movimiento con la cabeza para señalar el salón—. Yo no debería, pero… —Adam la veía titubear, le hizo un gesto para que hablara—. He estado escuchando a escondidas. —Él le hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. La ha estado sermoneando como si fuera una adolescente.

—¿Y qué le ha dicho? —susurró Adam, que se lo imaginaba.

—Que ya es demasiado mayor para dejar que un hombre la corteje, que usted solo está aquí por la herencia, y cuando la señora le ha dicho que no es asunto de él, se ha puesto furioso, la ha amenazado con hacer que la declararan loca y encerrarla en un sanatorio.

—¡Será hijo de perra! Gracias, Amelia, ahora me encargaré de ponerlo en su lugar.

Recorrió el pasillo pisando fuerte por la cólera que le había entrado al oír aquello y por la furia que lo consumía. ¿Cómo era posible que una mujer tan dulce tuviera unos parientes tan energúmenos?

—Buenas noches —dijo al llegar al salón. En un segundo, recorrió el salón con la vista.

Mirando por la ventana estaba el sobrino de Lisa, que, al oírlo, se giró en redondo. La anciana estaba sentada en su sillón favorito, con una manta sobre las piernas y los ojos cerrados, que, al escucharlo, abrió.

—Hola, Adam. —La voz de la anciana dejaba ver lo molesta que estaba.

—Hola, cielo. ¿Cómo te encuentras hoy? —Se acercó a ella, le dio las flores y un beso en la frente.

—He tenido días mejores —contestó la anciana mirando a su sobrino.

—Ya veo. —Enfrentó al sobrino—. Soy Adam Guerrero. —Le tendió la mano.

El tipo lo miraba con desprecio, ignorando la mano.

—Francisco, ¿quieres hacer el favor de no avergonzarme más? —exclamó Lisa.

—Tía, para eso, te vastas y te sobras tu solita —apuntó con los ojos llenos de ira contenida.

—Tranquila —murmuró Adam al ver que la mujer se violentaba. Miró al otro hombre—. Oiga, si no va a tratar a su tía con el respeto que se merece, más vale que se vaya.

—Ja, estamos frescos. ¿Quién se cree que es para echarme de mi… de la casa de mi tía?

«Vaya desliz más delatador que ha tenido», pensó Adam.

—Usted lo ha dicho, caballero, de la casa de su tía; que yo sepa, aún no es suya.

A Francisco parecía que de un momento a otro le iba a salir humo de las orejas.

—Pero lo será. —Su voz había parecido un rugido.

En ese momento, Sandra apareció en la puerta del salón.

—¿Se puede saber qué está ocurriendo aquí?

Su mirada sobre Francisco pudiera haber fundido los cables.

—Y a ti, ¿qué te importa?

Ahora se encontraba en minoría, sabía que esa mujer tenía un genio de mil demonios y que no se cortaba a la hora de decirles lo que pensaba.

—Me importa y mucho, estás alterando a tu tía, y esto no te lo voy a permitir —dijo acercándose a Lisa—. ¿Cómo te encuentras?

Su tono dulce al preguntarle a la anciana no pasó desapercibido a Francisco.

—¿Cómo se va a encontrar?, bien por supuesto, con una enfermera para ella sola…

—Eso es lo que te preocupa, ¿verdad? Que se esté gastando el dinero en una persona que la acompañe.

Adam estaba perdiendo la paciencia.

—Haz el favor de salir de esta casa —murmuró Adam con una suavidad que causaba grima.

—Tú no eres nadie para sacarme de esta casa. —A Francisco se le había puesto el rostro rojo de furia.

—¿Eso crees?

Iba a sacar su placa para echar de allí a ese gusano. Lisa se dio cuenta y pensó que tal vez se pusiera en un lío por hacer aquello.

—Él no, pero yo sí, vete de mi casa… y diles a tus hermanos que estoy bien atendida, que no os necesito, y mucho menos para que controléis a quien recibo en *mi* casa.

A Francisco parecía que le iba a coger un ataque, los miró a los tres con rayos en los ojos.

—Esto no se va a quedar así —tronó, dirigiéndose hacia la puerta. Salió dando un portazo.

Durante unos segundos, en el salón hubiese podido escucharse el vuelo de una mosca.

—¿Por qué no me has dejado que lo sacara yo? —preguntó Adam acercándose a Lisa y cogiéndole las manos entre las suyas mientras se sentaba a su lado.

—No quiero ponerte en ningún lío.

—De eso nada, hubiese disfrutado enormemente. No será que quieres divertirte solo tú, ¿verdad?

Ese último comentario dibujó una débil sonrisa en la cara de la anciana.

—Me preocupa lo que puedan hacerte esos energúmenos.

—Voy armado, ¿recuerdas? —le dijo para hacerla reír—. No quiero ver esta bella cara preocupada, sé defenderme, ¿sabes? Aunque se presenten los cuatro a la vez, puedo con ellos. ¿Tú me has mirado? ¿Por quién apostarías?

Lisa rio.

—Por ti, por supuesto.

—Así me gusta, encanto.

Sandra se había quedado mirándolos. Su enfado al ver lo que estaba pasando cuando llegó se había esfumado con aquellas palabras que Adam le había dedicado a Lisa y que habían hecho que la mujer se animara. La compañía de ese hombre era buena para la anciana. Ese pensamiento la llevó a otro, ella se sentía a gusto cuando él estaba en casa. Ya había admitido ante sí misma que le gustaba ese hombre. ¿Qué significaba que su humor cambiara tan radicalmente cuando él estaba cerca?

—Ven, cielo —la llamó Lisa—. No me has dado un beso.

—A mí tampoco —bromeó Adam apretando una mano a Lisa para que le siguiera la corriente.

—Es verdad, a él tampoco le has dado un beso. —La risa se le escapaba.

Sandra no pudo menos que sonreír ante las miradas pícaras que se lanzaban los dos.

Capítulo 10

Eran las dos de la madrugada y Adam aún estaba delante de su ordenador. Sabía que no encontraría nada, pero el caso Romero lo tenía de pésimo humor; y no solo eso, al salir de casa de Lisa, se había encontrado a Francisco, que lo estaba esperando apoyado en el capó de un viejo coche. Al verlo, había maldecido en voz baja. ¿Qué querría ahora ese tipo? Iba a pasar de largo sin decirle nada, se sentía indignado de que hubiera en el mundo hombres como aquellos, que, en lugar de preocuparse de sus mayores, se dedicaban a esperar las herencias que recibirían cuando sus familiares murieran.

Francisco se separó de su coche para interceptarlo.

—Oye, tú, quiero hablar contigo.

—¿Siempre consigues lo que quieres? —dijo sarcásticamente, cruzando los brazos a la altura del pecho y sin tratar de disimular el desagrado que le producía aquel hombre.

Francisco no contestó a su pregunta.

—No te hagas el gracioso conmigo.

—¿Me estoy riendo acaso?

El sobrino de Lisa pensó que aquella pose de Adam era para intimidarlo, y él no se dejaría acobardar por nadie, y menos por un tipo que lo único que hacía era aprovecharse de las ancianas.

—¿Qué pretendes de mi tía?

—No sé de qué me estás hablando. —A cada segundo que pasaba, Adam estaba más molesto.

—Ahora no te hagas el estúpido —tronó Francisco, empezando a perder la paciencia. Adam veía como una vena en el cuello se le hinchaba—. Sabes perfectamente lo que quiero decir.

—No, no lo sé —lo interrumpió—. Dímelo tú.

—En esta casa y con mi tía no se te ha perdido nada, ella tiene familiares. ¿Sabes? No es ninguna viejecita sola en el mundo.

Aquello era el colmo.

—No me pareció que tuviera familiares cuando la conocí. Estaba sola en una habitación de un hospital, sin nadie que velara por ella. —Aquello era mentira, Sandra no se había movido de su lado mientras Lisa había estado ingresada, pero ese mal nacido no tenía por qué enterarse.

—¿Entonces reconoces que conoces a tus víctimas en hospitales?

Adam pensó que a aquel hombre le iba a coger un ataque, estaba rojo de ira.

—Yo no he dicho eso.

—Ya lo reconocerás delante del juez, ahora mismo voy a poner una denuncia.

«Es aún más fanfarrón que su hermano», pensó Adam.

—Te diré lo mismo que le dije a tu hermano: hazlo, denúnciame, mi abogado se encargará de vosotros; y si me permites, tengo cosas mejores que hacer que estar aquí escuchando sandeces. —Había dado dos pasos cuando aquel tipo lo cogió del brazo para detenerlo.

—Suéltame, no quiero hacerte daño —murmuró mirándolo a los ojos.

Francisco rio con prepotencia.

—¿Me estás amenazando?

—No, solo constato una verdad. Suéltame. —Su tono de voz debería haber advertido a Francisco, pero el tipo era lerdo.

—Yo te voy a decir otra verdad, esto es solo un aviso. Si vuelvo a verte en compañía de mi tía, será peor. —Levantó el puño y lo lanzó directo a la cara de Adam. Este no se quedó esperando, lo esquivó y le devolvió el golpe; se oyó el sonido del hueso al romperse.

—Me has roto la nariz, eres un hijo de puta.

Los ojos se le salían de las órbitas al ver la sangre que manchaba su camisa. Adam vio la palidez de su rostro y como caía desmayado.

¡Menudo imbécil! Le entraron ganas de patearlo, pero no lo haría, esperaría a ver cuál sería el próximo movimiento de esos cretinos. Cuando Francisco empezó a removerse, lo sacudió por un hombro.

—Abre los ojos, idiota, nadie se ha muerto por una nariz rota —dijo acuclillado a su lado, con un tono de voz que causaba grima—. Recuerda esto cuando quieras amenazar a alguien, tus actos pueden volverse contra ti.

Adam se incorporó y se fue, dejándolo en el suelo. Oyó como gruñía de impotencia.

Juanra había preparado una cita perfecta, le había pedido a la señora que le hacía la limpieza en su casa que le preparara la cena. Esa noche no quería que terminara como la anterior, que los dos se quedaron frustrados. La mujer de unos cincuenta años se había esmerado en preparar unos chuletones con patatas, champiñones y espárragos verdes, lo había dejado en el horno, y sobre la encimera, unos entrantes de embutidos ibéricos. También había puesto la mesa y un centro con un pequeño jarrón con unas margaritas que había cortado de una maceta de la terraza.

Olga había esperado que él la llevara a tomarse unas copas y luego cada uno a su casa. Ese día se sentía tensa y asqueada por lo descubierto en el caso Romero. Él vio su extraña expresión.

—¿Qué pasa?

—Es este maldito caso, me saca de mis casillas no poder detener a ese hombre.

—Lo que necesitas es desconectar y relajarte —dijo él mientras sus manos se posaban sobre los rígidos músculos de su cuello—. Estás muy agarrotada. Lo que necesitas es un baño para sosegarte. Descansa mientras te lo preparo.

Él mismo la guio hacia el sofá antes de desaparecer tras una puerta.

Mientras se llenaba la bañera, Juanra encendió unas cuantas velas aromáticas.

Cuando Olga entró en el baño, pensó que bajo aquel aspecto de bruto que tenía Juanra se escondía un hombre sensible.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó él cuando Olga, envuelta en un albornoz suyo que le iba enorme, entró en la cocina.

—Sí, me sentía sucia… después de escuchar a aquella mujer.

—Me han dicho que tenéis un caso un poco complicado.

Le sirvió una copa de vino.

—No quiero hablar de eso ahora.

—Me parece perfecto. —Cogió un mando de encima de la mesa y puso música suave.

Se sentaron y, mientras degustaban aquella exquisita cena, estuvieron hablando de sus aficiones. A los dos les gustaba viajar, y se contaron sus experiencias. A Juanra le apasionaban los deportes de riesgo y le decía que si lo probaba, a ella también le entusiasmarían.

—No estoy yo tan segura.

Ya habían terminado, y él se levantó para retirar los platos y traer el postre. Cuando ella hizo el gesto para ayudarlo, Juanra le confirmó que era muy capaz de hacerlo él solo.

—Ya verás qué descarga de adrenalina.

Juanra traía en las manos una bandeja con galletas caseras con frutos secos y una botella de vino dulce.

—¿Lo veré?

—Desde luego… ¿o te has olvidado de que me debes un fin de semana? —Levantó una ceja con una sonrisa diabólica.

—¿Ya estás haciendo planes?

—Ya están hechos, muñeca. En cuanto me di cuenta de que había ganado la apuesta, llamé y tenemos la reserva hecha.

Olga estaba encantada con ese hombre. Todos con los que había salido se sentían inferiores, eso de que ella fuera armada los intimidaba; con él no tenía ese problema.

Cuando Olga vio las galletitas, se puso a reír.

—¿Qué pasa?, ¿no te gustan? Celia se va a llevar una decepción si no nos las comemos.

—No es eso, es solo que pensaba que querrías continuar donde lo dejamos ayer. —La pícara mirada que le dedicó hizo que su cuerpo reaccionara.

Juanra soltó una sonora carcajada.

—La nata la guardo para después —dijo guiñándole un ojo.

Un rato más tarde, mientras se tomaban un café, él sacó unos álbumes de fotos y le enseñó distintos lugares donde había estado, le contaba anécdotas de sus viajes y se reían juntos, sentados en el sofá del salón. Ella se dio cuenta de que había fotos que las pasaba con rapidez. Estuvo alerta, y en esas fotos salían mujeres, seguro que eran de sus anteriores conquistas. No dijo nada, no era ninguna ingenua y sabía que un hombre como él tenía su vida antes de conocerla. De pronto cayó en la cuenta de que estaba pensando como si entre ellos fuera a haber algo duradero. Si solo se conocían desde hacía unas semanas, ¿cómo se le había pasado eso por la cabeza?

Él no se dio cuenta de nada, siguió hablando ajeno a la perplejidad de ella.

Francisco estaba rabioso. Cuando se le pasó el mareo y pudo ponerse en pie, la nariz ya casi no le sangraba. Llamó a sus hermanos y les dijo que quería verlos esa misma noche en su casa.

Cuando sus hermanos lo vieron y él les explicó que había sido Adam quien le hiciera aquello, se oyeron maldiciones de todos ellos.

—Tienes que ir a la policía —barbotó Javier, el menor de los hermanos.

—No seas idiota, yo lancé el primer golpe.

—Entonces supongo que él está más maltrecho que tú. —Octavio había hecho el comentario, sabía que su hermano se ejercitaba en un gimnasio y que tenía unos buenos músculos.

Francisco soltó un juramento. Ramón, una risita al ver la reacción.

—Tú no te rías —explotó.

—¿Yo? —El aludido disimuló las ganas de guasearse—. Pensé que tú eras el que solucionarías el problema, y resulta que te ha dado una tunda.

—Vuelvo a decir que tendrías que ir a la policía —recalcó Javier.

—¿Y qué les digo, listillo? Mire, agente, he agredido a un tipo y me ha zurrado. Se cachondearían de mí. ¿No te das cuenta?

—Entonces, ¿por qué nos has llamado? ¿Quieres que te ayudemos a lamerte las heridas?

«¿Cuándo se ha vuelto mi hermano menor tan sarcástico?», pensó Francisco.

—Os he llamado porque tenemos que estar alerta, no sea que la vieja vaya a hacer la estupidez de encariñarse demasiado con ese tipo. Tenemos que trazar un plan para tenerla vigilada.

—¿Y cómo lo vamos a hacer? ¿Qué pretendes, que nos instalemos en su casa? Conmigo no cuentes. —Ramón estaba pensando en su esposa, su tía siempre estaba metiéndose con ella, no se aguantaban la una a la otra. Si le decía que tenían que visitarla con frecuencia, ella lo mandaría al carajo.

—No, solo tendríamos que estar allí cuando este tipo la visita. Con uno de nosotros delante, no se la podrá camelar.

—O sea… pretendes que nos turnemos para estar con la vieja.

—Sí.

—Eso no los detuvo el día que la visité —les informó Octavio—. No pararon de hacer manitas durante todo el rato.

—Pues eso tiene que terminar. Si no los dejamos solos, ese tipo se cansará y se irá a buscar a otra —sentenció Francisco.

Pasaron la siguiente hora poniéndose de acuerdo en los días que iría cada uno. No fue nada fácil teniendo en cuenta que más de uno lo que quería era romperle la crisma al pretendiente de su tía.

Capítulo 11

«Si la cara es el reflejo del alma, Olga es muy feliz», pensó Valle cuando ella llegó a trabajar.

—¿Qué miras? —le preguntó ella al darse cuenta de la mirada de su compañero. Se pasó una mano por el pelo, no fuera que llevara la cola que se había hecho torcida.

Se había tenido que arreglar con prisas. Aquella mañana, al despertar en brazos de Juanra, la excitación había subido como la lava de un volcán ardiente. El recuerdo de todo lo que había pasado durante la noche los había asaltado a los dos, y sus cuerpos se volvieron a fusionar en un abrazo lleno de deseo.

—Eres insaciable —susurró ella cuando notó los dientes de Juanra mordisqueando uno de sus erectos pezones.

—No más que tú, cariño.

Juanra la miraba a los ojos mientras su lengua recorría el trayecto hacia el otro pezón. Ella le cogió la cabeza con fuerza contra su pecho mientras sentía como su cuerpo anhelaba aquellas eróticas caricias, pero él tenía otras intenciones. Le cogió las manos y las apartó de sus cabellos al tiempo que su boca iba recorriendo un camino descendente por aquel voluptuoso cuerpo.

—No… sí… más… —gritó ella cuando la lengua de su amante la encontró. Él sonrió satisfecho al despertar en ella aquellas intensas sensaciones.

Mucho rato más tarde, cuando salieron del letargo de sus cuerpos saciados, se dieron cuenta de que se había hecho muy tarde, se ducharon juntos y se tomaron un rápido café antes de irse cada uno a su respectivo trabajo.

A la mañana siguiente, Adam seguía furioso con aquellos impresentables. No había dormido bien y estaba de un humor de perros. Sus compañeros se dieron cuenta y esperaron a que se le pasara lo que fuera que le ocurriera.

Era hora de comer cuando llamó a casa de Lisa por teléfono. Lo atendió Amelia y le preguntó cómo estaba la anciana. Esta le dijo que bien, pero lo que él quería saber era si habían ido alguno de sus sobrinos con el cuento de lo que había pasado la noche anterior con Francisco. No tuvo que preguntar, Amelia le informó que se había pasado la mañana en la terraza leyendo y que en ese momento se estaba echando una siesta.

Su estado de ánimo mejoró un poco, nadie había molestado a Lisa y tampoco habían puesto una denuncia; si así fuera, ya se habría enterado.

Olga y Adam acordaron que por la tarde podían seguir visitando a las mujeres de la lista que Romero había echado a la calle. Ella le comunicó que aquella misma mañana había ido a ver a la mujer que el día anterior habían visitado, y le había confirmado que se había ido de allí porque su jefe la acosaba y que, cuando ella se negaba, él la amenazaba con echarla a la calle. Un día que él estuvo más insistente de lo normal, pensó que, por lo que cobraba, no valía la pena soportar aquello y se marchó de allí. Ahora tenía otro trabajo y estaba contenta con este. Cuando Olga le preguntó si testificaría en un juicio, la mujer se había puesto muy nerviosa y le confesó que no le había contado nada a su marido por miedo a que él se tomara la justicia por su mano y que arreglara las cuentas con Romero.

—¿Ha pensado que hay mujeres que han sufrido a causa de ese hombre? Usted fue afortunada, tenía a su marido para respaldarla, hay mujeres que no tienen a nadie y tienen que aguantar el acoso.

—Me lo tengo que pensar, no quiero que mi marido se meta en ningún lío por ese hijo de perra.

Olga le dio una tarjeta suya por si se lo pensaba mejor, y la dejó sintiéndose culpable por no haberlo denunciado.

—Esperemos que se decida —dijo Adam cogiendo la chaqueta.

La tarde fue infructuosa, fueron a las casas de cuatro mujeres y ninguna de ellas se encontraba.

—Deben de estar trabajando. —Olga notaba como su compañero estaba cada vez más tenso y pensativo—. ¿Qué te pasa?

—Volvamos a comisaría, tendríamos que haber empezado por ahí.

—¿De qué me hablas?

—Tal vez alguna de estas mujeres lo denunció.

—¿Recuerdas que no encontramos nada contra él? Si lo hubieran denunciado, lo sabríamos.

Él se dio cuenta de que su compañera tenía razón.

—Perdona, hoy no pienso con claridad.

—¿Quieres que hablemos de ello?

Adam la miró durante unos segundos, y luego negó con la cabeza. Si hablaba de ello, sabrían que iba a casa de Sandra y sacarían conclusiones. No, sería mejor no hacerlo.

—Gracias, pero no, son problemas que debo solucionar yo solo.

—Si cambias de idea, ya sabes.

Él asintió mientras conducía rumbo a comisaría.

Ya casi había anochecido cuando Valle se acercó a Adam para invitarlo a una copa al salir del trabajo. Él se lo pensó unos segundos y también que, tal vez, si esa noche no visitaba a Lisa, sus sobrinos pensarían que él había perdido interés en la anciana y la dejarían en paz. El día anterior había notado que Lisa estaba alterada cuando había llegado a su casa, eso no era bueno para la mujer, había hecho lo que había podido para sacarle una sonrisa. Al fin lo había conseguido, pero no quería que aquellos desaprensivos revolotearan al lado de la anciana, alterándola; ella necesitaba tranquilidad.

La llamó por teléfono y le preguntó que cómo se encontraba; ella le dijo que bien, pero él notó que su voz sonaba algo irritada.

—Hoy no iré, tengo cosas que hacer.

No quería mentirle, solo sacarle a aquellos gusanos de encima.

—*No te preocupes, querido, nos vemos mañana.* —Notó como había acentuado la palabra «querido».

—¿Está alguno de tus sobrinos por ahí?

—*Sí.*

—Pásamelo.

Adam se imaginó a la anciana frotándose las manos, sabiendo que él pondría en su lugar a su detestable sobrino, incluso vio en su mente la sonrisa de Lisa.

—¿Quién es?

Lisa no le contestó, estaba enfadada con todos ellos por creer que podían dirigir su vida. Eran todos unas sabandijas que estaban esperando que estirara la pata para poner sus sucias manos en todas sus pertenencias. ¡Qué chasco se iban a llevar! Ya se había ocupado de ello hacía mucho tiempo, no se merecían ni que les abriera la puerta de su casa. Recordaba a su hermana y lo que la habían hecho sufrir, y pensaba que se merecían todo lo que les había preparado para cuando se fuera de este mundo. Ellos mismos se lo habían buscado, y mientras no abandonara esta tierra, se iba a divertir tomándoles el pelo y dejando que creyeran lo que les diera la gana; cuando llegara la hora, se quedarían con un palmo de narices.

—¿Diga? —contestó su sobrino.

—Soy Adam. ¿Quién eres tú? —La voz le resultó desconocida, no era ninguno de los que él conocía.

—*Soy Javier Delgado. ¿Qué quieres?* —Adam notó la voz nerviosa de su interlocutor.

—Solo quería decirte que hoy no iré a visitar a tu tía, tengo otras cosas que hacer, así que, si quieres, puedes largarte.

Adam sintió, más que vio, el alivio que invadió a ese mequetrefe; una sonrisa se le dibujó en la cara.

—¿Me *crees tan estúpido para fiarme de ti?*

Adam soltó una carcajada.

—Yo no he dicho nada, todo te lo has dicho tú. —A través de la línea, pudo oír el gruñido de ese tipo—. Solo pretendía ser considerado, haz lo que quieras. Ahora pásame a Lisa.

Adam había oído claramente que alguien descolgaba el teléfono de la cocina y pensó que Amelia lo estaría escuchando todo.

—¿Amelia estás ahí? —preguntó Adam.

—*No* —dijo Lisa.

—*Sí* —contestó Amelia.

—Yo he tratado de libraros de esa compañía indeseada, pero no me ha creído. Lo único que se me ocurre es que le sirvas una copa con un buen chorro de ese jarabe para cuando uno sufre de estreñimiento. —Lisa soltó una carcajada que amortiguó el sonido que venía de la cocina de las risas de Amelia.

—*Muy buena idea.*

—No dudo de que si empiezan a darle retortijones, saldrá de ahí pitando.

Las carcajadas de Lisa lo hicieron sonreír.

—Mañana me contáis cómo ha ido todo. —Al imaginarse la situación, casi se le escapa una carcajada—. De todas formas, si se pone pesado, llamadme.

Capítulo 12

El restaurante estaba lleno cuando Ernesto y Adam llegaron; había varias personas aguardando para poder cenar. El recepcionista les anunció que al menos tendrían que esperar cuarenta y cinco minutos, que podían ir al bar a tomarse una copa si les apetecía.

—Vamos a otro lado —sugirió Adam, a lo que su compañero le respondió con una sonrisa.

—Oiga… —Miró la placa con el nombre que el recepcionista llevaba en la solapa de su traje—. Santiago, ese es su nombre, ¿verdad? —El tipo asintió—. Coja el teléfono y llamé al señor Aguado, dígale que su amigo Ernesto Valle está aquí.

Aguado era el dueño del restaurante, y los dos eran antiguos compañeros de universidad. Él sabía que siempre había mesas reservadas para clientes especiales.

Mientras el recepcionista realizaba la llamada, Adam le susurró a su amigo:

—No estarás intimidando a nadie, ¿verdad?

Se le escapaba una sonrisa, pero sabía que había policías que usaban su placa para conseguir lo que querían, se había encontrado con ello en Madrid.

—No, de ninguna manera, es un viejo amigo.

—¿Seguro?

—Muy pronto lo conocerás, ya verás, es un tipo muy carismático.

Una palmada en la espalda de Ernesto los interrumpió.

—Vaya, vaya… mira a quién tenemos por aquí —exclamó el tal Aguado estrechando la mano de su amigo—. Hacía mucho que no venías, ya pensaba que no te gustaba la comida que servimos —dijo soltando una carcajada de trueno.

Adam observaba a aquel hombre a su lado y al de su compañero; parecía incluso más menudo de lo que en realidad era. Debía medir,

como mucho, metro sesenta, lucía la cabeza afeitada y una barba muy bien cuidada. Tenía unos incisivos ojos marrón claro y su vestimenta fue lo que más llamó su atención: llevaba un traje morado de satén, con una camisa negra, y una corbata fucsia que parecía relucir al lado del oscuro atuendo.

—Te presento a mi compañero y amigo, Adam Guerrero. Es nuevo en la ciudad —dijo Ernesto, y luego mirando a Adam—: Él es Ángel Aguado.

Los dos hombres se estrecharon la mano.

—Es un placer.

—El placer es todo mío si con ello gano un nuevo cliente. —El pequeño hombrecito rio con cordialidad, tenía mucha más energía de la que parecía; su apretón de manos decía que era un tipo fuerte y muy seguro de sí mismo.

El recepcionista los miraba nervioso.

—Santiago. —Su jefe lo miró, y a él se le cayeron unos menús que llevaba en la mano; hacía muy poco tiempo que trabajaba allí y nunca había hablado directamente con él. El encargado del restaurante era quien lo había contratado y siempre le decía que el señor Aguado tenía un temperamento muy volátil, que si alguno de sus clientes no salía satisfecho de su restaurante, se las cargaba al primero que estuviera delante de él—. Ve y dile al cocinero que tengo invitados. —Al tipo, pareció que un gran peso abandonaba su erguida espalda.

Con una sonrisa amigable, les indicó que lo siguieran, y los tres hombres se internaron en un reservado. La decoración era suntuosa; para el gusto de Adam, demasiado recargado. El papel ocre de la pared con relieves de unos tonos azules medianoche; había varias lámparas de bronce que representaban a querubines y varios cuadros de escenas de caza. Unas cortinas de terciopelo oscuras cubrían toda una pared.

La mesa en el centro de aquella estancia estaba dispuesta para seis personas. En cuanto se sentaron, una camarera se llevó todos

los cubiertos y platos sobrantes. En el centro de la mesa había un gran jarrón de rosas rojas y varias velas, que Ángel encendió.

Adam se quedó perplejo cuando una chica de uniforme llegó con una botella de champán y empezó a llenar las copas, apareció otra con una bandeja de ostras y almejas crudas.

Ángel y Ernesto empezaron a contarle cómo se habían conocido y hecho amigos. Por lo visto, los dos eran los más tarambanas de la universidad y habían unido sus fuerzas, se habían hecho inseparables y su amistad perduraba a pesar del tiempo pasado. Ángel preguntó por Juanra, que era el otro miembro del trío que volvían locos a los maestros. Ernesto le explicó muy por encima los trabajos que hacía Juanra, y los tres se rieron con ganas. Mientras hablaban, había una camarera pendiente de que las copas siempre estuvieran llenas, y la otra se ocupaba de ir sirviendo variadas fuentes de marisco.

La que servía las copas tenía un cuerpo curvilíneo que a Adam le recordaba a Sandra, tenía la misma estatura y su pelo también era castaño claro. En varias ocasiones la miró esperando ver aquellos ojos color miel. ¿Qué diablos le estaba pasando?

La cena transcurrió entre risas y anécdotas. Fue muy esclarecedora para Adam, Ernesto no era como los compañeros que había dejado en Madrid. Era un hombre amigo de sus amigos, en quien se podía confiar.

Ya era más de media noche cuando se despidieron de Ángel. Este los invitó a visitarlo siempre que quisieran.

Ernesto condujo dirección al centro, a la zona donde estaban los locales de copas. Entraron en un recinto atestado, se acercaron a la barra y pidieron dos *whiskys*. Adam le estaba comentando a su amigo la buena impresión que le había causado Ángel cuando dos chicas se acercaron a ellos. Una era morena, con su pelo atado en lo alto de la cabeza con un pasador de bisutería rojo, igual que el vestido escotado y corto que lucía; la otra era castaña y su cabello estaba recogido en una trenza que le bajaba por el hombro derecho,

también llevaba un vestido muy atrevido de color negro. Adam las miró y se dio cuenta de que se habían maquillado para parecer mayores.

Ernesto también se había dado cuenta de la falta de desarrollo de aquellos cuerpos que ellas exhibían como si fueran trofeos.

—Hola, monada —le dijo a la que se había situado a su lado—. ¿Cómo te llamas?

—Todos me llaman Inma. ¿Y tú?

—Yo soy Ernesto, y este es mi amigo Adam. —Alzó una ceja mirando a la morena que se arrimaba a su amigo sin pudor.

—Ella es Estrella.

—Hola, Estrella.

Las dos llevaban una copa entre los dedos, y ambos supusieron que no sería ningún refresco.

—¿Qué os trae por aquí, preciosas?

—Nos relajamos después del trabajo… como vosotros. —Inma puso su mano encima del brazo de Ernesto.

—Ah, ¿sí? Y… ¿A qué os dedicáis? —preguntó Adam tratando de esquivar el cuerpo que Estrella le acercaba cada vez más.

Las dos se miraron, lo que no pasó desapercibido a los agentes.

—Trabajamos en una revista de moda, es apasionante. —Su amiga asintió con entusiasmo.

—¿Sois modelos?

—¿A ti qué te parece?

Inma apoyó una mano en la cadera como si estuviera posando.

Adam vio a una mujer que se acercaba a su amigo con una sonrisa en la boca.

—Ernesto, cuánto tiempo sin verte. ¿Ahora te dedicas a asaltar cunas?

Él vio acercarse a su compañera, y en sus labios se le dibujó una sonrisa. Hacía algún tiempo que se conocían, y en varias ocasiones intentó algunos avances con Eva Castillos, pero ella lo esquivaba.

Siempre parecía ocupada cuando él la invitaba a tomar una copa, y su orgullo de donjuán lo tenía frustrado. Era la única mujer que se le había resistido durante tanto tiempo.

—Oye, tú, que nosotras ya somos mayores de edad. ¿Quieres ver nuestra identificación?

Inma se dio la vuelta para enfrentar a la mujer.

—Sería interesante de ver —contestó Eva con la mirada clavada en Inma—. ¿Me lo dejas?

—¿Quién te crees que eres? —La mozuela se había puesto tiesa.

—Será mejor que se lo enseñes. —Ernesto hablaba mientras su compañera sacaba del bolsillo su placa identificativa.

Al verla, Inma pareció titubear, pero se repuso enseguida, buscó en un pequeño bolso que llevaba y le enseñó un carnet.

—Buena falsificación —afirmó Eva al observar el documento—. ¿Y la tuya? —Tendió la mano hacia Estrella.

—Yo me lo he dejado en casa —exclamó la chica, poniéndose pálida a pesar de todo el maquillaje que llevaba.

Inma miró a Ernesto con el ceño fruncido.

—Tú sabías que era policía, ¿por qué no me has avisado? —lo acusó.

—Porque necesitas un escarmiento, encanto.

La moza le dedicó una mirada que casi lo escaldó. Sus ojos soltaban chispas, abrió la boca, supuso él que para soltarle un soplamocos, pero la volvió a cerrar al ver la ceja que le alzaba.

—Bien, tendréis que acompañarme a comisaría —dijo la agente.

Las dos chicas se quedaron con la boca abierta cuando Eva hizo una señal a unos compañeros suyos, que se habían quedado más atrás, para que se acercaran.

—Llevaos a estas dos, y quiero que pidáis la documentación a todo el mundo —ordenó a sus hombres, y luego se giró hacia Adam —. Ya que este zoquete no nos va a presentar… —Miró a Ernesto con

una sonrisa maliciosa—. Soy Eva Castillos. —Le tendió la mano mientras él la saludaba y le sonreía.

—Por lo que veo, estás trabajando. —Adam se dio cuenta de que su amigo se la comía con los ojos y pensó que entre ellos había algo más que amistad.

—Sí, me enfurece ver a estas chiquillas en estos bares. ¿Es que no se dan cuenta del peligro que corren? Y… ¿En qué están pensando sus padres para dejarlas salir así de casa?

Cuando el que estaba detrás de la barra se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo, se acercó a ellos.

—Oiga, ¿qué es esto?

—¿Quiere que se lo explique? —Al enfrentarse a aquel hombre, la voz de Eva se volvió dura—. Ahora mismo me acompañará a comisaría, le voy a cerrar el local por servir bebidas alcohólicas a menores de edad.

Al tipo, parecía que le iba a coger un ataque, se enfureció.

—Pero esas chicas estaban con estos caballeros.

—No, cuando se han acercado a nosotros, ya llevaban las copas en las manos —dijo Adam.

—Me han enseñado un carnet…

—Falso —lo interrumpió Eva.

—Y qué iba a saber yo.

—Amigo, ¿es que no tiene ojos en la cara? Desde lejos se veía que esas mocosas son menores.

El hombre maldijo mientras veía que toda la concurrencia se iba del local alentados por los policías.

—Esto va a ser mi ruina —vociferó a voz en grito.

—Tenías que haberlo pensado antes.

Eva se despidió de Ernesto y Adam, la calle estaba llena de mirones que se habían acercado para ver lo que estaba pasando. Los dos se fueron hacia el coche de Ernesto.

—Veo que, contigo, las veladas nunca son aburridas —se burló Adam.

—Nunca —exclamó Ernesto soltando una risotada.

En la tranquilidad de su dormitorio, Sandra estaba pensando en Adam. ¿Qué habría hecho esa noche? Cuando había llegado a casa, Lisa le había dicho que había llamado para decirle que no iría. Por la misteriosa sonrisa de la mujer, supo que algo había pasado.

—¿Qué me ocultas? —le preguntó sentándose a su lado.

La anciana prorrumpió en una carcajada que la hizo sonreír.

—Dímelo, así nos reiremos las dos.

Lisa le contó lo que les había sugerido Adam que hicieran con el pesado de su sobrino.

—No me digas que…

La anciana asentía con la cabeza porque la risa no la dejaba hablar.

—Amelia ha escuchado desde la cocina… y dicho y hecho. —Sandra le había dicho a la asistenta que escuchara las llamadas de Lisa por si sus sobrinos la molestaban por teléfono—. Él ha hablado con Javier y le ha dicho que hoy no vendría, pero él no se fiaba, pensaba que era una treta para que se fuera y se ha quedado, entonces Amelia me ha traído un té y una copa para mi sobrino… —Otra vez las carcajadas la asaltaron—. Tendrías que haberlo visto, de repente se le ha desencajado la cara, le he preguntado si le ocurría algo y me ha dicho que no, pero se pasaba continuamente las manos por el estómago, y de pronto ha salido disparado hacia el baño. —La expresión de la anciana era un poema—. Cuando ha salido, ha dicho que se encontraba muy mal y que se iba a su casa.

Amelia estaba escuchando las carcajadas de Lisa desde la cocina y pensó que lo que había hecho había valido la pena.

Sandra se imaginó la escena y no pudo evitar reír con Lisa.

Ahora, en la solitud de su habitación, se preguntaba dónde habría estado él. Tenía que reconocer que le gustaba verlo cada día contándole tonterías a Lisa, haciéndola reír; también se había dado cuenta de que él estaba pendiente de sus reacciones, le gastaba bromas y le dedicaba comentarios picantes.

Nunca se había sentido tan a gusto con un hombre, y el solo hecho de pensarlo le ponía el bello como escarpias.

Capítulo 13

Sonó el teléfono de Adam y él no estaba allí. Olga atendió la llamada, cogió el recado y volvió a su mesa. Cuando su compañero volvió de tomar café, le dio el mensaje.

—Te ha llamado un tal Ignacio Lozano, dice que tiene algo para ti.

—Gracias, ¿qué haría yo sin ti? —exclamó con una sonrisa en la boca, estaba de buen humor, la noche anterior se había divertido, y ahora venía de tomar café con Ernesto y se había reído de lo lindo mientras este le contaba que estaba muy interesado en Eva, pero que ella lo mantenía a raya.

Adam se había sorprendido, la víspera había notado que entre ambos había algo más que compañerismo.

—¿Me estás diciendo que tú y ella no…*?*

*—Ya me gustaría a m*í —exclamó Valle—*. Pero cada vez que intento acercarme, me para los pies.*

—Yo creía que sabías cómo manejar a las mujeres. —Adam rio al hacer el comentario.

—Y normalmente es así, pero Eva es un caso aparte.

—Me dio la impresión de que a ella no le eres indiferente.

—Pues te engañó, amigo, conmigo es fría como el mármol.

Adam tenía sus dudas, en varias ocasiones había observado las miradas de ella hacia su compañero.

—¿No será que sabe que eres un mujeriego *y no desea que juegues con ella?*

Ernesto lo miró entrecerrando los ojos, pensativo.

—¿Eso crees?

—No soy ningún experto, solo es la impresión que tuve.

Su amigo se quedó cavilando sobre Eva.

Adam llamó a Ignacio, pensó que si contactaba con él era porque habría descubierto algo sobre Romero.

—¿Has encontrado algo?

—La verdad es que no, pero me pareció que debías saber esto.

—¿De qué se trata?

—Una de las mujeres que ese tipo despidió ha muerto en el incendio de su casa. Por lo visto, hay algo que no termina de encajar y lo están investigando.

Adam cogió aire ruidosamente. ¿Qué estaba pasando? Romero había salido de la ciudad, y ahora esto. Tendría que preguntar al abogado dónde estaba ese hombre, pero de todas maneras...

—¿Cuándo ocurrió?

—Hace un par de días.

—¿Puedes averiguar si en el momento del accidente Jorge Romero estaba en Madrid?

—Sí, supongo que sí.

—Bien, ¿podrías mantenerme al tanto de lo que averigüen?, porque imagino que deben estar…

—Sí —lo interrumpió Lozano—. *Están siguiendo algunas pistas, ya me enteraré de lo que ha pasado. Luego te llamo.*

Adam no creía en las casualidades y tenía un extraño presentimiento. No sabían dónde estaba Romero, y eso le hacía sospechar de todo lo relacionado con ese hombre y sus empleadas.

El sol de la tarde calentaba la estancia donde Amelia le estaba leyendo a Lisa uno de sus libros favoritos; la vista de la anciana ya no era la misma y se cansaba con facilidad. Lisa miraba al infinito, como si estuviera inmersa en la aventura de la heroína de aquella historia. Amelia la veía sonreír de vez en cuando, señal de que estaba tranquilamente disfrutando de la lectura.

La paz que reinaba en el salón se vio interrumpida por el timbre insistente de la puerta.

Lisa soltó un sonoro suspiro.

—Ya será uno de mis odiosos sobrinos. ¿A quién le habrá tocado hoy?

La asistenta empezaba a darse cuenta de la clase de zoquetes que la anciana tenía por familia.

—Si quiere, puedo ofrecerle un té aderezado —sugirió con una sonrisa tensa.

—No, dos días seguidos no, se darían cuenta. Acompáñame a mi cama, y diles que estoy descansando.

Amelia abrió la puerta y Ramón entró con su esposa pegada a los talones. No le dijeron nada, como si ella fuera un molesto mosquito. La asistenta murmuró en voz baja la poca educación de aquellos estúpidos.

Al llegar al salón y no encontrar a su tía, giró en redondo y su mujer chocó contra su espalda; el brusco movimiento casi la tira al suelo.

—¿Dónde está? —bramó con malos modales.

Amelia tenía unas ganas terribles de decirles que la mujer había salido con su pretendiente solo para enfurecerlos, pero pensó que eran muy capaces de recorrer la casa y la encontrarían en su habitación.

—La señora está descansando, ha pasado mala noche. —Para su consternación, vio la cara de satisfacción que los dos ponían y se arrepintió de no haberles dicho que estaba fuera.

Y para colmo, los dos se instalaron en el salón y le dijeron de malas maneras que les preparara un café. Ramón le preguntó si tenía por la casa algún tipo de licor. ¡Sería caradura!

—No, señor.

Era mentira, pero ese tipo ya era desagradable estando sobrio, no quería pensar cómo se pondría si bebía más de la cuenta.

—Pues mañana cuando vaya a la compra, traiga una botella de *whisky*, pero no del barato, que sea bueno. —La miró con arrogancia.

—No sé si la señora lo aprobará.

—Desde luego, Ramón —exclamó Gloria—. ¿Es que no puedes pasarte un rato sin beber?

—No, maldita sea, ya hago bastante viniendo, no pretenderás que encima…

—Cállate, ¿quieres?, el servicio no tiene por qué enterarse de ciertas cosas —lo cortó su mujer.

Amelia se fue y los dejó solos en el salón. Ya en la cocina, pensó en algo que ponerles en el café. No podía hacerles lo mismo que a Javier, sospecharían, tal como había dicho Lisa. Miró en el armario donde guardaba los medicamentos y vio las píldoras para la tensión. Las sostuvo en la mano un momento; un mareo no iba a matarlos, pero si ya se estaban tomando algún otro medicamento podía ser perjudicial. No se le ocurría qué podía hacer para sacárselos de encima. Cogió su móvil y llamó a Adam, le preguntó si pensaba ir por allí, que si no era así, que los podía llamar como había hecho la tarde anterior y a ver si esta vez funcionaba y las dejaban tranquilas.

—*Ahora mismo voy*.

Veinticinco minutos más tarde, Adam llamaba a la puerta de Lisa. En el tiempo que había tardado en ir, Sandra había llegado. La noche anterior, ella se había dado cuenta de la estrategia de los sobrinos: no iban a dejar a Lisa tranquila, y eso no era bueno para la salud de la anciana.

Al llegar, había entrado en la habitación y la encontró furiosa con sus familiares.

—¡No piensan dejarme tranquila! —se había quejado Lisa—. Son como unos tábanos en el culo de un caballo.

—Si les dijeras que lo de Adam fue solo una broma, quizás te los quitarías de encima.

—No creo, si son tan estúpidos para creer que Adam me está cortejando, pensarán que les estoy mintiendo.

—Entonces le tendrías que decir a Adam que no venga tan a menudo.

—Ni hablar, me hace reír y, además, me cae muy bien. No tengo por qué renunciar a los pocos placeres que me quedan. —Se estaba alterando.

—Está bien, lo que tú quieras.

Lisa se había dado cuenta de la preocupación en el rostro de la que consideraba como a una hija.

—Cuando llegue Adam quiero verlo, a ver si les puede pegar un tiro a cada uno de ellos.

La risa de la anciana le había arrancado una sonrisa.

Cuando Sandra entró en el salón, dos pares de ojos la miraron con desdén.

—Que solícitos que estáis últimamente —comentó a nadie en particular. Del despacho se había traído unos casos por revisar y los dejó encima de la mesa donde se pondría a trabajar.

—Solo pretendemos conservar lo que es nuestro. —Ramón la miraba con lujuria en los ojos; Gloria se dio cuenta.

—¿Vuestro?

—Por si acaso, ten las maletas preparadas, cuando la vie… —Ramón se percató de su desliz—. Cuando mi tía muera, no quiero volver a verte por aquí.

Adam escuchó la última frase mientras se dirigía al salón, y Lisa, desde su habitación, también la había escuchado, el vozarrón de su sobrino se oía por toda la casa.

—Para eso aún falta mucho, tu tía está más fresca que una rosa. —Sandra sabía que no era así, pero no quería dejar que aquel cretino tuviera la última palabra.

—Me alegra saberlo. —Se oyó la voz profunda de Adam, que estaba apoyado en el marco de la puerta; su mirada pasó de uno a otro—. ¿Dónde está Lisa?

—Descansando. —Los ojos de Sandra mostraron alivio al verlo allí.

—¿Está bien? —Aquella expresión preocupó a Adam.

—Sí, solo necesita un poco de tranquilidad. —Él lo entendió—. Lisa está esperándote.

Ramón y Gloria se levantaron rápidamente. Adam los miró alzando una ceja.

—¿Os marcháis?

—No —exclamaron los dos al unísono.

—Solo pretendo ver a mi tía. —La ira de Ramón era palpable.

—Pues creo que ella no quiere verte a ti.

Adam parecía muy tranquilo, cuando lo que deseaba era sacar a aquellos dos de aquella casa a patadas.

—No te dejaré solo con mi tía.

—¿Y cómo piensas impedírmelo?

—Llamaré a la policía —lo amenazó, asintiendo con la cabeza para poner más énfasis en sus palabras. Gloria, a su lado, asentía también.

—Te apuesto lo que quieras a que, si llamas a la policía, tu tía dirá que el que no es bien recibido en esta casa eres tú.

Ramón se puso rojo como un tomate, sabía que ese tipo tenía razón. Se dio cuenta de que, con aquella estrategia, no conseguirían separar a su tía de ese hombre, tendrían que pensar en otra cosa.

—Vámonos, Gloria —rugió, saliendo de la estancia.

Un potente portazo les hizo saber que se habían marchado.

Sandra se dejó caer en la silla que tenía detrás. Adam acudió junto a ella y vio sus manos temblorosas, se las cogió y se dio cuenta de que estaba helada. Se acuclilló a su lado.

—¿No te habrá asustado ese energúmeno? —susurró él.

—Ese juego que os lleváis entre manos Lisa y tú nos va a dar un disgusto.

Su voz temblorosa no le gustó nada, no quería que ella se preocupara por él.

—No estarás angustiada por mí, ¿verdad?

Ella no contestó, y aquel silencio dijo más que mil palabras. Adam la abrazó contra su pecho mientras le frotaba los brazos.

—Tranquila —le susurró con la boca sobre su sien—. Esa pandilla de cretinos no es ninguna amenaza para mí.

—Pero Lisa… a ella le afecta mucho, solo necesita tranquilidad, y esos estúpidos…

—¿No podrías pedirle a tu jefe una orden de alejamiento? —Sandra lo miró pensando que estaba bromeando—. La están maltratando psicológicamente.

Ella no había pensado en esa posibilidad, se quedó reflexiva.

—Mañana hablaré con él a ver si podemos hacer algo.

Adam asintió mientras se daba cuenta de que ella no hacía nada para alejarse de él. Se sorprendió, la sensación del cuerpo de ella contra el suyo era maravillosa. Se inclinó y le rozó los labios con los suyos, y por un segundo pareció que el tiempo se hubiera detenido. La caricia duró un suspiro; él pudo notar como ella se tensaba entre sus brazos, pero no trató de apartarse.

Sandra estaba tan sorprendida por la sensación que aquellos gruesos labios habían despertado en ella que se había quedado sin respiración.

—Respira, cielo —le susurró Adam, pasando una mano cálida a lo largo de la columna vertebral femenina.

Lisa estaba en el umbral de la puerta y una sonrisa le adornaba sus labios. Ese hombre sería quien curaría las heridas de Sandra.

Esa misma noche, tendido en su cama, Adam pensaba en Sandra. Aquella tarde había actuado sin pensar. Abrazarla había sido un acto reflejo cuando se percató de la alteración de ella por aquellos cretinos que invadían la casa de Lisa día sí y día también. Pero luego no se había detenido ahí, no, la besó. Había cometido un error. En el momento no lo sintió, le había encantado la suavidad de aquellos labios, el contacto hizo que lo recorriera una especie de corriente eléctrica; no obstante, no sabía si ella había disfrutado ese

beso como él. Además, apenas conocía a Sandra. Sí, habían tenido mucho contacto por Lisa, pero nada más; nunca habían hablado de nada que no fuera trabajo o de la anciana. No sabía nada de ella. Lo que tenía muy claro era que se sentía muy atraído por ella, tanto que actuaba sin pensar, como le había ocurrido aquella misma tarde.

Se acostaba con mujeres que apenas conocía, pero ellas sabían lo que querían y lo que obtendrían de él: unas horas de placer y nada más. No sabía si Sandra era como ellas, ciertamente no se comportaba igual. También estaba la cuestión laboral, «donde tengas la olla, no pongas la polla». En definitiva, tenía que mantener las distancias con ella.

En casa de Lisa, Sandra tampoco podía pegar ojo. Por su inexperiencia con los hombres, no sabía si le habría estado mandando señales a Adam. En mucho de los juicios contra violadores, había oído aquello de «es que ella me mandaba señales», «ella me hacía ojitos». Rememoró las horas pasadas con Adam, ella había actuado como siempre lo hacía. No creía haberle dado alas para que él pensara que pudiera estar interesada en él; sí que reían y bromeaban, pero nada más, nada personal. Recordó la noche que él la había llevado a cenar y bailar por deseo de Lisa; se habían comportado como amigos. Sí que le dio un breve beso al llevarla a casa, pero ella lo tomó como una manera normal de despedirse al final de una noche de diversión. Después de ese día, estaba segura de no haber coqueteado con él en ningún momento, nunca lo había hecho y no estaba segura de saber hacerlo. Entonces, ¿por qué la había besado? Era imposible que estuviese interesado en ella, ¿o no?

Se durmió sumida en un mar de dudas, lo que tenía muy claro era que debía mantener las distancias con él. Ella nunca confiaría ciegamente en un hombre.

Capítulo 14

En la comisaría, todo era un caos. Habían hecho una redada en un bar de las afueras y se habían encontrado con varias menores prostituyéndose. El dueño no tenía en regla los papeles y, además, un grupo de borrachos había tratado de interponerse entre la policía y las chicas. Se había armado un buen alboroto y habían terminado todos en comisaría.

Adam recordó a las dos muchachas que habían tratado de ligar con él y con Valle hacía unas noches y pensó en que muchas chicas terminarían ejerciendo la prostitución si no les enseñaban más valores morales y se les explicaba muy bien los peligros que corrían cada día al salir de sus casas y querer aparentar lo que no eran.

Juanra había colaborado en la redada y les estaba contando a sus amigos lo que había pasado. Olga se reía por la extraña vestimenta que él llevaba, parecía un mafioso; iba completamente de negro.

—¿De qué te ríes?

—De ti. ¿Te has mirado en el espejo? Pareces sacado de una película de *El padrino*.

—Ese era el propósito, muñeca. Tendrías que haberme visto, llevaba mi máscara de blanco y el pelo rubio largo recogido en una coleta. Al entrar en aquel tugurio, he captado la atención de todos los parroquianos. Cuando me senté a una mesa, el dueño del bar se desvivía por atenderme, luego me ha mandado a una niña, que no tendría más de dieciséis años, para que me entretuviera. Mientras, mis compañeros rodeaban el edificio. Nadie se ha dado cuenta de lo que estaba pasando hasta que dejé la placa encima de la mesa cuando el hombre me trajo un *whisky*. Entonces creo que se ha cagado en los pantalones. Tendrías que haberlo visto, empezó a tartamudear, y todos los demás iban a abandonar el local, cuando se

han dado cuenta de que estaban rodeados. —La manera como lo contaba los mantenía a todos con una sonrisa en la boca.

—Tío, eres genial. —Valle admiraba a ese hombre que se ponía siempre en la primera línea de tiro—. Algún día te encontrarás a alguien más chulo que tú —le advirtió.

—Ese tipo aún no ha nacido —respondió con una carcajada.

El móvil de Adam sonó y, al contestar, Sandra le dijo que su jefe no podía establecer la orden de alejamiento contra los sobrinos de Lisa si antes no se ponía una denuncia, y ella no quería que la anciana pasara por eso.

—Deberías comentárselo, tal vez ella…

—No lo sé, no quiero que se angustie más de lo que ya está. Si los soporta, es por el amor que le tenía a su hermana, pero con el tiempo se han convertido en un incordio.

Adam pensó que ella tenía razón, hacía poco que las conocía, pero veía que la anciana no terminaba de recuperarse, y eso lo tenía intranquilo.

—No te preocupes, ya me encargaré yo de alejarlos a ellos de su tía.

—No vayas a hacer alguna tontería.

Él la notó nerviosa.

—Tranquila, nos vamos a divertir con esto.

—Miedo me da cuando dices eso.

Mientras hablaban, Adam miró a Juanra y se le ocurrió una idea.

—¿Tan poca confianza tienes en mí? —Su voz despreocupada logró que la tensión la abandonara.

—Sabes que no es eso.

—Confía en mí.

—Lo haré. A propósito, dentro de dos días es el cumpleaños de Lisa, quisiera hacerle una pequeña fiesta, una cena, nada demasiado complicado.

—Perfecto, es una idea brillante.

—*Contamos contigo.*

—No me lo perdería por nada del mundo.

—*Espero que esos cretinos no hagan acto de presencia.*

—No estarán.

Adam miraba a sus compañeros y en su cabeza estaba trazando un plan. Cuando vio que Juanra se despedía, se levantó y le preguntó si podían tomarse un café, que tenía una propuesta que hacerle. Se fueron a la cafetería que había frente a la comisaría y, mientras se tomaban un café muy cargado, le expuso a Juanra el problema de los sobrinos de Lisa.

—Es una anciana encantadora, pero esos tipos le están haciendo la vida imposible, lo único que quieren es que se vaya de este mundo para poder acceder a su herencia.

—Vaya desalmados.

—Había pensado en que quizás podrías ayudarme a deshacerme de ellos.

—¿Has pensado algo en particular? ¿Quieres que los haga desaparecer? —exclamó riendo.

—No seas bruto. —Adam también rio.

—¡Qué pena! A gente como esa me gustaría poder sacarlos del mapa.

—A mí también, pero no podemos hacerlo. ¿Se te ocurre algo? Quizás podrías hacerte pasar por guardaespaldas, solo un par de días, hasta que se den cuenta de que no son bien recibidos.

—¿Como si me hubiera contratado esa mujer? Eso le crearía más tensión a la pobre señora. Se me ocurre otra cosa, ¿tienen portero en esa casa?

—No.

—Pues a partir de ahora ya lo tienen. ¿Es una comunidad de muchos pisos?

—No, solo cuatro, y todos son mayores.

Adam estaba imaginando lo que su compañero quería decir.

—Entonces no te será difícil convencerlos, sobre todo si les dices que no les va a costar nada. Explícales que estaré allí para que no tengan visitas indeseadas, que te den su número de teléfono, y yo, cuando venga alguien, los llamaré. También les subiré la compra y eso que hacen los porteros. —Juanra ya se estaba imaginando en el papel, su boca lucía una sonrisa maliciosa.

—¿No te supondrá ningún problema si faltas al trabajo unos días?

—Me deben unos días de vacaciones, y resulta que la gente mayor es una de mis debilidades.

Adam pensó que Juanra no parecía una persona excesivamente sensible, era un bruto, pero tenía un gran corazón.

—Se lo que estás pensando, amigo —dijo apesadumbrado—. No hace mucho perdí a mi abuela, era una mujer extraordinaria. Nos crio a mis hermanos y a mí mientras mi madre se deslomaba para trabajar. Pienso en ella muy a menudo, me hubiera gustado poder darle otra clase de vida.

—Eres un gran tipo, lamento tu pérdida. —Adam puso una mano sobre el hombro de su compañero.

—Gracias, siempre me decía que yo era su oso amoroso; ahora me gustaría que ella aún estuviera entre nosotros para demostrarle cuanto la quise.

—Seguro que lo sabía.

Los dos se quedaron en silencio mientras pensaban en lo que les costaba decir lo que sentían; expresar sus sentimientos no los hacía menos hombres, mostrar sus emociones no los volvía vulnerables, los hacía más fuertes.

Estuvieron haciendo planes y luego cada uno se fue por su lado.

Adam llamó a Sandra y le explicó lo que iban a hacer. Esa tarde, los sobrinos de Lisa no iban a pasar de la puerta de la calle.

Ignacio Lozano descubrió que Romero había estado en Madrid al mismo tiempo que la mujer había muerto asfixiada por el humo al

incendiarse su casa. Lo que no era normal era que la puerta de la casa estuviera cerrada con llave, y los investigadores no habían encontrado las de la mujer, con lo cual ella no había podido salir. Además, los bomberos habían dicho que el incendio se debió a una fuga de gas, y el marido les aseguró que apenas la semana anterior había ido un técnico para revisar la instalación. Al preguntar a los vecinos, se dieron cuenta de que solo se había revisado la instalación de aquella casa, que nadie había ido a las demás. Eso les había hecho sospechar que quien se hubiese personado en la casa no era ningún experto en gas, sino quien había provocado el incendio. Nadie lo había visto, por lo que no tenían idea de qué aspecto tendría. Al preguntar al marido, este se había quedado pensativo unos segundos antes de decirles que su mujer había estado nerviosa y asustadiza cuando él llegó esa noche a casa, como si algo hubiera ocurrido, que incluso cuando oía llorar a su pequeño de pocos meses, se asustaba y corría al lado del niño, pero al preguntarle, le había dicho que no era nada, que estaba en los días antes de que le viniera el periodo. El hombre no le había dado mayor importancia, pero ahora pensaba que su mujer cambiaba de humor durante esos días, pero nunca había sido asustadiza.

Los científicos estaban buscando pruebas, huellas o algo con lo que poder identificar a ese sujeto que había provocado el incendio.

Adam escuchó a su amigo y le pidió que lo mantuviera informado.

—¿Aún sigue Romero en Madrid?

—Sí, que yo sepa, aún no ha subido a ningún avión.

—Bien, diles a los de la científica que ese hombre es un posible sospechoso.

—Tienes una de tus corazonadas. ¿No es así?

—Sí, creo que ha cerrado la boca de una posible testigo.

—Testigo. ¿De qué?

—Tendrían que preguntarle al marido por qué despidieron a su mujer de la empresa de ese hombre, tal vez sepa algo.

—¿Crees que tiene que ver con ese caso que estás investigando?

—Sí.

—De acuerdo, haré lo que pueda.

Los dos antiguos compañeros se despidieron, y Adam se quedó pensativo. En Barcelona tenían a las víctimas controladas, pero no sabían nada de las demás ciudades donde Romero poseía sucursales de su empresa. Tenía la impresión de que cuando encontraran el cabo del ovillo y tirasen de él, podrían llevarse una sorpresa muy desagradable.

Ramón se había encontrado con su hermano Francisco la noche anterior, y cuando le contó lo que había pasado en casa de su tía, este le gritó que era un inútil, que no servía para nada, que era incapaz de vérselas con un simple buscavidas. Cuando Ramón le recordó que él había salido de allí con la nariz rota, su hermano maldijo, aún le dolía, y que le echara en cara aquel episodio lo enfurecía.

—Hoy, que vaya Octavio —sentenció Francisco con furia—. Ese tipo se cansará de ir a ver a la vieja y que no lo dejemos en paz. Muy pronto estará buscando a otra víctima a la que poder estafar.

—No sé de qué se va a cansar, ayer él pudo verla y yo no. Tendríamos que esperarlo los cuatro cuando salga de allí y darle una buena paliza, así sí que lo alejaríamos de ella.

Francisco pensó en lo que su hermano le estaba diciendo, no era mala idea, a él lo había cogido desprevenido, pero ese hombre no podría con los cuatro.

—No es mala idea.

Octavio, que lo había dicho sin pensar debido a la frustración, se extrañó que su hermano aprobara la idea, al mismo tiempo que pensaba que Adam podría denunciarlos.

—¿Te has vuelto loco? No sé por qué dije eso. ¿Te das cuenta de que puede ir a la policía?

Francisco lo miraba con los ojos entrecerrados, sabía que su hermano era un cobarde, pero no lo quería dejar fuera de aquello, tenía que estar tan involucrado como los demás; si no, era muy capaz de delatarlos.

—No irá a la policía, estoy seguro.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo puedes saberlo?

Su hermano estaba perdiendo la paciencia.

—¿Tú has visto cómo viste? Nuestra tía no es a la única a la que ha estafado, estoy seguro de que al mismo tiempo que le dice a la vieja que siempre estará a su lado, se lo dice a otras —le gritó.

—Muy bien, supongamos que le damos una paliza. —Ante los gritos de Francisco, su hermano había adoptado un tono de voz más controlado—. Si va al hospital a que lo curen, le preguntarán qué le ha pasado.

—No seas estúpido, ya se guardará él de decir nada, no querrá que lo investiguen.

Octavio no acababa de verlo claro.

—Ahora mismo llamo a los otros y esta noche nos desharemos de ese tipo. No volverá a molestarnos.

Sandra se fue pronto a casa, quería estar presente si a alguno de los sobrinos se le ocurría aparecer por allí. Al llegar, se encontró con un hombre descomunal que la paró en la puerta de la calle.

—¿A qué piso va? —le preguntó, cubriendo con su cuerpo todo el vano de la puerta. Llevaba un uniforme, como si fuera el botones de un hotel, y a ella le hizo gracia el arete que brillaba en la oreja izquierda; junto con las ropas oscuras, le daba la apariencia de un pirata.

—Al segundo, usted debe ser el amigo de Adam, yo soy Sandra Molina —dijo tendiéndole la mano.

—Sí, señorita, a su servicio. —Juanra hizo un leve movimiento de cabeza.

—¿Ha habido hoy visitas?

—No, no se preocupe, no pasarán de la puerta.

Ya había anochecido cuando Adam llegó, miró a su compañero y una gran sonrisa se dibujó en su cara.

—Tienes un talento especial para parecerte a los personajes que interpretas. —Una risa se le escapó.

—Ya me lo dice mi madre, tengo madera de actor. —La sonrisa de Juanra era traviesa.

—Ya veo, el mundo se ha perdido una gran estrella. ¿Ha habido movimiento?

—No.

—¡Qué raro, normalmente, a estas horas están aquí!

—Los estaré esperando.

Adam subió al piso, y Lisa estaba sentada en el sofá viendo una película en blanco y negro.

—Ven, querido, por lo visto, hoy, mis adorables sobrinos se han tomado fiesta. —Sonrió la anciana palmeando con su mano delgada su lado en el sofá.

—¿Cómo está hoy la princesa de la casa? —Se acercó a Lisa y le dio un beso en la mejilla.

—Muy bien, ya ves, viendo una película de mi tiempo. Siéntate, que está muy interesante.

Sandra estaba sentada en uno de los sillones, con varios papeles en las manos y sobre sus rodillas.

—Me dejas que salude antes, ¿verdad?

La anciana lo miró con una sonrisa y un guiño.

—Claro que sí.

Adam se acercó a Sandra, cogió más papeles que ella tenía en una silla a su lado y se sentó.

—¿Cómo estás?

—Bien, he conocido a tu amigo, parece un pirata. —Su voz sonó relajada, y él pensó que había acertado en pedirle a Juanra que le hiciera aquel favor.

—Puede parecerse a lo que él quiera, créeme —afirmó con una sonrisa que la hizo sonreír a ella también—. ¿Te has traído trabajo a casa?

—Sí, he venido pronto para estar más tiempo con Lisa.

Él asintió, admirando a esa gran mujer que tenía delante.

Amelia les trajo una bandeja con una jarra de limonada y un plato con unas tostadas con salmón ahumado. Adam se sentó al lado de Lisa y terminaron de ver aquella película. Luego hizo reír a la anciana con unos chistes subidos de tono, y cuando el aroma de la cena llegó al salón, él se despidió, quería aprovechar para ir a comprarle un regalo a Lisa, al día siguiente era su cumpleaños.

Sandra lo acompañó hasta la puerta.

—Gracias.

—¿Por qué? —Adam alzó una ceja al preguntar.

—Por todo, por tratar de que esté tranquila, últimamente estaba algo alterada, y eso no le es bueno.

—Lo sé, por eso he pedido a mi amigo… —No quería que ella supiera que era un agente de policía—. No te preocupes, él no dejará que nadie la moleste.

Sin dejar que ella dijera nada más, se inclinó y la besó. Con sus fuertes manos sobre las suaves mejillas, esta vez paseó sus gruesos labios sobre los de ella, dejando un rastro de calor que le inundó el cuerpo. Sandra sintió que perdía el equilibrio y sus manos se apoyaron en el pecho fuerte y duro. Al sentir aquellas pequeñas manos, él deseó profundizar el beso, pero no lo hizo, algo en lo más hondo de su ser le decía que con aquella mujer tenía que ir muy despacio. No era como las mujeres a las que él estaba acostumbrado. En varias ocasiones había pensado que el trabajo que ella realizaba la tenía traumatizada.

Se separó de ella y oyó su suave suspiro. Los ojos color miel lo miraban con un brillo encantador.

—Hasta mañana, cielo.

Sandra se cubrió los labios con la punta de los dedos mientras lo veía marchar, los sentía vibrantes, la sensación era muy placentera.

«Al diablo con los propósitos que me planteé en la noche», pensó Sandra. ¿Qué tenía que hacer para evitar esos gestos de cariño de Adam? Un estremecimiento le recorrió la espalda cuando, con un sobresalto, se dio cuenta de que había disfrutado de ese beso. Había sido tan tierno. Movió la cabeza para despejar la bruma de placer, no iba a darle más importancia de la que tenía. Adam era un hombre muy atractivo que, desde que se habían conocido, la mantuvo en guardia. Por eso se había comportado de manera impertinente cuando él le dijo que se había trasladado allí desde Madrid y le hizo aquellas preguntas sin sentido. Fue su manera de levantar las barreras para mantenerlo a distancia; que los hombres la encontraran fastidiosa siempre le había resultado… Hasta que él llegó.

Mientras se alejaba, los pensamientos de Adam iban por el mismo camino. ¿Qué tenía esa mujer que le hacía olvidar sus intenciones? Necesitaba sexo, llevaba demasiado tiempo sin una buena maratón.

Salió del edificio y le extrañó no ver a Juanra. Supuso que, tal como le había dicho, estaría haciendo cosas de portero. No le dio importancia porque sabía de su profesionalidad, seguro que estaría pendiente de todo. Se dirigía a su coche sin prestar atención a su alrededor, con la mente en el aroma que desprendía Sandra, cuando se vio rodeado por los impresentables sobrinos de Lisa.

—Ya me parecía a mí que era raro que no estuvieseis montando guardia —dijo tratando de pasar por su lado.

—Supongo que te habrás despedido de ella, porque hoy será el último día que la… —rugió Ramón mientras lanzaba el primer derechazo hacia la cara de Adam.

Capítulo 15

Juanra había visto a aquellos cuatro hombres que se paseaban por la acera como si esperaran a alguien. Inmediatamente pensó en aquellos tipos de los que le había hablado su amigo, pero como no hicieron ningún intento de entrar, siguió leyendo el periódico.

Estaba sacando la basura de sus supuestos empleadores cuando vio a su compañero que salía del portal. Por el rabillo del ojo vio como aquellos cuatro hombres lo rodeaban. Dejó las bolsas y se dio la vuelta para observar lo que pasaba.

Adam esquivó el primer golpe de uno de los tipos y le propinó un codazo en el costado, lo que lo dejó al sin respiración durante unos segundos.

—Maldita sea, ¿qué es lo que os proponéis ahora? —Oyó que les decía Adam.

—Terminar de una vez por todas con toda esta tontería que te estás trayendo con nuestra tía —exclamó Javier.

—Lo que haya con vuestra tía y yo es algo que no os incumbe a ninguno de vosotros.

Adam los miraba con ganas de matarlos. Juanra, no muy lejos de allí, estaba preparado para darles una zurra a aquellos cretinos.

—Ya lo creo que nos incumbe, imbécil, si crees que te vas a quedar con la herencia de la vieja solo por reírle sus gracias y entretenerla un poco, estás muy equivocado —bramó Octavio con furia—. Nos tiene a nosotros, que somos su familia.

—¿Sí? ¿Y dónde estabais cuando estuvo en el hospital? No os vi a ninguno de vosotros con ella.

—Eso a ti no te importa —dijo Francisco con voz letal—. Lo único que debe importarte es que aquí no tienes nada que hacer. —Le hizo una señal a Octavio con la cabeza para que lo atacara—. Ya me

conozco yo a los tipos como tú, que se camelan a las ancianas para vivir bien.

Su hermano no se había movido del sitio y lo miró con fuego en los ojos.

—¿Me estás llamando vividor? —Adam sonrió para que él se enfureciera y fuera quien se acercara; la última vez le había roto la nariz, ahora no dudaría en hundirle una o más costillas. Esos tipos se merecían una lección, y él estaba deseoso de dársela.

Francisco, al ver aquella sonrisa segura, se ofuscó y se lanzó contra Adam. Este le dio un golpe en las costillas que lo mandó de espaldas al suelo, con las manos apretándose el costado y respirando trabajosamente.

Al ver a su hermano en el suelo, los demás se lanzaron todos a la vez contra Adam, que esquivó algunos golpes, pero que también recibió otros, aunque cuando sus puños daban en algún blanco, lo dejaban bastante maltrechos.

Juanra vigilaba por si tenía que intervenir. De momento, su compañero se las estaba apañando bastante bien, ya había dos de aquellos tipos que se habían apartado de la pelea; estaba seguro de que uno tenía varias costillas hundidas, y el otro sangraba por la nariz y la boca. A Adam lo veía en forma, sus puños y sus pies iban dejando a esos memos en una clara desventaja. Otro se quedó en el suelo después de recibir una patada en el estómago y un puñetazo que salió desviado en un hombro, seguro que se lo había dislocado; el tipo se quedó en el suelo cogiéndose el brazo y con una mueca de dolor en el rostro. Adam apenas sangraba por un corte en el labio. Se enfrentó al último de aquellos cretinos propinándole una patada en la rodilla que lo hizo aullar y caer sobre el duro alquitrán de la calzada.

Los cuatro estaban en el suelo removiéndose y gimiendo. Adam los miró con desprecio y la respiración agitada.

—¿Queréis más?

Un murmullo de quejidos fue la contestación que recibió. Se compuso la ropa y se alejó, dejando tras de sí a esos impresentables apaleados.

Aún no había llegado a su coche cuando su móvil sonó.

—*Tío, ya me contarás dónde has practicado.* —Una carcajada sonó a través de la línea, era Juanra—. *Vaya zurra les has dado.*

Adam sonrió a pesar de lo furioso que se sentía, creía haber dejado atrás las peleas callejeras.

—¿Te ha gustado el espectáculo? —Su voz rezumaba sarcasmo—. ¿Qué esperabas, verme medio muerto para aparecer?

—*No te quejes, te las has apañado muy bien; si yo hubiera intervenido, habría echado a perder mi disfraz.*

Adam se secaba la sangre del labio mirándose en el espejo retrovisor, y tuvo que reconocer que su amigo tenía razón.

—Ahora mismo te doy la razón, mañana, cuando tenga todos mis huesos doloridos, ya te maldeciré.

Su amigo rio.

—*Puedes maldecirme todo lo que quieras, te apuesto lo que sea a que a ti te maldecirán más que a mí, tienen verdaderos problemas para ponerse en pie. Y ahora vete, que aparecerá una patrulla en cualquier momento*.

En el despacho que ocupaba en la fiscalía, Sandra estaba revisando un caso cuando oyó unos golpes en la puerta y se asomaba la cabeza de su jefe.

—¿Puedo pasar?

Andrés Cruz era un hombre de unos cincuenta y pocos años, su rostro severo en esos momentos sonreía.

—Claro, pasa, ¿qué te trae por aquí? —No era normal que el fiscal fuera a su despacho.

El hombre se sentó en una de las sillas frente a Sandra.

—Vengo a interesarme en un caso. ¿Qué tienes sobre la violación de Ramona Collado?

A ella le extrañó aquel interés.

—Aún lo están investigando, pero tenemos tan poca cosa que por el momento es inútil llevarlo ante el juez.

—Déjame ver.

Sandra le tendió la carpeta donde tenía el expediente del caso Romero. Prácticamente no tenían nada y las declaraciones se contradecían la una a la otra.

—¿No hay nada más?

—Nada, este tipo parece que haya nacido hace cinco años, ni multas de tráfico, ni retrasos en el pago de sus impuestos, nada. Tengo a todos los agentes investigando de dónde ha salido este hombre.

Cruz repasaba las declaraciones.

—Hay que reconocer que es un tipo astuto, él mismo no niega que haya tenido relaciones sexuales con esa mujer. Con eso se cubre las espaldas con las posibles pruebas que encontremos. El ADN no nos sirve de nada.

Sandra asentía con la cabeza.

—¿Algún interés especial en este caso? —Quiso saber ella.

—Esa mujer es amiga de una amiga de mi mujer. Al marido, eso de que no se encuentren pruebas lo está poniendo nervioso, piensa que su mujer le es infiel, lo están pasando bastante mal.

A Sandra se le revolvieron las tripas.

—He hablado con ella y te aseguro que esa infidelidad no existe. A Ramona la ha violado ese hombre, pero como ves, no tenemos pruebas. Con lo que hay, cualquier juez desestimará el caso en cuestión de segundos.

—¿Has hablado con él? —la interrumpió su jefe.

—No he podido, está fuera de la ciudad, incluso llegó a pedirle permiso al juez para hacer este viaje de negocios cuando nadie lo había acusado aún. Es todo muy raro, estoy esperando que vuelva para poder interrogarlo.

—Bien, mantenme informado. —Ya iba a levantarse cuando recordó algo—. Perdona, no te he preguntado cómo está tu casera. He estado pensando en lo que me dijiste de la orden, entiendes que no podamos hacer nada con eso, ¿verdad?

—Sí.

—He pensado que tal vez, con una carta de su médico. —El fiscal había estado pensando en el asunto, y eso la reconfortó—. Es posible que un juez pueda extender una orden si lo encaramos bajo ese prisma, la salud de la señora.

—Veré al doctor —concordó Sandra.

—De todas maneras, no te hagas falsas esperanzas, no sabemos si va a funcionar. ¿Cómo lo lleva ella?

La mirada de Sandra se ensombreció.

—Es complicado, está muy disgustada con sus sobrinos, pero al mismo tiempo es ella la que alienta a esos desaprensivos. Les ha hecho creer que tiene un pretendiente, y es por eso que no la dejan en paz.

El fiscal la miró con una ceja levantada.

—¿Se han creído que la están cortejando?

Sandra no quería decirle a su jefe que el que hacía de novio era uno de sus investigadores, podía ponerlo en un lío.

—Sí, son tan estúpidos que ya ves. Incluso le dije que se dejara de tonterías, y me pidió que no la privase del placer de la compañía de ese hombre. La hace reír, le cuenta historias y la acompaña un ratito cada día.

Él la miró extrañado ante aquella extraña historia. Por un momento, se le pasó por la cabeza que tal vez los sobrinos tenían razón en preocuparse.

—Ese tipo…

Sandra lo interrumpió.

—No hay ningún problema con él, es un buen hombre.

—¿Estás segura? Piensa que hay mucho desaprensivo suelto.

—Lo estoy. —Una sonrisa se dibujó en sus labios pensando en las risas de la anciana cuando Adam le contaba chistes subidos de tono —. Tendrías que verlos juntos, compiten a ver quién la dice más gorda, son como niños.

Cruz se levantó, sabía que esa anciana era como una madre para Sandra. Desde que había empezado a trabajar para él que hablaba de esa mujer con mucho cariño, sabía que si algo le sucedía, ella lo pasaría muy mal.

—Si necesitas algo, no dudes en decírmelo.

—Gracias, Andrés.

Sandra se quedó pensando en la fiesta que le estaba preparando para esa noche; Lisa cumplía ochenta y seis años.

Aquella mañana, Adam se levantó mucho mejor de lo que esperaba. Tenía el labio un poco hinchado y le dolían un poco las costillas, pero nada que una aspirina no pudiera solucionar. Mientras se afeitaba, pensó en lo maltrechos que había dejado a aquellos cretinos y sonrió. Sabía que no lo habían denunciado; si hubiese sido así, alguien lo habría llamado.

Al llegar a comisaría, Valle le informó que lo habían llamado Ignacio Lozano y Juanra.

—Deberías buscarte mujeres que no muerdan. —Se rio Ernesto mirándole el labio—. Luego esas señales dan pie a todo tipo de especulaciones.

—Me he cortado afeitándome.

—Tío, no olvides con quién estás hablando —chuleó Valle.

—Con el experto en mujeres que es incapaz de acercarse a la que realmente le importa —le contestó riendo, pero se arrepintió enseguida cuando sintió el dolor en el labio. Sonó su móvil y miró quién era. Adam se imaginó que Juanra lo llamaba para saber cómo estaba y reírse un poco más de él, así que ignoró la llamada y llamó a Ignacio—. Hola. ¿Tienes algo para mí?

—Sí, esto no te va a gustar.

—Dispara. —Era una expresión que usaban cuando trabajaban en el mismo departamento.

—Son dos las mujeres que han muerto de la lista desde que ese tipo está Madrid.

—Maldita sea. ¿Qué ha pasado?

—La otra mujer murió la semana pasada en un accidente de tráfico, nadie lo investigó hasta que vi su nombre en el ordenador, y pedí un favor a los agentes de carreteras. Al revisar el coche, se dieron cuenta de que había estado manipulado.

—¿Romero ya estaba en la ciudad en aquellas fechas?

—Sí, ahora lo están investigando.

Adam maldecía para sus adentros.

—Dame el nombre del que lleva la investigación, tienen que hablar con las demás mujeres, tienen que advertirles que están en peligro.

—Ya lo he hecho, les he dado tu número de teléfono, seguro que te van a llamar para saber lo que está pasando.

—Bien, sigue investigando a ver de dónde ha salido este tipo.

—Estoy en ello.

El humor de Adam se había arruinado.

Llamó a Sandra y le dijo que tenía que verla; ella le contestó que acudiera a su despacho.

Al llegar a la fiscalía, no sabía dónde estaba el despacho y preguntó a una secretaria que se lo indicó. Llamó a la puerta y oyó la voz de ella que le decía que pasara. Se quedó impresionado al ver aquella estancia. Las paredes estaban cubiertas por estanterías llenas de libros; a su derecha había una mesa redonda donde había más libros, abiertos, y en el centro, un escritorio de caoba con un ordenador a un lado; al otro, una pila de carpetas junto a las cuales había una lámpara que daba a la estancia una luz cálida. Eso y las cortinas de color burdeos con bordados era el único toque femenino de aquel despacho, por lo demás, hubiese parecido el de un hombre.

Ella no se movió de su silla, le pidió que se sentara frente a ella y que le contara a qué venía esa prisa por verla.

Al contarle por dónde había encauzado la investigación y lo que estaba pasando, ella se enfureció.

—¿Seguro que ha sido él? ¿Seguro que estaba en Madrid en las mismas fechas de los asesinatos? Y me dices que tal vez sea posible detenerlo por defraudar al fisco…

—No lo sé, pero es mucha casualidad el que dos de sus antiguas empleadas hayan muerto en tan poco margen de tiempo, y según parece en extrañas circunstancias. Y estamos sobre la pista de unas cuentas en paraísos fiscales.

—Ahora mismo hablaré con el fiscal, que mueva algunos hilos para hacer que ese hombre vuelva.

—Yo no haría eso.

—¿Por qué? Me estás diciendo que es un presunto asesino, que evade impuestos… y estoy segura de que un violador.

Adam la miró comprendiendo su posición.

—Ante ese tipo, somos unos incompetentes, estúpidos, que nos tragamos sus patrañas. Él se siente seguro, y nosotros podemos tirar del hilo hasta descubrir todo lo que oculta. Si lo alertamos de alguna manera, desaparecerá y no volveremos a saber de él; imagino que eso es lo que ocurrió hace cinco años.

—¿Me estás diciendo…?

Adam la interrumpió.

—Sí, sospecho que no empezó a delinquir en los últimos tiempos, es demasiado astuto, debía tener sus asuntos en otra parte, se vio amenazado, vino aquí y se inventó otra identidad.

—Pero podéis investigar con él en la cárcel.

Adam hizo una mueca.

Sandra estaba perdiendo la paciencia, quería ver a ese monstruo entre rejas lo más pronto posible.

—Me has dicho que está en los alrededores de Madrid. Puedo hacer los trámites para que lo detengan allí.

—Tú mandas. Pero… ¿Cuánto tiempo lo podrás retener antes de que contrate a un abogado que lo saque bajo fianza?

Adam veía algo en los ojos de Sandra mientras se sostenían la mirada. Luchaba consigo misma entre hacerle caso a él o detenerlo inmediatamente. Era cierto que aún lo estaban investigando, se basaban en pruebas circunstanciales y declaraciones de testigos que él había puesto en el punto de mira con cuentas y registros falsos. Con un buen abogado que le diera la vuelta a las pruebas, el tipo conseguía salir de la cárcel bajo fianza, no volverían a verle el pelo.

—Tienes razón, tenemos que ir con mucho cuidado para que no se escape.

Adam asintió con la cabeza.

—Iré a ver a Ramona Collado para que se vaya de su casa unos días, tenemos que proteger a esa mujer.

—De acuerdo, pero que esté localizable, que te dé un número al que llamarla por si tenemos que hablar con ella. Si pone algún tipo de impedimento, dile que la pondremos en el programa de protección de testigos.

—Ahora mismo me encargo.

Adam ya iba a salir del despacho cuando ella lo retuvo con una pregunta.

—¿Con quién te has peleado?

—¿Yo? —exclamó con una media sonrisa, no quería que ella se preocupara por lo que había pasado.

—No me tomes por estúpida y no me digas que te has cortado afeitándote. —Sus ojos color miel lo miraban con intensidad.

—Ahora no es el momento, tenemos que actuar rápido, antes de que haya otra víctima.

Sandra no iba a dejarlo así como así.

—¿Cuál de ellos fue? —Su instinto le decía que los sobrinos de Lisa tenían que ver en la magulladura que él lucía en el labio.

—Luego te lo cuento, quiero poner a esa mujer a salvo de inmediato. —Salió del despacho antes de que ella pudiera decir nada más.

Sandra sabía lo burros que podían ser aquellos cretinos, quería hablar con la anciana antes de que se arrepintieran de haber empezado con aquel engaño. Pero reconocía que estaría otra vez diciéndole lo que tenía que hacer y lo que no. Además, Adam estaba también involucrado en esa mentira, era mayorcito para poner punto final a aquella pantomima cuando él quisiera. Dejaría que las cosas siguieran su curso. Confiaba en él, no haría nada que perjudicara a Lisa, si hasta había puesto un portero para que la dejaran tranquila. Era un hombre de recursos… y a ella le gustaba más cada día que pasaba.

Capítulo 16

Los sobrinos de Lisa estaban hechos un asco. El que no se quejaba de las costillas, lo hacía de la cara, del hombro, del pecho o de otras partes de sus cuerpos que habían sido vapuleadas a conciencia por ese tipo que les estaba haciendo la vida imposible.

La noche anterior, cuando al fin se habían podido poner en pie, vieron a un tipo con uniforme que los observaba.

—Vámonos de aquí —había bramado Ramón tirando de uno de sus hermanos para que se pusiera en pie—. Seguro que ese tipo ya ha llamado a la policía.

Solo tardaron unos segundos en oír las sirenas que se acercaban, eso los había puesto en movimiento a todos, que salieron de allí lo más rápido que les permitieron sus cuerpos magullados.

Esa mañana se habían reunido en casa de Francisco. Su cara era un cuadro, el morado y azul eran los colores de sus rasgos.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —Quiso saber Javier, que tenía la rodilla hinchada y andaba con dificultad.

—Maldita sea, ¿qué quieres que hagamos? —rugió Octavio, que había tenido que acudir a urgencias para que le colocaran el hombro en su sitio—. No podemos denunciarlo, no sabemos cuánto tiempo llevaba aquel tipo observándonos. Si estuvo allí desde el principio, sabrá que fuimos nosotros los que empezamos la pelea. Además, en el hospital me preguntaron cómo me había lesionado y les dije que me había caído de la bicicleta, no puedo cambiar mi versión, empezarían a investigar.

—No, eso no nos conviene. —Francisco estaba perdiendo la paciencia con sus hermanos, eran como un atajo de quejicas—. Lo resolveremos nosotros, pero primero tenemos que recuperarnos, la próxima vez no se lo pondremos tan fácil.

—¿La próxima vez? —exclamaron, al unísono, Javier y Ramón.

—Claro, idiotas, no pensaréis dejar que se camele a la vieja y nos quedemos sin herencia, ¿verdad? —Los miró con furia en los ojos—. Sobre todo, ahora que el momento se acerca.

Los otros tres se miraron y pensaron en que efectivamente su tía parecía más débil cada día que pasaba.

Cuando Adam salió de la fiscalía, llamó a Olga y le dijo que en cinco minutos estuviese en la puerta de comisaría, tenían trabajo que hacer. Cuando ella le preguntó, le contestó que cogiera la lista de las mujeres que habían trabajado para Romero en la ciudad y que había despedido, debían avisarles de que estaban en peligro.

Empezaron visitando a Ramona Collado y le preguntaron si tenía algún sitio donde ir mientras ellos terminaban con la investigación. No le comentaron nada de las dos mujeres muertas, no querían alarmarla, solo que se mantuviera alejada de su casa. Ella se negó, pues tenía problemas con su marido a razón de lo que le había ocurrido, y no podía irse y dejarlo, eso solo empeoraría las cosas.

—Pues que él la acompañe —exclamó Olga—. Escuche, señora, no queremos alarmarla, pero si no sale de la ciudad, la pondremos en el programa de protección de testigos y la llevaremos donde no pueda encontrarla.

A la mujer, el color le abandonó la cara.

—Pero…

Adam estaba perdiendo la paciencia, tenían que hacer muchas visitas y no podían perder el tiempo.

—Señora Collado, no tenemos tiempo que perder. Mi compañera se lo ha dejado muy claro, tiene que salir de la ciudad, se trata de su propia seguridad. Sospechamos que ese hombre que la violó puede… —Olga le lanzó una mirada de advertencia, y él calló.

La mujer estaba cada vez más lívida y temió que se desmayara de un momento a otro.

—¿Puede llamar a su marido? Nosotros esperaremos.

Adam iba a decir algo, pero su compañera le hizo un gesto con la cabeza.

Mientras esperaban a que llegara su esposo, Olga se dio cuenta de que el asunto con Ramona se iba a alargar y no tendrían tiempo de advertir a todas, llamó a Nieto y a Valle y les pidió que los ayudaran con las mujeres en peligro. Les dejó bien claro que no debían atemorizarlas, no sabían las que habían sufrido abusos porque ellas se habían negado a declarar y a denunciarlo. Además, no tenían pruebas de que él fuera el causante de aquellas muertes, pero debían estar preparados por si acaso.

—Decidles que estamos investigando a su antiguo jefe y que podrían estar en peligro, que es mejor que se marchen hasta que todo haya terminado. Que ese hombre es inestable, que se trata solo de precaución… Aseguraros de que dejen un número donde podamos localizarlas.

—¿Y si alguna se niega? —le preguntó Valle.

Olga lo pensó un momento.

—Si no quieren protección, nosotros no podemos hacer nada más. Allá ellas. Nuestro deber es advertirles. Además, supongo que si no quieren que las ayudemos, será porque no ha pasado nada entre ellos.

—*De acuerdo.*

—Aseguraros de que todas entiendan el peligro que corren.

Dos horas más tarde, Ramona Collado y su marido se iban de la ciudad a casa de un pariente. Adam había hablado con el esposo y lo había convencido de la inocencia de su mujer, de la necesidad de protección que tenía. El hombre se avergonzó de no haber confiado en ella, fue junto a su mujer y la abrazó susurrándole al oído. Supuso que se estaba disculpando por no haberle creído.

A las nueve en punto, Adam llamaba a la puerta de la casa de Lisa. Antes había ido a su casa, se había dado una ducha y se había

puesto ropa elegante, como si en lugar de una pequeña fiesta intima, fuera a una de alto copete.

Sandra le abrió la puerta y se lo quedó mirando sorprendida. Con ese traje negro, la camisa del mismo color y la corbata blanca estaba muy atractivo.

—Te dije que no era nada formal.

—Lo sé, pero no deja de ser una fiesta. Yo no veo que tú vayas en zapatillas —la interrumpió con una sonrisa en los labios.

Ella rio por la ocurrencia. La verdad era que llevaba la ropa que había usado durante todo el día.

—Adam, no me tengas esperando. —Escucharon a Lisa que los llamaba desde el salón.

Sandra lo detuvo cuando iba a pasar a su lado y le susurró:

—Ella no sabe nada de la fiesta, cree que no nos hemos acordado de su cumpleaños, Amelia y yo lo estamos preparando todo en el comedor.

—Bien, la entretendré mientras terminái s. —Le dio el paquete que llevaba bajo el brazo y se fue al salón.

Lisa lo miró de arriba abajo al verlo tan elegante.

—¿Tengo que ponerme celosa? ¿Tienes alguna novia por ahí que te está esperando?

La mirada de la anciana con esa sonrisa pícara lo hizo reír.

—La única novia que tengo eres tú, preciosa.

Cuando estuvo a su lado, se inclinó para darle un beso en la mejilla.

—Zalamero, no creo que te hayas puesto tan guapo para venir a verme. —Señaló ella palmeando en el sofá donde estaba sentada para que él la acompañara—. Aunque creo que a quien quieres impresionar también vive en esta casa.

El brillo de sus ojos hizo sonreír a Adam, quien se dio cuenta de que la anciana debía estar enterada del beso que días atrás le diera a Sandra.

—Me gusta sorprender a las damas. —Él le guiñó un ojo—. En especial si son tan bellas como tú.

Adam se dio cuenta de que se la veía más relajada que en los días anteriores. Evidentemente si sus sobrinos habían intentado ir a verla, Juanra los había espantado.

Desde el comedor, Amelia y Sandra oyeron como se reía la anciana y sonrieron al mismo tiempo. Ya lo tenían todo preparado. Habían puesto la mesa como si allí fuera a cenar la mismísima reina, habían sacado la vajilla fina y las copas con borde dorado. No faltaba ningún detalle. En el centro habían puesto un pequeño ramo de rosas blancas y varios candelabros con velas rojas aromáticas. Los regalos estaban en una mesa auxiliar.

Antes de decirle a la anciana que era hora de cenar, Sandra se fue a su habitación y se cambió. Se puso un vestido rojo de licra que se adaptaba a su cuerpo como un guante. Lo había comparado un día que había salido de compras con Lisa, y la anciana había insistido en que con él estaba espectacular, que ella quería regalárselo para que se lo pusiera en una ocasión especial; ese era el día. Se maquilló un poco, se arregló el pelo y se puso unas gotas de un perfume carísimo que también le había regalado Lisa. Cuando salió de la habitación, le dijo a Amelia que se sacara el delantal, que ella era parte de la familia y que quería que comiera con ellos. La mujer se emocionó cuando la oyó, creía que el cubierto que habían puesto de más era para alguien que aún no había llegado.

—Lisa, a cenar —la llamó desde el comedor, no quería que la anciana la viera antes de llegar a la estancia.

—Creo que es hora de que me vaya —dijo Adam para no estropear la sorpresa—. Ven, te acompañaré a la mesa. —Le ofreció un brazo para que se apoyara en él.

Cuando Lisa vio aquella mesa y la elegancia de Sandra, supo que no se había olvidado de su cumpleaños.

—¡Sorpresa! —exclamaron los tres a la vez.

A Lisa se le iluminó la cara de felicidad, miró a las tres personas que estaban allí con ella y se emocionó; esa era su verdadera familia, la que se preocupaba por ella, con la que se sentía más feliz. Adam le daba palmaditas en la mano que ella tenía apoyada en su brazo.

—No quiero lágrimas, preciosa, hoy es tu día y solo quiero verte sonreír. —Se había encariñado con la anciana y deseaba que fuera feliz—. ¿Estás oliendo lo mismo que yo? Apostaría a que estas mujeres nos han preparado un banquete digno de una reina.

Lisa se recompuso y le guiñó un ojo.

—No lo creo, seguro que ellas no comen tan bien como nosotros. ¿Te has fijado alguna vez en la cara de acelga que tienen? —No terminó lo que iba a decir, se le escapó una carcajada contagiosa—. Además, ellas no tienen a una cocinera tan buena como nosotros.

Amelia le agradeció el comentario y la ayudó con la servilleta antes de sentarse.

Adam miró a Sandra alzando una ceja, ella se había cambiado el vestido y estaba preciosa; aquella prenda resaltaba su figura escultural. Ella le devolvió la mirada con una pizca de picardía en los ojos, como queriéndole decir «no pretenderás ser tú el más guapo de la fiesta». Le sonrió guiñándole un ojo.

La mesa estaba llena de bandejas con exquisiteces, había canapés con caviar, con salmón ahumado, con puntitas de espárragos, con colas de gamba…

—Apuesto a que no puedo comer nada de todo esto —dijo Lisa con una maliciosa sonrisa.

—Por un día no pasa nada. —Sandra solo quería verla feliz—. Adam, ¿serías tan amable de abrir el vino?

Él lo hizo, sirvió a todos y levantó su copa.

—¡Por Lisa! Por sus veinte años tan bien llevados.

La anciana rio, y todos chocaron sus copas antes de beber un sorbo.

—No me importa cumplir años, querido, siempre he tratado de vivir la vida al máximo. He hecho cosas escandalosas para mi época, pero no me arrepiento de nada. He tratado siempre de no hacer daño a nadie, y vaya si me lo he pasado bien.

—Vaya, vaya, así que… ¿Has sido una chica mala? —La risa de Adam las hizo reír a las tres.

—De tan mala que era… era muuuy buena.

El sorbo de vino que él se estaba bebiendo estuvo a punto de atragantársele. La miró entrecerrando los ojos.

—Tendrás que darme lecciones, estoy seguro de que podría aprender mucho de ti.

Amelia y Sandra no paraban de reír.

—A ti te lo voy a contar.

—¿Vosotras sabéis algo?

Adam miró a Sandra. Ella negó con la cabeza, pero la diversión en sus ojos decía que sabía de lo que estaba hablando la anciana.

—Tú sabes…

—Haremos un trato —lo interrumpió Lisa—. Tú me cuentas una de tus batallitas, y yo te cuento una de las mías.

Él la miró mientras pensaba en el reto de la anciana.

—Seguro que no son tan interesantes como las tuyas, Lisa —se burló Sandra riendo—. No hay nadie que te supere.

—¿Os estáis aliando contra mí? —exclamó él con una risotada—. Os contaré dos a cambio de que tú… —señaló a Sandra con un canapé que tenía entre los dedos a medio comer— me cuentes también una.

En los ojos de ella apareció, por una fracción de segundo, una sombra que ella despejó con un parpadeo.

—El desafío es entre tú y yo. —Lisa distrajo la atención de Adam.

Él se dio cuenta de que la anciana desviaba la curiosidad hacia ella intencionadamente.

Amelia se levantó para recoger las fuentes de la mesa, y Sandra la ayudó, tenía que escapar de la mirada escrutadora de ese hombre.

Al volver de la cocina, las dos traían platos con rape con almejas; olía de maravilla.

Durante el resto de la cena, Lisa los mantuvo atentos a una historia tras otra de cuando era joven. Amelia también contó sobre su vida después de quedarse viuda, les explicó cómo había hombres que trataban de engatusarla, cuando lo único que querían era una chacha que cuidara de sus hijos, o peor, de sus madres. Se había encontrado con uno en particular que le había prometido el oro y el moro. Se había ido a su pueblo para conocer a la familia del hombre, y se encontró que tenía un amante, que era gay y que solo la quería a ella para que en el poblado nadie se enterara. Ella lo había mandado al carajo tan pronto como lo supo.

Al llegar a los postres, sacaron una tarta de nata y chocolate, que era la preferida de Lisa. Pusieron unas velas con un ocho y un seis. Al dejarla delante de la anciana, todos estaban expectantes. Adam sacó su móvil para inmortalizar el momento.

—Quiero que todos penséis un deseo y que sopléis conmigo. —Estaba feliz como un niño en Nochebuena—. Démonos las manos, así se harán realidad los deseos de todos.

Al cabo del rato, Sandra le dijo a Lisa que era hora de abrir los regalos. Amelia le había comprado una botella de perfume; Sandra, un disco de un cantante de la época de Lisa, sabía que le encantaba. El regalo de Adam lo dejó para el final y cuando lo abrió, sonrió como una adolescente. Era un fular de lana rojo ribeteado con una filigrana con bolitas negras. Era extravagante, y él lo había escogido por eso, se imaginó que a Lisa iba a gustarle, y no se había equivocado.

La velada había sido maravillosa, la mujer estaba feliz, pero a nadie le pasó por alto que estaba cansada.

—Amelia, ayúdame a acostarme, por favor. —Sandra iba a levantarse para acompañarla, pero Lisa le dijo que se quedara con Adam, que la noche aún era joven. Se había dado cuenta de las miradas que los dos se habían lanzado durante toda la noche. Si era necesario, haría de celestina, estaba dispuesta a quebrar una de las reglas de su vida, la de no meterse nunca entre una pareja, pero estos dos…

—Ha sido una fiesta muy bonita —comentó Adam cuando se quedaron solos.

—Se la ve feliz, ¿verdad?

—Sí. —Asintió con la cabeza dándole la razón.

Sandra miraba dentro de su copa el licor ámbar que habían servido después del café.

—¿Qué piensas? —La voz de Adam fue un suave susurro.

Los ojos color miel se encontraron los negros de él, y vio tristeza; el cambio de humor lo dejó perplejo.

—¿Qué ocurre?

—Es posible que sea su último cumpleaños. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. No acaba de recuperarse.

Él se levantó de su silla y fue al lado de Sandra; le cogió las manos con ternura.

—Con su edad, es lógico que tarde más en volver a ser la mujer enérgica que era, pero no te preocupes, ya verás cómo lo conseguirá. —No lo creía en realidad, se había dado cuenta de que la anciana estaba cada día más débil, pero eso era lo que ella necesitaba escuchar en ese momento.

Ella negaba con la cabeza.

—Sé que es irracional, sé que es ley de vida, pero… no me imagino la existencia sin ella.

Adam la abrazó, no supo por qué lo hacía, simplemente lo hizo, y se quedó maravillado de lo bien que la sentía contra su pecho.

—No pienses en eso ahora. —La gran mano de él se movía por la espalda de Sandra como si tratara de que olvidara sus lúgubres

pensamientos.

Ella sentía la caricia y se fue abandonando a las sensaciones que la recorrían. Adam sintió como se relajaba contra él, le puso una mano en la nuca y con el pulgar le empujó el mentón para mirarla a los ojos. Estuvieron unos segundos sin apartar la mirada el uno del otro. Lentamente, él la atrajo hacia sí y besó aquellos labios generosos, aquella dulce boca lo estaba enloqueciendo. Con la lengua trazó el contorno y empujó con suavidad. Oyó el jadeo que se le escapó a ella cuando lo sintió adentrarse en su interior, sintió las manos que ella tenía apoyadas en su pecho cerrarse en puños. Volvió a acariciarle la espalda para que la tensión que estaba notando la abandonara, mientras movía la lengua lenta y tentativamente.

Notó como ella se esforzaba por estirar los dedos y, al fin, las pequeñas manos quedaron abiertas como abanicos, quemándole la piel a través de su camisa.

Cuando el beso terminó, los dos tenían la respiración alterada. Se miraron durante un largo momento, viendo en los ojos del otro el deseo vibrante que los envolvía.

Capítulo 17

Era viernes, y Juanra tenía planes. Llamó a Adam y le avisó que durante el fin de semana no iba a estar. Él le agradeció lo que estaba haciendo y le dijo que no se preocupara, que él se encargaría.

Adam se había dado cuenta de que ya no le satisfacía tanto como antes irse de copas con los amigos al salir del trabajo, tenía la mente siempre pendiente de lo que estaría haciendo Sandra mientras él estaba de juerga con sus amigos. Sabía que estaría con Lisa, últimamente pasaba todas las horas que podía con la anciana. No habían vuelto a saber nada de los odiosos sobrinos. Pensó, con una sonrisa, que les llevaría más tiempo recuperarse de la zurra que les había dado.

Cuando iba a verlas, las encontraba jugando a las cartas o viendo alguna antigua película de las que le gustaban a Lisa, se unía a ellas y las hacía reír un rato con sus ocurrencias.

Aunque no se engañaba, la anciana no parecía recuperarse, se cansaba mucho y la vitalidad que había conocido de ella no volvía. Un día, pensó que la anciana lo hacía adrede para dejarlos solos a él y a Sandra, pero con el pasar de los días se convenció de que no era así.

Al anochecer, Juanra recogió a Olga en el portal de su pequeño piso. Ella llevaba una bolsa de viaje colgada al hombro. Mientras se dirigía hacia él, admiraba el movimiento de sus caderas. Llevaba unos vaqueros ajustados que dejaban muy poco a la imaginación y una camisa blanca abrochada hasta sus voluptuosos pechos. La sonrisa que le dirigió le hizo contener el aliento. ¡Qué hermosa era!

—Hola, preciosa. —Se inclinó y le rozó los labios con los suyos—. ¿Estás preparada para la mayor aventura de tu vida?

Olga rio con picardía.

—¿Tú mismo te llamas la mayor aventura de la vida? No te hace falta abuela.

—Ella me enseñó todo lo que sé. —La voz de él se había llenado de ternura al hablar de su abuela—. Era una gran mujer, ella me crio. Tú también le gustarías, las dos os caeríais bien.

Ella fue consciente de que él hablaba en tiempo pasado y de la ternura que impregnaba su voz al recordar a aquella mujer.

—Lo siento, yo…

Juanra la miró con una tierna sonrisa y le puso dos dedos sobre los labios.

—Tranquila, murió de viejita. Un día se acostó y no volvió a despertar. Tuvo una muerte dulce. Mi infancia estuvo llena de amor y risas. Mi abuela me dio más que muchos padres a sus hijos. —Se lo oía orgulloso hablando de ella—. Era una mujer excepcional.

Olga sintió la necesidad de poner un punto de humor.

—¿Era tan grande como tú?

Él soltó una carcajada.

—Nena, no hay nadie tan grande como yo.

—Eso también te lo decía ella. —Los ojos de Olga le lanzaban chispitas verdes.

—Por supuesto. Venga, no me entretengas más o llegaremos tarde. —Él puso la bolsa de viaje en la parte de atrás de la furgoneta.

—Tarde… ¿Dónde? —le preguntó cuándo él le abría la puerta para que subiera al asiento del copiloto.

—Ya lo verás, es una sorpresa. —La mirada de él estaba llena de malicia.

Un par de horas más tarde llegaban a un lujoso hotel en la Costa Brava, en Rosas; desde la terraza de la habitación que les asignaron podían ver la playa privada iluminada por el brillo de la luna. El edificio estaba situado sobre un acantilado donde rompían las olas, el sonido era de lo más relajante.

Juanra se había quedado en el interior atendiendo al botones que les había subido las maletas, salió a la terraza y la abrazó por la espalda.

—¿Te gusta? —le susurró en el oído, como si no quisiera romper la melodía de las olas.

—Me encanta. —Ella se apoyó contra él.

—Perfecto, pues ahora démonos prisa, tengo reservas para que nos den unos masajes relajantes.

—Yo preferiría quedarme aquí —exclamó ella con intención mientras movía el trasero contra él.

Juanra le dio un cachete en la nalga antes de cogerle la mano y arrastrarla al interior de la habitación.

—Pícara, eso déjalo para más tarde.

Pero la verdad era que él había sentido como su sangre se calentaba; si no la sacaba de allí pronto, no saldrían.

Bajaron al primer piso del hotel donde había un spa. Dos chicas con uniforme los estaban esperando.

—No será un masaje con final feliz, ¿verdad? —Olga no pudo resistir decir aquello cuando vio lo guapas que eran aquellas chicas.

—Ahora que lo dices… —replicó él con una sonrisa que le iluminaba la cara, de aquellas que ella deseaba verle siempre; sentía que se fundía cuando le dedicaba una.

Cada uno se fue con una de las muchachas, que los llevaron a las cabinas de masajes. La habitación estaba pintada de color champán, había varios cuadros de flores exóticas. En un lado había un acuario con peces de colores y varias mesas bajas con velas encendidas. De fondo sonaba una melodía suave; el ambiente era de por sí muy agradable.

Olga estaba en el séptimo cielo, aquella chica sabía muy bien lo que estaba haciendo, se sentía completamente relajada.

Juanra disfrutó del masaje, se anudó la toalla a las caderas y le dijo a la chica que lo llevara donde estaba Olga. Entró silenciosamente, se puso un dedo sobre los labios para que la mujer

que estaba masajeándola no dijera nada, se untó las manos con aceite que olía a rosas y le hizo un gesto con la cabeza a la muchacha para que se fuera. Sus grandes manos se movían sobre la espalda de Olga, ella parecía haberse quedado dormida. Entonces se puso más aceite y empezó a masajearle un pie con maestría, oyó que a ella se le escapaba un suspiro, fue subiendo por la pierna hasta llegar al muslo, y luego empezó por el otro pie.

—¡Qué bueno es esto! —murmuró Olga.

Él no dijo nada; sonrió. Lo cierto era que aquel masaje lo estaba poniendo a cien, notaba la erección que presionaba la toalla. Cuando llegó al muslo, no se detuvo y siguió hacia arriba, hacia las nalgas. Sintió bajo sus manos como ella se ponía algo tensa.

Olga salió de su nube de relajación, pensando que aquella chica habría tomado su comentario como una invitación, o tal vez sin querer había demostrado cierta inclinación que no era.

—No sigas por ahí, guapa, ya tengo bastante —murmuró con languidez, queriendo sacar a la muchacha de su error.

—Pues yo no —le susurró Juanra en el oído al inclinarse sobre ella.

Olga giró la cara y lo miró por encima del hombro.

—Eres un demonio, al final sí que habrá un final feliz —bromeó al ver la protuberancia de su erección.

Él soltó una risita mientras se ponía a sus pies y, con mirada intencionada, se echaba más aceite en las manos. Puso sus palmas sobre las nalgas, debajo de la toalla que cubría aquel trasero que lo atraía como un imán. Ahora ya no masajeaba, ahora eran caricias dedicadas a enloquecerla.

Olga sentía que la temperatura de aquella pequeña habitación subía. Él no solo se conformó con las nalgas; con suaves empujones le hizo abrir las piernas y acarició el sexo acalorado, húmedo y suave. Sus dedos eran mágicos, ella trató de moverse para que él entrara en su cuerpo, pero él la mantuvo quieta con una mano sobre su trasero.

—Quieta, amor —ronroneó mientras tiraba de la toalla y esos dos globos quedaban ante sus ojos, se inclinó y los mordió con suavidad. Al instante sus fosas nasales fueron invadidas por el perfume a rosas del aceite y la fragancia de la excitación femenina.

La respiración de Olga se había vuelto entrecortada, su cuerpo le reclamaba movimiento, pero él la tenía inmovilizada, acariciando con la yema de sus dedos aquel pequeño brote de carne palpitante, él notaba como se iban impregnando de los fluidos amorosos.

—Relájate, cariño —susurró mientras introducía uno en el interior de aquella dulce cavidad que lo envolvió, quemándolo.

—No puedo —gimió.

—Claro que puedes.

Olga estaba a punto del frenesí, solo con que él moviera un poco su mano…

Juanra sentía los temblores y los gemidos de ella; su masculinidad estaba dura como nunca. Empezó a retirar el dedo para hacerla suya, pero la había excitado demasiado y la suave fricción la lanzó al abismo haciendo que se sacudiera en un clímax sobrecogedor. La visión de ella envuelta en la pasión fue algo que recordaría durante el resto de su vida.

Ella quedó desmadejada sobre la camilla, apenas consciente del hombre que tenía a sus espaldas. Juanra la cogió por las caderas y la colocó de forma que su trasero quedó al borde la de camilla, acarició las nalgas pasando los dedos por la hendidura y la levantó para entrar en aquel cuerpo suave y sedoso. Lentamente se unió a ella, nunca había sentido algo tan caliente, se inclinó y le mordisqueó le nuca y los hombros. A ella le ocurrió algo que nunca le había pasado al sentirlo tan íntimamente dentro de ella, sus entrañas lo reclamaron y volvieron a despertar con un ímpetu abrumador.

—Más… —Se oyó susurrar sin que ella tuviera conciencia, al tiempo que giraba la cara para reclamar la boca de él en la suya.

Él se sorprendió ante aquella palabra, pero al ver aquellos labios que se le ofrecían húmedos y ávidos de besos, le capturó la boca y su lengua entró en ella con el mismo movimiento que su virilidad. Fue la experiencia más erótica de su vida. Los dos llegaron al orgasmo en el mismo instante, sus cuerpos como uno solo, y se dejaron llevar por aquella maravillosa vorágine de sensaciones.

—Despierta, dormilona. —Juanra ya se había duchado y estaba vestido con unos vaqueros y una camiseta gris.

Olga se dio la vuelta sin abrir los ojos. Durante la noche no habían dormido demasiado. Él estaba más que satisfecho, el sexo con aquella mujer resultaba de lo más excitante, nunca dejaba de sorprenderlo.

Se sentó al lado de la cama.

—Amor, es hora de ponernos en marcha —le susurraba apretando suavemente su cadera.

—Mmm… no puedo abrir los ojos. —Se quejó ella volviéndose hacia el otro lado—. ¿No querrás que vaya todo el día dormida?

—Si te duermes en el coche, no pasa nada, no tardarás en despertar cuando estemos en el aire.

Aquellas palabras hicieron que ella se sentara en la cama con los ojos muy abiertos.

Juanra soltó una carcajada.

—¿Qué has dicho?

—Yooo… nada, nada. —Su deslumbrante sonrisa la hizo estremecer—. Te prometí un fin de semana aventurero, vístete. —Iba a levantarse cuando ella lo cogió por una mano y lo detuvo.

—¿He oído algo de estar en el aire? —preguntó perspicaz.

—¿Quieres estropear la sorpresa?

Ella se imaginaba lo que él se proponía.

—No, de ninguna manera.

Él rio antes de darle un beso en la punta de la nariz. Cuando ella viera lo que le tenía preparado…

Desayunaron en el hotel, y luego Juanra la llevó al aeródromo de Ampuriabrava, donde había mucho movimiento. Ella se quedó al lado de la pista viendo las avionetas llenas de personas que emprendían el vuelo, y luego el cielo brillante de la mañana se llenaba de color cuando los paracaidistas se lanzaban.

Juanra la observaba divertido al ver su expresión, esperaba verla reaccionar y negarse.

—Es una experiencia fantástica, te lo aseguro —le dijo.

Durante el corto trayecto en coche, ella había estado pensando que él se burlaría de lo lindo, que se divertiría a su costa si ella mostraba miedo. Le iba a dar una lección a ese hombre. Si él podía, ella también.

—Me lo imagino. ¿Dónde hay que ir para subirse a esa avioneta?

Juanra la miró con una gran sonrisa, gratamente sorprendido.

—Vamos. —La cogió de la mano.

Estaba muerta de miedo, pero en su cara dibujó una sonrisa, y cuando sus miradas se cruzaban en la avioneta, ella le guiñaba un ojo, como si saltar de un avión fuera lo más normal del mundo. Como era su primera vez, ella iba con un monitor que le daba instrucciones. Saltaron. Para Olga fue una experiencia maravillosa, ver todo aquel panorama de la tierra y la costa desde cuatro mil metros de altura era algo sobrecogedor.

«Llegamos a tierra demasiado pronto», pensó pasado su temor inicial. Juanra tenía razón, la descarga de adrenalina le había sentado de maravilla.

—¿Cómo ha ido, amor? —le preguntó al acercarse a ella.

—Quiero más —exclamó como si fuera un niño al que le daban golosinas.

Juanra soltó una carcajada y la abrazó, capturándole los labios para darle un apasionado beso.

—Siempre pides más de todo —murmuró junto a sus labios.

—Y a ti te encanta.

Saltaron dos veces más. Él lo hacía solo, ya era un experto. Cuando al fin se fueron del aeródromo, Olga llevaba una sonrisa permanente pintada en el rostro. Fueron a una playa apartada y comieron en un chiringuito; a los dos les gustaba comer bien y dieron buena cuenta de los frutos del mar que les sirvieron. Luego se tumbaron a la sombra de un pino, disfrutando de la belleza de aquel lugar apartado.

Adam estaba comiendo en casa de Lisa cuando sonó su móvil; era su amigo Ignacio. Se disculpó ante Lisa y Sandra y salió a la terraza para hablar con él.

—¿Dime? ¿Qué hay?

—Ese tipo que estáis buscando ha desaparecido. —Se oyó a través de la línea.

—Maldita sea. ¿Qué ha ocurrido?

—Puse en antecedentes a mis compañeros, les informé que lo estabais investigando y también que indagaran las muertes de aquellas dos mujeres. Encontraron pruebas de que no murieron accidentalmente como habían sospechado, y cuando intentaron localizarlo en el hotel donde se hospedaba, les comunicaron que se había marchado el día anterior.

—Mierda —exclamó—. Y supongo que no diría dónde se dirigía.

—No, mis compañeros lo están buscando. Hablaron con el marido de la víctima del incendio, y este les confirmó que la habían despedido de la noche a la mañana.

—Pero… ¿sabía si había ocurrido algo con ese tipo?

—Cuando le preguntaron, contestó que su mujer no estaba a gusto trabajando allí porque su jefe era un mujeriego que iba detrás de todas las empleadas.

—De ella también, supongo…

—No lo sabía, ella un día había llegado muy nerviosa a casa y le había dicho que no le extrañaría que la echaran a la calle.

Adam se quedó pensativo durante unos segundos.

—Es posible que viera algo que no tenía que ver, como la violación de alguna compañera, por ejemplo.

—Eso pensé yo también.

—Ese tipo es escurridizo como una serpiente. Gracias, Ignacio, por mantenerme al corriente.

—Si me entero de algo más, ya te llamaré.

Adam se quedó un momento en la terraza pensando en lo que su amigo le había dicho. Estaban ante un hombre muy astuto, y sospechaba que actuaba solo para que nadie pudiera delatarlo.

Cuando terminaron de comer y Lisa se fue a hacer la siesta, Adam habló con Sandra y la puso al corriente de lo que había pasado.

—Este caso me pone enferma.

—No te preocupes, cielo. —Hasta él se sorprendió de aquella muestra de cariño espontánea que se le había escapado—. Aquí tiene la central de su negocio, volverá, y entonces lo cogeremos. Mis antiguos compañeros están buscando pruebas contra él.

—¿Y si no las encuentran? —exclamó ella angustiada.

—En todo escenario de un crimen, siempre se encuentra algo; una huella, un cabello, una gota de sudor…

Adam cogió sus manos con ternura, no le gustaba ver que se alterara, estaba helada. Le frotó las manos para que entrara en calor mientras ella parecía mirar al infinito, le giró la cara para que lo mirara y, bajando la cabeza, la besó con suavidad.

Aquellas pequeñas muestras de cariño los sorprendieron a los dos. A uno, por sentir el deseo de darlas, y a ella porque no sentía el pánico que la envolvía cuando otro hombre trataba de acercarse un poco más de la cuenta.

Unas horas más tarde, después de haber pasado juntos casi todo el día, Sandra se preguntaba qué tenía ese hombre que la hacía sentir tan bien, tan a gusto. ¿Estarían sanando sus heridas tal como le habían asegurado los psicólogos que había visitado? No, no lo creía, pues eso solo le ocurría con Adam. No quería hacerse

ilusiones, hacía tiempo que se había aceptado tal como era. Sin embargo, algo había cambiado dentro de ella desde que conocía a ese hombre.

Tendido en su cama, los pensamientos de Adam corrían por los mismos derroteros. ¿Qué tenía Sandra que no se la sacaba de la cabeza? Ninguna mujer había acaparado tantas horas de sus sueños, nunca. No obstante, no pasaba una hora entera sin que ella le ocupara la mente. Incluso cuando salía de juerga con sus amigos, parecía que su sombra lo acompañara allí donde fuese; podría reconocer su aroma en cualquier lugar. Cuando una mujer se le acercaba con ansias de pasarlo bien, la comparaba con ella y se le pasaban las ganas de un escarceo casual. ¿Desde cuándo había rechazado las oportunidades que se le ofrecían de pasar un buen rato? Casi no se reconocía a sí mismo.

Se durmió, y tuvo un montón de sueños de mujeres sin rostro que trataban de seducirlo. A la mañana siguiente, se levantó y se fue a correr, necesitaba aclararse las ideas, y el deporte siempre le había servido para eso.

Capítulo 18

El domingo por la mañana, Juanra y Olga recogieron sus cosas del hotel y salieron rumbo al interior.

—¿Dónde vamos?

Él sonrió de manera endemoniada.

—El fin de semana aún no ha terminado.

Olga pensó que le tenía alguna otra prueba preparada y sonrió, ya se daría cuenta de qué pasta estaba hecha ella. Eran cerca de las doce del mediodía cuando el teléfono móvil de Juanra sonó.

—¿Sí? —Conectó el manos libres, pues estaba conduciendo por una carretera llena de curvas.

—Soy míster P. ¿Tardaréis mucho en llegar? —Se oía la voz profunda de un hombre.

—Quince minutos, tal vez menos.

—Bien, entonces nos vemos allí, tengo un grupo que ya está preparado.

—Perfecto, nos vemos allí. —Apretó el botón de colgar sin perder de vista la carretera.

Olga lo miraba divertida.

—¡Que misterioso!

—Es su manera de hablar —dijo él sonriendo—. No se trata de nada personal, ya lo descubrirás por ti misma.

Estaban circulando por una carretera que discurría al lado de un río de aguas bravas, el entorno era espectacular, el bosque que subía hacia lo alto de las montañas era precioso. Olga estaba perdida en aquella bella visión cuando Juanra detuvo la furgoneta en un entrante donde había dos jeeps aparcados; su mirada atenta registró en un segundo lo que allí se hacía. ¡Puenting!

Se bajaron del coche, y él la miró divertido mientras, con una mano en su cintura, la conducía hacia el grupo reunido sobre el puente. Allí, un tipo alto, delgado, con rastas en su pelo castaño y unos vivos ojos verde azulados, vestido con un pantalón vaquero cortado a la altura de los muslos y una camiseta roja donde ponía con letras blancas: «Míster P. Experto en deportes extremos», le hablaba a un grupo de cinco jóvenes, cuatro chicos y una chica, mientras le ponía un arnés a uno de los chicos. Al ver a Juanra lo saludó con un movimiento de cabeza.

—Amigo, empecé sin ti, parece que tienen algo de prisa. —Su sonrisa torcida parecía estar burlándose de todo.

—No importa, no tenemos prisa. —Juanra le devolvió la sonrisa como si supiera de lo que se burlaba su amigo—. Te presento a Olga… Olga, este es mi amigo míster P.

—Es un placer, míster P. —Ella alargó la mano para estrechar la de aquel hombre—. Espero que alguien, en algún momento, me cuente a qué se debe este nombre tan florido.

Míster P. le estrechó la mano soltando una carcajada.

—Creo que eso deberá esperar hasta que nos conozcamos más, encanto.

—Entendido, la *p* no es de puente. —Olga le guiñó un ojo.

Los dos amigos se miraron, sonriendo.

—¿Dónde has encontrado a una mujer tan… suspicaz? No me lo digas, es una de los tuyos.

—Algo así.

Juanra estaba sorprendido por la falta de reacción de Olga al ver lo que iban a hacer. Ella se soltó de su brazo, se acercó a la baranda donde el socio de P. estaba atando unas cuerdas y miró la altura del puente. Mucho más abajo se veían las aguas bravas del río como hacían espuma al chocar contra las rocas. Se quedó un momento admirando el bello paisaje y volvió con el grupo.

—Está muy alto —dijo una chica.

—Qué va —replicó uno de los chicos mientras otro miraba hacia abajo haciendo una mueca.

—Esto va a ser divertido. —murmuró Juanra inclinándose hacia el oído de Olga.

—¿Todo listo? —gritó P. por sobre la baranda a su amigo que estaba abajo.

—Listo —le contestó levantando el pulgar.

El primero de los chavales pasó sobre la baranda del puente y se quedó en la parte del salto. P. le terminó de dar instrucciones y le dijo que cuando estuviera listo, podía saltar. El muchacho miró hacia abajo y tragó saliva con dificultad. Se agarraba tan fuerte a la barandilla que los nudillos los tenía blancos.

—¿Qué te parece?

—Que se va a mear en los pantalones —le contestó sin mirarlo.

Él soltó una risita por lo bajo mientras escuchaba como sus compañeros alentaban al chaval a que saltara. Todos estaban reunidos en torno a él; la chica se retorcía las manos nerviosa. Al chico le costó sus buenos cinco minutos para encontrar el coraje para saltar. Cuando lo hizo, soltó un grito de satisfacción mientras se balanceaba de un lado a otro del puente. Sus amigos corrían por los costados para verlo y hacer fotografías.

—¿Te vas a animar a saltar? —le susurró Juanra a Olga con aquella sonrisa burlona.

Esperaba que ella se negara, que le pusiera mil excusas, y se quedó con la boca abierta al oír que decía: «Yo soy la siguiente», con una gran sonrisa en la boca.

P. la había oído y se giró hacia ellos.

—Os tendréis que esperar, ellos saltan antes.

—Esperaré.

Juanra la veía tan tranquila que la miró entrecerrando los ojos.

—¿Estás haciéndote la chula?

—Soy chula —matizó ella.

Él no pudo evitarlo, la abrazó, la levantó del suelo y le dio un beso en los labios.

Tuvieron que esperar largo rato a que saltaran todos. A algunos les había costado mucho soltarse de la barandilla, principalmente a la muchacha; todos sus amigos le decían que era algo fantástico, pero ella seguía con los dedos como garras amarrados a la baranda. Al fin se había soltado, y entonces todo fueron risas nerviosas.

Había llegado la hora, Juanra le dijo que si quería, que saltaría él antes.

—¡¡¡Sí, hombre!!! Con lo bruto que eres se romperán las cuerdas —se burló, riendo, mientras P. le ponía el arnés.

—Tú no te rompiste —le susurró al oído.

Ella rio, lo miró por encima del hombro y le afirmó:

—Y apostaría a que a ti te gustó mucho, mucho, mucho. —El solo recuerdo de las noches pasadas hizo que Juanra tuviera una erección.

P. lo había escuchado todo y vio el movimiento reflejo que hizo su amigo; supo al momento lo que estaba ocurriendo.

—Tío, creo que has encontrado la horma de tu zapato —se guaseó guiñándole un ojo a Olga.

—Estoy de acuerdo contigo —exclamó satisfecho.

Olga pasó por encima de la baranda y, en lugar de colocarse de espaldas, que era lo que hacían los novatos, se colocó de cara al río.

—¿Estás segura de que quieres saltar así? —le preguntó P.

—Muy segura.

—Si quieres, puedes saltar amarrada por los tobillos —informó, con guasa, P. pensando que ella se negaría.

—Luego. —Se la oía tan serena y dueña de sí, que Juanra no pudo menos que admirar su valentía.

P. le dijo que cuando quisiera, ya podía saltar; no había terminado de decirlo que Olga ya estaba en el aire. Juanra corrió al otro lado del puente para verla y lo que presenció hizo que

contuviera el aliento: ella no se cogía a las cuerdas, había extendido los brazos como si fuera un pájaro y se balanceaba sobre las aguas turbulentas del río. Aquella visión le dibujó en la boca una gran sonrisa, y él y P. soltaron una carcajada jubilosa.

—¿De dónde has sacado a esta mujer? Yo quiero una como ella, además de bella, es valiente —la alabó P. admirativo.

Juanra sintió que algo se extendía por sus entrañas calentándole la sangre, si no se andaba con cuidado, esa mujer acabaría… ¡Qué demonios! Ya se había colado muy, muy dentro de él. Ese fin de semana con ella había sido el más maravilloso de su vida.

En la casa de Lisa, estaban todos reunidos en el salón viendo una de aquellas antiguas películas. Adam observaba a la anciana y se daba cuenta de que el vigor la estaba abandonando. Por mucho que ella tratara de disimular, ya no era la misma mujer que había conocido en el hospital sermoneando al médico.

Sandra estaba sentada al lado de la anciana, en el sofá, y escuchaba como reía anticipándose a lo que iba a pasar; era evidente que se sabía las películas de memoria.

Amelia estaba en una silla mientras hacía una manta de punto de colores vistosos.

Cuando la película terminó, la asistenta se fue a preparar la cena y Sandra la siguió, dejándolos solos.

Lisa miró a Adam y le dijo que se acercara y se sentara a su lado.

—¿Qué pasó con mis *adorados* sobrinos?

Él no se esperaba aquella pregunta y la miró con picardía.

—¿Qué te hace pensar que ha ocurrido algo? —contestó con tal aire de inocencia que la anciana se puso a reír.

Sandra volvía cuando oyó de lo que estaban hablando; se quedó escuchando. A pesar de haberle preguntado a Adam lo mismo varias veces durante aquel fin de semana, él, en cada ocasión, había desviado el tema para no contestarle.

—Soy vieja, pero no estúpida. No han aparecido desde hace algunos días y no es propio de ellos desistir cuando se les pone algo entre ceja y ceja.

—Será que tienen cosas más interesantes que hacer. —Él no quería que ella se preocupara por aquellos cretinos—. O tal vez sea el portero como un armario que puse en tu portal para impedir la entrada a indeseables.

Lisa abrió los ojos divertida.

—¿Eso has hecho? —Soltó una carcajada.

—Sí, seguramente estarán furiosos porque les habrá prohibido subir.

—Me gustas, eres un tipo con recursos. —Reía como una niña—. Entonces no hay ningún problema para que te quedes a cenar. ¿Verdad?

—Ninguno.

Sandra sabía que durante aquel fin de semana, en el portal no había habido nadie, y eso la llevó a pensar en la magulladura que Adam pocos días antes tenía en el labio. Se imaginó que él y su amigo habían zurrado a esos estúpidos —se lo tenían merecido—, pero no quería que él se pusiera en ningún lío. Cuando la anciana se fuera a acostar, iba a hablar con él.

Jorge Romero se paseaba furioso por la habitación de un destartalado motel de carretera. Había oído por la radio que se estaban investigando las muertes de dos mujeres. Una de ellas había muerto días atrás en un accidente de carretera y la otra, en una explosión de gas en su casa. No decían nada más, pero por si acaso se había refugiado en aquel antro. Su furia iba en aumento cuando miraba a su alrededor; hacía años que no se hospedaba en garitos como aquel, creía haber dejado aquella parte de su vida atrás. Ahora estaba acostumbrado a alojarse en hoteles de cinco estrellas. Pero, por si de alguna manera lo habían relacionado con aquello y lo estaban buscando, seguro que allí sería donde lo buscarían antes. Se

maldecía mil veces por haber hecho semejante chapuza. En un principio, le pareció que dejaba todos los cabos bien atados, pero los agentes habían descubierto que alguien había manipulado el coche de aquella zorra, y luego los bomberos habían puesto en guardia a la policía al informar que la explosión de gas, tan bien preparada por él mismo, no había sido ningún accidente, sino que fue provocada. Malditos fueran todos.

Estaba seguro de haber acobardado a esa antigua empleada con sus amenazas contra su bebé y su marido, pero ante la duda, había decidido acabar con ella. No creía que lo hubiese delatado, si así fuera, ya tendría a la policía tras sus pasos. Y con la otra había sido un juego de niños manipular los frenos cuando el coche estaba en el oscuro aparcamiento del supermercado.

Fue a su todoterreno, que había alquilado, sacó una botella de *whisky* que llevaba y volvió a encerrarse en su habitación. Se sentó en la cama y bebió directamente de la botella, siempre pensaba mejor con unos tragos.

Después de beber, se sintió más tranquilo, no podían relacionarlo con aquellos sucesos; que él estuviera en la ciudad mientras ocurrían los accidentes podía ser una mera casualidad, después de todo él tenía allí una sucursal de su empresa. Era perfectamente creíble.

Se acostó convencido de que podría salir bien librado de cualquier interrogatorio.

A la mañana siguiente, pensó que lo mejor era volver a la central, si se escondía podía levantar sospechas, pero no tenía motivos para hacerlo de inmediato, podía ir a cerrar unos negocios que estaba tramitando en Francia y así, de paso, se enteraría de si lo estaban buscando a él. Estaba seguro de que este no era el caso, si así fuera, los policías se hubiesen personado en su despacho o llamado para seguir interrogándolo, y su abogado se lo habría comunicado.

Capítulo 19

Unos días más tarde, los sobrinos de Lisa estaban furiosos. Habían ido a ver a su tía y se encontraron con un portero descomunal que no los había dejado pasar de la puerta de entrada al edificio. Cuando le dijeron que iban de visita, Juanra hizo como que llamaba por teléfono, cuando en realidad no lo hacía, al piso que le indicaron y les comunicó que esa señora no deseaba verlos.

—No puede impedirnos ver a nuestra tía —vociferó Octavio.

—Señor, no soy yo el que se lo impide. —Juanra se había puesto en el papel de simple empleado—. Yo solo cumplo órdenes.

Francisco, que era el más diplomático, se acercó a él dándose aires.

—Verá, estamos preocupados por nuestra tía, es una mujer muy mayor, y cualquier día nos va a dar un susto.

Juanra se dio cuenta enseguida de la falsedad de lo que aquel tipo le decía.

—Lo siento, caballero, pero quien me empleó lo hizo para la tranquilidad de los vecinos, no quieren a gente de aquí para allá en el edificio, ya saben que hoy en día las cosas están muy mal, y cualquier desaprensivo podría entrar en los pisos a robar y hacerles daño a los dueños. —Juanra vio como la mirada de aquel sujeto se endurecía—. No querrán que le ocurra algo a su tía, ¿verdad?

—Claro que no, solo queremos asegurarnos de que está bien. —El tono de voz de Francisco había subido, y Juanra se dio cuenta de que se estaba enfureciendo, aunque tratara de mantener la compostura.

—Lo entiendo, pero tendrán que venir en otro momento, cuando ella me dé permiso para dejarlos pasar; yo no puedo hacer nada.

Francisco estaba que hervía de indignación. ¿Qué se había creído aquel tipo? Y lo más frustrante. ¿Cómo se atrevía su tía a negarles la

entrada a su casa?

Se dio la vuelta para irse, haciendo una señal con la cabeza a sus hermanos, pero Ramón no estaba dispuesto a que lo despacharan de aquella manera.

—¿No se da cuenta de que a nuestra tía le falta un tornillo? No está en sus cabales, si no fuera por nosotros, estaría en un asilo para ancianos —rugió con desprecio.

En los labios de Juanra apareció una mueca.

—¿Está seguro de lo que dice? ¿No será precisamente eso lo que quieren? ¿Encerrar a esa dulce anciana en un asilo para quedarse con sus pertenencias?

Los cuatro lo miraron con furia en los ojos, ese tipo sabía más de lo que ellos pensaban.

—¿De dónde ha sacado eso? —preguntó Francisco con los dientes apretados—. Supongo que se lo habrá contado la mujer que vive con mi tía.

Javier estaba viendo como sus hermanos se enfurecían, y su cuerpo magullado aún no se había recuperado del todo.

—Vámonos —les dijo, pero no lo escucharon.

—No, este tipo no es nadie para impedirnos…

Juanra afirmaba con la cabeza al oír aquello.

—Este tipo… —dijo con un tono mortífero, apuntándose con el pulgar en el pecho—. Es muy capaz de daros una paliza peor que la que recibisteis la otra noche.

—¿No se atreverá? —exclamó Javier.

—¿Quieres apostar? —Juanra había perdido la paciencia—. Desapareced de mi vista mientras esté dispuesto a dejaros ir con los huesos en su sitio. —La mirada que les dedicó fue suficiente para que aquellos cretinos dieran media vuelta y se marcharan maldiciendo.

Adam llamó a su antiguo compañero para que le informara de cómo iba la investigación de las dos muertes, y este le comentó que

el individuo que estaban buscando había salido ya de la ciudad, que los agentes lo estaban buscando, pero que tenían constancia de que no había vuelto a su hotel.

—Maldita sea, si voy a ver a su abogado a preguntarle por él, va a desaparecer. —Adam pensaba en voz alta.

—Creo que ya han estado hablando con él... —dijo Lozano.

—Diablos, les dije que no lo alertaran —resopló Adam.

—Tranquilo, no lo hicieron. Le preguntaron por Romero, y él les informó que tenía unos negocios fuera del país. Quiso saber por qué se interesaban por su jefe y le dijeron que se trataba de algunas quejas que habían recibido de sus clientes. Tuvieron el buen tino de no mencionar nada de las muertes y la investigación.

—¿Se ha ido al extranjero?

—Les dijo que estaba en París, en un negocio que tiene allí.

—Maldición, si se entera de que lo andamos buscando, es capaz de desaparecer.

La idea no era del todo descabellada; si era un delincuente, tendría contactos.

Se despidieron con un mal presentimiento.

—Nos mantenemos en contacto.

Una tarde, Adam salió pronto del trabajo para ir a visitar a Lisa, la anciana cada día estaba más débil, y había asumido que no duraría mucho tiempo.

Sandra estaba cada día más alicaída, se desesperaba al ver que Lisa no duraría mucho más, que la vida la estaba abandonando. Habían vivido tan buenos momentos, tantas alegrías, tantas penas; siempre había podido contar con ella, le había contado todos sus secretos, y a cambio la había consolado como si hubiera sido su madre.

Adam trataba de animarla, pero ella no se dejaba engañar, era lo suficientemente inteligente para saber que la vida de Lisa tocaba a su fin.

Ese día la encontró extrañamente lúcida, la mujer estaba muy serena, como si lo estuviera esperando.

—Acércate, siéntate a mi lado —dijo palmeando la cama—. Quiero hablar contigo.

Sandra estaba sentada en una silla, con el libro que le había estado leyendo en la mano. Los dos se miraron por aquel tono que había empleado la anciana para dirigirse a él.

—Cariño, ven a mi lado también. —Miró a Sandra palmeando el otro lado de la cama.

Cuando los tuvo a los dos sentados, les cogió las manos. Él se dio cuenta de lo pequeña y frágil que era la de la anciana comparada con la suya.

—Queridos…, mi hora se acerca…

—No digas eso —exclamó Sandra ceñuda.

—Sabes que no soy tonta, ¿crees que no me doy cuenta…? —Se detuvo al ver la cara de angustia de Sandra—. Cariño, debes asumirlo como he hecho yo, mis días están llegando a su fin… No me interrumpas… —añadió cuando vio que ella abría la boca—. No debes angustiarte por mí, he vivido los suficientes años, he hecho siempre lo que me ha apetecido, he viajado y al final de mi vida… he tenido la bendición de vivirla contigo. —A Sandra, las lágrimas le corrían por las mejillas—. Me has hecho sentir necesitada, he tenido la gran suerte de poder hacer algo útil, no como otros ancianos con menos fortuna, a los que se los trata de inútiles solo por cumplir años. Me has dado alegrías, y espero que yo también te las haya dado a ti… —Sandra asintió sin poder hablar del enorme nudo que sentía en la garganta.

Adam se daba cuenta de que Lisa se estaba despidiendo de ellos. Puso su otra mano encima de la de la anciana, acunando entre las suyas la pequeña y débil.

—¡Has sido una madre para mí! —La voz de Sandra sonó ahogada.

—Lo sé, cariño… Y porque me siento como si fuera tu madre, le voy a pedir a Adam que cuide de ti. —Los dos se miraron un segundo—. Ya sé que nunca me he entrometido en tu vida, espero que no te moleste que lo haga ahora. —Sandra negaba con la cabeza, incapaz de decir nada—. Adam…, me he dado cuenta de que eres un hombre íntegro y honesto. Ella es muy especial, sé que no tengo derecho a pedírtelo, pero…

—No te preocupes, Lisa, cuidaré de ella.

La anciana sonrió débilmente, juntó las manos y entrelazó las de los jóvenes entre las suyas, sobre su regazo.

—Ahora puedo irme en paz.

Los miró a ambos con amor, les dedicó una sonrisa y exhaló su último suspiro. Sandra se derrumbó sobre el pecho de la anciana con unos sobrecogedores sollozos, Adam la dejó que llorara su pena, sin darse cuenta de que sus ojos se humedecían. La había conocido hacía muy poco, y se encontró deseando haberlo hecho antes; realmente había pasado muy buenos momentos en compañía de esa anciana. Su carácter lo había cautivado desde que sus miradas se cruzaran por primera vez.

Mientras notaba una lágrima que corría por su mejilla, agradeció a Dios el poco tiempo que había disfrutado de ella y que le hubiese regalado aquella muerte tan dulce. Lisa no había padecido ninguna larga enfermedad; no sufrió, su tránsito hacia el otro mundo había sido de lo más tranquilo.

Capítulo 20

Durante los días que siguieron, Adam no se separó de Sandra en ningún momento. A pesar del trabajo que tenían entre manos en comisaría, se pidió unos días personales para poder estar junto a ella. La acompañó en su duelo y la consoló cuando ella cedía a la melancolía que la embargaba.

Estuvo a su lado incluso cuando había llamado a los sobrinos de Lisa dándoles la triste noticia, y ellos le contestaron que ella se ocupara de todo, ya que les había impedido llevarla a un asilo, donde debía estar su tía. Cuando escuchó aquello, Adam maldijo abundantemente. Aquellos cretinos, que iban a heredar todo lo que la anciana había reunido a lo largo de su vida con esfuerzo y amor, se desentendían de todo, pero seguro que no harían lo mismo a la hora de repartirse los bienes.

Lisa le había dicho a Sandra que quería ser incinerada y que sus cenizas fueran esparcidas en un monte donde las dos habían estado. Era cerca de un pequeño pueblo donde habían ido a pasar unos días de vacaciones. Él la acompañó a cumplir la última voluntad de la anciana.

Cuando en el templo donde se había oficiado el funeral, él les había dicho lo que debían hacer a continuación, los odiosos sobrinos le respondieron que no les importaba dónde descansaran las cenizas de su tía, que hicieran con ellas lo que quisieran, siempre que no las dejaran en la casa que a partir de ese momento les pertenecía. Adam tuvo que apretar la mandíbula para no decirles lo que pensaba de ellos en aquel lugar y momento.

El viaje hacia el pequeño pueblecito fue de lo más silencioso. Sandra parecía ausente, y él no la atosigó, sabía que ella se sentía perdida sin la presencia de Lisa. Después de lanzar sus cenizas al viento, dejaron un gran ramo de rosas encima de una roca. Adam

tenía a Sandra cogida por la cintura y podía notar como temblaba; se quitó la chaqueta y se la puso alrededor de su cuerpo. Los sollozos sacudían sus estrechos hombros, él la abrazó y dejó que llorara hasta que empezó a hipar; entonces le acarició la espalda y le susurró que respirara profundamente. El viaje de vuelta fue igual de silencioso.

A los tres días de la muerte de Lisa, Adam estaba ayudando a Sandra a empaquetar sus cosas; ella sabía que los sobrinos de la anciana siempre habían ambicionado la casa. No esperaría a que la echaran a la calle. Adam le había dicho que podía quedarse en su casa mientras se buscaba un piso. Ella había protestado al principio, pero no le apetecía alojarse en un hotel, así que claudicó.

Cuando llamaron a la puerta, pensó que era Amelia. Cual no fue su sorpresa cuando al abrir se encontró con los sobrinos de Lisa. Se apartó para que pudieran entrar.

—¿Ya tienes las maletas hechas? —le soltó uno de ellos a bocajarro.

—Las estoy haciendo.

—Espero que no te retrases, tenemos planes para esta casa.

Adam observaba a aquella horda de desaprensivos apoyado contra el marco de la puerta de la habitación de Sandra. Vio en ellos a los mismos que no se lo pensarían dos veces antes de abandonar a un anciano en un asilo o, peor aún, en alguna gasolinera. Todos ellos miraban con avidez los cuadros de las paredes, los muebles antiguos y lujosos.

De pronto repararon en él.

—¿Y tú qué haces aquí? —rugió Francisco.

—La estoy ayudando a preparar las maletas —contestó sin moverse de donde estaba, como si fuera lo más normal del mundo que él estuviera en aquella casa.

Los cuatro lo miraban con el entrecejo fruncido, no entendían nada.

—No estabas cortejando a mi tía, ¿verdad? —Javier era el más joven, y todos le estaban diciendo siempre que se callara, que no sabía nada de la vida; lo tenían por el más tonto, pero en ese momento resultó ser el más avispado.

—No.

Los ojos de Adam debieron dejar translucir lo que se había divertido con aquella pantomima.

Los cuatro se miraron los unos a los otros con furia. ¡Cómo se habría guaseado aquel tipo a sus expensas!

—Solo traté de darle a vuestra tía tranquilidad y un poco de diversión sin esperar nada a cambio. —Aquellas palabras dieron en el blanco, todos ellos se enfurecieron.

—¡Eres un maldito cabrón! —exclamó Octavio avanzando hacia él.

Sandra tenía el estómago revuelto, esos tipos siempre lograban eso. Al ver a ese energúmeno como un toro a punto de atacar, se le plantó delante.

—Si no os vais ahora mismo de esta casa, yo misma voy a poner una denuncia por acoso.

Octavio se detuvo y la miró con ira en sus anodinos ojos marrones.

—¿Y quién te va a creer? Estáis en nuestra casa, sabes muy bien que podríamos sacaros de aquí ahora mismo… o mejor, llamar a la policía y denunciaros por robar en propiedad ajena.

Ella no se amilanó, lo miró con desprecio.

—Podéis intentarlo, pero estoy segura de que mi jefe, cuando vea el contrato que tengo por escrito, de que vuestra tía me alquilaba la habitación, desestimara el caso en un segundo.

En ese momento, Francisco se dio cuenta de que tal vez, al trabajar en la fiscalía, suponía que de secretaria, quizás los podía poner en algún aprieto. O tal vez se estaba marcando un farol.

—¿Dónde trabajas? ¿No eres oficinista en…?

—Soy la ayudante del fiscal.

—Mierda —murmuró por lo bajo.

Todos ellos se la quedaron mirando, dándose cuenta de los problemas que ella les podía causar.

—Tardaré dos o tres días en mudarme, he vivido aquí diez años, durante ese tiempo se llegan a acumular muchas cosas. —Sandra veía la avaricia en el rostro de todos ellos.

—¿Tres días? ¿Es que tienes que llevarte la casa entera? —exclamó Octavio.

—Creo que deberíamos vigilar que no se lleve nada que no le pertenezca —avisó, con desprecio, Ramón.

—¿Quién os habéis creído que sois?

—Los dueños de todo esto. —Javier intentó que no se le escapara una sonrisa al hablar, pero no lo consiguió.

—¿Y me estáis acusando de ladrona? —Los sentimientos a flor de piel la hacían temblar.

—Nadie ha dicho eso.

Adam no supo quién de aquellos idiotas había hablado.

Sandra los miró intensamente, con todo el desprecio que sentía por ellos grabado en el rostro. Sabía que no podía hacer nada, al fin y al cabo, ellos heredarían la casa tan pronto como se leyera el testamento. Pero no por eso dejaba de sentir unas ganas terribles de cantarles las cuarenta. Nunca se habían preocupado por el estado de Lisa, ni siquiera cuando ella había estado en el hospital. Entonces, se lo habían dejado muy claro, que solo esperaban que muriera para poder aprovecharse de lo que pertenecía a la anciana.

Tenerlos allí delante la ponía enferma.

—No tenéis vergüenza… Lisa aún está caliente en su tumba y vosotros ya os estáis repartiendo sus pertenencias.

Adam la veía tensa. Desde la muerte de la anciana, ella no había salido de su estado de apatía. Él no se había separado de ella en los últimos días y la había escuchado llorar hasta quedarse dormida cuando se encerraba en su habitación por las noches. Él deseaba

entrar en aquel cuarto y consolarla, pero la actitud de ella lo frenaba, era como si hubiera levantado un muro a su alrededor.

Ahora, frente a esos desaprensivos, parecía que algo dentro de ella hubiera despertado. La rabia…, la ira que sentía al fin encontraba una vía de escape.

Ellos la miraban con una prepotencia que la hacía sentir náuseas.

—Estaré tres días… ¿Tres días?… No, necesitaré como mínimo una semana para mudarme de aquí —sentenció con voz baja y controlada—. Y si tenéis algún problema, denunciadme. —Los miraba con tanto desprecio que ellos se removieron incómodos.

—¿Una semana? —gritó uno.

—¿Algún problema?

En ese momento, Adam la veía segura de sí misma.

Los sobrinos se miraron entre sí. Octavio era el más fanfarrón de ellos y no pudo callar.

—Yo en tu lugar me daría prisa, si logramos que se lea el testamento antes de esa semana… —Miró a los demás y les hizo una señal para que se fueran—. Vámonos de aquí, no la entretengamos, porque cuando los papeles estén firmados, esta mujer no podrá sacar nada de esta casa, sea suyo o no.

Sandra vio como todos ellos, como un rebaño, se dirigían a la puerta y salían dando un portazo. Entonces dejó que sus emociones salieran, se derrumbó sobre la alfombra y, cubriéndose la cara, se echó a llorar. Adam se arrodilló junto a ella y la estrechó entre sus brazos.

Pasó un buen rato para que ella sacara toda la angustia que tenía en su interior. Él no la atosigó, simplemente estaba allí, la abrazaba y le acariciaba los cabellos. Cuando sintió que empezaba a hipar, le dio un suave apretón.

—Respira profundamente —susurró en voz baja pero firme.

Sandra lo hizo y se fue calmando poco a poco. Al cabo de unos minutos se removió en sus brazos.

—Ya puedes soltarme.

—¿Estás bien? —Él le cogió la cara entre sus manos y la miró a los ojos. Veía tanta pena que se le retorcieron las entrañas. Le dio un beso en la frente.

—No… —Tenía los ojos hinchados, la nariz roja—. No me siento bien, pero…

—Quizás te vendría bien si saliéramos un rato, el aire fresco te ayudará. —Adam la miraba con intensidad, y ella sintió algo que no pudo entender. La miraba con preocupación, y aquello era nuevo para ella, ningún hombre la había mirado así jamás—. Esta casa está llena de recuerdos, tal vez necesites distraerte un poco.

Sandra se lo quedó mirando durante unos segundos.

—Tienes razón, necesito salir, pero ahora no puedo. Esos malnacidos lograrán que se lea el testamento y, si no me he ido, me dejarán sin la mitad de mis cosas. No les ha sentado nada bien que les plantara cara.

Adam pensó que ella tenía razón, tenían que apresurarse o en cualquier momento los echarían a la calle.

—Venga, pues… pongámonos a empaquetarlo todo. Cuando estemos listos, llamaré a un amigo mío que tiene una furgoneta para que lleve tus cosas a mi casa.

Los dos trabajaron sin descanso y al cabo de un par de días, el piso de Adam estaba lleno de cajas cerradas por todos los rincones. Ella se había instalado en una habitación grande y confortable. Mientras estaba tomándose una ducha, pensó que al día siguiente iría a trabajar, no quería quedarse en casa, donde la asaltarían todo tipo de recuerdos. Necesitaba actividad.

A la mañana siguiente, Adam se despertó con un agradable aroma a café, se dio una ducha, se vistió y, cuando salió de su habitación, la vio sentada en un taburete de la cocina leyendo el periódico.

—Te has levantado muy pronto.

—Sí… Hoy iré al trabajo.

—¿Estás segura?

—Sí.

Él se sentó a su lado y la miró a los ojos con intensidad.

—Se te ve más relajada, pero…

—Estoy bien.

—Aceptaré tu palabra… A propósito… buenos días. —Se inclinó sobre ella y le besó la frente.

Sandra se quedó tan sorprendida que no le salieron las palabras; sus mejillas se colorearon tenuemente.

—Buenos días —farfulló arrebolada.

Adam la llevó en su coche al *parking* donde ella dejaba el suyo, cerca de donde vivía con Lisa. Sabía que tendría que buscarse otro, pero mientras no encontrara una casa, no tenía sentido. Él salió para abrirle la puerta a ella.

—Gracias.

Él se la quedó mirando.

—¿Por qué? —Se temía que no era por haberle abierto la puerta.

—Por todo, no lo hubiera resistido sin tu ayuda.

La cogió por los hombros para que lo mirara.

—Eres una mujer de la cabeza a los pies, cariño, créeme cuando te digo que lo habrías superado igualmente. —Y sin darle tiempo a que le respondiera, le rozó los labios con los suyos en un tierno beso. Sintió como ella contenía el aliento. Le dedicó una sonrisa torcida y encantadora que hizo que a ella le temblaran las rodillas. Se despidió y, cuando ya estaba otra vez dentro del coche, abrió la ventanilla más cercana a ella y le soltó algo frío en entre los dedos.

—Toma las llaves de casa por si cuando llegas no estoy.

Sandra se quedó mirando la palma de su propia mano con las llaves que él le había dado.

Allí plantada, se preguntó cómo había terminado viviendo en su casa. Tenía amigos que, si se los hubiese pedido, estaba segura de que le habrían abierto la puerta de sus pisos encantados. ¿Cómo había sido que se dejó llevar por las decisiones de él? Cierto era que

estaba conmocionada, pero… No deseaba pensar en los malos días que había pasado, así que se guardó la llave en el bolso y se puso en movimiento.

Capítulo 21

Dos días más tarde, estaban desayunando cuando sonó el timbre de la puerta y Adam fue a abrir. Cuando volvió a la cocina, le tendió un sobre a Sandra.

—Es para ti.

Ella se lo quedó mirando, se preguntaba cómo habrían sabido la dirección de dónde encontrarla.

Él pareció leerle el pensamiento.

—Le dejé mi dirección a una de las vecinas de Lisa por si alguien preguntaba por ti; supongo que recibías tu correspondencia allí. Ella te la guardará.

Sandra asintió. Abrió el sobre y lo leyó rápidamente; se le escapó un jadeo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Adam, que se estaba sirviendo más café.

—Hoy va a leerse el testamento de Lisa y me citan para que vaya.

A él se le ensombreció la mirada.

—Si esto es una treta de aquella pandilla de imbéciles que tenía por sobrinos, se las tendrán que ver conmigo —dijo iracundo.

—No te preocupes, seguro que quieren alardear de su herencia.

—Pues yo no estoy de humor para dejar que lo hagan. —Él cogió la hoja de papel que ella había dejado encima de la mesa y la leyó —. A las doce… te acompañaré.

—No hace falta.

—Oh… sí —la interrumpió.

—De verdad, no te preocupes, podré resistirlo.

Mientras lo decía, inconscientemente, le cogió la mano que él tenía encima de la mesa. Cuando se dio cuenta de lo que había

hecho, quiso soltarla, pero él, que estaba muy atento, dio vuelta la propia y cogió la de ella; era el primer gesto espontáneo por tocarlo. Sandra se quedó mirando las dos manos entrelazadas, se sorprendió al no sentir miedo. Él la sujetaba con firmeza, pero sabía que, si intentaba soltarse, no la retendría.

Un extraño silencio se apoderó de ellos. Ella subió sus pupilas hacia los ojos de él, sus miradas chocaron, el ambiente se hizo denso, y Adam se inclinó lentamente hacia ella dándole tiempo para que lo detuviera, pero ella no se movió, se sentía hechizada bajo aquella intensa contemplación. Cuando sus labios se tocaron, a Sandra le pareció que el suelo había dado un salto, se sintió como mareada, y su otra mano se cogió al brazo del hombre. Él, al sentir aquellos finos dedos en su brazo, se regocijó, movió sus labios encima de los de ella, acariciadores. La notaba tensa, pero no se apartaba, eso era buena señal. Ella lo miraba con los ojos agrandados.

—Cierra los ojos, amor mío —le susurró encima de aquellos labios plenos. Ella no se movió, ni siquiera parpadeó.

Adam empezó a hacerle cosquillas con la lengua en la comisura de la boca, sintió que la mano que se cogía a su brazo lo apretaba y se relajaba. Poco a poco fue separando los labios de Sandra para poder entrar en aquella dulce gruta, la oyó contener el aliento cuando al fin se rindió y con mucha suavidad le recorrió la boca con lentas caricias de su lengua. Ella estaba tan quieta, como si fuera a romperse de un momento a otro. Al fin había cerrado los ojos, y él escuchó un leve gemido. Pero aún no respondía. La mano vagabunda de él se posó en la estrecha cintura, y su cuerpo se acercó a ella.

Sandra sentía como si todo rodara a su alrededor, aquella boca la hacía sentirse muy extraña, como si aquel beso llegara a todos los rincones de su cuerpo. Sentía, bajo la mano que tenía apoyada en el brazo de Adam, los fuertes músculos que se tensaban. Cuando él se acercó a ella, la trasladó al pecho duro y pudo sentir los fuertes latidos del corazón bajo la yema de sus dedos. Instintivamente, sin

pensar, su lengua se movió y acarició la del hombre. Sintió reverberar un gemido en el pecho masculino, eso le gustó y se volvió más audaz, devolviéndole el beso tentativamente.

Adam sintió que era el primer beso de amor que ella recibía y se extrañó, sin embargo, lo percibía en la torpeza de ella, y por ese mismo motivo era más embriagador. Sintió que su entrepierna ardía y supo que tenía que parar, pero su cuerpo y su mente no se ponían de acuerdo y siguió besándola, quería que ella se diera cuenta del placer del beso, pero aquello iba a matarlo.

Pareció que a ella le estaba pasando lo mismo porque de repente interrumpió el beso y apoyó la cabeza en su pecho, respirando entrecortadamente. Él la abrazó, y el aroma que ella despedía le llegó al alma; era una especie de esencia de violetas y de mujer.

Estuvieron allí abrazados unos minutos, hasta que sus cuerpos se calmaron lo suficiente. Él aún sentía unas fuertes pulsaciones en la parte baja de su cuerpo; cogió con suavidad la barbilla de Sandra y la levantó para poder mirarla a los ojos. Los tenía vidriosos, de un tono más subido de ámbar, parecía que le lanzaran destellos. Apoyó su frente a la de ella.

—Amor mío…, eres tan hermosa…

Ella se ruborizó. Se sentía torpe, no sabía que decir. Nunca se había encontrado en una situación parecida.

—Yo… me he sentido tan extraña. —Estaba perpleja—. No creas que yo…

—Shhh… —Él la interrumpió, notaba lo abrumada que se sentía —. Aunque me encantaría quedarme aquí, creo que será mejor que nos pongamos en marcha.

Ella asintió sin decir nada. Cuando él la soltó, fue a refrescarse la cara; sentía un extraño calor en todo el cuerpo.

Una hora más tarde, estaba sentada en su mesa, en su despacho, y no se sacaba de la cabeza el beso que había compartido con Adam. Y en unas horas, volvería a encontrarse con él, pues había insistido en acompañarla a la lectura del testamento. No sabía

cómo haría para mirarlo a la cara, él había despertado algo dentro de ella que no entendía.

Cuando él pasó a recogerla para ir al notario donde se leería el testamento, ella estaba muy alterada. Él lo notó y no la atosigó, condujo su coche en silencio mientras se dirigían a las oficinas donde la habían citado.

—Tranquila.

—Estoy bien. —Su tono de voz le dijo que no era así, pero se abstuvo de decírselo.

Una secretaria los hizo pasar a un despacho, y varios pares de ojos se posaron en ella y Adam, sorprendidos.

—¿Qué demonios estáis haciendo aquí? —Francisco no pudo contenerse de preguntar.

—Me han citado aquí.

Por las caras que observó, supo que no era ninguna estratagema de ellos. Estaban tan extrañados como ella.

—Yo vengo a acompañarla. —La voz profunda de Adam debería de haberles servido de aviso.

—¿Nos tienes miedo? —se burló Ramón.

La boca de Adam se curvó en una sonrisa torcida.

—Si no recuerdo mal, los que os llevasteis una zurra fuisteis vosotros.

Ante el recordatorio, Ramón soltó una maldición.

Adam, que se había mantenido detrás de ella, la cogió suavemente por la cintura y la guio hacia una silla. Él se quedó de pie a su lado. Cuando el notario entró en el despacho, le pidió a su secretaria que trajera una silla para Adam. Mientras, él se sentó detrás del escritorio y abrió una carpeta, miró a los allí reunidos y ojeó los papeles de la carpeta. Cuando la secretaria hubo traído la silla y todos estuvieron sentados, se presentó y empezó a leer. El testamento era escueto y breve. Cuando terminó de leerlo, en aquella sala hubiese podido oírse el vuelo de una mosca; todos los presentes estaban anonadados.

Sandra había contenido la respiración al oír lo que el notario leía, Adam le había cogido la mano y se la estrujó.

—¿Han entendido?

—¿Cómo puede impugnarse este testamento? —vociferó Francisco—. Desde luego mi tía no estaba en sus cabales cuando le dictó eso.

El notario lo miró frunciendo el ceño.

—Caballero, está usted en su derecho de tratar de impugnar el testamento de su tía, pero le aseguro de antemano que no lo va a conseguir. Su tía estaba en plenas facultades mentales cuando me hizo redactar este documento, prueba de ello es que su propio médico fue quien firmó como testigo.

A Francisco parecía que le iba a dar un ataque, se puso rojo de ira.

—A mi tía siempre le ha faltado un tornillo, con lo bien que hubiese podido vivir en una residencia y se empeñaba en quedarse en su casa… —lo dijo con tanto desprecio que el notario no pudo evitar replicar.

—En su momento, no entendí demasiado bien por qué hacía lo que hacía su tía, ahora lo veo clarísimo.

Adam y Sandra comprendieron el sutil insulto, pero nadie más en la sala lo hizo.

Los sobrinos de Lisa se levantaron y miraron a Sandra con odio, y luego, sin una palabra, salieron de aquel despacho. Ella se quedó sin aliento al ver las caras de todos ellos, la mano que Adam sostenía entre las suyas se tensó, y él le dio un reconfortante apretón.

—Señorita Molina, además tengo una carta para usted, la señora Olmo me la entregó el día que firmó este testamento. —El notario le tendió un sobre cerrado y vio que la mano de Sandra temblaba—. Los dejaré solos.

Cuando la puerta se cerró a sus espaldas ella miró al techo de la estancia, como si así pudiera ver a la anciana.

—¡Lisa, qué has hecho! —exclamó Sandra.

Abrió el sobre y sacó una hoja escrita a mano.

Querida Sandra.

Si estás leyendo esta carta, quiere decir que ya no estamos juntas. No te angusties, estoy segura de que esté donde esté, yo estaré bien, seguramente me habré reunido con mis amigos, o quizás, mejor, con ese actor tan guapo que vimos por la tele… No te deprimas, aprovecharé todas las oportunidades que tenga…

Las lágrimas corrían por las mejillas de Sandra, pero era ajena a ellas. Al leer aquello se le dibujó una sonrisa en el rostro. Adam la miraba y se sintió intrigado.

¿Recuerdas que cuando te graduaste te prometí un regalo? Sí, claro que sí, tienes mucha memoria, eres brillante. Seguro que pensaste que una vieja como yo se habría olvidado del regalo. Pues no. Me has hecho sentir orgullosa, tan orgullosa como estaría una madre, y la verdad es que, en cierto modo, me siento como si lo fuera. Hemos compartido muchas cosas, pero lo más importante es que te quiero como si fueras mi hija. Con tu cariño, con tus risas y atenciones me has hecho sentir una persona muy especial. Los años que he pasado a tu lado han sido los más felices de mi vida, me has hecho sentir completa. Tú has sido la familia que nunca he tenido, juntas hemos superado muchas cosas, somos invencibles... ¿Recuerdas?

Adam no se perdía ni una de las expresiones que se dibujaban en el rostro de Sandra: desde una breve sonrisa a un parpadeo sorprendido.

Espero haberte dado un poco de paz, esa paz que tú tanto necesitas y que te mereces. No sé si cuando leas esta carta ya habrás conseguido tus propósitos, o si habrás encontrado a un buen hombre que te ayude a superar todo aquello que nunca debió

suceder. Si no es así, no desesperes, solo mantén el corazón abierto al amor, algún día llegará tu príncipe azul. Cuando lo conozcas, sabrás que es él... no dejes que se te escape.

Todo esto no son solo las palabras de una vieja; mi edad me ha dado experiencia y sabiduría. Ten los ojos bien abiertos, lo que tenga que ser... será.

Sé que mientras estás leyendo esta carta, probablemente me estarás maldiciendo por lo que he hecho, pero lo que tú me has dado no me lo ha dado ninguno de mis adorados *sobrinos. Sé que dejo todo en buenas manos. Espero que algún día no muy lejano, mientras te esté espiando desde donde esté, pueda ver la casa llena de alegría, risas y niños.*

Por eso y por todo lo que hemos compartido te lego mi casa y todo lo demás, estoy segura de que tú lo apreciarás.

Te quiero.

Lisa.

P.D.: No quiero que estés triste. ¿Recuerdas que el día de tu graduación lo estuvimos celebrando hasta la madrugada y que cogimos un buen pedal*? Quiero que salgas, que te lo pases bien y que cojas otro. ¡Hazlo a mi salud! ¡Brinda por mí! Esté donde esté, yo también levantaré una copa.*

Sandra estuvo un buen rato mirando las letras, recordando, recordando… Realmente Lisa había sido una madre para ella. Adam estaba sentado a su lado y veía la extraña expresión en su rostro; no dijo nada, solo quería que ella supiera que estaba allí.

Oyeron unos golpes discretos en la puerta. El notario se asomó, y ella movió la cabeza para que supiera que podía entrar. Estuvieron firmando un montón de papeles, y el este le dio unas cuantas instrucciones.

Cuando salieron de allí, Adam la llevó a comer; ella estaba más silenciosa de lo habitual.

—¿Estás bien, cariño? —le susurró mientras tomaban café. Ella lo miró sorprendida por aquella muestra de afecto.

—Sí.

Otro monosílabo. Era todo lo que había dicho desde que habían salido del despacho del notario.

—Esta noche podríamos salir.

Él la miró sin ser consciente de que levantaba una ceja extrañado. No parecía estar de humor para fiestas. Ella, sin decir nada, sacó la carta del bolso y se la tendió.

—¿Quieres que la lea?

Ella asintió.

Adam sacó el papel del sobre con reverencia y lo leyó. Una sonrisa se dibujó en sus labios. Esa mujer le había gustado desde el primer día que la conoció. Sus palabras no aclaraban el extraño vínculo que las unía, sí que dejaba entrever que algo le había sucedido, algo que aún no estaba superado, pero dejaba muy claro los sentimientos de la una hacia la otra. Miró a Sandra a los ojos.

—¿Es eso lo que quieres?

—Siempre me decía que no le gustaba verme triste. Cuando lo estaba, trataba por todos los medios de alegrarme. —La mente de Sandra estaba muy lejos de allí—. Me contaba tonterías hasta que me hacía reír y cuando lo conseguía, nos reíamos juntas. Siempre estaba de buen humor y lo contagiaba a todo aquel que tuviera alrededor. Cuando me gradué, me entró pánico porque al fin había llegado el momento de… poner en la cárcel a los responsables de… —Sus miradas se cruzaron un segundo, y Adam pudo ver una chispa en los ojos color miel—. Lo que le habían hecho a… —Su voz se había ido apagando al hablar. Él estuvo tentado de preguntarle qué le había pasado, pero mantuvo la boca cerrada, pensó que cuando ella estuviera preparada, se lo diría—. Esa noche, a mí no me apetecía ir con mis compañeros a celebrarlo, y Lisa preparó una fiestecita privada en casa. Hizo traer comida de un lujoso restaurante y un buen vino. Vimos una película donde salía un actor

muy guapo, que a ella le gustaba mucho, mientras íbamos bebiendo y comiendo dulces. Nos reímos mucho. Terminamos bailando descalzas y cuando terminó la noche, las dos estábamos tan borrachas que nos quedamos dormidas en el salón. A la mañana siguiente nos sentíamos terriblemente mal, pero después de desayunar y tomar una ducha, nos reímos enormemente de las cosas que habíamos hecho la noche anterior. Así era ella, siempre le encontraba el lado gracioso a la vida. Me hablaba de la muerte sin miedo, como otro paso en el camino. Sé que no le gustaría verme como estoy, pero…

Adam había cogido las manos de Sandra tiernamente mientras ella se explicaba. Cuando ella se calló, sintió el calor que él le traspasaba con sus caricias.

—Lisa tenía razón, debemos tomar la vida tal y como nos viene, dedicándole un corte de mangas cuando no nos gusta y poniéndonos a saltar cuando las cosas nos salen bien. ¡Quién sabe lo que nos espera mañana! Tenemos que vivir la vida a tope, a todo gas, robando todos los buenos momentos que podamos; los malos vienen solos.

Sandra miraba las manos de los dos entrelazadas mientras asentía con la cabeza.

—Esa era la filosofía de Lisa —dijo en un susurro al tiempo que se dibujaba en su rostro una débil sonrisa.

Adam le sonrió con ternura.

—Entonces esta noche saldremos y cogeremos un buen… *pedal*.

Ella no pudo menos que sonreír.

Capítulo 22

Adam estaba sentado en su mesa, tres horas más tarde, tratando de concentrarse en el trabajo, en unos expedientes que tenía ante sí, pero le era imposible. Sandra ocupaba todos sus pensamientos. ¿Qué era lo que la traumatizaba? Por lo que había podido leer entre líneas, se había sacado la carrera con la intención de que alguien pagara por algo que le había pasado a ella, o a alguien importante para ella. Se levantó y se fue a la mesa de Olga, entre ellas había más conexión que con sus otros compañeros. Le preguntó que cuantos años llevaba trabajando con Sandra, y esta le contestó que desde que había salido de la universidad.

Un pensamiento cruzó por la mente de Adam como un trueno, esa unidad investigaba los delitos de maltratos y violaciones. Él había notado la actitud de Sandra frente a los hombres, no era desagradable, pero tampoco daba mucha confianza, parecía querer mantenerse apartada. Esa misma mañana, cuando la había besado, había sabido que era novata en esas lides, lo había notado en su reacción, en su manera de responder. No, no tenía experiencia, había notado su tensión y sentido sus suaves jadeos de sorpresa y, quizás, de miedo. Se le ensombreció la mirada al darse cuenta de dónde lo llevaban sus pensamientos. ¿La habrían maltratado? ¿La habrían violado? Deseó que Lisa no hubiera muerto, seguro que ella sabía lo que le había ocurrido, por eso la anciana trataba de hacer feliz a Sandra, la animaba cuando ella tenía un día malo, y seguro de que debería de haber sido bastante a menudo, pues ella se había dedicado a encarcelar a la peor clase de delincuentes, a los que habían lastimado a… ¿quién? Agradeció en silencio a la anciana por haber estado al lado de Sandra en sus momentos más difíciles. Se dio cuenta de que esa tarde no podría concentrarse en lo que tenía que hacer, se sentía enfurecido por sus sospechas. Se despidió de sus compañeros antes de hora, con la excusa que tenía que ir a

hacer unos recados, y se fue a casa. Como más vueltas le daba, peor se sentía. Ella había hecho una cruzada de su tragedia.

Se propuso borrar de la mente de Sandra lo que fuera que le hubiese ocurrido, pero primero tenía que saberlo, no se sentía con fuerzas de interrogarla sobre el tema, esperaría que ella confiara en él lo suficiente para contárselo, aunque la espera lo matara.

Horas más tarde, mientras bailaban en un local de copas, él seguía dándole vueltas al asunto. La veía relajada y más animada, parecía como si después de la charla de aquella tarde, ella hubiese decidido dar vuelta a la página y seguir con su vida. Se alegraba, pero sentía correr por sus venas unas ganas feroces de… *venganza*.

Un estremecimiento lo recorrió de arriba abajo, ¿desde cuándo sentía ese instinto protector por ella? ¿Cómo había ocurrido? Frunció el ceño al caer en la cuenta de que esa mujer se había colado bajo su piel. Nunca antes le había ocurrido algo parecido, después de unas horas de placer, se despedía de la amante de turno sin mirar atrás. Con Sandra todo era distinto, pensaba en ella mil veces durante el día. Y cuando estaba con ella, se mantenía a la expectativa de sus reacciones, de sus risas, de sus muecas… y también de sus preocupaciones. No se negaba a sí mismo que la deseaba, cualquiera con un apetito sexual saludable lo haría, era muy guapa, inteligente y cariñosa. Él había podido comprobar su cariño hacia Lisa, se lo entregaba a manos llenas. De pronto, sintió deseos de que todo ese amor estuviera dirigido a él.

Ella lo sacó de sus pensamientos.

—¿Quieres que nos sentemos un rato? —Sandra lo miraba con preocupación—. Pareces cansado.

Adam se obligó a sonreír, debía dejar de pensar en todo aquel asunto, estaban allí para pasarlo bien y, si no cambiaba de actitud, le agriaría la noche, y esto era lo último que deseaba. Quería que ella se lo pasara bien.

—No… lo siento, he dejado que mi mente volara. —Le sonrió con encanto—. Te prometo que no volverá a suceder.

Ella le devolvió la sonrisa.

Cuando fueron a tomarse una copa, ella levantó la suya y brindó por Lisa. Él hizo chocar suavemente los vasos.

—Esté donde esté, no dudo de que está orgullosa de ti. —Vio un brillo especial en el fondo de aquellos ojos ámbar.

Entre copa y copa, bailaban, y cuando no, salían a la terraza y aspiraban el aire fresco de la noche.

Cuando volvieron a casa, Adam se dio cuenta de que a ella le costaba mantenerse despierta.

—¿Puedes apañarte sola?

Ella soltó una risita boba.

—Claro que puedo —afirmó estirando el cuello y mascullando algo que él no entendió. Se fue a su habitación.

Al cabo del rato, cuando Adam se hubo cepillado los dientes y se iba a su cuarto, vio la puerta de Sandra abierta, se asomó y la vio tendida en la cama vestida, boca abajo; sonrió para sí. Evidentemente no estaba acostumbrada a beber, pues no había bebido tanto como para quedarse dormida de aquella manera.

—¿Sandra? —Ella no contestó.

«Diablos. Tendré que desnudarla», pensó.

—¿Sandra? —Volvió a llamarla mientras se acercaba a la cama. Oyó una risita—. ¿Quieres que te ayude?

Ella se dio la vuelta tan de repente que estuvo a punto de caerse.

—¡Epa! —La habitación parecía que estaba moviéndose a su alrededor—. Sí, si puedes hacer que las paredes no se muevan. —Se le escapó otra risita.

Él sonrió.

—Anda, deja que te ayude, mañana tendrás una buena resaca.

Ella pareció indignada y se levantó hasta quedarse sentada. El movimiento fue demasiado brusco y se agarró al brazo de Adam, que se había sentado en la cama para ayudarla.

—¿Estás insinuando que estoy borracha? Porque te aseguro que puedo bailar un tango sobre una baldosa sin caerme… ¿Sabes?

—Eso sería interesante de ver. —La veía tan juvenil en su estado de embriaguez que no pudo evitar decirlo con una sonrisa en los labios.

Ella se propuso demostrárselo, y estaba a punto de caerse cuando él la cogió antes de que tocara el suelo.

—Creo que el tango tendrá que esperar a otro día. —Mientras lo decía, bajó la mirada hacia ella, que estaba en sus brazos. Sandra le miraba la boca mientras hablaba.

De pronto pareció que la temperatura de la habitación había subido varios grados, él se sintió acalorado.

—Bésame. —Aquello ya era el colmo, él la deseaba, deseaba besarla hasta hacerla gritar de placer. Pero…—. Bésame —repitió.

—Tienes que acostarte —sugirió él muy a su pesar.

Ella subió los brazos hasta que estuvo abrazándolo por la nuca.

—Solo un beso, por favor. —Al oír su voz, él dio un respingo, le estaba rogando que la besara, pero ¿se acordaría a la mañana siguiente?

—No me aprovecharé de tu estado.

—¿Qué estado? Estoy algo… —No pareció encontrar las palabras.

—Has bebido más de la cuenta, mañana te arrepentirás.

—No, no me arrepentiré… solo quiero que me beses como has hecho por la mañana, me has hecho sentir cosas muy extrañas dentro de mí. —Aquello fue la gota que colmó el vaso. Ningún hombre podía negarse. ¿O sí?

El cuerpo de Adam le pedía que la besara y que no se detuviera solo con un beso, pero…

Como él parecía que se lo pensaba demasiado, Sandra se estiró, lo atrajo hacia su boca y lo besó. No fue un beso de buenas noches, no, sus labios se movieron por encima de los de Adam exigiendo que respondiera, su lengua acarició los seductores labios hasta que él soltó un suspiro y abrió la boca, no dejaría que ella lo aventajara, la

abrazó más íntimamente contra su duro cuerpo y la besó con toda la pasión que sentía. Ella se derrumbó contra su cuerpo, gimió dentro de su boca. Él se separó un momento. Ella suspiró.

—Es mejor que el de la mañana —murmuró.

Él volvió a sus labios y la estuvo atormentando, mordisqueando el inferior. Ella contuvo el aliento y cerró los ojos dejándolo hacer, sentía como su cuerpo se fundía, algo se derretía dentro de ella, en su interior se encendía una llamita de… ¿qué? No lo sabía, pero no se paró a pensar en ello, quería disfrutar del momento.

Adam estaba vibrando de deseo, quería llevarla a la cama, deseaba zambullirse en aquel cuerpo que lo estaba enloqueciendo. Ella se removió en sus brazos, apretándose contra él, estaba seguro de que sentía su dureza, pero sabía que no podía aprovecharse del estado en que se encontraba. Tenía que terminar con aquella locura, pero ella se lo estaba poniendo muy difícil, se mostraba tan dispuesta. Intentó separarse, dio un paso atrás para poner distancia entre ellos, pero ella lo siguió, dio otro paso y volvió a seguirlo sin permitirle que se apartara.

—No me dejes. —Su voz era ronca de excitación, aunque él sospechaba que no entendía lo que le estaba pasando.

—¿Estás segura? —No supo por qué había hecho esa pregunta.

—Sí.

Y al mirarla a los ojos, le pareció que ella era muy consciente de lo que le estaba pidiendo.

La cogió en brazos y la llevó hasta la cama, la tendió y volvió a besarla. Ella se cogió a su nuca y enredó los dedos en su pelo. Las manos de Adam la acariciaban suavemente por todo el cuerpo, y ella se removía inquieta, sin separar la boca de aquellos labios que le estaban dando tanto placer. Él se las arregló para sacarle la blusa y los pantalones, y entonces se separó un poco para poder mirarla, era bellísima. En sus ojos se apreciaba una languidez sensual, pero no podía hacerle el amor, no hasta que ella estuviera preparada, y sospechaba que lo que estaba ocurriendo era fruto de las copas que

se habían tomado, no creía que ella fuera realmente consciente de lo que estaba pasando entre ellos, y no quería que a la mañana siguiente ella pudiera acusarlo de haberse aprovechado.

Haciendo un gran esfuerzo, se separó de aquellos tentadores labios. Ella lo miró con ojos vidriosos.

—A dormir, cielo —murmuró.

—No me dejes… por favor…

—Tranquila, me quedaré contigo. —No supo por qué dijo eso, estar allí con ella era una tortura, la deseaba, sin embargo, estaba decidido a no tocarla. La abrazó contra su cuerpo—. Anda… duérmete.

Ella no tardó nada en quedarse profundamente dormida. Él lo percibió en el ritmo regular de su respiración. Trató de coger varias bocanadas de aire acompasadamente para calmar su cuerpo excitado, pero… ¿cómo lograrlo con el cuerpo de ella acurrucado junto al suyo?

Allí tumbado, a Adam volvieron las cavilaciones de unas horas antes; se dio cuenta de que estaba en un lío. Había sido un necio al ofrecerle su casa hasta que ella encontrara una propia. La deseaba, si era sincero consigo mismo, debía reconocer que esa mujer le había atraído desde el primer momento que la vio. Al estrecharle la mano cuando se la presentaron, debería haberse percatado de la atracción instantánea que sintió. Y no olvidarse que estaba en presencia de la que fuera su superior. Luego cometió el error de encariñarse de Lisa, la anciana lo había cautivado con su sentido del humor, su carácter y picardía. Lo que lo llevó a estar más tiempo con Sandra, a conocerla mejor y, de alguna manera, a tener un acercamiento con ella con el que no contaba. Eso sin tener en cuenta que, al final de su vida, la anciana le había pedido que la cuidara. Por si eso fuera poco, su manera de ser no lo había ayudado, estaba acostumbrado a tratar a las mujeres como lo que era: un conquistador, un amigo y amante. Las ternezas que se le

escapaban con ella no eran premeditadas, era su manera de tratarlas.

Sandra murmuró algo en sueños, Adam la miró y vio los labios que no hacía mucho había estado besando. Aún conservaba su sabor en los propios y sintió despertar su cuerpo otra vez, ¿alguna vez podría estar en su presencia sin excitarse? Tal vez, si guardaba una distancia prudencial, sí, pero no teniéndola como en ese momento, pegada a su costado.

Con cuidado, despacio para no despertarla, se separó de ella y salió de la cama. La miró unos momentos y pensó que se estaba comportando como un tonto. Se fue a su cuarto, y el sueño fue esquivo con él, fue una larga noche.

A la mañana siguiente, ella despertó con una telaraña de alcohol en la cabeza. La luz que entraba por la ventana le molestaba, miró el reloj y vio que eran cerca de las ocho. Tenía que ponerse en movimiento, pero sentía su cuerpo anclado en la cama. De repente, se acordó de que la noche anterior no se había acostado sola, lo recordó todo con absoluta claridad, como le había pedido a Adam que la besara y lo bien que se había sentido entre sus brazos, como había permitido que la acariciara y la extraña sensación que aquellas caricias habían provocado en su cuerpo. Se había sentido completamente libre. Con él, no se le había disparado el pánico que siempre sentía cuando un hombre trataba de acercarse demasiado; con él, las sensaciones habían sido muy placenteras. Y tuvo que reconocer que cuando él le había dicho que durmiera, ella se había sentido desilusionada. ¿Significaba eso que había superado su terror? No lo sabía. Si no se hubiesen detenido… ¿Habría podido hacer el amor con Adam sin que la invadiera esa sensación de asfixia que sentía cuando alguien trataba de acercarse demasiado? Deseaba conocer las respuestas, pero si era honesta, sabía que no podía lanzarse a hacerlo sin haberle contado a él lo que podía ocurrir. No quería que él creyera que estaba loca si de repente a ella la invadía el pánico.

Se dio cuenta de que lo que él pensara de ella le importaba. Se levantó y se fue a la ducha cavilando en que nunca le había importado lo que pensaran los hombres de ella, sin embargo, con Adam era distinto, necesitaba su comprensión. ¿Qué significaba aquello? No se detuvo mucho tiempo a analizarlo, le daba miedo.

Cuando se reunió con él en la cocina para tomar el desayuno, sintió que sus mejillas se acaloraban.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó él con una sonrisa.

—Como si todas las campanas de la ciudad estuvieran tocando dentro de mi cabeza.

La sonrisa de Adam se ensanchó.

—Come unos bollos, te irán bien —le aconsejó al tiempo que le acercaba el plato.

Ella cogió uno y empezó a mordisquearlo mientras él le servía una taza de café y volvía a llenarse la suya.

Un pesado silencio se hizo entre ellos. Sandra quería abordar la cuestión antes de que le flaqueara el valor. Él la veía inquieta y pensó que era por lo que había pasado la noche anterior.

—Adam, debería contarte algo…

—No tienes que decir nada —la interrumpió—. Anoche, los dos habíamos bebido más de la cuenta, no debería haberte besado.

Ella interpretó, con aquellas palabras, que él no había disfrutado del momento como le había sucedido a ella.

Lo miró a los ojos con el rostro encendido de rubor.

—¿No te gust…?

Él supo lo que a ella le rondaba por la cabeza aún antes de que hubiera terminado de formular la pregunta. Sonrió pícaramente y le cogió una mano por encima de la mesa.

—Me encantó, estabas absolutamente irresistible.

—¿Pero? Estoy intuyendo un… *pero*.

Adam le acariciaba la palma con el pulgar mientras ella hablaba.

—Sí, hay un *pero*… Cuando hagamos el amor, quiero que sea porque lo deseas, no porque te hayas pasado con las copas. —Ella estaba absolutamente encantadora con aquellos colores en las mejillas—. Anoche fue una tortura tenerte junto a mí, deseaba acariciarte hasta despertarte.

Había hablado de hacer el amor como si fuera una certeza, que más pronto que tarde iba a suceder. Adam podría haberse dado patadas mentales. Sospechaba que ella guardaba en su interior algún tipo de trauma, y deseaba ayudarla; pero eso era un arma de doble filo, ¿qué pasaría si no podía hacerlo? No debía hacerle promesas. Y por nada del mundo quería poner su trabajo en peligro, sería desastroso que ella se ilusionara con él y que terminara más herida todavía.

—Perdona, no quise decir…

Se calló al ver que, dijera lo que dijera, lo empeoraría más.

Mientras hablaba, la miraba directamente a los ojos, y ella sintió que el vello de la nuca se le erizaba.

—Quiero que sepas algo. —Su voz fue apenas un susurro, él siguió acariciándole la mano. Ella no sabía cómo decírselo—. No sé… si…

Al oír su indecisión, él pensó que había llegado el momento, que le contaría lo que le había pasado, y comprendió lo difícil que debía de ser para ella.

—Vamos, cariño, sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad?

Sandra asintió.

—Es que me resulta tan difícil hablar de ello, solo se lo he contado a Lisa. La gente cree que soy rara por cómo me comporto. —Adam no dijo nada, esperó que ella se decidiera, que hiciera acopio de valor—. Porque… los hombres me dan miedo, me gustaría ser suficientemente fuerte para… —Sacudió la cabeza, se daba cuenta de que estaba divagando—. Cuando era apenas una adolescente… presencié la violación de mi hermana mayor. Él… él…

—No pudo continuar, por sus mejillas corrían lágrimas que ella no notaba. Estaba transportada al pasado.

A pesar de que él había imaginado algo similar, al oírlo, contuvo el aliento. Fue como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Soltó una sarta de maldiciones, aunque no se dio cuenta. Se levantó de su silla y se arrodilló al lado de Sandra; la abrazó y la meció contra su pecho. No pronunció palabra alguna, no había nada que pudiera decirle que aliviara su miedo, su malestar. Dejó que llorara, que sacara todo el resentimiento acumulado.

Cuando ella empezó a hipar, él supo que podía escucharlo.

—Amor mío, lo siento. —Trataba de arrullarla con su voz mientras continuaba abrazándola—. ¿Lo cogieron? ¿Cómo está tu hermana?

Sandra negó con la cabeza apoyada en su pecho.

—Él desapareció… y mi hermana… se quitó la vida unos días más tarde, no pudo soportar lo que le había pasado.

Adam retuvo el aliento con una brusca inspiración. De un solo plumazo le habían robado la inocencia y a su hermana. Debió ser terrible para ella.

—¿Por eso te has dedicado a encarcelar a todos los que podemos coger? —Ella asintió—. ¿No crees que con el trabajo que haces estés empeorando las cosas? Cada vez que te enfrentas a uno de ellos, estás reviviendo…

—Durante años me sentí culpable por no haberla ayudado.

—Pero si has dicho que eras una adolescente, ¿qué podías haber hecho?

Ella sabía que aquello era verdad, la cara del tipo que las había atacado a su hermana y a ella no se le había borrado de la cabeza, cada vez que se encontraba frente a uno de ellos, esperaba encontrarse con él.

—Es mi manera de…

—Nosotros podemos encargarnos de encontrarlo —dijo él con vehemencia—. Tú tendrías que…

—Han transcurrido diez años, cada día que pasa es más improbable que lo cojamos, pero con cada uno que meto en la cárcel, pienso que lo estoy castigando a él. Cada vez que me entrevisto con una víctima, es como si viera a mi hermana; a ella no pude ayudarla, la violencia de lo que le estaba haciendo aquel hombre me dejó en shock, no podía gritar, ni moverme, sentía que me ahogaba, me quedé paralizada. Ahora, cuando las mujeres hablan conmigo, pienso: «yo lucharé contra sus fantasmas». Es mi manera de…

—Vengar la muerte de tu hermana.

—Algo así.

Adam pensó en la valentía de ella por encararse cada día a tipos de aquella calaña. Al violador de su hermana no lo habían cogido, pero ella se encargaba de todos los que podía. Sintiéndola temblar entre sus brazos, se prometió que algún día, si tenía suerte, encontraría a ese tipo y le haría pagar muy caro por lo que la había hecho sufrir.

Capítulo 23

Hacia medio día, Adam estaba en comisaría repasando las pruebas que tenían contra el señor Romero cuando Olga se le acercó y le dijo que había oído que había habido un robo en una casa del centro por la que había una disputa entre los herederos.

—Esto va a ser divertido, verás cómo se acusan los unos a los otros. —La idea parecía divertirla.

—Es patético —contestó él sin prestarle mucha atención, su mente estaba en el caso Romero.

—Vamos, no me dirás que no te gustaría estar presente mientras se tiran de los pelos.

—No, me parece algo de lo más estúpido.

—Pues a mí sí que me gustaría, sería algo…

La interrumpió el timbre del móvil de Adam. Al contestar frunció el ceño, soltó una maldición y se levantó de su silla con tanta prisa que la mandó contra la pared que tenía a sus espaldas. Cuando colgó, su compañera lo miró alzando una ceja.

—Pues mira… es posible que veas esos tirones de pelo —le dijo dirigiéndose hacia la puerta.

Olga se quedó allí sorprendida, intentando adivinar qué había pasado.

La casa estaba toda revuelta, cajones tirados por el suelo, armarios con todo lo que contenían amontonado, cuadros rotos, muebles volcados, sillones rajados… Parecía como si hubiese pasado un huracán. Sandra estaba en medio de todo aquel caos, con los brazos cruzados sobre la cintura porque no quería que los policías vieran como temblaba.

Cuando Adam la vio, estuvo junto a ella con dos largas zancadas y la estrechó contra su pecho. No le importó que los otros agentes

los vieran, «no tenemos por qué escondernos de nadie», pensó.

—Cariño, ¿estás bien? —masculló contra su pelo. La sentía temblar contra él. Ella negó con la cabeza, no podía creer que alguien fuera tan ruin como para hacer todo aquel estropicio—. ¿Tienen alguna pista de quién ha podido hacer esto?

—Los vecinos de enfrente vieron a los sobrinos de Lisa cuando entraban.

—¡Maldición! —exclamó Adam.

—Sácame de aquí, por favor, no soporto ver lo que han hecho.

Él se la llevó, se metieron en su coche y condujo por entre el tráfico hasta llegar a un parque. Bajaron, le pasó un brazo por encima de los hombros y se internaron entre los jardines. Cuando estuvieron bastante lejos de la gente, Sandra dio rienda suelta a su indignación.

—No podían soportar que yo heredara lo de Lisa. Si no podía ser de ellos, tampoco sería mío. Solo les ha faltado prender fuego a la casa… —Adam dejó que ella sacara su rabia—. Son unos hijos de puta, solo lo han hecho para destruir lo… lo… Es que, si hubiesen sido un poco, solo un poco inteligentes, lo que han destruido lo hubiesen podido vender y habrían sacado un buen dinero por ello. Los muebles eran buenos; los cuadros, auténticos. —Sintió que una lágrima corría por su mejilla y se la secó con furia—. Ahora entiendo por qué Lisa me lo dejó todo a mí, sabía que sabría apreciar lo que a ella le costó toda su vida reunir.

—Son unos idiotas. No tardaremos en ponerlos en la cárcel, que es donde deben estar.

Adam pensó en el comentario de Olga, no habría tirones de pelo, de eso se encargaría él. Si tenía la oportunidad, los haría sudar por lo que habían hecho. No soportaba ver a Sandra de aquella manera. La abrazó, le susurró contra su pelo que los iban a coger y que pagarían con creces. Ella se abandonó contra el pecho de Adam, la fuerza que le transmitía con ese abrazo era lo que necesitaba, y la

veracidad de que él haría lo que le había dicho, haría pagar a los responsables por todo el mal que habían hecho.

Él la sintió relajarse contra su pecho y la besó en la sien. Ella levantó la cabeza al sentir el dulce beso y su mirada no pasó de los labios. Recordó como los había sentido la noche anterior y se le secó la boca. Comprendió que deseaba que la besara, sacó la lengua y se humedeció los propios, y él lo supo. Lo vio en su mirada, que no se apartaba de su boca, y fue bajando la cabeza para besarla. Tal vez fue demasiado lento, porque ella alargó el cuello y sus labios se tocaron en una suave caricia. Siguió atormentándola con leves besos mientras las manos de ella se ceñían a su cuello, apretando sus pechos contra el firme tórax masculino. Poco a poco la lengua de Adam se abrió paso hasta que estuvo explorando el dulce interior de su boca minuciosamente, sin prisas, deseando que ella disfrutara de aquel beso, que al menos por unos minutos olvidara lo que unos canallas habían hecho con lo que ella apreciaba con toda el alma.

Al atardecer, Sandra estaba en casa de Lisa inventariando lo que habían destruido aquellos bárbaros. La policía le había pedido que hiciera una lista de lo que se habían llevado y de lo que habían destruido. Se sentía descompuesta; mirara por donde mirara veía figuras, cuadros, muebles… piezas que sería imposible restaurar. ¡Con lo que debía de haber costado reunir todo aquello, una fortuna! Porque así era como lo consideraba, un tesoro. Aquella casa era antigua, pero se había conservado todo con amor, con dedicación, y no era justo que acabara de aquella manera. Vio un marco de fotos de plata tirado entre una mesita rota y un sillón volcado. Lo reconoció, lo cogió y miró con tristeza la foto; eran ella y Lisa en un vagón, un día que habían salido de la cuidad. A la anciana le hacía ilusión viajar en tren, y ella la había llevado a un pueblo vecino a pasar la jornada. Recordó lo bien que se lo habían pasado, con Lisa siempre se divertía muchísimo, era tan locuaz… Acarició la foto como si quisiera acariciar a Lisa, recordando… No se fijó en los cristales rotos y se cortó. Aquello la volvió a la realidad, soltó un taco y se

puso el dedo en la boca. Al ver que la sangre no remitía, se envolvió el dedo con un pañuelo y siguió revisando el desastre.

Así la encontró Adam, que al salir del trabajo la fue a recoger.

—¿Cómo va todo?

—Fatal —replicó ella desalentada.

—¿Por qué no llamas a Amelia? Seguro que ella puede ayudarte.

Sandra lo miró durante unos segundos, la mujer hacía tres años que trabajaba allí; aparte de hacer compañía a Lisa, se encargaba de las labores de la casa. Entre las dos, la tarea se haría más llevadera, seguro, además la mujer era muy animada, siempre conseguía ponerla de buen humor.

—Tienes razón.

Cogió su móvil y la llamó; quedaron para el día siguiente por la mañana.

—Ahora déjalo. —Adam la veía tan triste que decidió sacarla de allí—. Vamos, ya es hora de irnos a casa.

—Pero…

—Recuerda que a Lisa no le hubiese gustado que estuvieras tan triste.

—Pero… —repitió.

—Piénsalo de otra manera… Si Lisa hubiera llegado un día a casa y se hubiera encontrado todo de esta manera, sabiendo que ninguna de las dos ha resultado herida, ¿qué habría hecho? —Ella lo miró a los ojos entendiendo lo que quería decirle—. Me imagino que le hubiese pegado un buen corte de mangas a la vida y se habría tomado una copa.

Sandra sonrió, era típico de la anciana; cuando algo no salía como ella quería y sabía que no había remedio, maldecía, se reía y se tomaba un buen chocolate con churros desafiando a la vida.

—Tienes razón, siempre decía que todo tiene remedio menos la muerte, y vivió los años suficientes para reírse hasta de eso.

—Por eso mismo, haz honor a su sabio legado y ríete de todo y de todos. —La mirada de Adam era intensa, profunda. Él sabía que

había algo de lo que ella no podía reírse, pero con el tiempo intentaría que al menos no fuera tan importante, que ella lo considerara como una prueba más de la vida.

Una hora más tarde, Sandra estaba sumergida en la bañera con sales relajantes; el vapor que despedía el agua caliente olía ligeramente a jazmín y le encantaba. Cerró los ojos y poco a poco se concentró en sus músculos, logró que su cuerpo se desentumeciera. Adam había encendido unas velas para que la atmósfera fuera agradable y tranquila. Ella se había dado cuenta de lo atento que era, era agradable como se preocupaba por su bienestar. Siempre había tenido a Lisa, pero ahora que ella no estaba… Recordó cuando la anciana había muerto, aquella última conversación cuando le pidió a Adam que cuidara de ella. Él estaba cumpliendo su promesa, ¿o se trataba de algo más? No, imposible, solo estaba haciendo honor a la palabra dada a una anciana en su lecho de muerte.

Él era un hombre muy atractivo que podía tener a la mujer que quisiera bien dispuesta, seguro que estaba acostumbrado a esas bellezas que rezumaban feminidad por todos los poros de su piel. Nunca se habría fijado en ella. Sandra era muy consciente de que no era de esas mujeres que hacían que un hombre se girase por la calle. No era fea, pero no era de las que miraba con aquellas caídas de pestañas que embelesaban, no sabía coquetear, nunca se lo había propuesto. Siempre mantuvo las distancias con los varones, pero Adam tenía algo que estaba agrietando las barreras que ella había construido alrededor de su corazón. La trataba bien, no lo conocía lo suficiente, pero no creía que a nadie más tratara como lo hacía con ella. Era dulce, atento, se preocupaba como nadie. Aquel mismo día, cuando llegó al piso de Lisa, la había abrazado delante de todo el mundo.

Sin embargo, se negaba a pensar que él sintiera algo por ella. Sus actos bien podían ser los mismos que tendría con una hermana o una amiga. Por otro lado, estaban los besos. La había besado en varias ocasiones, no como si fueran parientes, no. Ella los había disfrutado todos. El primero la había dejado desconcertada al

principio, pero después fue algo mágico, como si su cuerpo y mente se hubiesen licuado para dejar paso a unas sensaciones desconocidas que le quitaron el sueño. ¿Qué significaba aquello? No lo sabía. En ese momento pensó en Lisa, en su hermana y en su madre; cómo las necesitaba. Era tan ignorante en lo referente a los sentimientos. Nunca había tenido una amiga con la que compartir confidencias. Desde lo que pasara tantos años atrás, se encerró en sí misma, no confió en nadie lo suficiente para contarle lo ocurrido. Ni siquiera cuando fue a la universidad, donde conoció a su grupo de amistades que aún conservaba y con las que salía de vez en cuando, no compartió su experiencia con ninguno de ellos. ¿Por qué se lo había contado a él? No lo sabía y no se iba a devanar los sesos, dejaría que el tiempo corriera su curso, y si… no, no creía que entre ellos surgiera nada. Estaba segura de que con el atractivo de Adam debía tener a cualquier mujer que quisiera, no se iba a arriesgar con ella; mucho menos ignorando si ella sería capaz de recibir con normalidad los requerimientos amorosos.

Salió del agua sintiéndose mucho mejor. La tensión había abandonado su cuerpo, se sentía relajada.

Al salir al salón la recibió un agradable aroma.

—La cena estará enseguida. —Se olía a pescado y a verduras.

—Mmm… huele de maravilla —dijo mientras se sentaba en el sofá. Se sentía tan lánguida que apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos.

Adam le había echado un buen vistazo, ella se había puesto su albornoz; le llegaba hasta los pies. Se imaginó que no llevaba nada debajo y su cuerpo se encendió. ¡Cómo deseaba quitarle la ropa y recorrerle el cuerpo de arriba abajo con manos y labios! Si seguía con aquellos pensamientos, iba a explotar. Se obligó a pensar en cualquier otra cosa, pero ella se lo ponía muy difícil, desprendía un aroma de lo más sexi, que a él le anegaba los sentidos. «¡Ya!», se dijo tenso. «¡No pienses! ¡No huelas!».

Puso dos platos con merluza y verduras salteadas en una bandeja y lo llevó a la mesa, luego abrió una botella de vino y cogió dos copas de un armario de la cocina.

Se sentaron a cenar y, mientras ella alababa sus dotes culinarias, él no podía dejar de pensar en lo que quería hacer con el cuerpo suave y flexible que tenía delante.

Sandra no paraba de hablar, lo veía tensó.

—¿Te ocurre algo?

—No —respondió demasiado deprisa.

Ella era experta interrogando a gente y supo que mentía al instante. Lo miró alzando una ceja, pero él había vuelto su atención al plato para que ella dejara de preguntar. No insistiría.

Cuando terminaron, le dijo que fuera a sentarse, que ella recogería la cocina. Él se repantigó en el sofá y puso la tele. Al cabo de un rato, Sandra se sentó a su lado; él estaba viendo un partido de fútbol. A ella no le interesaba especialmente, se acomodó, cerró los ojos y dejó que su mente volara.

—¿En qué estás pensando? —Adam la había estado observando durante unos minutos. Con ella al lado no podía concentrarse en el partido, sabía que no dormía y veía como fruncía el ceño.

—En lo que tengo que hacer mañana.

—Olvida eso ahora.

Ella notó como él se movía en el sofá.

—No puedo.

—Claro que sí. —El aliento de Adam había acariciado su cara, ella se sorprendió y abrió los ojos, él estaba a escasos centímetros de ella—. Piensa en… —Su mirada recorrió el rostro de Sandra—. Esto.

Salvó la distancia que le quedaba, la abrazó y le acarició los labios con los suyos, quemándola con la pasión de aquella inesperada caricia. Su boca se movió seductora, incitando, seduciendo, y ella se sintió de pronto indefensa ante lo que le hacía sentir aquel beso. Su estómago parecía que estuviera dando saltos. Le gustaba la sensación. Le devolvió el beso moviendo sus labios al

compás de los de Adam, al mismo tiempo que sus manos se trasladaban a la nuca fuerte y musculosa. Él soltó un gemido cuando la sintió tan dispuesta. Durante toda la cena que venía deseándola. Su lengua empezó a hacerle cosquillas en los labios hasta que los abrió, y aquello fue el paraíso. Se devoraron el uno al otro, no retuvieron nada, el placer del uno era el del otro. Ella aún era muy novata en el arte de besar, pero lo compensaba con la ansiedad por complacerlo. Se le escapó un gemido del fondo del pecho. Él se separó un momento, la miró y vio que tenía las mejillas y los labios sonrosados. La besó en los párpados, que ella tenía cerrados, y trató de abrirlos; parpadeó. Él pudo ver el brillo de sus ojos color miel, la abrazó envolviéndola con su cuerpo, y ella se removió como si quisiera fundirse contra él.

Adam trazó un camino de besos hasta su oído y le recorrió la espiral con la punta de su lengua. Ella sintió que era recorrida por un estremecimiento.

—Amor mío, me gustaría recorrerte toda entera con mi boca, eres lo más dulce que jamás me hubiera imaginado. —Mientras lo decía, dejaba un rastro de húmedos besos por el esbelto cuello. Ella suspiró mientras sus manos acariciaban la nuca y sus dedos se enredaban en el cabello de Adam. Sentía arder la piel por donde esa boca la besaba, estiró el cuello y ladeó la cabeza para dejarle más espacio. Pero aquello no era suficiente para él, y su mano grande y fuerte se trasladó a la nuca de Sandra y la acarició al tiempo que abría un poco el cuello del albornoz. La boca hambrienta y seductora fue trazando una estela de besos por la poca piel que acababa de descubrir, se posó en la base del cuello, donde el pulso de Sandra latía aceleradamente. A ella se le atascó la respiración. Él levantó la cabeza para mirarla, quería que ella disfrutara de aquel momento. Quería darle tanto placer que ella no pudiera pensar. Mientras la miraba, su mano acarició suavemente su pecho, oyó un jadeo y de pronto los ojos le estaban devolviendo la mirada.

Ella se sentía bien, muy bien en realidad, no quería que él parara, pero vio en su mirada que él observaba sus reacciones, no

quería que se sintiera mal. Un extraño regocijo la recorrió entera. Le sonrió lánguidamente.

—¡Me haces sentir muy extraña! —murmuró al tiempo que su cuerpo se movía con sensualidad pegado al de Adam.

—Pero… ¿te gusta? —le susurró otra vez junto al oído mientras su lengua atormentaba la sensibilizada piel.

—Mmm… creo que sí. —Ella giró la cara y sus labios se encontraron.

La boca de Adam la enloquecía con sus suaves besos, pero a través de la neblina de placer reparó que él le aflojaba el cinturón del albornoz. No se sobresaltó, era tan cuidadoso, tan tierno que simplemente lo dejó hacer. Solo cuando sintió las yemas calientes de sus dedos sobre su piel desnuda, percibió como su cuerpo se tensaba, pero no de miedo, fue la sorpresa al comprobar que se le endurecía el pezón y como el placer de aquella caricia le recorría el cuerpo entero. Esa mano acunaba el pecho con ternura, acariciándolo y moldeándolo. Y ella no pudo reprimir un gemido de placer.

Adam se movió encima de ella y su boca fue a reemplazar sus dedos. Primero lamió, enroscó la lengua en el pezón mientras con la mano lo acunaba y antes de que ella pudiera pensar qué haría a continuación, se lo mordisqueó suavemente. Sandra se arqueó contra él lanzando un jadeo entrecortado. Él la saboreó largamente, oyendo los gemidos de placer que ella no podía reprimir, y antes de que ella pudiera siquiera pensar, él ya estaba atormentando el otro pecho. Los dedos de Sandra lo cogían convulsivamente por los hombros; él pensó que le desgarraría la camisa, pero no le importó. Mientras la enloquecía con la boca en sus pechos, una mano vagabunda iba trazando lentos círculos por el vientre suave y plano, haciendo que el cuerpo femenino se ondulara bajo las caricias. Ella se sentía fuera de sí, el placer que sentía era abrumador, el corazón le latía frenéticamente. En algún momento, Adam se las había arreglado para abrir el albornoz y poner uno de sus fuertes muslos entre los suyos, y la sensación era muy, pero que muy agradable.

Cuando él empezó a bajar por su cuerpo trazando un reguero de húmedos besos, se sintió desfallecer. El placer era sobrecogedor, esas manos fuertes le acariciaban los muslos y las caderas de manera seductora. Apenas la tocaba con la yema de los dedos, y el calor que irradiaban simplemente era demasiado; demasiado agradable; demasiado placentero. De pronto sintió el aliento de Adam encima de su vello púbico.

—Oh… —exclamó.

Él sonrió levantando la cabeza para mirarla; ella lo hizo a su vez. Sacó la lengua y la pasó despacio por encima de su sexo acalorado. Tocó un punto extremadamente sensible y a ella se le escapó un jadeo. Entonces, sin dejar de mirarla, sus dedos la encontraron y la acariciaron, abriéndola. El placer era demasiado intenso, ella trató de retroceder, pero él no se lo permitió. Alargó la lengua y la pasó por los inflamados labios mientras con el dedo acariciaba suavemente el brote de carne caliente y henchida. El cuerpo de ella se sacudió, y él cerró la boca sobre la feminidad, besándola, acariciándola con la lengua. Ella no pudo contener los gemidos que se le escapaban, cerró los ojos y se dejó llevar por el placer. Se movía frenética debajo de esa boca que la estaba llevando a la locura, notando como si su cuerpo volara. Se sentía ingrávida, un cúmulo de sensaciones estaba creciendo en su bajo vientre. Él notó que estaba a punto de llegar al éxtasis, su lengua buscó la entrada de su cuerpo y empujó. Ella se tensó, levantó las caderas y soltó un grito, jadeando y con el corazón a punto de estallar. Se convulsionó latiendo contra la boca de Adam, dejándose arrastrar por las sensaciones más increíbles que había sentido en su vida. Cuando al fin pudo dejar de temblar, él la tenía abrazada, susurrándole lo increíble que había sido, lo maravillosa que había estado. La acariciaba calmándola, y ella se sintió mimada y… ¿amada?

No supo cuánto tiempo había transcurrido cuando él la cogió en brazos, la llevó hasta su cama y cubrió su desnudez con la sábana.

—No me dejes. —Su voz fue un lánguido susurro.

Adam la miró con los ojos brillantes, sentía su miembro hinchado. Estaba dolorido por la contención, pero no quería que ella se sintiera obligada a nada. Lo que había pasado hacía unos minutos había sido porque él lo había deseado, pero ahora sentía una urgente necesidad. «Debería de haberlo pensado antes», se recriminó. En ese momento comprendía que a la vez que la ayudaba a ella a superar su pesadilla, aquello era una tortura para él.

—No puedo quedarme, cielo.

Por su tono, Sandra supo que estaba sufriendo. Adivinó lo que estaba pasando. Lo miró atentamente, tratando de analizar lo que sentía. Hasta el momento no había experimentado miedo, él la había tratado con exquisita ternura, pero no estaba segura de poder llegar hasta el final, ¿o sí? No deseaba que él se fuera a acostar con aquella incomodidad. ¿Qué significaba esa preocupación por él? ¿Era gratitud? No. Era algo más.

—Quédate, por favor.

Él negaba con la cabeza. Pensó que ella no entendía lo que pasaba, se acercó a la cama y se sentó a su lado.

—Amor mío, no lo entiendes.

—Tal vez sí. —Los dos se miraron con intensidad—. No quiero que te acuestes… —No encontraba las palabras—. Quiero…

Adam estaba controlando su deseo, y le hizo gracia que ella tartamudeara. Sonrió.

—¿Estás segura? Si me quedo es posible que…

Ella asentía con la cabeza.

—No sé si seré capaz de llegar hasta el final…, pero lo deseo… Eres el único hombre que ha hecho que me sienta así. Sé que es muy egoísta por mi parte pedírtelo, pero…

Adam no la dejó terminar, la besó hasta dejarla aturdida. Tuvo en cuenta que aquello era un arma de doble filo, en cualquier momento ella le pediría que parara, y él estaría más excitado todavía. Tenía que conseguir llevarla a tal estado que ella fuera incapaz de pensar, lograr que solo sintiera… ¿Sería capaz de semejante proeza?

Se arriesgaría.

Se puso en pie y empezó a desabrochar los botones de su camisa. Ella lo miraba con adoración. Cuando se la sacó, ella se humedeció los labios.

—Déjame acariciarte. —La voz le salió ronca por la excitación.

—Después.

De pie al lado de la cama, empezó a desprenderse de los pantalones, quería que ella lo viera desnudo, con su miembro en toda su esplendorosa gloria. Si no se echaba a temblar, él tendría la batalla prácticamente ganada, porque pensaba usar las artes aprendidas en toda su vida para que aquel momento fuera lo más memorable, lo más fabuloso, que fuera mágico.

La mirada de Adam no se apartaba del rostro de Sandra, sus ojos mostraban toda la excitación que la embargaba y algo más… ciertamente no era miedo. Con masculina satisfacción pensó que era admiración, le gustaba lo que estaba viendo. Una burbuja de deleite fue creciendo en su pecho hasta que se dio cuenta de que le importaba mucho lo que ella sintiera en esos momentos. Siempre se había enorgullecido de sus talentos amatorios, pero nunca sintió esa necesidad de agradar, de complacer; se sentía como un jovenzuelo en su primera experiencia, parecía que el virgen allí fuera él y no ella. Sacudió la cabeza queriéndose sacar esos absurdos pensamientos de la cabeza. Sabía lo que estaba haciendo, la estaba ayudando a superar sus miedos, además de mostrarle todo el placer que podían compartir. Quería regalarle una nueva vida, en la que ella se sintiera libre, donde no existieran los miedos, en la que ella fuera capaz de amar y de ser amada. Algo en su interior se contrajo al pensar en otros hombres a su alrededor. En ese instante trató de recordar a otras de sus amantes, pero le fue imposible; en su mente solo estaba ella. ¿La amaba? Su mirada debió de reflejar su confusión.

—¿Ocurre algo?

Él percibió la preocupación; negó con la cabeza. Se recreó mirándola. Sus labios estaban entreabiertos y parecía como si estuviera esperando un beso. Se desprendió rápidamente del resto de su ropa y se acostó de lado junto al esbelto cuerpo de esa mujer que le había robado el corazón y la razón.

Ella le había dedicado una cautelosa mirada y, cuando lo sintió cuan largo era contra su cuerpo, la recorrió un estremecimiento desde la cabeza hasta la punta de los pies. Sus manos le acariciaron el pecho ancho y velludo. Adam la dejó hacer, sabía que esa primera vez tenía que ser ella la que tomara la iniciativa, la que marcara el ritmo. Ella lo tocaba con dedos curiosos, maravillándose de la suave textura de su vello.

—Siento cosquillas en los dedos… que me llegan hasta…

Él le cogió una mano y se la llevó a la boca, la acarició con la lengua. La expresión de placer que asomó a los ojos de Sandra casi acaba con él, pero cuando ella imitó el gesto, tuvo que reprimirse para no tomarla en aquel preciso instante. La cogió por la cintura y la tumbó encima de su cuerpo firme.

Ella sentía la prueba de su deseo apretado contra su vientre. La sensación era maravillosa, estiró el cuello y lo besó con todo el sentimiento. Introdujo su lengua en la boca de Adam y reclamó su respuesta; él no le negó nada. Cuando se separaron, reverberó entre ellos un gemido de satisfacción. Las manos de Adam le acariciaban las nalgas trazando pequeños círculos. Ella respiraba afanosamente, sentía que su cuerpo se fundía con cada caricia, con el aliento tibio de él en su cara. Se removía inquieta contra él, pidiendo, exigiendo… Pero él quería estar seguro de que ella estuviera preparada. Movió una mano entre los dos cuerpos y la acarició. Suavemente buscó la entrada de su cuerpo y deslizo un dedo en su interior. Sandra contuvo la respiración y soltó un jadeo.

—¿Todo bien? —susurró, sintiendo la humedad.

Ella asintió con frenesí, y él no pudo evitar el torturante placer de acariciarla, dentro fuera, dentro fuera… sintió como los músculos

interiores se contraían y como, lanzando un sorprendido grito, se derretía entre sus brazos jadeando hasta ahogarse. La estrechó contra él y súbitamente rodó por la cama con ella hasta quedar encima.

—Amor mío… —murmuró con la frente apoyada en la de ella.

Sandra abrió los ojos; su mirada era soñadora. Él frotó su miembro en la húmeda suavidad de la entrepierna femenina mientras le cubría el rostro de besos. Ella se estremeció al sentir como dentro de ella se reavivaba la llama que creía extinguida.

—Si… oh, sí. —Su voz ronca de pasión casi acaba con el control de Adam, sentía que, si no la hacía suya en ese momento, enloquecería. La besó con ansias renovadas mientras iba entrando en el cuerpo suave y muy, muy estrecho. Empujaba con suma lentitud para que ella no sintiera ninguna molestia. El placer que sentía era absoluto, aun así, estaba pendiente en todo momento de las reacciones de ella. La besaba con ardor para impedirle pensar. Cuando estuvo firmemente instalado en el interior del cuerpo de Sandra, levantó la cabeza y sus ojos la buscaron, pero ella tenía los suyos cerrados y el cuerpo algo tenso.

—Cariño, ¿estás bien?

—Creo que necesito un minuto para… —No la dejó terminar, no quería que pensara. Su boca volvió a cubrir los labios de Sandra, la besó sin interrupción hasta que a ella se le escapó un gemido de placer, entonces empezó a moverse perezosamente. Sandra soltó un jadeo ahogado cuando sintió como en su interior iba creciendo el placer, la tensión. Se movió con él, contra él. Adam incrementó el ritmo hasta que los dos alcanzaron una culminación gloriosa y simultánea.

Capítulo 24

Olga había salido a tomar una copa con sus compañeros. El local estaba abarrotado. Nieto con su esposa enseguida se perdieron entre el gentío para bailar. Valle fue a la barra a buscar unas copas y se entretuvo hablando y tratando de ligar con una despampanante rubia con un vestido que dejaba muy poco a la imaginación. Olga, al observarlo desde el otro lado de la sala, vio a su compañero desplegando todas sus artes de seducción y sonrió; algún día, aquella frivolidad se volvería en su contra. Caería enamorado de alguna de sus conquistas y lo haría bailar en círculos.

Desde donde estaba, vio a Juanra que llegaba en ese momento, le hizo señales con los brazos, pero él no la vio. Lo fue siguiendo con la mirada mientras él se abría paso y vio a una mujer, con su pelo largo y pelirrojo brillante que envolvía sus hombros desnudos, que lo detenía en medio de la pista de baile; iba vestida con un vestido color zafiro que le llegaba solo a taparle el culo. Olga pudo ver como se le insinuaba y se apretaba contra él con una mirada felina. Algo en su interior la hizo fruncir el ceño. «¿Qué se ha creído?», pensó mirándola con asco. Entonces se dio cuenta de que estaba celosa; se quedó muy quieta mientras trataba de digerir aquel sentimiento de posesión. Sus ojos no se apartaban de Juanra y aquella mujer, vio como él la envolvía en sus brazos mientras se movían al son de la música y ella le decía algo al oído; él le sonrió con aquella sonrisa que a ella le derretía los huesos. «¡Maldita fuera!», gritó una vocecita interior. Olga se estaba poniendo furiosa, ¿qué se habían creído esos dos?

Para no armar un escándalo, salió del local. Ya fuera, con el aire fresco acariciando sus mejillas acaloradas, se detuvo. Se sentía traicionada, pero no debería ser así; se sentía celosa y no sabía por qué. Reconocía que Juanra le gustaba mucho, pero lo que había entre ellos era simplemente… ¿sexo? En ese mismo instante se dio

cuenta de que no. Soltó una maldición, ¡se había enamorado de ese hombre! Eso no debía de haber ocurrido, ella no estaba preparada para tener una relación estable, lo pasaba bien con sus amantes, se divertían durante un tiempo y luego pasaba página. Juanra la había tomado completamente desprevenida, había empezado como con todos los demás, y no se había percatado de la magnitud de sus sentimientos hasta que lo vio coqueteando con otra. ¡Maldita fuera! Aquel hombre se había colado en su corazón sin previo aviso y ahora… Frunciendo el ceño, se fue hacia su coche, montó en este y se fue a su casa, sin dejar de darle vueltas a aquellos sentimientos completamente nuevos para ella.

Francisco y sus hermanos se habían reunido en la casa de Ramón, el mayor, que estaba furioso, a él lo habían mantenido al margen de lo que habían hecho aquella mañana, y los muy imbéciles se habían dedicado a romper todo lo que se les había puesto por delante.

—¿Es que no os dais cuenta de lo que habéis hecho? —les gritó furibundo.

Francisco se mantenía extrañamente callado.

El día anterior se habían reunido en casa de Octavio y se habían puesto de acuerdo en ir a la casa de su tía y apoderarse de todo lo que pudieran, habían estado vigilando y se habían dado cuenta de que aquel hombre que les impedía la entrada ya no estaba, por lo que les sería muy fácil sacar todo lo que pudieran. Sabían que Sandra se había mudado y aún no había vuelto, por lo que tenían vía libre para sacar todo lo que quisieran.

Pero aquella mañana las cosas se habían torcido. Nada más abrir la puerta del piso de su tía, la vecina de enfrente había salido a darles el pésame. Era una señora mayor que al verlos había llamado a su marido para que él también pudiera mostrarles su pesar.

Cuando al fin habían logrado librarse de aquellas personas, forzaron la puerta y entraron en la casa, se dieron cuenta de que no

podrían sacar nada de allí sin que los vecinos se interesaran por lo que estaban haciendo.

Octavio se había puesto hecho una furia y había empezado a destrozar todo lo que le venía al paso. Sus hermanos al verlo fuera de sí trataron de detenerlo.

—Si nosotros, que somos los legítimos herederos, no le vamos a sacar ningún partido, aquella aprovechada tampoco —les había rugido a sus hermanos.

Javier lo miraba impotente ante el destrozo que estaba causando.

—Serás imbécil —le gritó Francisco tratando de controlar la ira que lo invadía—. ¿No te das cuenta de que esa mujer nos va a identificar?

—Me da lo mismo, todo esto debería ser nuestro. ¿Es que no tenéis sangre en las venas? No pienso dejar que la vieja, desde la tumba, se esté burlando de nosotros.

—No se trata de eso, idiota, nos han visto entrar aquí cuando no tenemos ningún derecho. ¿Qué crees que hará esa mujer cuando vea lo que estás haciendo? Terminaremos con nuestro culo en la cárcel, y todo gracias a ti —exclamó furioso—. Si tus planes eran estos, nos lo podías haber dicho, habríamos venido por la noche para que nadie nos viera.

Octavio se dio cuenta de que su hermano tenía razón, pero no por eso se detuvo, ya había empezado y no iba a pararse ahora, el daño ya estaba hecho, así que siguió con el destrozo.

—Detente, maldita sea —gritó Javier—. Y tú, Francisco, haz algo.

—¿Qué quieres que haga? —El aludido lo miró con desprecio—. Ya lo conoces, si quieres interponerte en lo que está haciendo…

Francisco era el que normalmente trazaba los planes para que sus hermanos los llevaran a cabo, no iba a ponerse delante de Octavio, no quería llevarse una paliza.

—Estáis los dos locos —bramó Javier mientras se dirigía a la puerta y abandonaba la casa.

El portazo que dio había sido lo que detuvo a Octavio, miró a su alrededor y fue como si saliera de un trance, parecía que había pasado un huracán por la casa. Afirmó con la cabeza, satisfecho con lo que veía.

Francisco lo miraba intensamente, se daba cuenta de que a su hermano se le habían cruzado los cables. Durante el rato que estuvo destrozando todo lo que encontraba a su paso, parecía que hubiera enloquecido; realmente pensó que no estaba bien de la cabeza. Sabía que la lectura del testamento de su tía lo había afectado mucho y sospechó que debería estar ahogado por las deudas. Él y su mujer eran los que habían insistido más en que debían vigilar a su tía para que no dejara su herencia a aquel supuesto pretendiente.

Sin decir una palabra había salido de la casa. Ahora, gracias al idiota de su hermano, podían tener serios problemas. Ahí sentado, en el pequeño salón de la casa de Ramón, pensaba en el comportamiento de Octavio, sin prestar atención a la discusión de sus hermanos.

—¿Qué dices tú, Francisco? —Lo sacó de sus pensamientos el dueño de la casa.

—¿Qué pienso yo de qué?

—¿En qué estabais pensando cuando dejasteis que este energúmeno hiciera eso? —bufó Ramón al ver que tenía la cabeza en otra parte—. Si yo hubiera estado allí, te aseguro que este idiota no habría destrozado nada.

—¿A quién llamas idiota? Soy el único que ha tenido huevos de arrebatarle a la mosquita muerta esa lo que es nuestro.

Javier volvió a llenarse el vaso de *whisky* mientras estaba atento a lo que discutían sus hermanos.

—Ah, ¿sí? —Ramón tenía un color subido en la piel, clara señal de que se había pasado gran parte del día bebiendo—. Ya veo todo lo que habéis traído —gritó encarándose a Octavio—. Nada, eso es lo que tenemos. Cuando mi mujer se entere, me va a dejar. Lo único

que la mantenía a mi lado era la esperanza de sacar tajada del dinero de la vieja.

—¿Y qué te crees que va a hacer María? He tenido una mala racha en las cartas y estoy endeudado hasta las cejas.

«Lo que había sospechado», pensó Francisco.

—Miradlo por el lado bueno —barbotó Javier, que ya estaba bastante borracho—. Ahora os librareis de ellas. —Se le escapó un eructo y empezó a reírse.

Ramón y Octavio lo miraron con furia, y el segundo de ellos, que estaba más cerca, le pegó un puñetazo en la barbilla que lo hizo caer al suelo.

—Eh, eh, eh… que no he sido yo el que nos ha metido en este lío. —Se frotaba la barbilla al tiempo que intentaba levantarse, pero su estado de embriaguez lo hizo caer otra vez.

Francisco estaba harto de toda aquella estupidez. Habían mantenido a Ramón al margen porque últimamente bebía a todas horas, era raro encontrarlo sereno, y pensó que ellos tres podrían hacer un buen trabajo; iban a dejar la casa bien limpia de obras de arte. Las venderían y se repartirían el dinero, que buena falta les hacía. No había contado con que a Octavio parecía que le faltaban varios tornillos, y así lo había demostrado al destrozar todo lo que encontró a su paso. Ahora era imposible hacer realidad sus planes, así que no tenía por qué seguir aguantando las idioteces de sus hermanos; que cada uno se las apañara como pudiera. Se levantó y cogió su chaqueta para marcharse en el mismo instante en que alguien llamó a la puerta. Ramón fue a abrir pensando que sería su esposa, en cambio se encontró con varios policías que los acusaron de allanamiento de morada y destrozos en la propiedad ajena. Todos ellos fueron esposados y llevados a comisaría.

Juanra había recorrido el local de cabo a rabo y no había encontrado a Olga, vio a Valle acompañado de una rubia despampanante y le preguntó por ella.

—No lo sé, hace un rato estaba por aquí —contestó sin sacar el brazo de la cintura de su acompañante de turno.

Cogió el teléfono y la llamó.

Olga, en su casa, vio que quien la llamaba era Juanra y no le contestó. ¿Qué se había creído aquel hombre? No sería el segundo plato de nadie. Aunque tenía unas ganas locas de cantarle las cuarenta, en esos momentos no podía, estaba demasiado dolida y confusa con sus sentimientos. Al día siguiente ya se ocuparía de… ¿De qué?

¿Qué le diría? No podía decirle que se había enamorado, él se reiría en su cara. Con el corazón encogido y el estómago revuelto por los nervios, se fue a acostar con la esperanza de que una noche de sueño le aclarara lo que debía hacer.

Un hombre estaba tendido en la arena blanca y suave, templada por el sol de una pequeña playa; su cuerpo desnudo era perfecto, como si la mano de un escultor perfeccionista lo hubiera esculpido con la imagen de un bello dios griego. Olga lo miraba a hurtadillas desde detrás de un árbol, dejando que sus sentidos se empaparan de la virilidad, del brillo de su piel bajo el sol del amanecer. Las largas pestañas de sus ojos formaban unas medias lunas perfectas en sus altos pómulos, y sus carnosos labios dibujaban una sonrisa seductora. Hasta ella llegaba el aroma del mar y de su cuerpo, aquel perfume varonil que le llenaba sus fosas nasales. De repente, aquella visión se levantó de la arena, y contuvo el aliento al ver aquellos ojos clavados en ella. Quiso correr, pero sus miembros no le respondían, parecía que las raíces de aquel árbol se le hubiesen enredado en las piernas para dejarla anclada donde estaba. Lo vio acercarse a ella con una sonrisa deslumbrante que la hizo temblar. Con cada paso que él daba, a ella se le hacía más difícil respirar, notaba una opresión en el pecho. Él se paró frente a ella, de modo que las puntas de sus pies se rozaban, y ella lo sintió como si una descarga eléctrica la hubiera traspasado. Echó la cabeza atrás para

mirarlo a los ojos en el mismo instante en que él la bajó para besar sus labios. Olga podía sentir que el hombre le robaba el alma con aquel abrasador beso, notó que él tenía una mano en su nuca para que ella no se apartara, y la otra le recorría el cuerpo lentamente. Soltó un jadeo al darse cuenta de que las ropas que un instante atrás le cubrían el cuerpo habían desaparecido. Él no dejaba de besarla al tiempo que sus caricias se volvían más íntimas. El aliento le rozaba el rostro cuando él le besó los párpados, las sienes, las mejillas, la mandíbula hasta terminar otra vez en los labios que sentía hinchados de tantos besos. Soltó un jadeo al sentirse alzada contra las caderas estrechas de ese hombre y sentir la virilidad dura y caliente rozándole muy lentamente donde ella más lo necesitaba. Se le escapó un gemido y se abrazó con las piernas a él…

—Juanra… mi amor… —susurró mientras oía un extraño zumbido que le molestaba en la cabeza.

Olga despertó sobresaltada con el sonido del despertador, estaba sudorosa y excitada. Maldijo, ¿es que ese hombre no la dejaría en paz ni en sueños?

Los cabellos de Sandra olían a jazmín. Adam le cogía con cuidado los mechones y se los pasaba por el rostro. Nunca había pensado en lo placentero que era dejar que los suaves cabellos se escurrieran entre sus dedos como si fuera arena de playa. Sandra dormía apoyada en su pecho, y él no podía dejar de acariciar aquellas hebras de seda. Ella se removió y le cruzó uno de sus sedosos muslos sobre los suyos. Estaba tan a gusto que en lo último que pensaba era en dormir, quería disfrutar de esa magia que los había envuelto en las redes del amor. Porque ahora estaba seguro de que lo que sentía por Sandra era ese sentimiento poderoso que jamás había sentido.

Rememoró lo ocurrido. Bajó la mirada hacia ella, se la veía tan relajada; sus labios se curvaban en una sonrisa mientras dormía, parecía tan joven y delicada como una florecilla. No se cansaba de

mirarla, se moría de ganas de despertarla y hacerle el amor de nuevo, pero no lo haría. Ella había tenido un día duro y necesitaba descansar, sería muy egoísta por su parte no dejarla dormir.

¡Tenían toda la vida por delante! Ese pensamiento lo hizo sonreír, se estaba convirtiendo en un bobo enamorado, y lo más curioso era que le gustaba.

Capítulo 25

A la mañana siguiente, Sandra se reunió con Amelia y las dos juntas ordenaron la casa de Lisa. Había objetos que se podían reparar, Sandra pensó en llamar a un anticuario para que reparara todo lo que pudiese. Le parecía un crimen tirar los recuerdos de toda una vida.

Como la casa le pertenecía, habló con Amelia para que siguiera trabajando allí. Las dos siempre habían estado muy cómodas juntas, se entendían muy bien. La mujer le estuvo muy agradecida de que la volviera a contratar, le contó que con su edad había muy pocas personas que quisieran que trabajara para ellos.

—No saben lo que se pierden. —Era un elogio, y Amelia se lo tomó como tal.

Al anochecer, Adam fue a buscarla y la encontró colgada del teléfono, hablando con un agente de seguros. Ella le hizo un gesto para que se sentara. Él lo hizo a su lado y le iba acariciando la espalda distraídamente. Ella tomaba notas en su agenda. Cuando colgó el teléfono, se giró hacia él y le dio un beso, suave y breve, solo una rozadura de labios.

—Que tacaña estas hoy. —A él se le escapaba una sonrisa al tiempo que ella lo miraba sin comprender. La cogió por la nuca y le dio un tórrido beso—. A esto me refería. —Ella entendió—. He estado todo el día sin poderme sacar tus besos de la cabeza.

—Oh… claro —exclamó ella burlándose.

—¿Dudas acaso? Estoy seguro de que tú has pensado en lo que pasó anoche más de una vez.

Ella recordó las veces que había pensado en ello, y sus mejillas se acaloraron; había sido una noche memorable, mágica.

—Tienes razón —asintió sonriendo tímidamente.

—Bien.

Le estuvo contando lo que había hecho durante el día y le dijo que pronto se volvería a mudar a esa casa, cuando lo tuviera todo en orden, cuando el anticuario hubiese terminado su trabajo. El comentario lo contrarió, le gustaba tenerla en su casa. Y más ahora que había admitido ante sí mismo que estaba enamorado de ella. Deseaba pasar todas las horas que su trabajo le permitiera a su lado. Un rápido pensamiento le pasó por la cabeza, lo que había ocurrido el día anterior significó para él un cambio, pero no sabía lo que ella sentía. No había habido palabras de amor, simplemente se dejaron llevar. ¿Y si para ella solo había supuesto una liberación por el trauma que arrastraba desde hacía tantos años? Se negó a tener en cuenta esa posibilidad.

Para cambiar de tema, le contó como esa mañana había asistido al interrogatorio de los odiosos sobrinos de Lisa, que después de pasar una noche en el calabozo, estaban más que dispuestos a hablar. Entre todos ellos no formaban un cerebro entero, la estupidez de aquellos cretinos lo ponía enfermo. Todos habían hecho prácticamente lo mismo, acusarse los unos a los otros, ni siquiera habían tratado de negar que fueran ellos los responsables de los destrozos en casa de su tía, se justificaban diciendo que aquello debería de haberles pertenecido.

Fue el jefe de Sandra el que se había encargado del caso y había logrado que la fianza que les impusiera el juez fuera lo bastante alta para que no pudieran pagarla. Lo que los llevó directamente a la cárcel, a la espera del juicio.

Esa mañana, Juanra no había podido ponerse en contacto con Olga, la investigación que tenía entre manos le impedía tomarse un momento para llamarla, y eso lo tenía de mal humor. La noche anterior habían quedado en verse y ella se había ido sin esperarlo; luego cuando la llamó por teléfono, no le había contestado la llamada. Pensó en ir a verla a su casa, pero se dio cuenta de que se estaba volviendo un bobo enamoradizo que no podía pasar sin ella ni un día. Además, era probable que se hubiera marchado porque

estaba cansada, sería muy egoísta por su parte ir para perturbar su merecido descanso. Sabía que en el mundillo donde se movían era muy duro para las mujeres, pues se les exigía más que a los hombres. Tenía constancia, por los comentarios de sus compañeros, que ella era mucho más tenaz que muchos de ellos. Nadie criticaba a un agente que se pasase el día sin hallar respuestas a sus investigaciones, a veces era algo normal, pero si la que no obtenía resultados era una mujer… había oído demasiados comentarios jactanciosos refiriéndose al lugar que tenían que ocupar las mujeres. Siempre eran los más incompetentes los que hablaban y se creían los machotes, cuando la verdad es que eran ellos los cretinos que deberían estar trabajando en otro lugar.

Mientras pensaba en todo aquello, estaba sentado en la barra de un bar de mala muerte donde le habían informado de que había tráfico de sustancias estupefacientes. Llevaba todo el día allí, vestido como un pordiosero, con una ropa que olía a rayos, con una máscara y una peluca como si fuera un viejo borracho, inclinado sobre la barra pegajosa y sucia. El camarero le había dicho varias veces que se fuera a dormir la mona a su casa, sin darse cuenta de que todo el *whisky* barato que le estaba sirviendo iba a parar a una maceta con flores de plástico tan sucias como el resto de su entorno, que estaba situada a un lado de la larga barra. Se había sentado allí a propósito, porque a través de un espejo que había en la pared opuesta podía controlar quién entraba y quién salía, además de gran parte de aquel local. Durante todo el día había estado vigilando a un tipo que no paraba de jugar al billar con varios amigos, era un hombre de unos treinta años que vestía una cazadora y unos pantalones de cuero negro. Se movía como si fuera el dueño del mundo, con su pelo castaño recogido en una coleta baja. A la distancia en la que estaba, y a través del sucio espejo, sus rasgos le parecieron anodinos, no llamaba la atención, en cambio, sus amigos lucían vaqueros desgastados y camisetas negras con inscripciones obscenas en letras de colores chillones. Cuando hablaban lo hacían con voz suficientemente alta, como para que se

enteraran todos los parroquianos del local, al contrario del cabecilla, que rara vez alzaba la voz.

En las horas que llevaba allí, había visto a demasiados chicos y chicas que se acercaban al tipo de la cazadora, y disimuladamente, había dinero que cambiaba de manos, así como las drogas.

El dispositivo que tenía Juanra montado alrededor del local le garantizaba que aquellos muchachos pasarían la noche en el calabozo. Cada vez que salía alguno de ellos, él alertaba a sus compañeros con el pinganillo que llevaba en la oreja derecha, para que lo arrestaran. A través del aparato, uno de los agentes le dijo que ya podía arrestar a ese camello, la cantidad de drogas que había vendido era suficiente para que pasara una buena temporada en la cárcel, pero él se mantenía en su sitio, pensando en que aquel hombre solo era un intermediario, que seguro tenía un proveedor que traficaba a mayor escala. Si lo arrestaba, no llegarían hasta el principal traficante, pero si lo seguían y él se daba cuenta, tampoco. Vio que el tipo se dirigía al retrete y lo siguió. Nadie le prestó atención, solo era un borracho tambaleante. Al traspasar la puerta de los servicios, lo vio hablando por teléfono, entonces se puso en uno de los excusados y fingió estar vomitando mientras escuchaba la conversación.

«Bien», pensó animado cuando escuchó que estaba hablando con quien le proporcionaba la mercancía, pidiendo más material. Solo tenían que rastrear la llamada y sabrían de quién se trataba. Oyó la puerta y supo que el tipo había salido. Alertó a sus compañeros para que entraran y el salió del lavabo, ya no era el borracho encorvado y tambaleante. Fue directo hacia la mesa de billar y detuvo a aquel camello. Los agentes entraron en el local y se llevaron a él y sus amigos a comisaría. Juanra se quedó allí con varios policías de paisano y arrestó también al dueño del local por hacer la vista gorda a lo que allí pasaba.

En la central, Juanra tenía una taquilla con ropa de repuesto. Al llegar se dio una ducha y se cambió. Cuando en la sala de

interrogatorios se enfrentó a aquellos delincuentes, nadie lo reconoció.

Al terminar con los informes, los presentó a su superior y volvió a su mesa. Llamó al móvil de Olga.

Olga había pasado un día infernal, se sentía traicionada por Juanra a pesar de que entre ellos no habían hablado de que hubiera nada serio. Durante la larga noche pasada, se había dado cuenta de que se había enamorado de él, y eso no la hacía nada feliz. Él era un hombre al que le gustaban las mujeres y el placer, y no dudaba de disfrutarlo allí donde pudiera y con quien le apeteciera.

Tenía que alejarse de él, con los hombres siempre había mantenido una relación de amistad *con derecho a roce*, lo que significaba alguna noche de placer y luego cada uno por su lado, o simplemente amigos. Ella era una mujer liberal y no quería compromisos. Sus amigas siempre la estaban previniendo de que algún día encontraría a un hombre con el cual desearía compartir algo más que un simple romance pasajero, y ella se reía de ellas, diciéndoles que eso no iba a ocurrir nunca, no creía que ningún hombre aguantara su falta de horarios, que respetara su libertad. A ella le encantaba su trabajo y no estaba dispuesta a abandonarlo por ningún hombre.

Desde muy jovencita se había propuesto no depender de nadie. Eso se lo debía a su padre, él era un machista a la antigua, que pensaba que las mujeres debían estar en casa al servicio de sus maridos. Le había hecho la vida imposible a su madre, la había tratado como a una esclava, la había anulado como mujer, nunca la dejó cumplir sus sueños. Cuando trataba de escapar de la monótona vida que tenía, queriendo ir a hacer gimnasia con más mujeres del vecindario, él se lo prohibía; si ella le comentaba que podía ir a aprender a dibujar, que era su gran pasión, él siempre encontraba alguna excusa para que su mujer no fuera a ninguna parte.

En una ocasión, su madre se había apuntado a unas clases de informática en secreto, sin decirle nada a su padre, pensando que

con los horarios que tenía él no se enteraría. Sabía que los tiempos cambiaban y quería estar preparada. Habían pasado diez días cuando su padre se enteró, se presentó en el local social donde se daban las clases y la ridiculizó delante de todas las demás mujeres, diciéndole que era una ignorante que nunca iba a aprender.

Olga había visto a su madre consumirse en su casa como si fuera una prisión. En favor de su padre había que decir que nunca le faltó nada material; sin embargo, eso no era suficiente, no tenía ni la libertad de elegir su vestuario. Cuando quería comprarse algo de vestir, él la acompañaba y daba el visto bueno; que a ella le gustara otra prenda no tenía importancia para él.

Olga siempre se juró que cuando tuviera un empleo y ganara dinero, le daría a su madre todo lo que su padre le había negado, pero no había tenido ocasión. Cuando estaba a punto de terminar los estudios, un día recibió un aviso de su padre. Nunca olvidaría aquella fatídica llamada.

—Tu madre está en el hospital —le dijo su progenitor sin emoción en la voz.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó asustada.

*—Los médicos creen que se trata del coraz*ón, le están haciendo pruebas. *—Y colgó el teléfono.*

La relación entre ella y su padre se había roto en cuanto ella le había dicho que iba a estudiar para ser policía. Él se había reído a carcajadas mientras negaba con la cabeza.

—¡Qué te has creído tú eso!

—Papá, hablo muy en serio —reiteró ella al ver que él la miraba con burla.

Sabía desde muy temprana edad que su padre quería tener hijos varones, pero su madre había tenido problemas en el parto y no

pudo engendrar más hijos. Ella siempre había creído que esa era la razón de que tratara a su madre con tanta desconsideración.

—¿Qué pa*sa, es que eres un marimacho? —le espetó con desdén.*

Olga lo miró con odio.

—No, ¿es que no sabes que hoy en día hay muchas mujeres policías?

—Claro que lo sé, no soy ningún ignorante… pero eso no va a ocurrir en mi casa, ese trabajo es para hombres.

Su madre, al ver la mirada de su hija, supo que no se iba a callar y acatar los deseos de su marido, y trató de intervenir.

—Cariño… —Trató de mediar poniendo una mano sobre el brazo de su hija y mirándola con resignación en sus bellos ojos.

—Mamá, deja que sea yo quien libre mis propias batallas. —La interrumpió Olga.

La sonrisa socarrona que su padre le dirigió la sacó de sus casillas.

—Voy a ser policía, tanto si te gusta como si no.

—No seas impertinente, muchacha, mientras vivas en mi casa, harás lo que yo diga, a ver si tomas ejemplo de tu madre.

—¡Nunca! —exclamó—. Nunca dejaré que ningún hombre me trate como tú has tratado a mamá.

Su padre, furioso y ofendido, le cruzó la cara con una bofetada, tirándola al suelo.

—Muestra más respeto.

Olga notó el sabor de la sangre, era la primera vez que su padre le pegaba, y le había partido el labio*. Se quedó tan sorprendida por esa violencia que apenas atinó a ponerse en pie y salir del salón. Cuando llegó a su habitación, se tiró sobre la cama y lloró. Oyó que sus padres discutían, no entendía lo que decían, y pensó en que él fuera capaz de golpear a su madre. Después de una noche de insomnio, tomó la decisión de irse de casa. Si se quedaba, las*

disputas serían frecuentes, y no quería que su madre se viera salpicada por la furia de su padre.

—Mamá, ¿papá te ha puesto la mano encima alguna vez? —le preguntó a la mañana siguiente mientras se tomaba el café y una magdalena.

Su madre, que estaba recogiendo la cocina, se secó las manos en el delantal que llevaba y se sentó en la mesa al lado de su hija, mirándola con sus bellos ojos del mismo color que el suyo propio, pero tristes. En ese momento se dio cuenta de que el brillo en los ojos de su madre había desaparecido.

—No, cielo, nunca lo había visto tan enfadado como lo vi anoche.

—Os oí discutir.

Su madre le pasó un brazo por encima de sus estrechos hombros y la estrechó contra ella.

—Ya sabes cómo es tu padre. Cuando le llevas la contraria, se enfada, cree que él está en posesión de la razón, y cuando alguien se atreve a cuestionar sus creencias…

Algo en la mente de Olga se encendió en aquel momento como si hubiese tenido una revelación.

—¡Le tienes miedo! —exclamó. Su madre no fue capaz de negar aquella afirmación—. ¿Por qué no lo has abandonado?

—Por ti. ¿Qué vida podía darte yo? Desde que nos casamos que no me ha permitido trabajar. —Olga miraba a su madre percatándose del gran sacrificio que había hecho por ella. Sus ojos se llenaron de lágrimas al saberse responsable de la infelicidad de su madre—. En una ocasión, le sugerí que podía ir a ayudar a mi amiga, aquella que tiene la tienda de electrodomésticos. Me dijo que él era suficientemente capaz de mantener a su familia, que yo no iría de acá para allá para que los vecinos creyeran que necesitábamos dinero. Tu padre es muy orgulloso. —Al ver la congoja en los ojos de su hija añadió—: No ha sido todo tan malo, te tuve a ti, has sido la alegría de mi vida.

Las lágrimas corrían por sus mejillas cuando se abrazó a su madre.

—Esto va a cambiar —lo dijo sin pensar, sin ser consciente de que hablaba en voz alta. Aquella revelación de su madre la sacudió por dentro como si un rayo la hubiera traspasado. Siempre había sido consciente del mal carácter de su padre, pero pensaba que cada persona era como era y no podía cambiar. Aquella confesión de su madre le abrió los ojos, haciendo que se diera cuenta de que él era un hombre egoísta que solo pretendía aparentar, no quería a su familia, lo único que le importaba era lo que dijera y creyera la gente. Ahora entendía algunos comentarios que había oído a lo largo de los años cuando sus padres hablaban y se creían que ella no los escuchaba. También, la falta de interés de su padre hacia ella, su única hija. Su madre había tratado de que ella no se enterara de su cruda realidad, y lo había conseguido hasta ese momento.

—¿Qué quieres decir?

Se dio cuenta de que había hablado en voz alta.

—Me voy de casa, mamá, vente conmigo. —Unos ojos brillantes se encontraron con los otros apagados.

Pasaron los segundos y su madre parecía pensarlo.

—No puedo —negó al fin.

—¿Por qué? *—preguntó exasperada.*

—Eso sería el fin de tu padre, no puedo hacerle esto.

Olga discutió con ella, tratando de convencerla de que sería lo mejor para las dos, pero su madre se mantuvo firme, no iba a abandonar a su marido, había jurado ante Dios que viviría con el hasta que la muerte los separase, y lo cumpliría.

La relación entre ambas hasta la llamada de que su madre estaba en el hospital, fue a escondidas de su padre, que en cuanto se enteró de que ella se iba de su casa, le gritó que si salía por la puerta se olvidara de que tenía padres, que habría muerto para él. Olga hablaba a diario con su madre por teléfono y le contaba cómo

le iba la vida, todos sus logros, y aún a través de la línea, ella sentía el orgullo de su madre.

En el funeral, que aconteció cuatro días después de que su padre la llamara, él se comportó como si ella no existiera, lo que la trastornó por partida doble, no quería a su padre, no lo respetaba por la mala vida que le había dado a su madre, pero en aquellos momentos en que ella se sentía destrozada, la indiferencia del hombre que le había dado la vida la hundió.

Se prometió a sí misma que nunca dependería de un hombre, que nunca entregaría su corazón, y ahora se encontraba con que lo había perdido sin darse cuenta a manos de un tipo al que le gustaban demasiado las mujeres, al que solo le hacía falta mirar a una fémina para que ella acudiera gustosa a sus brazos. Tenía que sacárselo de la cabeza y del corazón. «Soy fuerte y puedo», se dijo, sin darse cuenta de que se engañaba.

Estaba a punto de irse a su casa cuando sonó el teléfono. En la pantalla de su móvil vio que era Juanra quien la llamaba. Apretó el botón rojo y la rechazó.

Capítulo 26

La terminal del aeropuerto de París estaba llena de personas que iban de un lado a otro cargando las maletas en los carritos. La cola para recoger los billetes era bastante larga, pero Jorge Romero estaba tranquilo. La noche anterior había contactado con su abogado y este le comunicó que había hablado un par de veces con la policía, que querían hacerle unas preguntas, pero que no le solicitaron expresamente que volviera. Solo le habían dicho que necesitaban hablar con él cuando llegase a la ciudad, que solo era cuestión de papeleo por el caso de Ramona Collado. Él sabía muy bien que si lo hubieran relacionado con las muertes de las otras dos mujeres, no hubiesen ido a ver a su abogado, habrían puesto una orden de busca y captura internacional. Se sentía eufórico por estar burlando a los agentes de la ley con su astucia. Claro que los años que había pasado en prisión le habían enseñado mucho. Desde que se fugó de aquel vuelo, donde sus cómplices resultaron muertos, se cuidó mucho de dejar atrás sus viejas amistades, de no tener contacto con nadie de su pasado. Se instaló en París, se forjó una nueva identidad inmaculada. Con las ganancias de sus anteriores delitos, había construido una empresa que le había dado muy buenos beneficios, y era un hombre respetable. Sonrió al pensar en sus empleadas. Qué ilusas. Cuando las entrevistaba para ocupar un lugar en su empresa, ya las tanteaba con sus encantos. Era un hombre con mucho apetito sexual y se rodeaba de mujeres que quisieran complacerlo. Si las muy estúpidas creían que si no lo hacían las echaría a la calle, era su problema; él se beneficiaba de sus suposiciones. A lo largo de los años había mantenido relaciones con muchas de sus empleadas; otras se habían mostrado molestas por sus insinuaciones, y él no volvía a molestarlas, claro estaba que cuando tenía que reducir el personal, las primeras que iban a la calle eran las menos complacientes, y las que se quejaban de su violenta

manera de hacer el amor. A él le excitaba el sexo duro, y sabía que a las mujeres, aunque se quejaran al principio, también les gustaba. Había disfrutado de encuentros violentos, le excitaba muchísimo obligar a las mujeres, demostrarles que él era más fuerte, más duro, más dominante, que se dieran cuenta de quién era el amo. Tenía que agradecerle a un viejo amigo de juventud, que le enseñó a disfrutar del placer de someter a las chicas que se le resistían.

Lo malo fue cuando uno de sus compañeros de celda, que había cumplido su pena, se tropezó con él en una céntrica calle de París. Como su fuga fue tan mediática y había salido en todas las televisiones, no sirvió de nada que negara lo evidente, y el tipo no dudó en chantajearlo. Le pidió una cantidad exorbitante de dinero para mantener el pico cerrado. Romero supo que, si accedía una vez, la extorsión no tendría fin. Así que le había hecho creer que aceptaba el trato y lo atrajo hacia la parte más sórdida de la ciudad, unas callejuelas inmundas junto al Sena. Cuando la policía francesa encontró el cadáver flotando en el río, dieron por hecho que había sido un ajuste de cuentas, y la investigación se cerró casi antes de que la abrieran.

A partir de ese episodio, cambió de aspecto y de nombre y se trasladó a Barcelona. Dejó a su hombre de confianza —un cerebro en negocios que había conocido en la cárcel cumpliendo condena por evasión de capitales— al frente de la empresa. Y él abrió otro negocio que hasta el momento le iba a las mil maravillas; hasta que esa mujer lo había denunciado por violación.

Desde hacía cinco años que estaba viviendo en Barcelona y su vida seguía siendo tan placentera como él deseaba. Ganaba dinero, tenía todas las amantes que quería, y cuando algunas de sus empleadas se habían revelado al entregarles los papeles de su despido, entonces él les enseñaba unos libros con contabilidades paralelas en las que se mostraba como ellas lo estafaban a él. Además, un amigo suyo, que era quien le proporcionaba las documentaciones falsas, le hizo un buen trabajo con papeles de cuentas en paraísos fiscales. Él se los mostraba a ellas, las

amenazaba con denunciarlas como ladronas y evasoras de impuestos, y así les cerraba la boca. Sin embargo, sabía que alguna de ellas confesaría lo ocurrido entre ellos si la policía las interrogaba, por eso se había ocupado de ellas él mismo. Había hecho un buen trabajo, pero tenía que reconocer que se había confiado, y la tenacidad de algún bombero había despertado las dudas y sospechas. La explosión de gas donde había muerto la mujer había sido la obra de un maestro. Sonrió, nunca lo podrían relacionar con eso. Se había cuidado muy mucho de ir disfrazado para que, si alguien lo veía, no pudiera identificarlo.

En cuanto al accidente de la otra, había sido como un juego de niños amañar el coche para que se quedara sin frenos y la mujer se estrellara… Todos los días ocurrían accidentes de tráfico.

Estaba tan inmerso en sus pensamientos que no se dio cuenta de que la cola avanzaba, y una mujer que iba detrás de él le tuvo que llamar la atención de que era su turno. Facturó el equipaje y fue al quiosco a comprar el periódico. Se acercó a la cafetería y se tomó un café mientras esperaba que fuera la hora de embarcar.

Hacía dos días que no veía a Olga y Juanra se sentía molesto e inquieto. La había llamado muchas veces y ella había rechazado sus llamadas. Debido al trabajo, sabía que en muchas ocasiones no se podía contestar al teléfono, pero las llamadas nocturnas que ella le había rechazado… Sabía algo del caso que ella se traía entre manos y dudaba de que tuviera algo que ver.

Juanra se rompía la cabeza pensando en la última noche que habían quedado en verse. La había visto en el otro lado del local haciéndole señales con los brazos, pero antes de que él pudiera corresponderle, aquella confidente lo había cogido en el centro de la pista y se había visto obligado a seguirle la corriente para que nadie sospechara que le estaba pasando información. ¿Sería posible que ella se hubiese puesto celosa al verlo con aquella mujer? No, no lo creía, Olga era una mujer segura de sí misma, no podía ser. Ella tenía que haberse dado cuenta de que no era una más para él, creía

haberle demostrado que entre ellos había algo más que una aventura pasajera. ¡Diablos! «Estoy pensando como un hombre enamorado», pensó de repente. Desde el primer momento que la conoció que se sintió atraído por ella, era una mujer fascinante, pero nunca había pensado en un futuro a largo plazo. Unas semanas, unos meses tal vez, pero no era eso lo que quería con aquella mujer, quería mucho más. De pronto se encontró pensando en cómo serían los niños si tuvieran bebés.

¿Qué le estaba pasando? Nunca había pensado en formar una familia, estaba convencido de que nunca funcionaría, él tenía un trabajo… ¡Maldita fuera! Si alguien era capaz de entender sus raros horarios, sus obligaciones y sus malos humores cuando algo no salía como planeaba, esa era Olga. Tenía un trabajo idéntico al de él, tenía sus mismos problemas. Por unos minutos se permitió pensar en el futuro, en los años venideros, y se percató que *sí* podía tener una vida con una mujer a su lado y formar una familia… ¡Con lo que le gustaban los niños! Siempre había pensado que no podía aspirar a todo aquello, había vivido las separaciones de muchos de sus compañeros y siempre era por la misma razón, las esposas se sentían abandonadas.

Se estremeció al darse cuenta de que estaba pensando en Olga como su mujer. Soltó un taco mental, había encontrado la compañera de su vida y ni siquiera se había dado cuenta. De repente se percató de que estaba sonriendo, imaginando la cara que pondría ella si le pedía que fuera su mujer. Sintió un escalofrío que le recorría la columna vertebral y de pronto tuvo prisa por verla, por estar con ella, por decirle lo que habitaba en el fondo de su corazón.

Llamó al móvil de Olga y, como en los últimos días, ella rechazó la llamada. Una sonrisa diabólica se dibujó en sus labios, esa mujer sería suya, emplearía todas las artes seductoras aprendidas; al fin caería rendida a sus brazos.

Entre Adam y Sandra se había establecido una agradable rutina. Cuando se veían durante el día, actuaban como compañeros, pero al

llegar a casa de Adam y cerrar la puerta a sus espaldas, se olvidaban del trabajo. Normalmente, Sandra se pasaba por el piso de Lisa, que ahora era suyo, para ver cómo iban los arreglos y dar alguna que otra sugerencia. Amelia la ponía al día mientras se tomaban un té o una limonada fresca. Entre las dos mujeres se había creado un vínculo que cada día se estrechaba más.

Al llegar a casa, encontraba a Adam con un delantal, en la cocina, preparando la cena, y un baño de sales aromáticas rodeado de velas esperándola. Le encantaba esa faceta de Adam, la mimaba y la cuidaba. Él estaba haciendo honor a la promesa que le había hecho a Lisa poco antes de que ella muriera.

A veces, cuando no estaban juntos, se preguntaba si no se estaría enamorando de Adam. La verdad era que él le inspiraba unos sentimientos muy complejos, ella había amado a Lisa, pero el amor que sentía por aquella mujer era muy distinto de lo que despertaba en ella ese hombre. ¿Sería gratitud por todo lo que había hecho por ella? No, no era eso. Lo que sentía la tenía desconcertada y no sabía bien lo que era. No quería engañarse, nunca había dejado que ningún hombre se le acercara demasiado y, sin embargo, había dejado que Adam traspasara todas sus barreras.

Últimamente se había dado cuenta de que se comportaba de diferente manera con ellos, incluso su jefe se había fijado, a juzgar por su mirada y su ceja alzada cuando la había visto en el despacho compartiendo café y bromeando con uno de sus compañeros.

Reconoció que el pánico que la invadía no hacía mucho cuando un hombre se le acercaba había menguado. Con los desconocidos era cauta y mantenía la distancia, pero la relación con sus compañeros se había vuelto más fluida, estaba más relajada, y eso se lo debía a Adam.

Por otra parte, él no había mostrado interés en volver a hacer el amor. Si era sincera consigo misma, eso la tenía desilusionada. ¿Qué había representado para él? ¿Lo habría defraudado su falta de experiencia?

Reconocía que había sido maravilloso que él despertara su cuerpo, y deseaba repetir, ¿qué podía hacer para hacérselo saber sin quedar como una tonta… enamorada? ¡¿Enamorada?!

Un escalofrío le recorrió la espalda, ¡claro! A lo largo de su vida había experimentado el amor de sus padres, de su hermana y, al fin, el de Lisa; no era lo mismo que sentía por Adam. ¿Cómo no se había dado cuenta? Él, con sus atenciones, bromas, caricias, miradas… se había colado en su corazón sigilosamente, y ella había caído en sus brazos sin darse cuenta.

Un repentino pensamiento la hizo fruncir el ceño, ¿y si él no sentía lo mismo por ella? No le gustaba nada sentirse insegura, pero tampoco deseaba interrogar a Adam sobre sus sentimientos. Tendría que esperar a ver qué pasaba, aunque ahora que reconocía lo que sentía, no sabía si tendría la paciencia necesaria.

Lo único que tenía cierto era que lo deseaba, pero no quería exponerse a un rechazo; y mucho menos mostrar su vulnerabilidad ante él.

Ahora entendía el extraño pedido de Lisa. La anciana se había dado cuenta de sus sentimientos y había tratado de ayudarla con su último suspiro. ¡Cómo la echaba de menos! Ella sabría aconsejarla.

Capítulo 27

Sandra se había pasado la mañana en el juzgado, estaba repasando unos expedientes cuando Olga la llamó y le dijo que Romero estaba en la ciudad, que lo habían citado para esa tarde. Él no había puesto ningún tipo de objeción; al contrario, le aseguró que había vuelto antes porque había hablado con su abogado.

Sandra le dijo que esa tarde estaría en comisaría y colgó el teléfono. Estaba muy intrigada con ese tipo. Evidentemente pensaba que los podía manejar a todos a su antojo; todo el equipo estaba convencido de que él había violado a aquella mujer, incluido el psicólogo. Tenían que darle confianza, lograr que creyera que le creían, y esperar que él con su prepotencia cometiera algún error.

Aunque ya pudieran detenerlo por chantaje y falsa identidad, estaban todos de acuerdo en que, si las víctimas no se decidían a hablar, un buen abogado lo sacaría del atolladero con una multa y fianza; entonces no volverían a verle el pelo. Tenían que reunir pruebas sólidas y caer sobre él con todo el peso de la ley.

Adam había hablado con su amigo Ignacio, y este le había dicho que no habían encontrado ninguna prueba que incriminara a Romero con los accidentes de aquellas mujeres, que estaban seguros de que habían sido provocados, pero no podían relacionarlo con ellos, que podía ser una casualidad que él hubiera estado en Madrid en aquellas fechas. Él no creía en casualidades, no cuando eran dos las víctimas que habían trabajado para ese hombre y que habían muerto con pocos días de diferencia y de forma sospechosa.

Valle y Nieto aún no habían encontrado nada referente a la vida anterior de Romero, evidentemente se había cambiado de nombre cinco años atrás, pero ¿de dónde había salido? En la ciudad había falsificadores, algunos muy buenos, que podían hacer documentos difíciles de rastrear.

—Necesitamos a alguien que no llame la atención en los barrios bajos —dijo Valle con el ceño fruncido. Nieto y Adam lo miraron sin comprender a qué se refería—. Si vamos nosotros a preguntar por ahí por el que le hizo los documentos a ese hombre, no obtendremos nada, no nos dirán nada. Tiene que ser alguien que se funda con el ambiente, que parezca uno de ellos.

Los tres parecieron pensar en Juanra al mismo tiempo.

—Ese tipo es capaz de engañar hasta a su propia madre —terció Nieto.

Adam asintió y lo llamó por teléfono. Le sorprendió que le dijera que esa misma mañana pasaría por comisaría, ¿es que no tendría ningún caso entre manos?

Cuando Juanra recibió la llamada, lo primero que le vino a la mente fue que tenía la excusa perfecta para ver a Olga. Dejó a sus compañeros al frente del caso que tenían entre manos y se fue con dos ideas en mente: ayudar en la investigación y conquistar a la mujer que anidaba en sus sueños.

Cuando la vio el corazón le dio un vuelco. ¡Cómo la había extrañado! Se la veía tan bella como siempre, con su traje negro y aquella blusa blanca abrochada hasta el pecho, llevaba el pelo recogido en una cola de caballo, y él deseo pasar los dedos por esa sedosa masa azabache. Ella no lo había visto, y él pudo recrearse en la contemplación de sus hermosas facciones, aquellas pestañas tupidas y largas rodeando sus increíbles ojos marrones con motitas verdes, la boca del color de las ciruelas maduras que en ese momento estaba contraída por la concentración de lo que estaba haciendo frente a su ordenador.

Su embeleso lo rompió Valle al llamar su atención.

—Vaya, Juanra, qué pronto has venido, ¿estabas por aquí?

Todos, incluso Olga, levantaron la vista de lo que estaban haciendo. Al cruzar la mirada con la de ella, vio cómo su rostro perdía el color, se había puesto pálida. ¿Qué le ocurriría? La miró con

ceño, preocupado por su reacción. Ella, sin poder aguantar aquella mirada, se levantó y salió de la sala sin decir nada.

Todos se dieron cuenta de que entre los dos pasaba algo, pero ninguno pronunció palabra, eran suficientemente adultos para solucionar sus problemas solos.

—No, pero me apetecía un cambio de aires —contestó él dibujando una sonrisa en su rostro, cuando lo que quería era salir detrás de Olga.

Se reunieron los cuatro en torno a la mesa de Valle y lo pusieron al corriente de su investigación. Le dijeron que lo necesitaban para encontrar a quien había proporcionado la identidad a Romero. Él los escuchaba con atención.

—Tengo algunos contactos que quizás nos puedan ayudar —afirmó pensativo—. Necesito la fotografía de ese hombre.

Guerrero fue a su mesa y volvió con una fotografía de Romero. A Juanra, el tipo le pareció conocido, pero había algo que no le cuadraba. Tenía la sensación de haberlo visto antes, pero no en los últimos cinco años, hacía más tiempo que se había topado con aquel hombre. O tal vez no fuera él. Sí, definitivamente esa mirada era la misma que recordaba, pero en ese momento no sabía ubicarlo.

—¿Pasa algo? ¿Lo conoces de algo? —Valle se percató de su desconcierto.

—He visto antes a este hombre, pero estaba distinto, no sé si son las ropas que lleva o el peinado, pero esta mirada… —Todos ellos se quedaron en silencio, con la esperanza de que recordara algo, pero fue inútil. Les pidió que le dejaran dar un vistazo al expediente que tenían de él—. ¿Dónde puedo sentarme?

Adam le dijo que se sentara en su mesa, él iba a salir.

Juanra revisó todo el expediente y no encontró nada que le sirviera para recordar dónde había conocido a aquel tipo. No lo ayudaba nada que Olga hubiera vuelto a su mesa y estuviera a pocos metros de él; no podía evitar levantar la vista de los papeles y mirarla a cada rato.

Olga necesitaba salir de allí, sentía en su espalda la mirada de Juanra y la ponía nerviosa. Miró su reloj y era pasado el mediodía. Cogió su bolso del cajón y salió con paso enérgico. Él supuso que se iba a comer, era una buena ocasión para hablarle; dejó los papeles y salió detrás de ella.

—Olga, espera. —Al oírlo, ella reprimió un gruñido, se paró dándole la espalda. Él se acercó a ella en un segundo, no lucía la guasona sonrisa de siempre, y eso la puso en alerta. ¿Qué quería de ella? ¿Iba a decirle que lo que habían vivido había sido una aventura sin importancia? No necesitaba oírlo, ya lo sabía. Además, en esos momentos en que trataba de olvidar lo que ese hombre había significado para ella, no quería que él pudiese percatarse de sus confusos sentimientos. No quería una pareja, sabía lo que le había ocurrido a su madre, y ella no cometería el mismo error. Nunca tendría una pareja permanente.

—¿Qué quieres?

Juanra se sorprendió de la frialdad de su mirada y se dio cuenta del esfuerzo que ella hacía para mantenerla.

—Tenemos que hablar. ¿Por qué has rechazado todas mis llamadas?

—He estado muy ocupada.

Él supo que estaba mintiendo, no se le daba bien mentir, evitaba mirarlo a los ojos. Reprimió una sonrisa.

—¿Ibas a comer? Podemos ir juntos, así me pones al día de este caso tan complicado que tenéis.

Juanra quería hablar de su relación, pero sabía que en ese momento ella estaba en guardia, esperaría a que se relajara un poco para abordar lo suyo.

El cambio de tema cogió a Olga por sorpresa. Sería muy grosera si se negaba, al fin y al cabo, él había ido a ayudarlos. Aceptó y fueron a una taberna no muy lejos de la comisaría, donde solían encontrarse con sus compañeros. Era un local amplio, con todas las mesas cubiertas con manteles de cuadros blancos y negros. En

todas había un menú plastificado en el centro, entre el salero y el pimentero. La mujer que los atendió iba vestida con unos vaqueros y una camisa blanca impoluta, les recomendó el guiso de cordero, y ellos aceptaron. Pidieron también una ensalada y una botella de vino tinto de la casa.

Mientras comían, ella le relató todo lo concerniente al caso, lo que habían descubierto y lo que sospechaban. Cuando sus miradas se encontraban, ella se sentía incómoda, pero al ver que él no hacía referencia a nada que no fuera el caso, se fue relajando.

Juanra se daba cuenta de su incomodidad, se preguntaba por qué ella estaba tan fría con él. Pensó inmediatamente en la última noche que la había visto y se imaginó que el problema eran los celos. Sonrió interiormente, eso quería decir que ella sentía algo por él.

Cuando después de comer un helado de postre, les sirvieron el café, Juanra decidió que había llegado la hora de plantear lo que lo llevaba de cabeza durante los últimos días.

—Te he echado de menos. —Su voz fue apenas un susurro, pero ella lo oyó como si se lo hubiera gritado.

—No veo por qué.

Los dos se miraron desafiantes.

—Lo que viste no era lo que parecía. —Rompió el silencio que se había instalado entre los dos.

—No sé de qué me hablas —mintió ella.

—Sabes perfectamente de lo que estoy hablando. —Juanra se estaba enfadando porque ella se cerraba en banda, y no quería hablar de lo que los había separado—. Aquella mujer que viste es una de mis confidentes y me pasó una información que me permitió arrestar a un camello que hacía sus trapicheos con muchachos muy jóvenes en un barrio de las afueras.

—Me alegro de ello. Ahora tengo que volver al trabajo —replicó ella con indiferencia.

Ah, no, Juanra no iba a permitir que ella se le escapara tan fácilmente. Cuando Olga intentó levantarse, pasó la mano por encima de la mesa y la retuvo cogiéndole la suya.

—No vas a ir a ninguna parte hasta que aclaremos lo que ha pasado. —La mirada retadora de él le decía mucho más que las palabras; no la iba a dejar marchar hasta que no hablaran de su relación.

—No tenemos nada que aclarar. Somos dos personas adultas que en un momento dado nos lo hemos pasado bien, no hay nada más de qué hablar.

La mirada de Juanra se encendió.

—¿Eso es lo que ha representado para ti? —masculló entre dientes. Sintió como una garra se cerraba entorno a su corazón.

—¿Qué esperabas que te dijera? ¿Que eres el hombre de mi vida? No hay, ni habrá nunca, nadie en mi vida a quien tenga que dar explicaciones de mis actos. —Ella sintió que se le cerraba la garganta al decir aquella flagrante mentira. Sintió un escozor en los párpados. Tenía que salir de allí antes de que él se diera cuenta de que le estaba mintiendo, o peor, que alguna lágrima traicionera se le escapara.

Aprovechó que él se había quedado sin habla, se levantó y salió del local.

Tan pronto como le aíre fresco le rozó el rostro, sintió que sus ojos se inundaban de lágrimas. Caminó con la cabeza baja mientras pensaba en ese hombre que le había robado el corazón, acababa de mandar al carajo lo que bien podía haber sido un futuro lleno de felicidad.

Juanra se quedó trastornado por la frialdad de sus palabras; era la primera vez que sentía algo tan profundo por una mujer. Su corazón le decía que estaba enamorado, y él lo había saboreado al máximo creyendo que ella sentía lo mismo, pero lo que acababa de escuchar le dejaba muy claro que Olga ya había pasado página. Pensó en el rostro de varias conquistas que se habían enamorado de

él y a las que había dejado tan pronto se había enterado; se imaginó que debía tener la misma cara que ellas.

Olga estaba tan ensimismada pensando que había hecho bien, que no se arriesgaría a tener una vida como la de su madre, que cruzó la calle sin mirar si venía algún coche.

El conductor de aquella furgoneta de reparto no tuvo tiempo de esquivarla; al girar la esquina ya estaba encima de ella.

Olga yacía inmóvil en el suelo de asfalto con una mancha de sangre que crecía por debajo de su cabeza.

Los gritos de alguien pidiendo una ambulancia sacaron a Juanra de su estupor. Salió rápidamente del local y se abrió paso entre la gente que rodeaba el cuerpo inerte de… ¡Olga! Sintió que le faltaba el aliento al reconocerla, la garra que poco antes había sentido en el corazón, se lo estrujó sin piedad.

Capítulo 28

A Sandra la estaban esperando en comisaría. El sospechoso había llegado antes de la hora indicada, alegando que tenía asuntos que atender después de la entrevista con ellos. Valle le dijo que estaba en la sala de interrogatorios con Adam. El psicólogo se reunió con ella y se dirigieron a la sala contigua para poder observar a través del cristal.

Sandra contemplaba a aquel hombre vestido con un impecable traje negro, camisa blanca como la nieve y una corbata oscura con lunares blancos. Se notaba que se cuidaba, parecía sacado de la portada de una revista de moda masculina. «¿Será uno de esos hombres que usan cremas para la cara?», pensó divertida al ver la perfecta manicura. Estaba sentado, con una taza de café en la mano derecha. La sostenía con elegancia; sus movimientos estaban bien estudiados. A ella le dio la impresión de que había practicado delante de un espejo. Ese hombre se movía con una desenvoltura que le pareció artificial.

Adam le hablaba de la mujer que lo había denunciado, y él le decía que no era la primera vez que alguna de sus trabajadoras intentaba alguna treta para acostarse con él y luego sacarle dinero. Sandra lo escuchaba y pensó que les sería difícil que él mismo se delatara, ese tipo era todo control. Lo que decía lo tenía muy bien estudiado, era más, parecía como si realmente se creyera sus propias mentiras. De pronto, él se giró para mirarse en el espejo, el cristal por donde ella miraba, para arreglarse un mechón de pelo que le caía por la frente. Entonces pudo ver el rostro completo de Romero y un escalofrío le recorrió la columna vertebral cuando sintió que los ojos del hombre parecían traspasar el cristal como si la estuviera viendo a ella. Conocía a ese hombre. Solo tenía que cambiar las lujosas ropas que ahora llevaba, pero jamás olvidaría esa mirada. Lanzó una exclamación ahogada e, instintivamente, dio

un paso atrás tapándose la boca con las manos convertidas en puños. En una fracción de segundo, todo lo que había tratado de olvidar —sin conseguirlo— le cayó encima como un cubo de agua helada.

Daniel, el psicólogo, se dio cuenta de su reacción.

—¿Te encuentras bien?

Ella no lo miró ni le respondió. Cuando pudo apartar la mirada de aquel rostro, sin decir nada, salió apresuradamente de aquella pequeña sala.

—Espera… —Daniel no sabía lo que le estaba ocurriendo, la vio alejarse de allí sin mirar atrás.

Valle y Nieto la vieron pasar por su lado como si el diablo la persiguiera. Se miraron extrañados el uno al otro.

Sandra salió de la comisaría, sentía que se iba a ahogar de un momento a otro, no podía respirar. Al llegar a la calle, aspiró varias bocanadas de aire y trató de tranquilizarse, pero parecía que el nudo que sentía en el estómago se fuera haciendo cada vez mayor. Se subió a su coche y, una vez dentro, cerró los ojos. «Tengo que tranquilizarme, aquí estoy a salvo», pensó. Él no la había visto, no sabía que ella estaba allí. Cuando esta realidad penetró en su cerebro, se fue a su oficina, allí podría pensar.

Se pasó las siguientes dos horas paseándose por su despacho. ¿Cómo podía ser que no lo hubiese reconocido en la fotografía que tenían de él? Porque estaba muy distinto, supuso; en el avión llevaba barba desarreglada, los cabellos largos y despeinados y vestía un mono naranja. Pero su mirada… la llevaba grabada en la mente desde aquel aciago día. «¡Cómo cambiaba la apariencia de una persona con un buen corte de pelo y un traje a medida!», pensó amargamente.

Sabía muy bien lo que la ley le exigía, tenía que hacerlo, pero se le retorcían las entrañas con solo pensar en lo que tenía que hacer. Muy en su interior sabía que ese momento era el que había estado

esperando durante los últimos diez años, pero ahora se le hacía la tarea más difícil de su vida.

Salió de su despacho y se dirigió al del fiscal. Su secretaria le dijo que podía pasar, que él estaba solo. Andrés Cruz era un hombre de unos cincuenta y pocos años, afable a pesar de su rostro severo. Cuando la vio, en su cara se dibujó una sonrisa que se esfumó al ver su mirada entre aturdida y de temor.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó frunciendo el ceño.

Sandra no sabía por dónde empezar. Él se dio cuenta de que estaba muy alterada, nunca, en todo el tiempo que llevaban trabajando juntos, la había visto de aquella manera.

Cuando reunió valor, no se anduvo por las ramas, temía perder el coraje para decirle lo que debía.

—Andrés, este caso no lo puedo llevar.

La miró levantando una ceja y vio lo perturbada que estaba. Supo al instante que lo que le pasaba nada tenía que ver con sus recientes vivencias.

—¿De qué me estás hablando? Siéntate.

Sandra le tendió la carpeta del caso Romero. Este la abrió y le dio una ojeada.

—Por lo que veo, no hay suficientes pruebas para acusar a este hombre.

—Es culpable —murmuró ella con un hilo de voz.

—No se puede presentar un caso ante el juez solo porque tú lo creas culpable, con lo que tenemos… —El fiscal la miró y pudo percatarse de lo pálida que estaba. Él hacía meses que le decía que debía dedicarse a otros casos que no fueran los maltratos, se había dado cuenta de que los llevaba como si se trataran de una cosa personal, y sabía que tarde o temprano la iban a afectar. Había llegado el momento.

—No te preocupes, ya pasaré el caso a alguno de tus compañeros, pero si no conseguimos más pruebas…

Ella se masajeaba las sienes. Andrés se dio cuenta de que ella no estaba bien.

—¿Te sientes mal? ¿Estás enferma?

Ella levantó los ojos, y él pudo ver la rabia contenida.

—No… no estoy bien, cuando te digo que ese tipo es culpable, no lo hago porque me caiga mal o porque no encontramos más pruebas. Deberías conocerme un poco mejor para saber que no me dejo influir por la primera impresión… De lo que se trata… —Vaciló unos segundos antes de decirlo—. Ese hombre violó a mi hermana en mi presencia.

Andrés abrió la boca asombrado, parecía que sus ojos fuesen a salírsele de las órbitas. La miró durante unos segundos que se hicieron eternos. Cuando la impresión pasó, se levantó, sirvió dos copas de coñac de un gabinete que había al lado de unas estanterías, y le entregó una a ella. Se sentó a su lado.

—Cuéntame.

Sandra miró el líquido ambarino que tenía en su copa y le dio un sorbo.

—Cuando tenía doce años, fui a pasar las vacaciones, con mi hermana, a casa de una tía mía que vivía en Lanzarote. Fueron unas semanas maravillosas. —Ella hablaba despacio, reviviendo todo. Andrés la observaba—. Cuando volvíamos a casa, en el avión vi a un hombre que iba esposado; a su lado viajaban dos policías… Llevábamos poco más de media hora de viaje cuando dos hombres se levantaron de su asiento y, sacando unas pistolas, mataron a los dos policías. Todo fue tan rápido que nadie tuvo tiempo de reaccionar. Cuando quisimos darnos cuenta, el sujeto que iba esposado empuñaba un arma y amenazaba a todos los pasajeros. Una de las azafatas se acercó a ellos tratando de hacerlos entrar en razón, les dijo que nadie de los que viajábamos allí iba a causar ningún problema, pero uno de ellos la golpeó brutalmente, lanzándola contra unos pasajeros. Ella quedó aturdida, entonces un hombre se levantó para atenderla y le dispararon. Todos estábamos

aterrorizados… Había varias mujeres histéricas… Las amenazaron, que si no se callaban, iban a matarlas.

Sandra calló, con la mirada perdida.

—Sigue —dijo Andrés suavemente después de unos momentos.

—Uno de ellos vigilaba a los pasajeros; otro se había ido a la cabina del piloto… —Hizo una pausa—. Cuando ese hombre me miró, creí que me moría de miedo. Me dijo que me acercara, pero las piernas no me respondían. Su mirada se volvió salvaje, vino hacia mí y me cogió del brazo… Mi hermana era seis años mayor que yo y se interpuso entre nosotros, logró que me soltara, pero no pudo escapar de él, la cogió por el pelo y la arrastró hacia la parte delantera, donde habían estado las azafatas… Yo tiraba de mi hermana y chillaba. El tipo me golpeó en la cara con tanta fuerza que me lanzó contra un carrito, y… —A Sandra le venía la bilis a la boca con el recuerdo—. Me había partido el labio con el golpe, tiró de mí, sacó la lengua y me lamió la boca, «la sangre me excita» dijo soltando una carcajada y empujándome con fuerza hacia unos asientos… No dejaba a mi hermana, ella lo pateaba. Recuerdo que él le puso una mano en el cuello y yo veía cómo ella se esforzaba por respirar, creía que iba a matarla. Me lancé contra él, pero me vio venir y me volvió a golpear, esta vez en la cabeza… Caí desplomada contra lo que debía ser la puerta del servicio. Cuando mi visión se aclaró, vi con horror que le había roto el vestido a mi hermana y que la estaba violando. Supongo que me quedé en shock, porque por mucho que me esforzara en gritar, creo que de mi boca no salió sonido alguno. No sé lo que pasó después ni cómo salí de allí.

Andrés estaba anonadado, siempre había pensado que el interés de Sandra por los delitos de violación era exagerado, ahora comprendía. Era como una cruzada que ella misma se había planteado.

—¿Estás segura de que era él? —le preguntó con un tono mesurado.

—Nunca olvidaré esos ojos.

Los dos se quedaron sin decir nada durante interminables minutos. Al fin, el fiscal preguntó:

—¿Cómo está tu hermana?

El silencio se instauró en el despacho.

Andrés vio una lágrima solitaria que corría por la mejilla de Sandra.

—Dos días más tarde se quitó la vida.

A él se le atascó la respiración, no era de extrañar el excesivo interés que ella ponía en aquellos casos. Se imaginaba a una niña de doce años viendo cómo un monstruo violaba a su hermana, y luego perdiéndola dos días más tarde. El trauma debía de haber sido tremendo.

—¿Sabes lo que pasó con los otros dos?

—Según pude saber años más tarde, cuando el avión aterrizó, la policía los estaba esperando. No sé cómo llegaron a enterarse de que pasaba algo malo en aquel vuelo. Hubo un tiroteo, dos de ellos murieron y el otro se mezcló con los pasajeros y desapareció.

—Hasta hoy.

—Sí. —Su voz fue apenas un susurro.

Sandra se levantó de la silla y se fue a mirar por la ventana, aunque no veía nada. Su mente estaba diez años atrás en el tiempo.

Andrés se levantó y ojeó los documentos.

—Yo me encargaré de este caso, te prometo que lo vamos a encerrar.

Ella no contestó.

Capítulo 29

La ambulancia llegó y el médico que iba en ella atendió a Olga allí mismo. Juanra se le iba a acercar, pero los agentes municipales lo hicieron retroceder. Él les enseñó la placa, y le preguntaron si había presenciado el accidente. Tenía un nudo en la garganta que le impedía decir palabra, solo la veía a ella y toda aquella sangre.

—¿Se encuentra bien, señor? —le preguntó uno de los agentes al ver su cara desencajada.

Él negó con un movimiento de cabeza, apoyándose contra un coche de los agentes municipales, sin poder apartar la mirada de la mujer. Por lo que oía, supo que ella estaba grave. Su mente era un caleidoscopio de imágenes de Olga, sonriéndole feliz, cuando lo miraba con aquella picardía en sus bellos ojos, bromeando, apasionada, juguetona… Se pasó los dedos por el pelo nerviosamente cuando reparó en la conversación que habían tenido, en las últimas palabras que habían cruzado. En aquel momento, se dio cuenta de la tristeza que habían mostrado aquellos ojos marrones con motitas verdes cuando le había dicho que no representaba nada para ella, le había mentido, pero… ¿Por qué?

Estaba tan ensimismado que no se dio cuenta de que se la llevaban en la ambulancia hasta que el sonido de la sirena lo volvió a la realidad.

Se incorporó de un salto y le preguntó a uno de los agentes a dónde la llevaban. Cuando lo supo, corrió hacia su coche y se fue al hospital.

Entró en el edificio como una tromba, la chica que estaba detrás del mostrador de urgencias levantó la cabeza al escuchar sus fuertes pisadas.

—Olga Tejedor —dijo sin darle tiempo a preguntarle nada.

La recepcionista se dio cuenta de su estado de agitación.

—Un segundo, señor. —Tecleó en el ordenador, pero no tenía constancia de nadie con ese nombre—. Lo siento, pero…

—La acaban de traer en una ambulancia —exclamó al darse cuenta de que era imposible que ya se hubiera tramitado el ingreso.

—Entonces tendrá que esperar, imagino que deben estar reconociéndola. Puede esperar en la sala, cuando sepa algo se lo diré.

Él asintió, pero la incertidumbre lo mantenía paseándose de un lado a otro. Pensó que tendría que llamar a sus compañeros; cogió el móvil y marcó el número de Valle.

—Tío, ¿dónde te has metido?

—Olga ha tenido un accidente.

—¿Qué ha pasado? —Entre ambos se hizo un extraño silencio.

Juanra se daba cuenta de que no sabía lo que había pasado exactamente. Cuando la había visto a ella inconsciente y rodeada de su propia sangre, su mundo se había derrumbado, y ni siquiera había preguntado.

—No lo sé, creo que la han atropellado cuando volvía a comisaría.

—¿Crees? ¿No estabais juntos?

Juanra no podía hablar, sentía un enorme nudo en la garganta que apenas le dejaba respirar.

—¿Dónde estás?

—En el hospital.

—Bien, tranquilo es una mujer muy fuerte. Aviso al capitán y voy para allá.

—Gracias.

Nieto había oído las palabras de su compañero, lo miró perplejo, preguntándose qué estaría pasando.

Valle estaba pensativo, el tono de voz de su amigo lo preocupó mucho; Juanra era un bruto, era como una roca… y había percibido que se estaba derrumbando, eso le causó muy mala espina. Llamó a

la policía de tráfico y preguntó por los accidentes de ese mediodía, una agente le informó que la mujer atropellada estaba muy mal herida.

Al cruzar la mirada con Nieto, le explicó lo ocurrido.

Adam estaba perplejo. Cuando salió de la sala de interrogatorios y se enteró de que Sandra había salido corriendo en cuanto había visto a Romero, maldijo mucho. ¿Por qué le había hecho perder el tiempo con aquel sujeto? No había podido averiguar nada, eso no le sorprendía, ya se había dado cuenta de que aquel hombre estaba jugando con ellos. Sus compañeros estaban igual de sorprendidos, pero algo más estaba ocurriendo a juzgar por sus rostros. Los miró con una pregunta dibujada en su mirada.

—Olga ha tenido un accidente —soltó Nieto a bocajarro.

—¿Ha sido grave?

—Creo que sí. —Valle se levantó de su sillón y les dijo a sus compañeros que se iba al hospital, que los llamaría cuando supiera algo.

Andrés Cruz interrogó a Sandra. Empezó por pedirle que le contara todo lo que había ocurrido desde que se subió a aquel avión; lo repasaron varias veces. Mientras él iba tomando notas, ella le contaba todo lo que había visto y sentido en aquel fatídico día. Y luego la mandó a casa.

En su estado de agitación, Sandra se preguntó dónde estaba su casa. En esos momentos necesitaba la fuerza de Adam, que la abrazara y le dijera que él se ocuparía de todo. Por otro lado, pensó en Lisa; la anciana había sido su madre, su paño de lágrimas, su sopor. En su casa había encontrado serenidad, apoyo, un hombro sobre el que llorar. Y con el pasar de los años, allí había aprendido a mirar al frente, a no dejar que el pasado enturbiara su vida. Lisa le había dado excelentes lecciones de vida. Le enseñó a separar lo personal de lo profesional, aunque era muy difícil dada la profesión a la que se había dedicado y el por qué lo había hecho.

Se fue a casa de Lisa, allí había encontrado el equilibrio perdido, y esperaba que aquellas paredes que tanto conocía le aportaran un poco de la paz que ahora tanto necesitaba.

Juanra había terminado sentado en un sillón de la sala de espera. La recepcionista que lo había atendido le había dicho que los médicos estaban atendiendo a Olga y que cuando terminaran, hablarían con él. De eso hacía ya dos horas y media y aún no sabía nada. Con sus grandes manos se cubrió la cara, que tardaran tanto era una mala señal.

No paraba de preguntarse por qué ella le había dicho que lo suyo no había significado nada, ella era muy sincera con sus emociones, solo hacía falta mirarla a los ojos para saber que no le era indiferente, entonces, ¿por qué había tratado de apartarlo de su lado?

Una y otra vez le venía a la mente la imagen de ella inconsciente en el asfalto. Había sido en ese mismo instante cuando se dio cuenta de que la amaba, lo que había sentido en el corazón al verla… ¿Qué haría él si ella no se recuperaba? No podría seguir adelante, la necesitaba.

De repente sintió una mano en el hombro y casi salta de su asiento. Al ver quien era, se volvió a derrumbar en el sillón.

—¿Se sabe algo? —La preocupación se traslucía en la voz de Valle.

Negó con la cabeza, incapaz de decir nada; temía que si intentaba hablar se pondría a llorar como un niño.

Su amigo se dio cuenta de los profundos sentimientos que lo embargaban y se limitó a sentarse a su lado para darle apoyo.

Al cabo de lo que parecieron horas, un médico con mono verde salió por una puerta corredera y se dirigió a ellos. Juanra no se había dado cuenta, estaba perdido en sus propios pensamientos. Valle se levantó y, al hacerlo, le dio un apretón en el brazo a su amigo para que reaccionara.

—Soy el doctor Morales —dijo tendiendo la mano a los dos hombres—. ¿Son familiares de Olga Tejedor?

—Yo soy compañero de trabajo. —Valle tomó la palabra—. Él es su pareja. —Vio el aturdimiento de Juanra.

El médico los miró, vio el estado nervioso de aquel hombre y quiso que sus palabras sonaran tranquilizadoras, aunque sabía que, si él estuviera en su lugar, preferiría que le dijeran las cosas claras.

Inspiró con fuerza, sabiendo que si fuera su mujer la herida, él estaría loco de preocupación.

—Olga está grave, ha recibido un gran impacto en todo el lado derecho de su cuerpo, tiene varios huesos rotos. —Vio el dolor en los ojos de aquel hombre—. Estamos haciendo pruebas para ver si la columna ha sufrido daños y, cuando lo sepamos, tenemos que intervenirla; tiene una hemorragia intracraneal que le está oprimiendo el cerebro.

Juanra soltó un jadeo, sentía las piernas temblorosas.

—¿Se pondrá bien, doctor? —Fue Valle quien hizo la pregunta.

—No quiero darles falsas esperanzas, estamos haciendo todo lo que podemos.

—No ha respondido a mi pregunta. —Él era un interrogador muy eficiente y vio como el médico esquivaba la respuesta.

Morales lo miró alzando una ceja.

—Es pronto para decirlo, tenemos que ir paso a paso.

No les había dado muchas esperanzas. Cuando el facultativo desapareció por donde había venido, Valle miró a su amigo y lo vio derrumbado en el sillón, con las manos sobre el rostro.

—No puedo perderla… no puedo perderla… no ahora que la he encontrado… la amo… la amo… —repetía como si fuera una plegaria.

—Tranquilo, se recuperará —le dijo Valle en voz alta como si pretendiera convencerse también a sí mismo.

El doctor les había dicho que los iría informando, y ellos se dispusieron a esperar. Juanra nunca había rezado, y en ese

momento se encontró rogando a Dios por la vida de la mujer que amaba.

A Valle lo llamó Nieto para saber qué estaba pasando. Cuando se lo contó, él también se quedó trastornado por las noticias.

Hacia las ocho de la noche, Guerrero y Nieto fueron convocados al despacho de su superior, y este les dijo que a partir de ese momento trabajarían con el fiscal. Los agentes se miraron extrañados. En ese momento, Andrés Cruz entró en la sala y el capitán los presentó.

—¿La señorita Molina está enferma? —preguntó Adam.

—No. ¿Estos son todos los que trabajan con Molina? —Cruz frunció el ceño extrañado.

—No, pero una de mis agentes ha tenido un grave accidente, y su compañero está en el hospital esperando noticias. No te preocupes, que ya pondré a más agentes a investigar en este grupo.

Andrés Cruz asintió con la cabeza. Los demás se quedaron esperando que el fiscal les diera algún tipo de información del porqué de ese cambio.

—Señores, quiero que investiguen un caso de hace diez años.

Lo primero que a Adam le pasó por la cabeza fue que los apartaban del caso Romero; aquel sujeto debía tener influencias por alguna parte y se habría quejado. Maldijo interiormente, sin embargo, si eso era lo que estaba pasando, no iba a rendirse con facilidad.

—¿Qué? —lo interrumpió Guerrero—. Estamos en medio de una investigación.

—Si me deja terminar, agente, le diré que está relacionado con la que están llevando a cabo.

Todos se quedaron en silencio, esperando que el fiscal les contara qué estaba pasando.

—Hace diez años, hubo un asalto a un avión donde viajaba un preso para ser juzgado. Dos hombres se hicieron con el control del

aparato y mataron a los policías que custodiaban al preso.

—¿Y qué tiene que ver ese caso con el nuestro? —preguntó Nieto.

—En ese avión se produjo una violación, la víctima… bueno, la hermana, asegura que es el mismo hombre que ustedes están investigando.

Todos se miraron.

—¿No cogieron a esos delincuentes? —preguntó el capitán.

—Dos de ellos murieron en el tiroteo que se produjo cuando el aparato aterrizó, el tercero se esfumó.

—¿Y crees que Romero es ese hombre?

—Eso da un giro a la investigación —añadió Nieto.

Guerrero se había quedado extrañamente callado. Su superior, que en los pocos días que él llevaba trabajando allí, se había dado cuenta de su tenacidad y temperamento le dijo:

—¿Pasa algo?

—Yo iba en ese avión.

Entonces se dio cuenta de qué le resultaba familiar Sandra. ¡Diablos!

El fiscal clavó sus ojos en él.

—¿Qué hacía usted en ese avión?

Guerrero le dedicó una mirada extraviada, ahora entendía muchas cosas. Su mente estaba con Sandra, en cómo se encontraría ella. Por eso contestó con una impertinencia.

—¿Qué hace la gente en un avión? Ir de un lugar a otro —exclamó sin pensar. El fiscal alzó una ceja furioso.

—¿Puede decirnos qué sabe de lo que pasó allí?

—Mi padre se había puesto enfermo, pedí un permiso y me iba a casa… Todo estaba muy tranquilo hasta que se oyeron los primeros disparos. Entonces se desató el infierno, los tres delincuentes se apoderaron del control del aparato en cuestión de segundos. Cogí el móvil y marqué el número de emergencias, dejé el teléfono sin

colgar para que pudieran escuchar lo que allí estaba pasando. Los pasajeros estaban histéricos, y los delincuentes, en un intento de mostrar su superioridad y acallar a toda la gente, dispararon a un hombre por querer socorrer a una azafata a la que habían golpeado. Yo me ofrecí para tratar de salvar al herido, sabía un poco de primeros auxilios. Dejaron que una de las auxiliares de vuelo me ayudara, y entre los dos conseguimos que aquel hombre no muriera. Cuando me cercioré de que se salvaría, me avisaron que uno de ellos se había llevado a dos chicas. Las encontré. —Se quedó callado reviviendo aquella experiencia—. Eran la señorita Molina y su hermana, ¿verdad?

—Sí.

—Ya me parecía que la había visto antes, se parece mucho a su hermana.

—Y ¿no reconoció a Romero? —preguntó el fiscal.

Adam hizo memoria de lo ocurrido aquel día.

—No lo vi… de eso estoy seguro, lo habría reconocido. Debe ser el que se fue a la cabina de los pilotos, aunque creo que no logró entrar… en lugar de eso… ¡maldito canalla!

En su momento a Adam le extrañó que no secuestraran el vuelo, o lo desviaran hacia otro destino; claro, el muy cabrón, al no poder acceder al mando del avión, había descargado su furia con las chicas, con Sandra y su hermana.

Se encontró tragándose una maldición tras otra.

Todos los compañeros que estaban escuchando se quedaron con la boca abierta.

El fiscal miraba a Guerrero con el ceño fruncido.

—¿Cómo estuvo de implicado en aquel caso? —El aludido lo miró intensamente, y Adam enseguida se dio cuenta de a dónde quería llegar.

—No me apartará de este caso —avisó frunciendo el ceño.

—Eso ya lo veremos, agente, sabe que…

—No estuve implicado en aquel caso, no era ninguna víctima, y cuando todo terminó, presté declaración y me fui a casa; ya le he dicho que mi padre estaba enfermo.

El fiscal asintió.

—Bien, pues quiero que busquen las pruebas que se consiguieron entonces y que comparen el ADN con nuestro hombre.

—De acuerdo. —El cerebro de Adam trabajaba a mil por hora—. Además, recuerdo que alguien grabó lo que pasó en el aeropuerto cuando el avión hubo aterrizado. Las imágenes se retransmitieron al día siguiente por la televisión, se veía a los pasajeros huyendo del avión, es posible que en aquellas imágenes encontremos a nuestro hombre.

—Bien, busquen también esa grabación, no quiero que se nos pueda volver a escapar.

En la cabeza de Adam se juntaban todas las imágenes de diez años atrás, de entrevistas a las posibles víctimas que habían hecho él y Olga, de la angustia en la mirada de Sandra cuando le había hablado de lo ocurrido a su hermana.

—Señor, tengo entendido que ese sujeto ha estado en el extranjero recientemente.

—¿Cómo sabe eso?

—Como sabrá, no hace mucho que trabajo aquí, estaba en Madrid y conservo amigos allí. Le pedí a uno que investigara a ese señor… —La pausa que hizo al hablar les dejó claro a todos que estaba insinuando que se había saltado algunas normas para obtener la información.

—¿Lo que ha averiguado se podrá presentar ante un tribunal?

—Eso espero.

Su capitán estaba perdiendo la paciencia.

—Suéltelo ya de una vez, Guerrero.

—Dos mujeres que habían trabajado para este señor murieron en extrañas circunstancias, con pocos días de diferencia. Y resulta que Romero estuvo allí en las mismas fechas. —Hizo una pausa

esperando que alguien dijera que podía ser casualidad, pero nadie abrió la boca—. Luego, una de las mujeres que entrevistamos, que había trabajado para él, declaró que la había violado, pero que la tenía amenazada. Le hacía una especie de chantaje, si ella hablaba con la policía, él sacaría una serie de cuentas en paraísos fiscales a nombre de ella y la denunciaría por falsear sus cuentas y robarle.

—Maldita sea, ¿qué esperaba para informar de eso? —Cruz se pasó la mano por el pelo con furia.

—Tener pruebas, señor.

El capitán Borras frunció el ceño.

—¿Se da cuenta, agente, que mientras las buscamos, este tipo puede desaparecer?

—Sí, señor, por eso le he hecho creer a ese tipo que me creo su cuento de que él no había violado a esa mujer para que nos crea unos estúpidos y que no haga ningún movimiento inesperado. Si todo esto es verdad, puede irse a cualquier parte del mundo, y no volveremos a saber de él.

Cruz había terminado con los brazos cruzados sobre el pecho, apoyado sobre la mesa, con el ceño fruncido.

—Espero que tomes medidas —dijo mirando al capitán Borras— para que eso no pase.

—Ahora mismo me encargaré del asunto, este tipo no podrá ir a ningún sitio sin que lo sepamos.

Se fue a su despacho para agilizar la vigilancia de Romero.

Capítulo 30

Adam sentía una terrible urgencia de estar con Sandra, sabía que debía estar destrozada. Al fin había encontrado al monstruo que habitaba en sus pesadillas, y suponía que en ese momento debía necesitar apoyo y fuerza. Él pensaba brindárselo a manos llenas, pero antes debía dejar algunas cosas en marcha.

El capitán Borras cogió el teléfono y marcó. Estuvo unos minutos hablando y, cuando colgó, les comunicó que en ese momento los agentes Avellaneda y Becerril se dirigían a vigilar a Romero; eran unos expertos, sabían camuflarse bien, no los descubrirían.

Adam no cabía dentro de su piel. Su mente volvió al interior de ese avión, rememorando lo que había pasado, igual que años antes. Cuando su padre se restableció del ataque al corazón que había sufrido, él se interesó por el caso del avión. Lo había estudiado en repetidas ocasiones porque allí había algo que no le terminaba de encajar. Sabía que en los informes ponía que uno de los muertos era el hombre que trasladaban para el juicio y el otro, un delincuente habitual. En su momento lo había consultado con la policía del aeropuerto, y ellos le dijeron que estaban seguros de la identidad de los muertos. Ahora lo volvía a invadir la duda. Los delincuentes habituales eran lo que eran, se dedicaban a robar carteras, a pequeños hurtos y lo que fuera necesario para sobrellevar sus vicios: drogas, alcohol… ¿Cómo había terminado un delincuente de esas características, armado y prácticamente secuestrando un avión lleno de pasajeros? Ahí había algo que no encajaba. En ese momento, Romero se le pasó por la cabeza, era la clase de persona capaz de embaucar a dos mindundis para que le hicieran de escudo. Apostaría su propia cabeza a que ninguno de los muertos era el preso que trasladaban para el juicio.

El capitán Borras se sentó detrás de su escritorio y cogió el auricular del teléfono.

—Ahora mismo voy a llamar a un amigo que me debe un favor, él podrá averiguar quién era el preso al que iban a juzgar y por qué.

—Que nos manden por fax una foto de ese sujeto. —Su superior lo miró alzando una ceja, veía el nerviosismo en ese hombre que, hasta el momento, lo había caracterizado una fría profesionalidad—. Quiero asegurarme de que está muerto, tal como me dijeron poco después de lo ocurrido en el avión.

—Sabe más de lo que le ha dicho al fiscal, ¿verdad? —apuntó Borras colgando el teléfono.

—No mucho más. Cuando mi padre se recuperó, me interesé por el caso y me informaron que el preso había muerto en el tiroteo, que el que había escapado era un delincuente de poca monta.

—¿Y? —La mirada del capitán no se perdía la expresión furibunda de su agente—. Usted no lo cree.

—Un tipo que se dedica a robar carteras no reacciona con la suficiente rapidez para pensar en huir mezclándose entre el pasaje. Todo ocurrió demasiado rápido, algo me dice que si sabemos quién era el preso y obtenemos su foto, sabremos quién es en realidad Romero.

El superior vio la validez del razonamiento; asintió con la cabeza.

—Veré qué puedo hacer.

Adam asintió y salió del despacho, le dijo a Nieto que tenía que irse y, dejando a su compañero con la frente arrugada, desapareció de comisaría sin mirar atrás.

Fue a su casa, pero Sandra no estaba, intuyó que se había ido a la de Lisa, aquella casa había sido su refugio durante años. Amelia le abrió la puerta, y vio la preocupación en el rostro de la mujer, la miró alzando una ceja al tiempo que le daba paso.

—¿Dónde está?

—En el salón.

Adam la siguió. Vio a Sandra sentada en un sofá, con las piernas recogidas contra su pecho y con los brazos rodeándoselas, tenía la cabeza caída contra las rodillas.

—No sé lo que ha pasado, pero llegó muy alterada. Le he preparado una infusión, pero creo que no la ha tomado.

—Gracias, Amelia. —Él asintió con la cabeza mientras se dirigía al sofá donde estaba sentada. Se sentó a su lado—. ¿Cariño?

Ella pareció no haberlo escuchado. No se movió. Adam pudo notar la tensión en aquel cuerpo, se le veían los nudillos de las manos blancos por la fuerza que hacía, y parecía como si se fuera a romper de un momento a otro. Se le retorcieron las entrañas al verla en aquel estado.

—Cielo… —Necesitaba tocarla, transmitirle sosiego, pero temía que si lo hacía empeoraría las cosas—. Amor mío, deja que te abrace.

Ella se removió y pareció alejarse de él. Adam no lo iba a permitir, si ella necesitaba chillar o llorar, él le ofrecería el hombro. Puso una mano en la tensa espalda de Sandra y la acarició levemente.

—No me toques —exclamó ella levantando la cabeza.

Él vio el sufrimiento en aquellos amados ojos y no pudo soportarlo. La atrajo hacia él y la abrazó con fuerza. Ella se debatió tratando de apartarse, pero él no se lo permitió.

—Grita… llora… pégame si eso te hace sentir mejor, saca toda la rabia que llevas en tu interior. —Su voz trataba de tranquilizarla, aunque él mismo se dio cuenta de lo alterado que estaba.

—No quiero llorar… ya lloré demasiado por algo que no podré cambiar nunca —gritó Sandra.

—Tienes razón, no podemos cambiar lo que pasó, pero ahora podemos poner a ese sujeto en la cárcel y… —Le vibraba la voz de lo furioso que estaba.

Ella lo miró a los ojos y vio la furia que trataba de reprimir, aquello le demostró que no estaba sola. Lisa siempre había sido su paño de lágrimas, pero ahora lo tenía a él. La fuerza con que la tenía agarrada no la lastimaba, le transmitía una sensación de consuelo, de seguridad; y sin darse cuenta empezó a llorar. Se apoyó en su

duro pecho y encontró alivio en un llanto histérico. A Adam se le revolvían las entrañas al pensar en lo que ella y su hermana habían pasado en manos de aquel energúmeno. Se juraba en silencio que le haría pagar con creces por todo el sufrimiento que había causado. Allí, abrazando a Sandra, planeaba la manera de coger a ese animal, deseaba con todas sus fuerzas que el tipo se resistiera para poder darle una soberana paliza, o mejor que tratara de escapar para poder meterle una bala entre ceja y ceja. El mundo sería un lugar más seguro sin tipos como ese.

Sin pensar que ella pudiera rechazarlo o asustarse, la aupó y la sentó sobre su regazo. La mecía como si fuera una criatura, sin darle prisas, le susurraba palabras tranquilizadoras en el oído y le acariciaba la espalda suavemente. Estuvieron un buen rato allí. Cuando ella se calmó un poco, él la cogió en brazos y la llevó a la cama. Le trajo una copa de coñac, que ella se tomó a pequeños sorbos, sin articular palabra.

—¿Te sientes mejor? —La cubrió con una colcha ligera antes de sentarse a su lado.

Ella no contestó, pero hizo un breve movimiento afirmativo con la cabeza.

Adam le cogió las manos y las besó.

—Cielo, tengo que irme. —Ella asintió, tenía los ojos hinchados, y él maldecía al cabrito responsable.

—Lo sé —susurró. Suponía que su jefe ya habría puesto en movimiento a todo el departamento para coger a aquel mal nacido.

—Si me necesitas, no lo dudes, llámame. —La miraba muy serio —. Encontraré la manera de escaparme.

La idea de Adam escabulléndose de comisaría le hizo gracia, y en sus labios se dibujó una débil sonrisa. Él la miró arqueando una ceja.

—No es nada —dijo ella ahogando un bostezo, el coñac que había bebido le estaba dando sueño.

—Duerme, mi amor, te irá bien.

Le dio un suave beso en los labios y salió de la habitación dejando la puerta entreabierta.

La asistenta lo esperaba en la cocina con café recién hecho, se lo tomó mientras le decía que cuidara de Sandra y que, si lo necesitaba, no dudara en llamarlo. Le apuntó su número de teléfono en un papel y se marchó.

En el hospital, Juanra estaba al punto de la desesperación. Valle lo acompañaba y se daba cuenta del estado nervioso de su amigo. Hacía más de una hora que el médico que atendía a Olga les había informado que la médula espinal no había sufrido daños, pero que tenían que operarla para aliviar el cerebro de la presión del hematoma que lo oprimía. Era una intervención muy delicada, y ambos lo sabían, el doctor se lo había dicho claramente.

Juanra se paseaba por la sala de espera con largas zancadas, hasta que una enfermera le dijo que con el ruido que hacían sus zapatos estaba molestando a los pacientes. Entonces se desplomó en uno de los sillones, sin dejar de retorcerse las manos o repiquetear con los dedos en los brazos del sillón. Su mirada perdida, rememorando todos los gratos momentos que había vivido con aquella mujer que se debatía entre la vida y la muerte. No podía morir, ¿qué haría él si eso pasaba? No, no podía morir, se repetía, no ahora que la había encontrado, no ahora que se había dado cuenta de que estaba enamorado por primera vez en su vida. Al diablo con lo que ella le dijera poco antes de tener el accidente, sus motivos tendría, desde luego, pero no dudaba ni un segundo de que él era tan importante para ella, como ella lo era para él.

Valle iba a sugerirle que llamara a la familia de Olga, solo para tenerlo entretenido, pero enseguida se dio cuenta de que era mala idea. Él no estaba en condiciones de hablar de lo ocurrido con nadie. Cogió el teléfono de ella de la bolsa con sus pertenencias que les había entregado una enfermera. Buscó en la agenda y encontró el nombre de José Tejedor. Supuso que sería algún familiar, algún tío tal vez; si fuera su padre, seguro que pondría «papá», además,

sabía que Olga y su padre no tenían buena relación. Apretó el botón de llamada y esperó varios tonos hasta que le contestó una voz profunda de hombre.

—¿Diga?

—Hola, ¿es usted familiar de Olga Tejedor? —A través de la línea escuchó un gruñido.

—¿Quién es usted? —le preguntó la voz, sin responder la pregunta.

—Soy Ernesto Valle. ¿Y usted? ¿Es familia de Olga Tejedor? —repitió la pregunta.

—*La conozco.*

«Extraña respuesta», pensó. No le diría nada hasta saber quién demonios era ese hombre.

—Perdone, creo que me he equivocado. —Valle había notado la frialdad en la voz que le hablaba. Iba a colgar cuando escuchó:

—*Espere, espere…*

Valle esperó a que el desconocido dijera algo, hasta que escuchó con voz ahogada:

—*Es mi hija.*

A José Tejedor, algo se le removió en el estómago, como si tuviera una extraña premonición; algo le había pasado a su hija. Se culpaba cada día de su vida del alejamiento de Olga. Cuando se había ido de su casa, él estaba furioso con ella por no acatar sus órdenes. Además, estaba seguro de que ella volvería con el rabo entre las piernas cuando se diera cuenta de que la vida que había elegido no era el camino de rosas que debía imaginarse. Al principio, no se percató de que su mujer estaba al tanto de todos los progresos de su hija, que las dos se mantenían en contacto. Un día había llegado a casa antes de su hora normal y escuchó a su esposa hablar por teléfono, se estaba riendo, algo que no era normal. Hacía meses que no escuchaba su risa, para ser más exacto, desde que su hija había abandonado la casa. Se quedó parado en el vestíbulo,

escuchando lo que hablaba, y se dio cuenta de que era su hija la que estaba al otro lado de la línea. El orgullo en la voz de su esposa lo dejó pensativo. Era una mujer sumisa que siempre le daba la razón, y al pasar los años se habían ido distanciando. ¡Cómo añoraba a la mujer dinámica con la que se había casado! Ese pensamiento lo llevó a otro, había sido él quien truncara, una a una, todas sus aspiraciones, en su celo por darle una vida ejemplar, en ser un modelo de pareja envidiado por todos sus vecinos. Recordaba que en alguna ocasión la había ridiculizado. Cuando ella se ponía terca y discutía con él queriendo que entrara en razón, para hacer realidad alguno de sus sueños, él se había mostrado inflexible, alegando qué dirían los vecinos al enterarse de que ella salía a trabajar fuera de casa o que iba al centro cívico para aprender informática o idiomas, que era lo que le gustaba. ¿Cómo demonios había sido tan ciego? ¿Qué diablos le importaba a él lo que dijeran los vecinos? ¿Qué tenía ahora? Una hija que se había ido de casa por su inflexibilidad y una mujer que seguramente lo odiaba.

Tal como había entrado en su casa, salió de ella sin hacer ruido. Cogió el coche y condujo hasta las afueras de la ciudad. Se detuvo en un mirador, desde donde se veía gran parte de Barcelona, y allí hizo examen de conciencia. Reconoció la mala vida que le había dado a su esposa y la culpabilidad por la marcha de su hija. Allí, dentro del coche y en soledad, lloró al darse cuenta de que había sido un fracaso como marido y padre. Se juró que, a partir de ese día, se enmendaría, trataría a su mujer como se merecía, y con su hija… No sabía cómo acercarse a Olga, se había pasado la vida dando órdenes a su familia, era su naturaleza, y cayó en la cuenta de que su hija había heredado su temperamento. Se le dibujó una amarga sonrisa en los labios, le sería muy difícil recuperar el respeto de su hija, peor aún, recuperar el respeto por sí mismo.

A partir de ese día, el trato con su mujer había mejorado notablemente, pero ella parecía no fiarse de aquel cambio efectuado por su marido, y él no la culpaba.

Empezó a interesarse por los logros de su hija, y a ella se le llenaba el corazón de orgullo cuando se lo relataba. Pero entonces le cogió el ataque al corazón del que no se restableció.

Durante el funeral, se había sentido torpe y no se acercó a su hija por miedo a meter la pata. Sabía que le había hecho daño, lo había visto en sus ojos, y se había maldecido por ello.

Al recibir la llamada de aquel desconocido, un caleidoscopio de imágenes de su mujer le pasaron por la cabeza. Mil veces mientras escuchaba el orgullo en su voz, se había recriminado por ser él el culpable del alejamiento, y ahora tenía miedo de volver a hacer daño a su hija; pero con aquella llamada, algo le decía que las cosas no iban bien. El desconocido le había confirmado sus sospechas, y un temblor lo recorrió de arriba abajo. ¿Qué debía hacer? ¿Y si su presencia perjudicaba la salud de Olga? Nunca se perdonaría si eso ocurría, ya le había causado bastante daño. No fue consciente de las lágrimas que corrían por sus mejillas.

Capítulo 31

—La operación fue bien —les informó el cirujano a Juanra y Valle cuando todo hubo terminado, ahora tendrían que esperar a que ella recuperara la conciencia para ver si el cerebro había sufrido daños.

Olga estaba en la unidad de cuidados intensivos, y los dos amigos, en una sala auxiliar para acompañantes de enfermos. Valle sabía que en comisaría lo estaban esperando, había recibido varias llamadas de sus compañeros. Rosa, la esposa de Nieto, llegó allí con la cara desencajada.

—¿Qué ha ocurrido?

Juanra no conocía a Rosa, se la quedó mirando, pensando que era algún familiar de Olga. Valle los presentó, y luego le contó lo que había ocurrido. Ella lo miró con cara de horror, cubriéndose la boca con las manos.

—Pero… ¿la operación ha ido bien?

—Sí, bueno, tenemos que esperar a que despierte, solo entonces sabrán si hay más daños.

Rosa se sentó en uno de los sillones.

—Bien, voy a quedarme. David me ha dicho que probablemente esta noche no vendría a casa, que estáis de trabajo hasta el cuello.

—Sí, debería irme —afirmó Valle.

Juanra era ajeno a lo que estaban hablando. Se había vuelto a derrumbar en uno de los sillones y tenía la vista fija en el techo de la pequeña sala, aunque no veía nada. Su angustia no conocía límites. ¡Que idiota había sido! No debería de haberla dejado marchar. Estaba seguro de que ella no sentía ni una de las palabras que le había dicho. Sus motivos tendría, quizás estuviera celosa por la última vez que lo había visto, o tal vez había algo más que él ignoraba. Se inclinaba hacia la segunda opción, si los celos eran la

razón, con el temperamento que tenía, lo habría destripado verbalmente. No, allí había algo más que él no sabía.

Rosa veía la angustia en el rostro de aquel hombre, imaginaba cómo se sentía. A su marido le habían disparado en varias ocasiones y, a pesar de que nunca estuvo en peligro de muerte, ella lo había pasado muy mal.

—Tranquilo —susurró trasladándose al sillón junto a Juanra—. Se pondrá bien. —Le dio unas palmadas en el brazo queriendo reconfortarlo.

Él se giró de cara a ella, la miró sin tratar de ocultar todo lo que sentía.

—¿Y si no es así?

—Es una mujer fuerte, se recuperará. —Esperaba que sus palabras estuvieran en lo cierto.

—No puedo perderla… la amo… no sé qué voy a hacer si… —La congoja lo estaba matando. Se cubrió la cara con las manos al sentir la quemazón de las lágrimas que le inundaban los ojos.

Así los encontró José Tejedor al entrar en aquella sala. Había preguntado a la recepcionista, y ella le había indicado que fuera allí. Rosa lo miró alzando una ceja, pensando que aquel hombre se había equivocado de lugar.

—¿A quién busca?

—¿Cómo está mi hija? —murmuró sin responder a la pregunta.

Rosa no sabía nada de la familia de Olga, ella nunca había mencionado a unos padres, claro que debía de tenerlos, pero en ese momento le vino a la mente que, años atrás, había estado en el funeral de su madre, y aquel que decía ser su padre no había estado junto a ella. Recordaba vívidamente que ella estaba rodeada de todos sus compañeros y amigos, lo que la llevó a pensar que no tenía padre.

En ese momento, apareció el doctor Morales. Rosa apretó el brazo de Juanra para llamar su atención.

—¿Cómo está, doctor?

—Estabilizada, pero tenemos que esperar.

—¿Puedo verla? —Juanra se moría de ganas de estar junto a ella, de transmitirle su propia fortaleza.

—Sí, acompáñeme.

Cuando se quedaron solos Rosa y José, se sentaron sin decir palabra, cada uno a un lado de la sala. Ella era curiosa por naturaleza, pero todas las preguntas que inundaban su mente morían en la punta de su lengua al ver el perfil amargado de aquel hombre.

Adam volvió a comisaría para encontrar las pruebas que les hacían falta para coger a aquel malnacido. En internet, encontró la grabación que se había retransmitido de cuando el avión había aterrizado. Después de verlo varias veces, y de que el técnico informático ampliara todos los planos, encontraron el rostro del sospechoso.

Ese día no tuvo fin, ninguno de ellos pensaba en otra cosa que no fuera encontrar las pruebas suficientes para arrestar a aquel hijo de perra que había estado jugando con ellos. Haciéndoles creer que era un ciudadano honrado como había pocos. Era un maldito violador, y lo iban a crucificar.

Adam se sentía como un idiota, había estado hablando con aquel sujeto varias veces, y nada le hizo relacionarlo con el ataque al avión, de hecho, en esa ocasión había estado tan atareado por salvar la vida de aquel hombre que apenas se había fijado en el delincuente.

—Sabéis… deberíamos investigar violaciones sin resolver de los últimos cinco años. Algo me dice que nos podemos llevar una sorpresa.

No hablaba con nadie en particular, habían hecho una pausa con sus compañeros, pasadas las tres de la madrugada, para tomarse un café.

—Sabemos que ha violado a varias de sus empleadas, seguro de que no se ha contentado con eso.

—Pero ellas no se deciden a denunciar. Tal vez si lo cazamos con lo que tenemos, ellas se vayan animando a hablar de sus casos; también tenemos que demostrar que las cuentas en el extranjero con las que él las chantajea no son de ellas. Eso ayudará para soltarles la lengua.

Los demás lo miraron sabiendo que tenía razón, ese hombre habría violado a numerosas mujeres.

—Yo compararé el ADN de las violaciones sin resolver de los últimos cinco años. —Nieto parecía tranquilo, pero se le encendía la sangre cuando pensaba cómo les había tomado el pelo ese sujeto.

—Yo me encargaré de ponerle un nombre a su cara —terció un joven recién salido de la academia que se había quedado para ayudarlos.

—Yo te ayudaré —se ofreció Valle.

Todos habían percibido el interés que tenía Adam por Sandra, no eran tontos, se los había entrenado para observar.

—Gracias.

Valle, que era el más extrovertido de todos, le preguntó:

—¿Cómo está ella? —Se habían dado cuenta de que Adam había desaparecido durante un buen rato en cuanto se enteró de que Sandra era la hermana de la muchacha violada.

Él lo miró intensamente, hasta que se dio cuenta de que no podía mentirles a sus compañeros, su trabajo se basaba en la confianza mutua.

—Está muy afectada.

—Siempre pensé que detrás de su fijación por estos casos había algo más… ¡Debe de ser terrible! —Parecía que Andrea, una agente que ya trabajaba allí cuando Sandra había empezado a ocuparse de aquellos casos, hablaba consigo misma, pero todos sus compañeros asintieron.

Andrea era una cuarentona a la que todos adoraban. Su vocación por el trabajo la había llevado a separarse de su marido hacía años. Él nunca había entendido la dedicación de su mujer en un trabajo tan arriesgado, siempre estaban discutiendo, hasta que un buen día ella cogió a sus dos niños y se fue a casa de sus padres.

Era una mujer muy guapa, agradable y atenta con todos sus compañeros, siempre estaba dispuesta a echar una mano a quien le hiciera falta. Y aquella tarde, al oír que Olga había tenido un accidente y ver que tenían tanto trabajo, no dudó en quedarse.

Aquella noche no tuvo fin, al llegar al alba, todos estaban extenuados.

Nieto tenía cerca de diez denuncias de violaciones donde coincidía el ADN, y aún le faltaba por revisar los últimos dos años, se cogió un descanso para tomarse un café. «Con lo que tenemos ya podemos ir a por él», pensó.

Valle y su novato compañero habían encontrado un nombre en los registros de la policía de hacía diez años, estaban cotejando los documentos del tipo al que se trasladaba para el juicio. Pablo Camacho Ariel, ese era su hombre. Buscaron en los archivos de los juzgados, y encontraron a dos hombres que habían fallecido hacía años llamados igual. O sea que, ¿ese era un *alias* o era el verdadero? A través de los ficheros de tráfico encontraron tres fotografías con las suficientes coincidencias para que pudiera tratarse de la misma persona: Antonio Serrano, Juan Segura y Alberto Robles.

Investigando esos nombres con las características faciales, descubrieron que cuando aparecía uno, desaparecía el otro; así llenaron varios años de la vida del sujeto, pero se dieron cuenta de que todos eran falsos. Eso sin contar que no encajaban las fechas. Esos nombres que habían descubierto eran de unos doce años atrás. Había un periodo de tiempo, de unos cuatro años, antes de que apareciera Romero, que no lograban localizar dónde había vivido.

Alrededor de las siete de la mañana, el capitán salió de su despacho y llamó la atención de todos ellos.

—El nombre del preso al que iban a juzgar es Pablo Camacho Ariel.

—Lo sabemos, pero… ¿ese es su verdadero nombre? Hemos encontrado las suficientes coincidencias para creer que es tres tipos más, que encajan a la perfección con los rasgos de su rostro.

Valle tecleó el nombre en su ordenador y le salió la fotografía de Romero. «Ya lo tenemos», pensó. Al lado había una lista interminable de delitos cometidos por aquel sujeto, desde robo a mano armada, asesinato y violaciones. Al introducir los otros alias, vieron que era la misma persona y que tenían más delitos para sumar a la lista.

—Este tipo es un maestro del disfraz —exclamó el capitán.

—Me preguntó quién es el artista que le hace la documentación —dijo Guerrero—. Debe ser el mismo que le ha hecho los libros de contabilidad ficticios, y tal vez los registros de las cuentas en paraísos fiscales también sean falsificaciones.

Todos asintieron, pensando en que era eso lo que le querían encomendar a Juanra.

—A esta lista podemos añadir extorsión.

Varias miradas cayeron sobre Valle.

—Ha estado chantajeando a sus víctimas.

Borras asintió.

En ese momento, el fiscal Andrés Cruz se presentó en comisaría para preguntarles cómo iban en sus investigaciones. Al reunirse con él y contarle todo lo que habían descubierto, el hombre los miró con fuego en los ojos.

—¿Cómo es posible que un sujeto así eluda la ley durante tantos años? —exclamó furioso.

—Como fiscal tendría que saberlo. —El comentario era punzante, igual que la mirada que le dirigió Guerrero—. Me he encontrado en

casos que antes de que yo terminara el papeleo, el preso ya estaba en la calle.

Los compañeros de Adam se dieron cuenta de la tensión que crecía entre los dos hombres. Sin embargo, el fiscal sabía que lo que decía ese hombre era cierto.

—Pues no pierdan más tiempo, con lo que tenemos ya se puede arrestar a ese sujeto; cuando lo tengamos a buen recaudo, ya terminarán de atar los cabos sueltos… Ah, y les aconsejaría que se fueran a descansar.

Todos cogieron sus cartucheras y salieron del edificio; listos para librar al mundo de un hombre como ese.

Cuando Adam junto con Valle y Nieto se presentaron en el despacho de Romero, este los recibió con una sonrisa que en un segundo se le borró del rostro, en cuando ellos empezaron a leerle sus derechos y le pusieron las esposas.

—Esto es una equivocación —exclamaba.

—Ah, ¿sí? —El tono de voz de Adam habría hecho encoger a más de uno, sentía unas ganas terribles de que se resistiera.

—¿De qué se me acusa? —gritó, empezando a desmoronarse la fachada de tranquilidad que siempre mostraba al mundo.

—De numerosas violaciones, del asesinato de dos mujeres, de evasión fiscal, de chantaje y, además, es usted fugitivo de la justicia. —Le respondió Valle con el semblante furibundo.

Adam había estado en contacto con su amigo Ignacio Lozano, el informático, y le había dado el nombre de ese tipo. Entonces con las huellas digitales, el ADN que él les había proporcionado y con las fotos, interrogaron a los vecinos de una de las víctimas, y había sido visto en las inmediaciones de su casa antes de que se prendiera fuego y la mujer muriera. También habían encontrado el ADN suficiente, supusieron que de alguna gota de sudor, en el coche de la mujer que había muerto en el accidente de tráfico.

—No pueden hacer eso, mi abogado…

En ese momento, apareció el abogado en la puerta del despacho, llevaba un papel en la mano, su semblante era inescrutable.

—Creo que su abogado no podrá hacer nada para sacarlo de este embrollo —afirmó Adam, tirando del detenido para que se pusiera en marcha.

Juan Torres, el abogado de Romero, lo miró incrédulo.

—¿De verdad has hecho tú todo esto? —La cara del hombre mostraba incredulidad.

—Te pago para que…

—Me pagas para llevar los asuntos de la empresa, en mi contrato no dice nada de defenderte de todo lo que has hecho. —Juan Torres lo miraba indignado.

Romero se puso tenso, abrió la boca, pero no fue capaz de hilvanar dos palabras seguidas.

—Yo…yo… —Su fachada se había derrumbado del todo.

Romero se vio descubierto, su cerebro trabajo rápido, no perdía nada por intentarlo. ¡Si le había funcionado una vez…! Aquellos idiotas le habían creído a él desde el principio.

—Todas esas mujeres mienten, desde el primer día que se me insinuaban… Yo solo les di lo que ellas querían.

—A las que mató, ¿también? —le preguntó Nieto con cara de pocos amigos.

El acusado se removió furioso ante la comprometedora pregunta.

—No pueden probar nada.

—Ya se dará cuenta de todo lo que podemos probar —corroboró Adam con una voz tan fría que hubiese podido helar las aguas de los trópicos.

El detenido fue encarcelado; el fiscal se encargó de que no hubiera fianza. Ese sujeto ya se había escapado de la justicia diez años atrás, y el juez no quiso correr ningún riesgo. Estaría preso hasta el día del juicio en una cárcel de alta seguridad.

Esa noche, cuando salieron de comisaría, se fueron a ver cómo seguía Olga. Era uno de ellos y estaban preocupados por su estado.

Mientras se dirigía al hospital, Adam llamó a casa de Lisa y le preguntó a Amelia por Sandra; esta le dijo que se había levantado pronto y que estaba en el salón con un libro en las manos, aunque no parecía leer. Había conseguido que se tomara un café con leche, pero nada más. Cuando había insistido en acompañarla, ella le dijo que quería estar sola.

Capítulo 32

En el hospital, Juanra no se movió del lado de Olga. Se sentó a su lado y le cogió la mano, deseando poder hacerle saber de alguna manera que estaba allí, junto a ella.

Las horas se le hacían eternas. En un momento dado, inclinó la cabeza encima de la mano de Olga que acunaba y debió de quedarse dormido.

Despertó sobresaltado al notar el movimiento de la pequeña mano que tenía entre las suyas. Alzó la mirada hacia el rostro de Olga y ella seguía con los ojos cerrados. Pero a través de sus párpados, podía ver como movía sus globos oculares. Sin pensarlo ni un segundo, pulsó el timbre. Enseguida una enfermera apareció de detrás de las cortinas que separaban a los convalecientes.

Lo miró interrogativamente.

—Señorita, creo que está despertando, ha movido la mano y… —Ella ya estaba comprobando las constantes en todos los aparatos de los que Olga estaba conectada.

—Avisaré al doctor Morales —afirmó después de ver que todo estaba en orden.

Unos minutos más tarde, llegaba el médico que la había operado. Juanra le dijo que ella había movido una mano, y él le contestó que era algo normal, que poco a poco iría despertando.

Mientras hablaban, Olga abrió los ojos. Vio a los dos hombres que hablaban, pero no lograba entender nada. Su mirada se cruzó con la de ellos, ¿dónde estaba? Sentía la cabeza pesada, además los parpados le pesaban muchísimo; volvió a cerrar los ojos y se sumió en la inconsciencia.

—¿Ha visto, doctor?

—Sí, es algo normal, los efectos de la anestesia aún van a durar un buen rato.

Él se quedó más tranquilo cuando el médico le dijo aquello.

—Si hay más novedades, me avisas —apuntó el doctor a la enfermera mientras se iba.

Juanra se paseó por el estrecho espacio, tratando de que sus músculos se relajaran, los tenía agarrotados. Se había despejado, pero se sentía agotado. La tensión acumulada le hacía eso.

Al verlo, la enfermera que estaba de guardia le aconsejó que saliera a estirar las piernas, que si había algún cambio, le avisaría.

Reconocía que le hacía falta un café bien cargado. Salió al pasillo y se dirigió a la máquina que había en el rincón más alejado. Puso una moneda y seleccionó la bebida, fuerte y amarga, que le hacía tanta falta. Oyó unos pasos a su espalda y se giró; en ese momento no reconoció al hombre.

—Soy José Tejedor, el padre de Olga.

Los dos hombres se miraron extrañados. Juanra al fin alargó una mano para estrechar la del progenitor de la mujer a la que amaba.

—Yo soy Juan Ramón Serrano… —No sabía si decirle que él y su hija tenían una relación, se suponía que eso le correspondía a ella—. Compañero de Olga. —Esas palabras se las podía tomar de diferente manera, que él decidiera.

—¿Cómo está?

—Aún no ha despertado. ¿Le apetece un café?

—Sí, gracias.

El silencio se hizo incómodo. José estaba muy nervioso por la reacción de su hija cuando lo viera allí. Y Juanra estaba demasiado confuso y preocupado. No tenía ganas de hablar con nadie; además, Olga nunca le había hablado de su padre, y algo en su interior le decía que aquel hombre ocultaba algo. No sabía el qué, pero no le inspiraba confianza.

Cuando volvió junto a ella, la enfermera le comentó que no había habido ningún cambio. Se sentó a su lado, sin poder sacarse de la cabeza la extraña sensación que le producía aquel hombre.

Esa noche, cuando Adam se reunió con Sandra, esta estaba agobiada e irritable. Se había pasado el día tratando de leer, pero no lograba concentrarse. Amelia, al percibir su humor, había tratado de animarla, pero no le dio resultado. Pasado un rato, desistió, la dejó sola con sus propios demonios y se puso a cocinar. El anticuario había estado trabajando en varias cosas, pero a Sandra le molestaba hasta el más leve ruido y al final el hombre, diciéndole que trabajaba mejor en su taller, se había ido.

Adam estaba agotado, hacía más de veinticuatro horas que no dormía. Necesitaba una larga ducha relajante y algo sólido que llevarse a la boca antes de sucumbir a acostarse.

Pero al acercarse a ella, la sintió tan alterada que se sentó a su lado y, pasándole un brazo sobre los hombros, la atrajo hacia su pecho.

El cuerpo de ella se tensó durante un segundo, luego se relajó contra él.

—Mañana volveré al trabajo, no aguanto esta inactividad.

—Me parece bien. —Adam comprendió que tenía razón. En casa, sin hacer nada, sus pensamientos la llevarían siempre a lo mismo, a su penosa experiencia y a la ausencia de Lisa, mientras que, si estaba trabajando, su mente estaría ocupada en otras cosas—. ¿Has pensado en llevar otros casos, que no sean…?

Sandra asintió con la cabeza antes de que él terminara de formular la pregunta.

—Sí, le voy a pedir a Andrés que me asigne a otro departamento.

—Perfecto. ¿Te apetece que salgamos a cenar? —Adam quería que ella se distrajera, que no pensara.

—No me siento con ánimos. Además, creo que Amelia se ha pasado la tarde cocinando. No he sido una buena compañía.

Él lo había previsto y tenía una alternativa.

—Voy a prepararte un baño relajante, y no acepto un «no» como respuesta.

Adam se encontraba en una encrucijada. Por lo visto, ella pensaba quedarse allí; él deseaba quedarse con ella, pero no le iba a imponer su presencia si ella no se lo pedía. La amaba, y por eso mismo no apresuraría los acontecimientos. Si ella quería que se quedara tendría que decirlo.

Cuando ella se dirigía al baño, él cogió su chaqueta.

—Bueno, cariño, yo me voy a mi casa.

Se acercó a darle un beso mientras observaba todas las emociones que pasaban por aquellos preciosos ojos que lo miraban sorprendidos.

—¿No te quedas?

—¿Quieres que me quede? —susurró acariciándole la mejilla con las yemas de los dedos.

A ella la recorrió un estremecimiento por la caricia y pensó en las sensaciones que Adam le hacía sentir. Algo muy en su interior le decía que se arrepentiría si dejaba que ese hombre se alejara de ella.

—Sí. —Él la estrechó entre sus brazos, le pasó los dedos por entre el cabello y le dio un tierno beso.

—Mientras te bañas, voy a mi casa a buscar algo de ropa, ¿quieres que te traiga algo?

Ella tenía allí todas sus pertenencias.

Adam notó que su rostro se coloreaba y se preguntó por qué.

—Necesito ropa interior —lo dijo sin apenas voz, y él le encontró el lado gracioso al asunto. Sonrió.

—El agua se está enfriando, báñate, estaré aquí antes de que termines.

La besó y la empujó hacia el baño.

Adam se duchó en su casa, se puso unos vaqueros y una camiseta. Cogió algo de ropa de su armario y puso en una maleta varias prendas de Sandra.

Cuando volvió, ella aún estaba en el baño, se sentó en la cocina junto a Amelia, que estaba terminando de preparar la cena. La mujer le confió que estaba preocupada por Sandra, siempre habían tenido una relación muy cordial, pero ese día había estado tan nerviosa… Él le agradeció su preocupación, mientras la mujer le sirvió una copa de vino.

—Por favor, no haga eso si no piensa tomarse otra usted. —Amelia se quedó tan sorprendida que no supo que decir—. No me mire de ese modo… que usted esté cobrando por trabajar aquí no significa que me considere superior.

—Pero…

—¿Le ha hablado Sandra sobre su estancia aquí? —le preguntó mientras él mismo le servía una copa de vino a ella.

—Sí, me contrató para llevar la casa.

—¿Tiene usted hijos? Quizás crea que soy un entrometido, pero sé que es viuda, y me preguntaba…

—No, no tengo hijos.

Adam se sintió un poco dolido al darse cuenta de que Sandra ya tenía planeado volver a aquella casa. Por otro lado, pensó que ella no estaba al tanto de sus sentimientos, era lógico que, no sabiendo que la amaba, hiciera sus propios planes. Era una mujer independiente que nunca había confiado en los hombres.

De pronto se sintió ansioso por decirle que ya no tenía que preocuparse por el monstruo que había habitado en sus pesadillas durante años, que ya estaba detenido. Y cuando ella estuviera más tranquila y hubiera aprendido a confiar en él de manera incondicional, decirle que la amaba.

Él quería que ella fuera feliz, era más, haría lo necesario para que lo fuera. Si para ello tenía que dejar su piso y venirse a vivir a aquella vieja casa, lo haría. Y pensaba que Amelia sería una buena persona para ocuparse de la casa mientras ellos trabajaban, además… Un pensamiento fugaz le pasó por la cabeza. ¡Hijos! Tarde o temprano tendrían hijos y quién mejor para cuidarlos que Amelia,

ella quería a Sandra y no había tenido hijos. Cuando se lo había dicho, él había visto ensombrecerse su mirada, seguro de que había deseado tenerlos.

Sé dio cuenta de que estaba pensando en un futuro en común con una mujer que no sabía si lo aceptaría, ¿y si no lo quería? ¿Sería capaz de ganarse su corazón? Sabía que primero tendría que sanar sus heridas, pero estaba dispuesto a intentarlo, sobre todo porque cada día que pasaba, estaba más convencido de que ella era la otra mitad de su alma.

Sandra se reunió con ellos en la cocina. Iba envuelta en un grueso albornoz violeta que a Adam le trajo a la memoria toda suerte de eróticos recuerdos. Su miraba ardiente la recorrió de arriba abajo.

—Siéntate, te serviré una copa de vino. ¿Tienes hambre? —Amelia se levantó en cuanto ella entró en la cocina—. He preparado crema de marisco y lenguado en salsa.

—Huele de maravilla.

Cuando terminaron de cenar, él buscó entre los CD´s y puso música; el volumen bajo y acariciante. Se sentó al lado de Sandra en el sofá y pasó su brazo por encima de los hombros de ella, atrayéndola hacia su cuerpo.

—¿Te sientes más relajada?

—Sí.

Él la besó en la frente y apoyó la cabeza en el respaldo alto del sofá, cerró los ojos y dejó que la música penetrara en su cerebro, tratando de relajarse del largo día. Sabía que tenía que contarle que habían detenido a Romero, ella respiraría más tranquila; y también lo del accidente de Olga. Dejó pasar unos minutos y supo que si esperaba más se quedaría dormida.

—Amor…, hoy hemos detenido a Romero.

Notó como ella se ponía tensa entre sus brazos. Se apartó de él para mirarlo a la cara.

—Pero con un buen abogado…

—Tenemos suficientes pruebas, aunque seguro que encontraremos más. La investigación no ha terminado.

Ella lo miraba esperando que él le dijera algo más, pero Adam no quería contarle todas las barbaridades que había llevado a cabo ese tipo.

—No vas a contarme nada más ¿no? —Él negó con la cabeza.

—Hay otra cosa, Olga tuvo un accidente.

Ella abrió los ojos como platos.

—¿Qué le ha pasado?

Adam le contó lo que sabía y la tranquilizó diciéndole que se recuperaría. La volvió a atraer hacia él, y los dos se quedaron pensativos por los recientes acontecimientos.

Capítulo 33

A medianoche, Olga empezó a removerse. Juanra había terminado apoyado contra la pared; hacía demasiadas horas que estaba sentado en esa maldita silla. La enfermera estaba comprobando las constantes cuando ella abrió los ojos. Los sentía turbios y pesados; en su campo de visión, solo veía a la mujer vestida de blanco.

—¿Dónde estoy? —Su voz sonó ronca, sentía la boca seca y sus miembros como si los tuviera atados con mil cuerdas.

—Vaya, ya era hora de que despertaras —dijo la mujer alegremente.

Al oír su voz, Juanra estuvo a su lado en una fracción de segundo. Le cogió la mano y se la apretó con suavidad.

Iba a preguntarle que cómo se sentía cuando ella lo dejó helado al decir:

—¿Quién eres tú? ¿Qué me ha pasado? —Gimió al tratar de moverse.

—No se mueva, señorita, ahora mismo aviso al doctor. —La enfermera se dio cuenta de que algo no iba bien.

Cuando Juanra pudo volver a hablar, le explicó que había tenido un accidente. Ella lo miraba como si fuera un desconocido, y el alma se le cayó a los pies.

—¿Qué clase de accidente?

—Te atropelló un camión de reparto.

Ella lo miraba confundida, en sus ojos podía ver cómo trataba de recordar.

Todo lo que él había ensayado que quería decirle apenas ella abriera los ojos se le fue de la cabeza.

Olga se dio cuenta de la extraña mirada de aquel desconocido.

—¿Nos conocemos?

El doctor Morales, al llegar, hizo que la pregunta quedara en el aire.

—¿Cómo te sientes, Olga? Soy el cirujano que te operó. —El médico observaba su reacción mientras le hablaba—. Tuviste un accidente y tuve que operarte un coágulo que te oprimía el cerebro… —los ojos de ella se abrieron como platos—. Tranquila, todo ha ido bien…

—No lo creo —lo interrumpió—. No puedo mover la parte derecha del cuerpo. —replicó asustada.

—Eso será porque intentaste parar un camión con él. —Un atisbo de sonrisa asomó a los labios de Morales—. Tienes el hombro dislocado, el brazo roto, las costillas magulladas y la pierna rota. Por eso no puedes moverlo, porque está escayolado. Además, llevas un collarín por las cervicales, han recibido un buen golpe.

Olga cerró los ojos un momento y soltó un profundo suspiro. Cuando los abrió, se fijó otra vez en el hombre que le había cogido la mano y que aún la tenía entre las suyas.

—¿Nos conocemos? —volvió a preguntar.

Juanra la miró con el corazón en los ojos; al doctor no se le pasó por alto la angustia en aquella mirada.

—Sí, somos compañeros de trabajo… en realidad, algo más que eso.

—Bueno, no te preocupes por eso —dijo el doctor—. Es normal que no recuerdes. Por lo que veo, sufres amnesia, has tenido un trauma muy grande, dale tiempo y tu cerebro volverá a ser el mismo. Ahora que ya estás mejor te subirán a planta. Trata de descansar, más tarde pasaré a verte.

Olga apenas lo oyó, no apartaba la mirada de aquel hombre que le era desconocido. Y se preguntaba por qué su madre no estaba allí con ella. ¿Acaso no la habían llamado? Pero ese pensamiento se le hacía raro, no sabía por qué.

Mientras era llevada a una de las habitaciones en las plantas superiores, llegó Valle y se reunió con Juanra en el pasillo, este le contó lo que estaba ocurriendo.

—No te preocupes, si el médico ha dicho que es normal…

Fueron interrumpidos por el padre de Olga, que les preguntó que cómo estaba su hija. Al decirle que la llevaban a una habitación, al hombre le cambió le semblante. Sus ojos reflejaron alivio y miedo. Juanra se dio cuenta y miró a su amigo, pero este se había dado la vuelta para mirar a una enfermera que pasaba por su lado.

—Valle, este es José Tejedor, el padre de Olga. —Indicó llamando la atención de su compañero—. José, Valle también es compañero de su hija. —Los dos hombres se estrecharon la mano, pero Juanra se dio cuenta de que su amigo lo miraba con una extraña expresión. ¿Qué estaría ocurriendo?

Los tres se dirigieron hacia la planta donde habían instalado a Olga. Los dos compañeros andaban delante con largas zancadas, pero el padre se quedaba atrás, como si no tuviera ganas de ver a su hija. Juanra era muy observador, y algo le decía que allí había algo que no encajaba. Lo normal hubiese sido que el hombre hubiera insistido en estar al lado de su hija mientras ella estaba en cuidados intensivos, pero no había sido así, se había limitado a quedarse en la sala de espera y preguntarle a él cuando había salido. ¿Qué clase de relación tendrían padre e hija?

En cuanto Olga estuvo cómoda, las enfermeras les dijeron que podían pasar a verla, pero que trataran de que la paciente descansara, que no la agobiaran. Aquellas palabras parecieron ser la excusa que esperaba aquel hombre, pues les anunció que sería mejor que se fuera para que ella pudiera descansar, que al día siguiente ya volvería. Juanra frunció el ceño al verlo desaparecer por el pasillo.

—La relación no es muy buena —murmuró Valle ante el ceño de su compañero.

Los dos entraron en la habitación al tiempo que Juanra movía la cabeza, no entendía nada. Ella parecía dormir. Hablaron en susurros durante unos minutos, en el extremo más alejado de ella, para no molestarla. Y luego Valle se fue.

A la mañana siguiente, cuando José llegó al hospital, se encontró con su hija completamente despierta. Juanra había dormitado a ratos en un sillón y tenía cara de necesitar una buena ducha y un café bien cargado. Durante la noche, ella había ido despertando, pero se volvía a dormir en pocos minutos. Cuando se daba cuenta de que estaba despierta, le apretaba la mano sana con suavidad para que supiera que seguía a su lado.

A ella, aquel contacto le era familiar, pero si intentaba recordar, empezaba a dolerle la cabeza, así que cerraba los ojos y volvía a quedarse dormida.

Al ver a su padre a su lado, con expresión ansiosa en los ojos, algo en su mente se removió.

—¿Dónde está mamá?

El hombre se quedó con la boca abierta, no se lo había preguntado en tono de reproche, en la voz de su hija solo había curiosidad. Recordó que la noche anterior le habían dicho que ella había perdido la memoria, pero era evidente que no del todo. Un nudo se le instaló en las entrañas. ¿Qué sería lo que su hija recordaba?

Juanra estaba pendiente de ese hombre, su actitud lo mantenía en estado de alerta. Lo vio removerse nervioso ante la pregunta.

Rosa, la mujer de Nieto, apareció en aquel momento.

—Hola, cariño. —Le dio un beso en cada mejilla—. Vaya susto nos diste, ¿cómo te encuentras? Mi marido vendrá luego.

—¿Nos conocemos? —Fue la respuesta que recibió.

—Oh, Dios mío… —exclamó Rosa mirando a Juanra.

—El doctor nos dijo que irá recobrando la memoria poco a poco, pero que todo está bien.

—Menos mal, me había asustado. —La mujer era un torbellino, y así lo mostró haciéndose cargo inmediatamente de la situación—. Bueno, pues te diré que yo soy Rosa, la mujer de tu compañero Nieto, él no ha venido porque estáis de trabajo hasta las cejas, vendrá más tarde. Pensé que a Juanra… —hizo un gesto con la cabeza hacia él— le vendría bien irse a casa, darse una ducha y descansar unas horas. Mientras, yo me quedaré contigo.

A Olga le estaba cogiendo dolor de cabeza al tratar de entender toda aquella situación. Allí estaba su padre y esperaba que pronto llegara su madre. ¿Por qué aquella mujer decía aquellas cosas sin sentido? ¿Quién sería ese tal Nieto, que había dado a entender que era su compañero de trabajo? Si ella aún estaba estudiando… ¿Es que se habían vuelto todos locos? Se sentía aturdida por todas las preguntas a las que no hallaba respuesta. Empezó a sentirse mareada, y su rostro perdió todo el color.

—Mi amor… —Juanra notó que ella estaba a punto de perder el sentido.

Aquellas dos palabras la traspasaron como un cuchillo caliente en la mantequilla. Lo miró con terror en los ojos al entender que su memoria no solo no reconocía a las personas, sino que se había quedado bloqueada en un momento de su pasado. De ahí el extraño comportamiento de su padre. ¿Qué habría sido de su madre? Solo halló un modo de entender un poco lo que estaba pasándole.

—¿Qué día es hoy? ¿En qué año estamos? —Su voz fue apenas un susurro angustiado. Lo dijo mirando a su padre, aunque al estar inmovilizada apenas podía verle la cara.

Cuando oyó la respuesta a su pregunta, los ojos se le quedaron en blanco y perdió el sentido. Juanra pulsó inmediatamente el timbre para que acudiera alguien.

En unos segundos, médico y enfermera estuvieron allí y desalojaron la habitación.

—Espero que esté contenta —exclamó José encarándose a Rosa. Ella lo miró con dardos en los ojos, ¿de qué la acusaba ese hombre?

—. Su cháchara ha perjudicado a mi hija.

Rosa había hablado con su marido la noche anterior sobre ese hombre, y este le contó que Olga se había marchado de casa para ser policía, que ese era su sueño y que su padre no lo aprobaba. Desde ese momento, la relación había sido nula. De ahí que cuando acudieron al funeral de su madre, él no estuviera al lado de su hija. Le pareció tan atroz que ese hombre hubiera tratado de cortarle las alas a su Olga, que se enfureció. Y ahora ese tipo se comportaba como un padre amante, cuando era tan evidente su incomodidad al hallarse cerca de Olga.

—¿Cuánto tiempo lleva sin hablar con su hija? —Su pregunta dio en el clavo.

José la miró con furia, se volvió y se alejó.

—No es asunto suyo —gritó cuando se paró delante de las puertas del ascensor.

Juanra los miraba a ambos sin saber qué estaba pasando. En el momento en que aquel odioso hombre hubo desaparecido de su vista, Rosa se giró hacia él y le explicó lo que su marido le había dicho. Entonces entendió el extraño proceder de aquel hombre.

Los minutos se hacían eternos mientras el doctor estaba con Olga. La enfermera había salido y les había dicho que todo iba bien, que no se preocuparan, pero para él eso era imposible. No paraba de darle vueltas al extraño misterio que suponía José Tejedor y su hija.

Al cabo de lo que parecieron horas, el médico salió de la habitación. Los dos se le acercaron ansiosos para saber cómo se sentía ella.

—Ahora está más tranquila, solo permitiré que haya con ella una persona. —Los dos asintieron—. No quiero que la fuercen a recordar, todo ocurrirá a su debido tiempo. Para recuperarse, necesita tranquilidad. Respondan a sus preguntas, pero no traten de forzar su memoria.

—Entendido, doctor.

Los dos se pasaron el día acompañando a Olga, a ratos uno u otro, no la dejaron sola en ningún momento. En el transcurso de aquel largo día, Olga le estuvo preguntando a Rosa sobre su trabajo, y ella le explicó anécdotas divertidas que de vez en cuando le contaba su marido. Nada de contarle las frustraciones o los problemas con que se encontraban en muchos casos. Le habló de sus compañeros de trabajo, pero no le habló de Juanra.

Al anochecer, Valle y Nieto fueron a verla. A pesar de que sabían que ella había perdido la memoria, no se abstuvieron de bromear sobre su estado, su humor ácido removió algo dentro de la mente de la convaleciente. Le vinieron imágenes de bromas y risas compartidas, trató de recordar algo más, pero empezó a dolerle la cabeza y desistió. Cuando sus compañeros se disponían a irse, apareció Juanra, que había ido a su casa a darse la tan deseada ducha y a cenar; se quedaría con ella a pasar la noche. Sus amigos, al verlo, le tomaron el pelo como era habitual en ellos.

—Vaya manera de escaquearte del trabajo.

Él les sonrió, pero antes de contestarles, se acercó a Olga y le dio un beso en la frente.

—¿Cómo te sientes, cielo? Supongo que este par no estará molestándote, ¿verdad?

Ella tardó unos segundos en contestar, las muestras de cariño de aquel hombre no le eran desconocidas. En su mente se formó una imagen de él sonriendo endemoniadamente, estaban rodeados de montañas, con más gente, mientras hacían… ¿*puenting*?

—¿Hemos saltado de algún puente? —Él levantó una ceja al tiempo que una sonrisa se dibujaba en su atractiva boca.

—¿Lo recuerdas?

—Son como flases, imágenes…

—Eso está muy bien. —La luminosa sonrisa que acompañó el comentario hizo que otra imagen bombardeara su cabeza. Esa no era apta para contarla en presencia de sus compañeros de trabajo,

su cara se tornó de un rojo subido—. Por el color de tu cara, apostaría a que has recordado algo más.

—Sí.

—Perfecto, cariño. —No quiso preguntar qué había recordado porque tuvo una leve sospecha.

Cuando se quedaron solos, Juanra le dijo que había traído un libro y que si quería, podía leerlo en voz alta para ella.

Olga estaba desconcertada con ese hombre. Por su manera de comportarse, parecía que fuera su pareja, pero solo le habían venido a la cabeza pequeños retazos de recuerdos, y no sabía qué pensar. Ahora lo miraba mientras él le leía. Su voz profunda se había convertido en poco más que un murmullo y sentía cómo se iba relajando.

Olga se quedó dormida escuchando a Juanra.

Él estaba feliz de que ella fuera recordando, no lo hacía con la suficiente rapidez que le hubiera gustado, pero todo llegaría. Era un buen augurio.

Ella pasó la noche durmiendo tranquila. Al despertar por la mañana, vio a Juanra mirando por la ventana de la habitación. Él estaba ensimismado, y ella se recreó en la vista de aquel cuerpo; era como un bruto, todo él músculos, pero cuando la tocaba, la ternura estaba presente en todas las ocasiones. Estaba absorta mirándolo cuando la puerta se abrió y entró su padre.

—Hola, ¿cómo estás, hija?

Juanra se dio la vuelta al escuchar su voz, para encontrarse con que ella miraba a José con los ojos desorbitados.

Aquella voz fue el desencadenante de que Olga recordara, la memoria le vino de repente, con tal fuerza que fue como un choque. Recordó que su madre, a la que había estado esperando, había fallecido. Le vino a la mente la manera de cómo aquel hombre la había tratado, y con ello todo un sinfín de recuerdos, ninguno bueno. Se le llenaron los ojos de lágrimas, y su llanto enfureció a Juanra. En dos largas zancadas estuvo junto a ella, acariciándola y

tratando de que se calmara. En su congoja, ella farfullaba palabras que él no entendía, pero no paraba de pasarle las yemas de los dedos por la cara, haciéndole entender que él estaba allí para protegerla de todo y de todos. Olga tardó un rato en serenarse.

José observaba a aquel hombre, y su amargura subió a límites insospechados, ¡qué distinta habría sido su vida si él hubiese tratado a su esposa con el amor que ese tipo lo hacía con su hija!

Juanra apartó la mirada un segundo de Olga porque un movimiento lo puso en alerta, y vio que aquel hombre estaba allí mirándolos.

—Haga el favor de salir de aquí —le dijo con un murmullo letal mientras se sentaba al lado de Olga, le cogía la mano y le prometía que no permitiría que su padre le hiciera más daño.

José iba a protestar, pero al ver la mirada de aquel hombre, se dio la vuelta y se fue.

Sandra casi se cae de bruces. Cuando iba a llamar a la puerta de la habitación de Olga, esta se abrió y salió un tipo que chocó con ella y la sostuvo en un acto reflejo. La sorpresa de ser cogida de aquella manera hizo que su cuerpo se erizara, se apartó instintivamente al ver la mirada enfurecida del hombre.

Ni siquiera le pidió disculpas, nada; frunció el ceño, siguiéndolo con la mirada.

Al darse la vuelta y encontrar a Olga llorando y a ese hombre tratando de consolarla, se sintió como una intrusa observándolos. No sabía que la agente tuviera pareja, por lo que le extrañó. Se quedó parada en la puerta, dudando en entrar o esperar fuera a que ella se calmara. Juanra la vio y la miró soltando un sonoro suspiro, ¿es que no los podían dejar en paz?

—¿Quién es usted? —preguntó él con cara de pocos amigos; en aquel momento de preocupación por Olga, no cayó en que ya conocía a aquella mujer.

—Soy Sandra. Si no es buen momento, dejo las flores y volveré en otro momento.

Juanra miró a Olga, y esta sorbió por la nariz.

—Sandra… —La voz de la convaleciente sonaba ronca.

No estaba preparada para ver a su amiga tan mal trecha, le cogió las manos con cariño y se disculpó por no haber acudido antes.

—Vaya, me alegro de que me recuerdes, Adam me dijo que padecías de amnesia selectiva… que lo hacías a posta para no aguantar a tus compañeros. —Sandra trató de poner un poco de humor a la situación, y lo consiguió. A Olga, los labios se le estiraron un poco para arriba.

En ese momento, Juanra reconoció a aquella mujer, era la que vivía con la anciana, donde él se había hecho pasar por portero. Le sonrió sabiendo que ella no se acordaba de él.

—Creo que acaba de recuperar toda la memoria. Yo soy Juanra —se presentó a sí mismo, tendiéndole la mano, que ella estrechó—. Ya nos conocemos, aunque no creo que se acuerde de mí.

—No, no lo conozco.

Él soltó una risita.

—Soy el que se hizo pasar por portero en la casa de aquella señora…

Sandra lo miró agrandando los ojos. No se parecía en nada a aquel hombre que le había parecido un pirata.

—No puede ser, él era…

—¿Blanco… morenito? —La risa se le escapaba.

Olga los escuchaba.

—Créeme, seguro que era él. Es un maestro del disfraz.

—Parece increíble. —Sandra lo miraba con una sonrisa y tratando de hallar al portero en aquel hombre que tenía delante.

Juanra, al observar el cambio de humor de Olga en compañía de Sandra, empezó a contar anécdotas de su trabajo que las hizo reír a las dos.

Mientras lo escuchaba, a Olga algo le bailaba en la cabeza, se había dicho algo que le rondaba, pero con los recientes

acontecimientos no lograba recordar. En cuanto lo hizo…

—¡¿Has dicho Adam?! ¡¿Adam Guerrero?! —exclamó Olga con los ojos muy abiertos, interrumpiendo el relato de Juanra.

El tono de las mejillas de Sandra le dibujó una sonrisa en los labios.

—Me ha ayudado mucho. —Por la cara que puso Olga, supo que no le creía—. De verdad.

—Sí, te creo. —Pero era evidente que no.

Sandra desvió la conversación hacia la recuperación de Olga, no quería hablar de sus sentimientos hacia Adam con Juanra presente. Si solo hubiesen estado ellas dos, tal vez le habría consultado a su amiga y podría salir de dudas sobre sus sentimientos.

Capítulo 34

Cuando Juanra y Olga se quedaron solos, ella le contó toda la historia que la había separado de su padre. Él le habló de lo preocupado que él parecía cuando había llegado al hospital, pero ella no quiso escuchar que lo defendiera.

—¿No te das cuenta de que él tiene la culpa de todo?

Juanra se había perdido; que el padre de Olga fuera un cretino, no quería decir que se lo tuviera que culpar de nada.

—¿De qué me hablas?

—Te dije lo que te dije… porque no quería vivir como mi madre.

Él se quedó con la boca abierta.

—¿Me estás diciendo que yo soy como él? ¿Crees que yo te trataría como él trató a tu madre? —No podía creer que ella lo tuviera en tan baja estima.

Ella no respondió, lo miró con el corazón en los ojos, y él pudo ver la angustia que ella sentía.

—Cuando crucé aquella calle, me estaba maldiciendo porque sabía que había echado a perder la única oportunidad de ser… la única oportunidad que me hacía feliz… —Las lágrimas volvían a rodar por sus mejillas—. Te mentí para protegerme.

Juanra le enjuagó las lágrimas con los pulgares, con una suavidad que hizo que brotaran más. Había en su mirada tanto amor, que ella se sintió avergonzada por no haber confiado en él.

—Te amo… te amo tanto que me duele aquí —susurró él apoyando la mano de ella sobre su propio corazón—. Y si alguna vez me comporto como tu padre, tienes mi consentimiento para pegarme un tiro, y lo digo literalmente, sé muy bien que tienes un arma. —Una sonrisa torcida se dibujó en su rostro—. Si te pillan, diles que intentaba atracarte, que te amenazaba o que me habías confundido con un delincuente.

Ella reía y lloraba al mismo tiempo, sus heridas protestaron y acabó haciendo una mueca de dolor. Él levantó su mano sana hacia su boca y la besó con labios reverentes, su boca se entretuvo en la palma y le hizo cosquillas con la punta de la lengua. Ella soltó un suspiro.

Cuando al final de la tarde sus colegas fueron a verla y se enteraron de que había recuperado la memoria, se sintieron felices por ambos, se los veía completamente enamorados. Era evidente por las sonrisas y las miradas que se lanzaban.

Sandra había salido para tomar un poco el aire, estuvo en algunas tiendas y al final de la tarde se fue a ver a Olga. Allí se encontró con su antiguo equipo y, como era habitual en ellos, estuvieron bromeando sin cesar. Ella los echaba de menos, sus actuales agentes no eran lo diligentes que eran estos.

Adam llegó con un gran ramo de flores para su convaleciente compañera. Al encontrarse con Sandra, no lo dudó ni un instante y le dio un beso en la boca ante la mirada satisfecha de sus amigos.

Una mañana, Andrés Cruz llamó a Sandra a su despacho y le contó lo que había ocurrido con Romero; él mismo se había encargado de que no hubiera fianza para ese desalmado, y cuando se celebrara el juicio, se aseguraría de que terminara los días en la cárcel; tenían pruebas suficientes para hacerlo.

Como Adam la había mantenido en la más absoluta ignorancia de lo que iban descubriendo, a ella no terminaban de encajarle los datos que tenía. Le preguntó a su jefe dónde había estado escondido ese hombre desde su desaparición del avión hasta los primeros datos que tenían de él, cinco años atrás. El fiscal le contó que lo habían rastreado hasta París, donde el tipo había fundado una empresa junto a otro presidiario, que era quién le falsificaba todos los documentos que le hacían falta. También le contó que cinco años atrás, por lo visto, alguien lo había reconocido, y él viajo hasta Barcelona con identidad falsa y se organizó una nueva vida.

Al fin podía respirar tranquila. Con lo que le había contado su jefe, supo que ese monstruo no volvería a ver la luz del sol más que desde el patio de la cárcel.

Aquella noche, al reunirse con Adam, le dijo que el fiscal le había contado todo lo referente al caso Romero, y se sentó en el sofá, con la mirada perdida.

—No me siento como esperaba.

—¿Cómo te sientes?

Ella se quedó pensativa unos segundos.

—Indiferente, igual que cuando he encerrado a otro delincuente. Mi mente me dice que es otro menos circulando por las calles… que las mujeres están más seguras.

—¿Cómo esperabas sentirte?

—No lo sé. Es como si todos estos años hubiese estado esperando a verlo por la calle, al doblar una esquina. Ha sido una sombra que he llevado pegada a mí, dispuesta a atacarme en cualquier momento.

—Bueno, pues eso no pasará.

Adam sirvió unas copas de vino para ambos y se sentó a su lado.

—No.

—Ahora puedo responder a tu pregunta —terció Adam muy serio.

Ella no sabía de lo que le hablaba.

—¿Qué pregunta?

—La que me hiciste el día que nos conocimos. —No recordaba haberle hecho ninguna. Él pudo verlo en sus ojos—. Me preguntaste que si aquí los jueces interpretaban mejor las leyes… —Entonces ella recordó la conversación que habían tenido, asintió con la cabeza, sin separar la mirada de sus ojos. Él no pudo seguir manteniendo la distancia que lo separaba de ella, la cogió por la cintura y la sentó sobre su regazo. Hubo un momento de desconcierto cuando ella contuvo el aliento ante la cercanía. Ese hombre la hacía sentir segura. Soltó el aire y esperó a que él le dijera lo que le estaba pasando por la cabeza—. Aquí los jueces son más coherentes.

—Solo has llevado un caso, no puedes saberlo. Además, que fuera el fiscal titular quien lo ha representado pesa mucho.

—De acuerdo, quizás tengas razón —asintió él haciendo una mueca.

Ella le sonrió, le gustaba debatir con ese hombre.

—Esa respuesta me la podrás dar… dentro de varios años, quizás necesites muchos para ver dónde se aplican mejor las leyes. Sin embargo, yo sigo creyendo que el problema no está en los jueces. —Adam la miró levantando una ceja—. A mí se me considera muy exigente, estoy segura de que tus compañeros te advirtieron sobre mí antes de que nos conociéramos. No voy a ver al juez hasta que tengo todas las pruebas, nunca presento nada a medias.

—¿Me estás diciendo que el problema está en los investigadores? —La miró levantando una ceja.

—Puede ser.

Adam lo pensó durante unos segundos, y tuvo que admitir que podía tener razón.

—Es posible, a veces los árboles no nos dejan ver el bosque. Nos basamos en pruebas circunstanciales, y con un buen abogado, el caso se desmorona.

Ella asentía con la cabeza, dándole la razón.

Sandra, durante esos días en los que él se había volcado en la investigación y la había mantenido en la más absoluta ignorancia de lo que estaba descubriendo, tuvo tiempo de pensar en lo que él estaba haciendo. La estaba protegiendo. Se había dedicado a pensar en ello bastantes horas. Siempre se había convencido de que no necesitaba de ningún hombre a su lado, que ella sola se bastaba. Pero qué agradable era que alguien se preocupara por una. En el pasado, había tenido a Lisa, y las dos se habían dado apoyo en los peores momentos. Ahora que la anciana ya no estaba, lo tenía a él. En un principio, le pareció egoísta por su parte, hasta que se dio cuenta de que lo amaba.

Él había despertado su cuerpo, la respetaba, había luchado contra sus fantasmas y había vencido; la trataba como un hombre a su mujer. Siempre se había sentido a gusto con él. Era algo más que sentirse bien. Cuando no estaban juntos, pensaba en él continuamente. Y cuando lo veía y sabía que se acercaría a besarla, su estómago parecía encogerse esperando ese beso, y su corazón parecía palpitar al doble de su velocidad cuando sus labios, o alguna otra parte de sus cuerpos, se rozaban.

Sandra deseaba decirle que lo amaba. Sabía que él sentía lo mismo por ella, se lo había demostrado de mil formas distintas. Quería hablarle de un futuro en común, pero no encontraba las palabras. Se levantó de su regazo esperando que la retuviera, pero él no lo hizo.

Adam pensó que ella necesitaba más tiempo para relajarse del todo junto a él. Había visto una extraña mirada cuando ella se había separado de él. Esperaría todo el tiempo que fuera necesario.

Mientras Sandra revisaba unos expedientes que se había llevado a casa, él estuvo mirando el canal de deportes. Sandra lo observaba desde su posición, la mesa quedaba detrás de él, y podía mirarlo sin que se diera cuenta. ¡Qué atractivo era! Bastaba con que lo mirara para sentir estremecimientos en el estómago. Esa noche se sentía extraña, quería sentir los fuertes brazos de Adam rodeándola, quería que él le hiciera vivir todo el amor recién descubierto. Estaba visto que esa noche no iba a avanzar mucho con los expedientes. Cerró el maletín y, sin decir nada, se fue a preparar el baño. Era algo que él siempre hacía por ella, y esa noche pretendía no estar sola. Llenó la bañera con sales aromáticas, encendió unas velas que resplandecían en las paredes de baldosines pintados a mano, se desnudó y, cuando estuvo sumergida en el agua, lo llamó.

Adam, al oírla, fue a ver qué quería. La puerta del baño estaba entreabierta, asomó la cabeza y la visión lo dejó sin aliento. Ella le sonreía con sensualidad. Su miembro, que no había quedado en reposo después de que la tuviera en el regazo, se sacudió dentro de sus pantalones. Sandra vio el asombro en los ojos negros.

—¿Te importaría frotarme la espalda? —Su voz convertida en un susurro seductor.

Los pies de Adam parecían haber echado raíces. No obstante, se obligó a decir:

—No seré capaz de detenerme en la espalda.

—Eso espero —susurro ella con las mejillas arreboladas.

La sonrisa que él le dedicó la hizo estremecer. Adam veía como ella trataba de luchar contra la timidez al invitarlo a que se bañaran juntos. Los dos sabían que ninguno se conformaría solo con el baño. Se empezó a desabrochar los botones de la camisa lentamente, pero cuando vio la mirada de ella que seguía todos los movimientos de sus manos y como se humedecía los labios, la urgencia lo dominó y en cuestión de segundos estaba tan desnudo como cuando vino al mundo.

Se metió en el agua perfumada, la levantó y la sentó sobre su regazo. Ella, al sentir el calor abrasador que desprendía aquella piel, cubierta de un suave vello, se acurrucó en sus brazos como una gatita mimosa. Lo que vino a continuación fue maravilloso. Adam la amó, la adoró y la hizo vibrar con cada una de sus caricias.

—Te amo —susurró Sandra medio adormilada sobre el duro cuerpo de su hombre.

—Yo también te amo —murmuró él demasiado saciado para moverse.

Cuando él la cogió en brazos y la llevó a la cama, ella se aferró a él no queriendo soltarlo jamás. Había encontrado el amor y no pensaba dejarlo ir nunca. Él era su baluarte, su paladín, había luchado contra sus fantasmas y salido vencedor.

A Olga la mandaron a casa a recuperarse de sus huesos rotos. Juanra se había trasladado a vivir con ella, en su pequeño y moderno *loft*. Y en el transcurso de su recuperación descubrieron un amor y pasión que sorprendió a ambos por igual. A ella porque nunca había creído que pudiera existir, siempre había dado por

sentado que el romanticismo era obra de los guiones de las películas, que no existía realmente. Y a él, porque, como siempre se había tenido que sacar a las mujeres de encima, no creía en el verdadero amor que ahora sentía por su mujer. Porque ahora ella era *su* mujer, estaba seguro de eso. Nunca había sentido nada remotamente parecido a lo que ella le hacía sentir. Cuando estaban separados, no se la podía sacar de la cabeza, o mejor dicho del cuerpo; los latidos de su corazón se aceleraban con solo pensar en ella.

Había reinventado el amor. Cada noche se lo demostraba con su cuerpo. A pesar de la escayola, él había encontrado diferentes formas de hacerle el amor. Y cuando yacían saciados y felices, uno junto al otro, hablaban de sus sueños y sus anhelos. Querían hacer realidad todos y cada uno de ellos.

Cuando ella le habló de los hijos que le gustaría tener, él la miró asombrado. Cuatro, le había dicho… cuatro…

—Sí, me gustaría tener dos niños y dos niñas.

Él soltó una carcajada.

—¿Y si son todos niños?

Ella lo miró con la frente arrugada.

—¿Seguiremos buscando a las niñas?

La hilaridad que había provocado su sueño la molestó.

—¿Y si son todo niñas?

Él volvió a reír. La tenía apoyada contra su pecho y sus carcajadas hacían que ella sintiera hasta en los huesos las sacudidas de su pecho. Cuando al fin pudo controlar su risa, resiguió las facciones queridas de su rostro con la yema de los dedos.

—Mi amor, por mí podemos tener todos los hijos que tú quieras, me da igual que sean niños o niñas, los querré con todo mi corazón, igual que quiero a su madre. —La besó en la punta de la nariz y en la frente para que dejara de arrugarla.

Olga levantó la cara para besarlo en la boca; su respuesta le había llegado al alma. Ese hombre la hacía feliz, lo amaba. En ese

momento de dicha, se imaginó los hijos que tendrían, serían preciosos, con un padre tan guapo… no tenía duda de que sus hijos serían hermosos.

—¿A qué ha venido eso de los hijos? —le susurró él al oído mientras le hacía cosquillas con su lengua en aquella porción de piel tan sensible que le arrancó un suspiro de placer.

—Me hubiera encantado tener hermanos —murmuró Olga entrecortadamente, las caricias le estaban haciendo perder el hilo de la conversación—. Quiero que nuestros hijos tengan con quien jugar, o pelearse, con quien puedan tener secretos y con quien hablar de sus problemas.

Juanra dejó de hacerle cosquillas cuando escuchó sus palabras. Tenía entre sus brazos a una mujer magnífica. La miró a los ojos, aquellas preciosas profundidades marrones con motitas verdes, los tenía brillantes por los juegos amorosos que estaban manteniendo.

—Cariño, estoy deseando poner en tus brazos a nuestros hijos. Con una madre como tú, no dudo de que serán los niños más afortunados del mundo.

Y en aquel momento, se dispuso a hacerle el amor. Esperaba que muy pronto empezaran a llenar la casa de pequeños morenitos con los ojos de su madre.

EPÍLOGO

Romero no tardó en juntarse con lo peorcito de sus compañeros de cárcel. No había pasado ni un mes de encierro, cuando el líder de los matones apareció acuchillado en el patio. Nadie había visto nada, nadie había dicho nada. Pero a partir de aquel momento él se declaró el nuevo líder. Volvía a ser Pablo Camacho Ariel, al que nadie daba órdenes. El cabecilla del grupo más peligroso de la institución penitenciaria.

Muy pronto se puso al día de cómo funcionaban las cosas en aquella cárcel, y trazó un plan de fuga. Había varios funcionarios que no tenían escrúpulos, que eran sobornables, y él se había aprovechado de ellos para hacerse con unos planos de la prisión. Sabía los horarios de los camiones de reparto que les traían los víveres y los turnos de los agentes de vigilancia. Lo que no sabía era que entre ese grupo variopinto de delincuentes, que lo rodeaban y le bailaban el agua, había uno condenado por haber matado al violador y asesino de su mujer.

Lo llamaban Culebra. Cuando había una pelea entre reclusos, parecía que estaba en todas partes. Era un tipo alto y desgarbado, con las piernas muy agiles, igual que sus puños, y era escurridizo como una serpiente. Nunca habían podido acusarlo de pelearse con nadie, a pesar de que había provocado numerosas escaramuzas. Era inteligente y siempre parecía saber dónde estaba cada cual, daba lo mismo que fueran presos o los funcionarios.

Culebra no siempre había sido un mal tipo. Era un hombre felizmente casado, enamorado de su esposa, que trabajaba en un almacén de productos químicos. Una noche había llegado a su casa y se encontró con la policía; habían violado a su esposa, que estaba esperando su primer hijo, y luego la habían matado. Todo su mundo se derrumbó. Ya no volvió a ser el mismo. A partir de ese momento, su única meta fue encontrar al tipo que le había hecho aquello a su

esposa. Se juntó con toda clase de maleantes, convivió con drogadictos, con ladrones y con asesinos. Hasta que encontró al fulano que había acabado con todos sus sueños. Se hizo amigo de él, le hizo creer que eran como almas gemelas, que a los dos les gustaba lo mismo, y cuando logró que aquel sujeto le confesara lo que había hecho, lo atrajo hacia unos viejos almacenes, sacó un enorme cuchillo que llevaba escondido en la bota y lo castró. El tipo no paraba de chillar, pero allí nadie podía oírlo. Mientras, él se sentó en un viejo cajón y esperó a que se desangrara. A la mañana siguiente, unos guardias de seguridad lo encontraron al lado del cadáver, y confesó lo que había hecho.

Sabía que había traspasado la línea entre el bien y el mal, que iría a la cárcel, pero no dejaría que nadie en lo que le quedaba de vida supiera lo que había sufrido. Desde el primer día de prisión, supo que allí no resistiría si no se comportaba como un tipo duro, y eso era lo que hacía. Sobrevivir.

Cuando se enteró del por qué estaba allí Camacho, y al verlo fanfarronear de lo que había hecho, no pudo evitar ponerlo en su punto de mira. Aquel hombre había hecho sufrir a numerosas mujeres, igual que le había ocurrido a la suya. Y no merecía vivir. Lo vigilaba como un halcón, sin que se diera cuenta, esperando el momento apropiado. Enseguida se percató de sus planes de fuga; dejaría que se confiara. Veía cómo, día a día, iba preparándose para salir de allí. Les hacían hacer turnos para cargar y descargar camiones, así pensaba largarse. Lo tenía todo preparado. Al día siguiente, Camacho pretendía esconderse entre la basura del camión que se llevaba los residuos. Bien, él estaría allí para ayudarlo.

Camacho había calculado el tiempo que tardaban las cámaras de seguridad en hacer todo el recorrido, sabía el momento exacto en que los guardias se iban a tomar un café con el conductor; tenía varios segundos para trepar al camión, en los que las cámaras y los guardias no le prestarían atención.

A la mañana siguiente, Culebra cogió el destornillador afilado como un picahielos, que tenía oculto en una grieta de su celda, y lo

escondió en el interior de su manga, ajustándolo a las ranuras que él mismo se había cosido allí para que no se le cayera.

Había ocho presos cargando el camión. Cuando Camacho trepó por el lateral y se dejó caer entre los escombros, Culebra no lo dudó ni un instante y fue tras él.

—¿Qué estás haciendo? —murmuró Camacho al verlo—. Se darán cuenta de que faltamos dos y se pondrán a buscar, nunca saldremos de aquí —susurró con furia. Aquel idiota echaría sus planes a perder.

—No te preocupes, solo quería despedirme —replicó sacando el destornillador.

—Te has vuelto loco. ¿Qué estás haciendo? ¿Qué pretendes? —Su voz se había convertido en un graznido.

Una carga de basura cayó sobre ellos, pero Culebra estaba preparado y se mantuvo en pie. A Camacho lo tumbó un saco lleno de desperdicios de cocina, lo que el reo aprovechó para amordazarlo con un trapo desechado. Los ojos de aquel tipo iban a salírsele de las órbitas. Trató de levantarse cuando fue tumbado por un fuerte golpe en la mandíbula que lo dejó aturdido. Culebra aprovechó para clavarle el arma en los testículos y tirar hacia arriba. La herida que había provocado había hecho perder el sentido a Camacho, y él se benefició de ello, cortó aquella parte que usaba para maltratar a las mujeres, la tiró entre los escombros y saltó del camión.

Mientras ayudaba a sus compañeros a terminar de cargar, uno se dio cuenta de la suciedad que lo manchaba y el fuerte olor a basura. Él le dijo que no hiciera comentarios estúpidos, puesto que estaban cargando residuos.

Culebra intuía que Camacho no moriría de las heridas que le había hecho. Sabía las horas que tardaría en morir desangrado, seguro que antes de que eso sucediera ya se habría delatado a sí mismo chillando como una vieja.

Adam estaba tecleando en el ordenador cuando sonó su teléfono. Era Andrés Cruz, el fiscal, para decirle que Camacho estaba en el hospital. Al contarle las heridas que tenía, él no pudo evitar sentir que había habido alguna clase de justicia poética. Le preguntó si lo necesitaba para algo, a lo que el fiscal le respondió que no, que ya tenían a varios agentes custodiándolo.

Un mes más tarde, Adam se encontró con el fiscal en la oficina y le preguntó que cómo había terminado el asunto. Este le contó que una semana atrás lo habían devuelto al penal y que el mismo día se había puesto en una refriega en la cual había muerto apuñalado.

Unos meses más tarde

A Sandra, los casos que ahora llevaba no la llenaban. Había pasado casi un año llevando casos de atracos, estafas y asesinatos. Era brillante y los ganaba todos. Pero no terminaba de encontrarse a gusto con sus nuevos compañeros; siempre se quejaban cuando ella les exigía más pruebas, que investigaran más a fondo los casos.

Echaba de menos a sus antiguos compañeros, claro que ahora Olga no trabajaba, había pedido una excedencia para cuidar de los gemelos que había tenido dos meses atrás. Ella y Juanra estaban pletóricos de felicidad con sus niños, y los habían sorprendido a todos al anunciarles que pensaban ir a por las niñas en no mucho tiempo. Querían criarlos a todos juntos para que fueran hermanos, amigos y cómplices.

Estaban Valle y Nieto, en los que confiaba plenamente, Juanra, que los ayudaba en algunas ocasiones, y por supuesto Adam, por quien había perdido el corazón.

Cuando en el pasado lograba que se encerrara a un violador, se sentía satisfecha por haber ayudado a una o más víctimas al tener la certeza de que estaba limpiando las calles de monstruos desalmados.

Creía en la justicia, y aunque deseaba que no hubiera violadores sueltos, era realista y sabía que siempre los habría. Además…

demasiado a menudo había escuchado lo de «ella se lo ha buscado», «si las mujeres no se vistieran así…». ¿Es que las mujeres no tenían los mismos derechos que los hombres? ¿Es que no podían vestirse como les diera la gana?

Las mujeres no iban por ahí violando a los hombres por mucho que ellos las provocaran. ¡El mundo no era justo! Y, mientras tanto, alguien tenía que ocuparse de que los violadores estuvieran entre rejas.

Después de varios días dándole vueltas en su cabeza, Sandra decidió que quería volver a su antiguo departamento. Con sus compañeros, que la conocían y sabían cómo debían llevar un caso.

Antes de decírselo a Andrés, lo quería hablar con Adam. Él se había convertido en su hombre, su amigo, amante y confidente. Y muy pronto, en el padre del hijo que estaba esperando. Nunca había sido tan feliz en su vida, ni mucho menos pensar en que encontraría la felicidad al lado de un hombre. Siempre había creído que terminaría viviendo sola, quizás con alguna mascota. Se había imaginado que viviría como Lisa, que, cuando fuera mayor, alquilaría una habitación a alguna joven estudiante. Pero había encontrado a un hombre que, en un abrir y cerrar de ojos, se había ganado su corazón. Y se sentía muy feliz por tenerlo a su lado.

Cuando aquella noche se sentaron a cenar, él le preguntó qué le pasaba, la había estado observando y sabía que algo le rondaba por la cabeza.

—Quiero volver a mis antiguos casos.

Él hacía tiempo que se lo esperaba. Se daba cuenta de que ella no estaba satisfecha con el trabajo que ahora llevaba a cabo.

—Me parece bien.

Sandra había esperado que él tratara de convencerla de que no lo hiciera; lo miró alzando una ceja castaña. Una expresión que él adoraba. Adam le sonrió al tiempo que le acariciaba la mano que ella tenía sobre la mesa.

—Hace tiempo que sabía que llegaríamos a este momento.

—¿Tan transparente soy? —exclamó ella con algo parecido a trastorno en la mirada.

—No, cariño, hay que conocerte para darse cuenta de que no te sientes a gusto con esos casos que ahora llevas.

—¿Entonces?

—Eres suficientemente mayorcita para tomar tus propias decisiones, y yo siempre estaré a tu lado para apoyarte. Lo único que te pido es que si esos casos te trastornan… —Le acarició la tripa, que ya había empezado a crecer.

—No haría nada que pudiera perjudicar a nuestro hijo.

—Eso ya lo sé, mi amor. Lo que intentaba decirte es que te lo tomes con tranquilidad. Si sientes que te afectan demasiado, déjalo en manos de otro.

—Si eso pasa, me quedaré en la oficina. Hay mucho papeleo que hacer antes de llevar un caso ante el juez —susurró acariciándose la tripa donde crecía el hijo de ambos.

Adam la atrajo hacia él y, acunando sus mejillas entre sus grandes manos, la besó con amor, adorando cada suspiro que a ella se le escapaba. Demostrándole, sin lugar a dudas, que sería su soporte hasta el fin de sus días.

Agradecimientos

Quería agradecer a la familia SelecciónBdB, a tod@s l@s compañer@s (esas arrobas son porque también hay hombres). Por el apoyo, los consejos, la generosidad y la gran amistad que he encontrado entre ellos. Por la gran piña que estamos formando.

No quiero olvidarme de los orígenes, RNR, donde los sueños empezaron a tomar forma.

Sin olvidarme de Lola Gude, quien siempre está al pie del cañón.

Y a tod@s l@s lector@s, l@s que dedican su tiempo a leer, a darle una oportunidad a mis novelas.

Nota de autora

Como siempre, espero que paséis un buen rato con esta novela. Y me gustaría saber vuestras opiniones.

Facebook: María Antonia Ariño Parra

Twitter: @MarianArpa15

Instagram: marian_arpa

Si te ha gustado

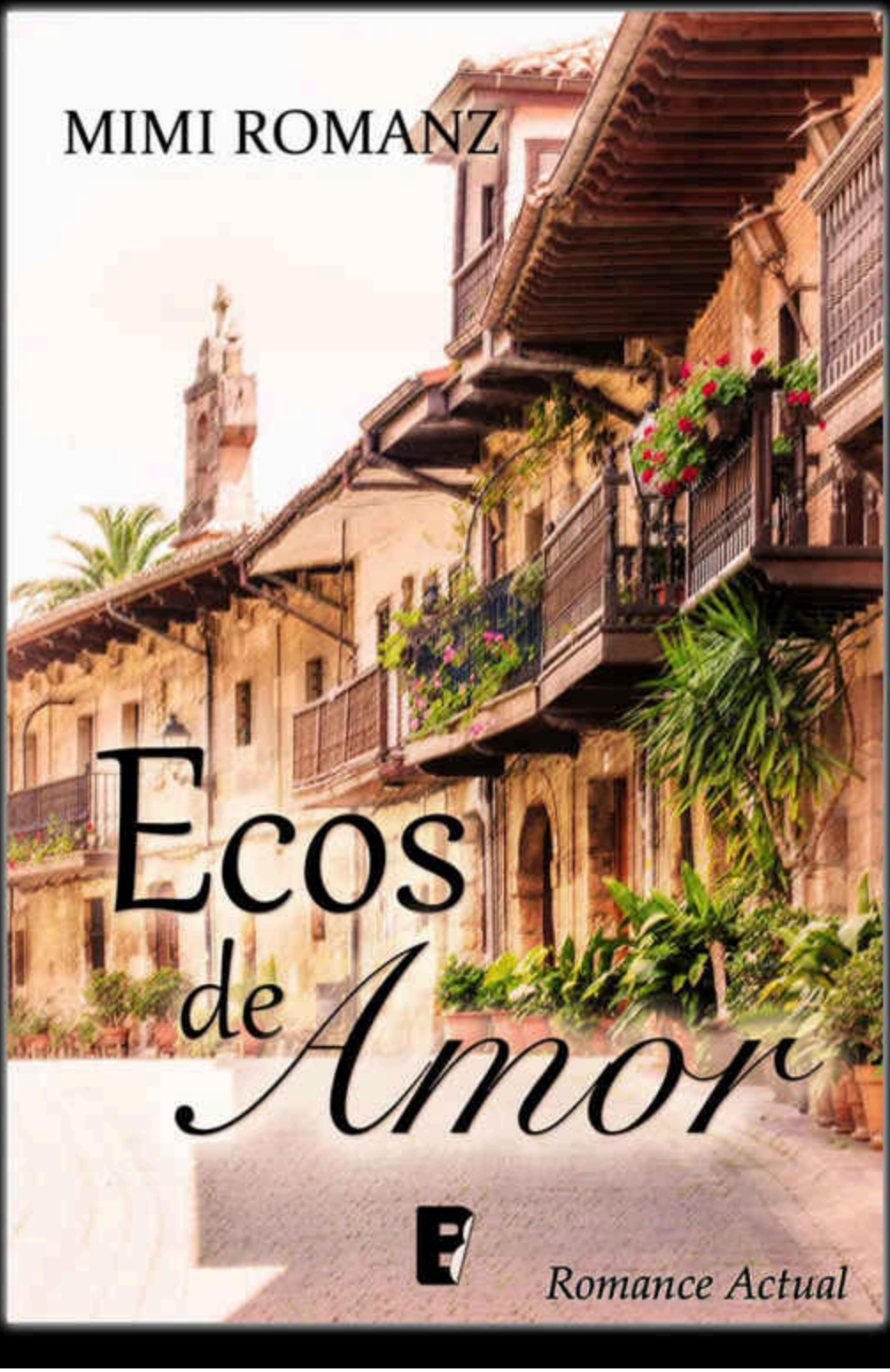
Luchando contra sus fantasmas

te recomendamos comenzar a leer

Ecos de amor

de Mimi Romanz

Selección RNR



MIMI ROMANZ

Ecos de Amor

Romance Actual

Capítulo 1

—¿Qué? —Carla abrió grande los ojos ante las palabras que acababa de expresarle su amiga—. ¿Acaso te volviste loca? No. No pienso hacerlo, ni lo sueñes. —Cruzó los brazos sobre el pecho y frunció el ceño al mismo tiempo que enfatizaba su negativa con la cabeza.

—Eres la mejor en el tema, Carla. ¿Quién más podría ayudarle? ¿Yo? —Almudena imitó su gesto y se paró frente a ella para detener sus pasos—. Vamos, no veo por qué no puedes hacerlo.

Carla la fulminó con la mirada. Sí, solía jactarse de que lo era, pero lo que Almudena pretendía que hiciera podía poner en jaque aquello que venía planificando desde hacía tiempo.

—Vale —aceptó su amiga—. Pero podrías hacerme el favor a mí, ¿no?

Cerró los ojos en un gesto cansino y resopló. «Lo que me faltaba», pensó. Esa jugada era digna de ella, que sabía que no podía negarse a nada que le pidiera.

—¿A ti? —Intentó hacerse la desentendida, aunque estaba segura de que no le serviría de nada.

—¡Ja! Muy graciosa. De más está que te recuerde que estoy loca por Rodrigo. Anda, ayúdame. Mientras tú le das clases a Julio, yo puedo entretener a su amigo. —Le guiñó un ojo.

Carla se retiró las gafas y frotó los cristales con la parte baja de la camisa que llevaba puesta, los levantó para mirarlos a contraluz y volvió a ubicarlos sobre el puente de su nariz. Lo haría, aun a costa de saber lo que ello implicaba, pero quería hacerla rogar un poco.

—Por favor, por favor, por favor —suplicó Almudena juntando las manos.

—Está bien —dijo al fin—, sabes que no puedo decirte que no, pero que conste que me debes un favor, y uno muy grande.

Almudena soltó un grito de alegría y la abrazó efusivamente.

—Pero que quede claro que será de acuerdo a mis horarios. Si no puede, lo lamento —sentenció.

—Lo que tú digas. Eres la mejor amiga en todo el mundo. Voy derechito a contarle a Julio.

Carla no tuvo opción a nada, su amiga apenas se despidió y, rauda, desapareció de su vista y la dejó sola. Se acomodó la mochila en el hombro y se encaminó a la parada del autobús para regresar a su casa. Como siempre, no prestó atención a nada ni a nadie, pero el «sí» que le había dicho a Almudena no la dejaba mantener la mente en otra cosa. No se caracterizaba por ser tímida, pero darle clases a uno de los chicos por el que más de una chica suspiraba —y ella no era la excepción—, tenía que reconocerlo, la ponía un poco nerviosa.

Suspiró con resignación antes de entrar a su casa, ya no había vuelta atrás y debía acomodar sus horarios para pasar unas horas con Julio, seguramente, en la biblioteca, porque no deseaba tener un encuentro con él en ningún otro lugar que no fuera ese, y siendo que tanto Almudena como Rodrigo y Julio también vivían en Cartes, sabía que esa era la mejor opción.

—¡Llegué! —gritó al traspasar la puerta, para que su madre estuviera al tanto, y subió las escaleras directo a su habitación. Se descalzó incluso las medias; adoraba sentir la piel sobre el frío suelo, y más cuando el calor comenzaba a hacerse notar. Tiró la mochila sobre la cama, se deshizo de la chaqueta y se cambió el vaquero por un pantalón corto. Lista para la merienda, bajó y se dirigió a la cocina.

—Hola, peque —saludó a su hermana menor, Dara, que ya estaba sentada a la mesa con un tazón de cereales frente a ella. Esta le respondió apenas meneando la cabeza, concentrada en el cómic que tenía entre manos.

—¿Qué tal tu día, cariño? —La voz de su madre sonó detrás de la puerta vaivén que separaba la cocina del comedor.

—Normal —mintió, no le iba a contar sobre la ayuda que debía brindarle a Julio; no era que no quería hacerlo, pero prefería mantener justo esta en silencio. Su madre la conocía muy bien y, con solo una mirada directa a sus ojos, podía descubrir todo lo que ocurría en su interior—. Nada nuevo ni interesante. Siendo el año final de instituto, parece que todos están más relajados, aunque, claro, siempre están los rezagados que piden un empujón a último momento.

—¿Quién lo hizo en esta ocasión? —Su madre entró al comedor con una bandeja en las manos.

Carla se reprochó a sí misma; su boca había hablado de más.

—Eh… un conocido de Almudena —dijo, y cogió una taza para servirse leche y evitar el tema—. ¿Me pasas el chocolate, por favor?

A su madre no le pasó desapercibido el cambio en su hija. Era común que ayudara a otros compañeros, ya fueran de su mismo curso o de otros, y solía nombrarlos a todos; de hecho, tenía un registro de cada uno en un cuaderno, cual profesora que pasaba lista y ponía notas. Le alcanzó el frasco y se la quedó observando.

—¿Y no tiene nombre ese chico? Porque es raro que no lo digas.

Carla tragó saliva; de repente, no tenía palabras para argumentar lo que quería ocultar, mas algo le saldría.

—Supongo que sí —señaló sin apartar la vista de la taza—, pero Almu solo me dijo que es un amigo de Rodrigo, ya sabes, el chico del que está locamente enamorada.

—Ahora entiendo —comentó su madre—. Mientras tú le das clases, ella entretiene a Rodrigo.

Carla levantó la cabeza, ¿era bruja acaso? Eso mismo le había dicho Almudena.

—No me mires así, hija, es entendible. Además, ¿a quién le van a pedir ayuda si no es a la mejor alumna? Estoy muy orgullosa de ti, cielo.

—Gracias, mamá. —Carla respiró aliviada y volvió a centrarse en su taza. Por suerte, su madre zanjó el tema, o eso le pareció, y pasó

a amonestar a su hermana menor por tener la nariz tan metida en la revista.

De vuelta en su habitación, sacó los cuadernos de la mochila, junto a su agenda, y se sentó en la cama. Puso un almohadón sobre sus piernas cruzadas y apoyó la espalda en el cabecero. Tenía que planificar sus horarios y, mal que le pesara a Julio, iba a tener que conformarse con que le diera una sola clase a la semana, al fin y al cabo no era al único al que debía ayudar.

A la mañana siguiente, cuando llegó al instituto y divisó a Almudena, sintió que las piernas se le aflojaban, ya que su amiga estaba acompañada por Rodrigo… y Julio. Su corazón latió frenético, sin embargo, demostró la estabilidad e indiferencia que solía anteponer ante todos los chicos.

—Hola —los saludó en cuanto estuvo frente a ellos.

Los tres respondieron al unísono, y Julio continuó hablando:

—Gracias por la ayuda que me darás. —Le dedicó una sonrisa radiante, de esas que lograban derretir a todas las chicas.

—No es nada. Espero que puedas los miércoles a las cinco de la tarde, es el único horario que tengo disponible —le dijo de forma seca mientras su mente no dejaba de repetir «ojalá que no, ojalá que no», y su interior se descontrolaba por su gesto.

—Me viene perfecto. ¿En tu casa o en la mía? —le preguntó.

—En la biblioteca —respondió—. Y sé puntual, si llegas tarde, no me encontrarás.

—Allí estaré en hora, te lo aseguro. —Le guiñó un ojo, le dio las gracias y se marchó jovial junto a su amigo.

Almudena se la quedó observando y frunció el ceño antes de hablar:

—¿Me puedes decir qué es lo que te pasa? ¿Acaso estás loca, Carla?

—No sé de qué estás hablando.

—De que vas a dejar pasar la mejor oportunidad que puedes tener si no abres los ojos. Creo que le gustas a Julio.

—Déjate de tonterías, Almu, eso no es verdad. Ya es hora de entrar, y sabes que detesto llegar tarde.

Su amiga bufó, pero la siguió y se puso a la par. Tal vez Almudena tuviera razón, pero no quería hacerse falsas ilusiones. Por otra parte, estaba decidida a terminar el instituto con honores y meterse de lleno en su futura carrera. No podía permitir que nada se interpusiera en su camino, y eso significaba también que ningún chico fuera un obstáculo, sin importar que uno ya hubiera tocado su corazón.

***

Julio no podía estar más feliz, y su amplia sonrisa así lo demostraba. Había conseguido que Carla le hablara, lo cual ya era un gran paso después de casi tres largos años sin animarse a acercarse a ella. Sí, podía ser que fuera uno de los chicos por los que más de una chica suspiraba, pero él solo tenía ojos para Carla. Lo había hipnotizado con su indiferencia y su vista siempre perdida en algún libro. Y aunque era cierto que solía pasearse con alguna compañera, solo lo hacía para ver si ella se dignaba siquiera a mirarlo. Pero no, Carla no daba muestra de registrar su presencia. Pensó que, tal vez, no fuera de su tipo, sin embargo, estaba seguro de que no era así. Rodrigo, quien había comenzado a sentir algo por Almudena, no había dudado en ayudarlo a saber más sobre ella. Cada vez que entablaba una conversación con Almudena, intentaba que los cuatro salieran a bailar o a tomar algo, en plan amigos, claro. Pero ella siempre respondía lo mismo, que no estaba interesada y que tenía mucho que estudiar.

Casi desistió de seguir buscándola, mas era perseverante y cabeza dura, por lo que no lo hizo. A menos que ella le plantara que no quería saber absolutamente nada con él, no bajaría los brazos. Y

así fue como se le había ocurrido la idea de ser uno de los tantos jóvenes a los que solía ayudar. No era que la necesitara realmente, podía decir que sus calificaciones estaban apenas por debajo de las de ella (sí, las sabía gracias a Almudena), pero era la única opción que tenía para lograr llegar a Carla. La palabra estudio era infalible para que ella no pudiera decir que no.

Y allí estaba él, frente a la biblioteca y diez minutos antes de lo que habían acordado. No le importó que su amigo le recriminara el que no asistiera a la práctica de fútbol ni que se marchara antes de terminar la jornada escolar. Ni bien sonó el timbre de salida para el almuerzo, cogió sus pertenencias y se largó a su casa; quería poder ducharse y regresar sin contratiempos.

Su rostro se iluminó cuando divisó que Carla se acercaba. Estaba hermosa, y no podía dejar de observarla. Vestía un jean algo gastado, una camisola suelta y una cazadora encima. De su hombro colgaba la mochila que, imaginaba, estaba cargada de cuadernos y libros, y en una de las manos, otros tantos se aprisionaban contra su pecho. Su cabello, como solía ser, estaba atado en una cola de caballo, y ante sus ojos y bajo el flequillo, la montura roja de sus gafas le daba ese toque de intelectual que tanto adoraba en ella.

Podía ser un adolescente con las hormonas revolucionadas, como le decía su madre, pero estaba más que seguro de que le había entregado su corazón desde el mismo momento en que la había visto. Solo esperaba que ella lo aceptara y él poder hacerse con el suyo, aunque sabía que le iba a costar.

—Hola —la saludó cuando estuvo a su lado.

—Eres puntual —respondió ella, pasó por su lado y avanzó hacia el interior de la biblioteca sin siquiera saludar.

Julio negó con la cabeza, iba a necesitar más paciencia de la que suponía si quería lograr su cometido. Dejó escapar el aire contenido en sus pulmones y la siguió.

Y así fueron los tres encuentros que siguieron a ese. Carla se concentraba mientras escribía números y símbolos en su cuaderno.

Las palabras salían de su boca, pero Julio apenas si les prestaba atención. Él solo podía centrarse en lo bella que la veía y en lo musical que le sonaba su voz cada vez. Atontado, así estaba. Pero no le importaba en absoluto.

—… y cuando uno se oxida, siempre hay otro que se reduce. Es el principio de este tipo de reacciones, solo debes tener en cuenta la cantidad de átomos en cada lado para que quede igualada la ecuación —aclaró Carla mientras terminaba de hacer unas anotaciones junto a los elementos químicos expresados en el papel. Levantó la vista para observar a su receptor y apretó el lápiz entre sus dedos cuando lo vio con la cabeza apoyada sobre su mano y con una sonrisa tonta en sus labios, que desapareció en cuanto un bostezo hizo acto de presencia. Más que un chico que necesitaba ayuda, parecía un oso que recién se despertaba de su receso invernal. Sin decir una palabra más, cerró de un golpe los libros y cuadernos.

—¿Qué? —preguntó Julio como si nada.

—No sé para qué me molesto —refunfuñó—. Son todos iguales —agregó al tiempo que metía los útiles en su mochila.

—Espera, ¿qué haces?

—¿Acaso no es obvio? —Lo fulminó con la mirada—. Me voy, solo estoy perdiendo el tiempo contigo.

—¡Oye! ¡Eso no es verdad! —se defendió.

—¿No? Tu cara y tu bostezo me dicen lo contrario.

—Aunque no lo creas, presté mucha atención, tanto que te diré que no va un dos delante del ion amonio, sino tres.

Carla apretó los dientes y frunció el ceño.

—No es cierto.

—Compruébalo tú misma —señaló.

A regañadientes, abrió el cuaderno y buscó la hoja con las anotaciones. Mentalmente, revisó la ecuación.

—¿Ves? —Julio se acercó a ella y le indicó el error—. Son tres. Tenía razón. No eres tan perfecta, ¿eh? —Apenas la empujó con su

cuerpo.

Carla sintió el roce y contuvo la respiración. Dio un paso al costado y guardó el cuaderno.

—Nadie dijo que lo era —expresó enojada, más consigo misma que con él, por equivocarse. «El muy capullo», pensó, «le habrá atinado de suerte que tiene»—. Errar es humano.

—¿No será que mi presencia te pone nerviosa? —se atrevió él a burlarse.

—Sí, claro —se mofó ella, aunque sabía que mentía en toda regla. Miró su reloj pulsera para cambiar de tema—. Por hoy terminamos. Se me hace tarde y tengo cosas que hacer. —Se giró con la intención de salir.

—¿El miércoles a la misma hora? —le preguntó.

Carla se dio la vuelta y lo observó; se había vuelto a sentar y estaba con las manos cruzadas sobre el vientre y los pies apoyados en el borde del escritorio. No pudo evitar suspirar en su interior, por más que no quería reconocerlo, era guapo, y su forma tan amigable de ser lograba conquistar a todas. Ella no era la excepción, sin embargo, intentaba mostrarse lo más indiferente y taciturna que le fuera posible, no quería ser una más en su lista de conquistas; sí, *su lista*, pues ella no era ninguna tonta y no le habían pasado desapercibidas las chicas con las que él solía pasearse por todo Cartes.

—Es bueno que me lo recuerdes. —Le dio un manotazo para bajarle las piernas de la mesa—. El próximo no puedo. —Sin darle mayores explicaciones, ya que tampoco las tenía, volvió a darle la espalda y se dirigió a la puerta.

—¿Cómo que no? El examen final está a la vuelta de la esquina y todavía me falta mucho por entender —le dijo al mismo tiempo que se ponía de pie y daba los pasos para llegar hasta ella—. ¿Acaso no te interesa que apruebe?

Carla se detuvo.

—La verdad, me da igual si te va bien o mal —declaró sin mirarlo.

—¿Y por qué me ayudas entonces? ¿Te gusta perder el tiempo conmigo? —La cogió del brazo y la hizo girar para que viera la sonrisa socarrona que tenía en su rostro.

Carla sintió la calidez de su mano sobre la piel, contuvo una vez más la respiración y le respondió lo más serenamente que pudo:

—Por empezar —se soltó del agarre—, si te ayudo, es porque me lo pidió una amiga. Segundo, me parece que no la necesitas mucho. Y para terminar, nunca pierdo mi tiempo cuando se trata de estudiar.

A Julio no le pasó desapercibida la calma que ella quería mostrar ni tampoco el hecho de que le respondiera. Carla era distinta a la mayoría de las chicas; casi todas, ante una situación similar, reían tontamente, se sonrojaban y le seguían la corriente. La observó detenidamente por unos segundos, su blanca tez le daba un aspecto jovial. Como solía ser, llevaba el cabello color miel atado en lo alto y con un leve flequillo sobre los frente; largas pestañas cubrían unos ojos marrón oscuro, tan intensos que casi podía asemejarlos a una noche sin luna. Tenía una nariz algo respingona, pero que cuadraba a la perfección en su rostro redondeado, y unos labios carnosos y sonrosados que deseó probar. Tragó saliva, se había babeado con solo verla y no era ni el lugar ni el momento para perder lo poco que había conseguido con ella si intentaba besarla como estaba pensando. Apartó los pensamientos de su cabeza y le respondió de la misma manera:

—Por empezar —repitió—, tu amiga solo actuó en su beneficio. Segundo, lo creas o no, necesito de tu ayuda. Y para terminar, te contradices, porque hace unos minutos te querías ir por perder el tiempo conmigo. ¿Me equivoco?

—Eres un idiota —soltó ella, le dio la espalda y se alejó.

«Lo soy», pensó Julio al mismo tiempo que se maldecía por haber bostezado justo cuando ella lo observó. «Tendrías que haber disimulado», se reprochó, pero cómo podía hacerlo si se había

quedado hipnotizado con solo verla. Golpeó la puerta con el puño. «Voy a tener que ser más inteligente la próxima vez». Con ese pensamiento en su cabeza, volvió hacia el escritorio, guardó sus útiles y dejó la biblioteca él también.